



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**MASCULINIDADES DE ENCLAVE:
EL CASO DE SANTA ROSALÍA, BAJA CALIFORNIA
SUR**

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN
VIOLENCIAS, GÉNEROS, SEXUALIDADES Y
MIGRACIONES

DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA

P R E S E N T A

SERGIO GALLARDO GARCÍA

DIRECTORA DE TESIS:

DRA. PATRICIA TORRES MEJÍA

COMITÉ DE TESIS:

**DRA. PATRICIA PONCE JIMÉNEZ
DR. GUILLERMO NÚÑEZ NORIEGA
DR. HERNÁN PALERMO**

CIUDAD DE MÉXICO, MAYO 2023

ÍNDICE

Agradecimientos	4
Introducción. Mapeando el paisaje minero de Santa Rosalía, B.C.S.....	13
I. Cartografía del problema de investigación: Del escritorio al trabajo de campo en el noroeste mexicano.....	16
II. Preguntas y objetivos de investigación.....	40
III. Aproximación metodológica.....	42
IV. Estructura de la tesis.....	55
Capítulo 1. Selección de personal: Los estudios de género y su subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades.....	58
1.1. ¿Qué es el género y por qué tanta disputa ante ello?.....	59
1.2. Los feminismos y el estudio de los hombres y sus masculinidades.....	67
1.3. Los estudios queer y su propuesta al estudio de las masculinidades.....	75
1.4. Estudios sobre masculinidades y sexualidad: La heterosexualidad de los varones.....	84
Capítulo 2. Prospección del terreno: Antropología del trabajo latinoamericana en torno a la minería, enclaves y masculinidades.....	102
2.1. Antropología del trabajo en América Latina.....	103
2.2. Antropología del trabajo y masculinidades.....	111
2.3. Cruce con los estudios sobre masculinidades en México.....	118
2.4. Antropología sobre trabajo minero y contextos de enclave.....	127
Capítulo 3. Estudios de factibilidad: Recuperación teórica de los estudios de género y antropología del trabajo para pensar las masculinidades de enclave.....	136
3.1. Antropología de las orillas: Intelectuales de Santa Rosalía.....	138
3.2. Investigaciones sobre trabajo y minería en el noroeste mexicano.....	147
3.3. Investigaciones sobre hombres y sus masculinidades en el noroeste mexicano.....	160
3.4. Recuperación teórica para pensar las masculinidades de enclave.....	175
Capítulo 4. Niveles de inmersión etnográfica. Santa Rosalía como enclave de masculinidades.....	186
4.1. Otra vez Boleo...¿y otra vez coreanos?: Reconfiguración del campo social de la masculinidad a partir del nuevo trabajo de minería.....	194
4.2. ‘Minería a cielo abierto’: Atributos del ser minero y ser hombre, vistos desde la comunidad.....	207
4.3. ‘Minería subterránea’: Manifestaciones masculinas de trabajadores subterráneos, ocultos para la comunidad a partir del nuevo modelo de trabajo minería.....	220
4.4. ‘Minería mixta’: Fricciones de género entre viejas y nuevas lógicas de enclave.....	235

Capítulo 5. Explotación minera: diversidad de minerales, diversidad de masculinidades.....	254
5.1. ‘Hombres en formación’: Infancias frente a la heteronorma.....	257
5.2. Jóvenes <i>millennials</i> : Masculinidades en plataformas digitales.....	270
5.3. Ser hombre como oficio: las masculinidades a partir del trabajo.....	284
5.4. Hombres formados, ¿deformándose? Afectividad y feminidad de ‘abuelos’.....	306
Capítulo 6. Descanso del trabajo, ¿y del ser hombre?. Las polladas de Cachanía.....	315
6.1. ¿Cómo se lleva a cabo una pollada?	329
6.2. El cotidiano masculino: espacios de trabajo, redes sociales y reuniones.....	353
6.3. Etnografía: La noche se hizo para los hombres	356
6.4. ¿Diversos grupos, diversas masculinidades?: Colectividades de hombres a partir de espacios homosociales.....	370
Conclusiones Generales.	
Los productos del trabajo y cultura minera: Masculinidades de enclave.....	380
Santa Rosalía, sus condiciones y masculinidades de enclave.....	381
Discusión teórica sobre los hallazgos, retos teóricos y tareas pendientes.....	391
Bibliografía.....	398
Anexos.....	433
A. Glosario de términos cachanías.....	440
B. Fotografías.....	440

Agradecimientos

Agradezco al Consejo de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por su patrocinio y apoyo en general en mi proceso formativo de doctorado y realización de este proyecto de tesis. Este agradecimiento en especial va dedicado al pueblo de México, que con su esfuerzo y retribución mantienen el desarrollo científico y social del país. Gracias.

Agradezco al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social por hacer entrañable mi paso en esta casa del tecolote, por su fuerte apuesta a la formación disciplinar crítica en la que se enfatiza la centralidad del trabajo de campo. Sin su plan de estudios y centralidad de un año de trabajo de campo, este proyecto no sería posible. Especialmente agradezco las atenciones y consideraciones dadas a mí y toda mi generación ante las afectaciones derivadas por la pandemia por Covid-19. A 50 años de su fundación, confirmo su compromiso rescatar los legados de Ángel Palerm y demás profesores-investigadores de hacer una academia otra.

Agradezco con especial cariño a la Línea de investigación “Violencias, Géneros, Sexualidades y Migraciones” que me cobijó durante 6 años de formación en maestría y doctorado, formándome a partir de una mirada horizontal, de diálogo, pero sobre todo de mucha escucha de parte de las profesoras y profesores que la integran:

Magdalena Barros, quien siguió abrazando mi camino, confiando en mí, aunque me fui distanciando de los estudios migratorios y de otros procesos. Gracias por regresarme al camino.

Hiroko Asakura, por seguir apoyando y participando en mis proyectos paralelos sobre estudios de Asia y antropología.

Patricia Castañeda, enseñándome como formular una pregunta de investigación a partir de un posicionamiento ético y político, evidenciando además que la perspectiva de género no es sólo para los estudios de género sino siendo necesaria para evitar los sesgos descriptivos en nuestra disciplina: “en el mundo hay 52% mujeres, hacer etnografía sólo dando voy y visibilidad a los varones, es sesgar la disciplina con datos útiles para explicar realidades sólo en función de la mitad de la población”.

Patricia Ponce, por sus enseñanzas a la distancia sobre cómo hacer etnografías afectivas y comprometidas, y de cerquita enseñarme que hacer antropología sobre sexualidad es trabajar por visualizar la dignidad que viste nuestros cuerpos y prácticas. Gracias por no soltarme. Abrazos cálidos, como siempre los recibí de ti.

Patricia Ravelo, por su sentida presentación de la línea de investigación, que me hizo decidir inscribirme a ella por su manera de plantear el quehacer antropológico: desde la militancia académica, horizontalidad, cuestionamiento a lo teórico desde la realidad y la perseverancia de trabajar las sendas problemáticas de la violencia de género México, por más rudas que sean. Gracias por ser referente e inspiración.

Fernando Huerta, por su mano franca y su inconfundible sonrisa desde la que se desprendieron tantas palabras de aliento, recomendaciones, comentarios críticos y preguntas constructivas para hacerme andar desde el protocolo hasta la redacción de este manuscrito. Desde su escucha y cercanía, entendía la complejidad de hacer una tesis o en sí trabajar académicamente las masculinidades, ya que estamos trabajando al mismo tiempo y de manera constante nuestra propia masculinidad. Gracias por tantas lecciones de vida.

Héctor Domínguez Ruvalcaba, por mostrarme desde su letrada formación y experiencia estudiando la sexualidad, género y violencia de género desde la literatura, que Baja California Sur es un territorio donde ‘las voces fecundan’.

José Sánchez, por su manera subversiva de hacer academia, situando en sus retadores procedimientos dialógicos de hacer conocimiento a sus estudiantes como pares, gracias por sus reflexiones, cónicas provocaciones y aleccionadores cuestionamientos que nutrieron mucho mi formación y el resultado de este proyecto de investigación.

Patricia Torres, mi especial agradecimiento por su guía como mi directora de tesis, figura que traspasó ampliamente -así como traspasó el Mar de Cortés para acompañarme y guiarme varios días ‘en campo’, donde compartimos reflexiones, viajes en balsas, entradas a minas, entrevistas formales e informales. Pero sobre todo quisiera agradecer por su paciencia, insistencia, franqueza y comprensión que hizo posible que no desistiera y pudiera terminar esta tesis. Gracias por hacerme un pedacito en tu agenda de trabajo, pero sobre todo en tu corazón. Gracias, por tanto.

De igual forma, quisiera agradecer mucho la estima y cariñoso trato horizontal de varias y varios investigadores del CIESAS, en especial a Roberto Melville y Aída Hernández, que además de lecturas y sugerencias críticas en los coloquios, tuve la fortuna de sentirme acompañado desde su escucha y maneras de acercarse a mí en momentos difíciles de este proceso. Muchas gracias.

El CIESAS no podría entenderse sin su equipo de trabajo, las y los trabajadores que hacen que sus aleteos de tecolote lleguen lejos, así como los míos fueron impulsados por el constante trato amable de Yadira en biblioteca, de Ambrosio recibíendome calurosamente en la puerta con una sonrisa y buena plática que se traducía en mi entrada algunos minutos tarde al aula.

Especial cariño y agradecimiento a Delfina y Alicia, que su ayuda va más allá del cargo de secretarías del posgrado, aportando mucho ánimo, palabras de aliento y tips para seguir cualquier proceso institucional.

Quisiera agradecer enormemente a mi comité de tesis, que no apartó su acompañamiento pese a toda una pandemia, intermitencias, caídas y retrocesos. Muchas gracias.

Muchas gracias a Paty Ponce por esos audios de voz llenos de cariños, calidez, abrazos, risas y jalones de orejas. Gracias a Hernán Palermo por su dinamismo y solidaria guía a la distancia, por hacerme parte de los procesos y caminos que vas abriendo para seguir apostando por una antropología del trabajo latinoamericana. Gracias a Guillermo Núñez por la atenta escucha, exigente revisión, propositivas recomendaciones, cariñoso acompañamiento, pero sobre todo por ser referente -no sólo para mí- en el estudio de los hombres y sus masculinidades a partir de una visión crítica y que dialoga tanto con diversos movimientos feministas como movimientos queer. Gracias por ser inspiración, abrir brecha y marcar camino. Admiro mucho las huellas de tu andar.

Ahora bien, esta tesis es resultado inmediato de la cálida recepción del pueblo de Santa Rosalía, quienes hospitalariamente me recibieron en sus casas, *campers*, minas, espacios de trabajo, establecimientos, fiestas, reuniones informales y sindicales, madrugadas de pesca, polladas y viajes por tierra o mar. En sí, por recibirme en su territorio, sus vidas y compartirme su historia. Gracias a toda su población: histórica, residente, foránea y cambiante.

En especial agradezco al Ingeniero Justino Moreno por todas las facilidades brindadas, de manera fraternal y comprometida con el legado histórico y cultural de su población.

También agradezco a Víctor Hernández, por llenar mis tardes de una variedad de manjares, de charlas y de cuidados de su rancho, que se volvieron parte central del entendimiento de los valores y significados de ser hombre que se desbordan de los márgenes de lo exigido y esperado, gracias por ser esa escucha y ejercer esta masculinidad. Me queda un gran sabor a jurel y amistad. Muchas gracias.

Un merecido respeto y distinción a Alma Colorado, quien ha entregado su corazón, tardes, recursos y proyecto de vida por sembrar semillas de dignidad y cambio en tantas juventudes, adultos mayores y habitantes en general de Santa Rosalía, que han volteado a mirar y cuidar su entorno gracias a los diversos proyectos ecológicos, de protección a los animales, de literatura y artes que ha fomentado siempre. Gracias por tantas pláticas y enseñanzas.

Muchas gracias a Rebeca, originaria de Bahía Tortugas y propietaria del negocio entre la calle tres y Álvaro Obregón, del primer cuadro de Santa Rosalía. Gracias por tantas atenciones, chismes, albures, risas y agua de Jamaica con limón compartida. Atesoro la ternura y calidez con la que me recibió desde el primer día.

Muchas gracias a Patricia Valenzuela, por su militante postura feminista que ha llenado las calles de Santa Rosalía de letras, literatura y provocaciones para repensar las relaciones de género que tejemos a diario. Gracias por las charlas, proyectos realizados y espacios compartidos.

Gracias a Diana Cuevas y Juliana Arens por confiar y movilizarse para hablar en Santa Rosalía de las ‘traidoras’, mujeres criminalizadas por hacer las mismas actividades normalizadas si las hacen varones, en una cultura del narcotráfico generalizada. Gracias por el diálogo establecido con la comunidad de Santa Rosalía.

Quiero agradecer con un sentido pésame, la ayuda y conversaciones íntimas sostenidas con Jesús García Manríquez, nombrado cariñosamente por toda Cachanía como ‘Profe Bobby’. Nuestras charlas fueron varias, hasta se prestó que lo grabara. Agradezco mucho lo compartido, ser mencionado en su columna “la suerte está echada” y lamento mucho no haberle traído ‘esas dos pitayas’ que le prometí en nuestro último encuentro. Que su presencia siga guiando la literatura sobre cultura minera, que, picando veta, fue construyendo durante toda su vida.

Otra gran figura de inspiración y cariño, a quien le debo el concepto de masculinidades de enclave por su manera de ser y hacer mundo, Juan García. Viviendo más de 40 años sin luz eléctrica en un ardiente desierto, me enseñó varias lecciones sobre las distintas maneras de ser hombre, ser vida, hacer historia y ser gente. Le llevo muy cerquita de mi corazón. Muchas gracias por siempre recibirme con una gran sonrisa, largas caminatas y risas hasta la madrugada.

Agradezco, reconociendo el gran honor, el haber conocido en persona, en viajes y en íntimas anécdotas al Dr. Juan Manuel Romero Gil, quien ha documentado la historia social del nacimiento y cierre de la empresa minera El Boleo, siendo un referente no sólo para mi trabajo sino para todas y todos los colegas interesados en la historia de la minería del noroeste mexicano. Gracias por recibirme con la sencillez y francesa que le caracteriza, por la cual mantiene la admiración de la población desde hace muchos años. Habrá muchos nombres que estoy olvidando y también omitiendo por razones de confidencial y anonimato. Muchas gracias por la ayuda, colaboración, escucha, cuestionamientos brindados. Ustedes saben quiénes son: trabajadoras y trabajadores de Minera y Metalúrgica 'El Boleo', planta administrativa local y de Ciudad de México, trabajadores de superficie de San Francisco de la Sierra y otras poblaciones de la región, mineros orgullosos de ser de Barroterán (Coahuila), trabajadores de la planta química locales y de Michoacán, personal de adquisiciones y ventas de distintas locaciones y países, y un sinnúmero de mujeres y varones que desde distintas partes del país, encontraron en Santa Rosalía un periodo de arraigo en su trayecto de vida, que espero les acompañe como a mí, en esos recuerdos de la soledad mediada por el desierto y el mar, de las amistades tejidas entre comidas e intimidad, de las lecciones aprendidas entre viajes, frustraciones, rotaciones, reencuentros y despedidas. Gracias por tanto.

Agradezco infinitamente la amistad tejida desde la cámara y la grabación, que captó desde coyotes hasta ballenas, infancias domando chivos y pescadores contándonos de la temporada de la langosta, constelaciones y trabajadores de la minería. Gracias por tanto amor con el que fui recibido en “Home”, por presentarme la gran persona que fue Mario Romero Ajúquez, ‘Magochi’. Me siento muy agradecido y afortunado por decir que tengo un amigo en Bahía Asunción. Muchas gracias por todo Santoro.

Infinidad de personas más han acompañado este proceso y me siento injusto de no nombrarles a todas. Por ello cerraré a quienes han mantenido su amor, insistencia y hasta preocupación por verme terminar este documento. Gracias por su comprensión, por no soltar y no dejar que me diera por vencido.

Gracias a mi mamá, Yolanda García, mis hermanos Hugo y Rudi, por ser esa familia que sabe estar en los momentos más apremiantes. Gracias a Hugo y Laura por llenarnos de vidas, con La Ojitos y el Pana Rabbit, que llenan de esperanza el firmamento, aun cuando algunas de sus estrellas se han apagado.

Gracias a la Dra. Martha Judith Sánchez, quien me abrió las puertas de su cubículo, su casa y su estima, cuando aún no sabía ni como se escribía un protocolo de investigación. Los días y aprendizajes en el instituto de sociales me siguen acompañando hasta el día de hoy. Pero ahora, valoro aún más ese acompañamiento personal, cariñoso y respetuoso que ha trascendido lo académico y se ha manifestado en mucho cariño que me ha dado a mí y mi familia. En verdad muchas gracias por tanto amor.

Así, cuando el año del tigre me envolvía en sus desoladoras líneas negras, recibí un soplo de Ehécatl que me llevó a las líneas cálidas. Gracias por tratarme bonito y ese tacto, como libélula posándose en el agua, con el que me acompañas. Gracias por acompañarme a ser clarito y camino(s) repleto de flores amarillas. Que sigan lloviendo los rábanos.

Cierro estos agradecimientos contigo, que sostuviste y sostienes aún mi mano, por más difícil, llevadero o exasperante que resulte. Gracias por ser mi compañera de casa y vida, fuente inagotable de amor quedito, amiga del alma, cariño de mis cariños, confidente de mis miedos e inseguridades, co-parenting de Albert, Cucú y Kimchi, compañera con la que *okupamos* la casa del amo con nuestro amor libre, remanente ante mi columpio de ansiedades, rostro que se detiene en mi hombro (como desde esa primera vez en clase de Chema, ¿recuerdas?), motorcito que aún ruge en tu estómago como reflejo de tus sentires. Gracias. Gracias. Gracias.

Si yo, tú. Si caes, yo contigo

y nos levantaremos juntos en esto unidos.

*Vita Soprano,
la última ahora si (espero)*

*A todas las vidas
que se llevó el Covid.*

Introducción

Esta tesis es resultado de los aprendizajes, reflexiones y discusiones sostenidas en dentro de la línea de especialización ‘Violencias, Géneros, Sexualidades y Migraciones’ del programa de posgrado del CIESAS-Ciudad de México, donde fue cobrando estructura y forma esta investigación que tiene como centralidad mostrar la pertinencia de estudiar, desde una perspectiva antropológica a las masculinidades en condiciones de enclave, los cambios así como las permanencias en los procesos de la construcción de la masculinidad.

A través de ella busco contribuir a la discusión en el subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades, sobre cómo romper con los esencialismos de lo que implica ser varón y convertirse en *hombre*. El resultado es producto tanto de los cuatro años formativos, de 2017 a 2021, así como del trabajo de campo realizado entre 2018 y 2019 en Santa Rosalía (Mulegé, Baja California Sur).

Este esfuerzo intenta sumarse al eco de voces de los estudios sobre masculinidades, que reconocen y declaran que nos encontramos en una era cimentada históricamente por diversas luchas de las mujeres, feminismos y movimientos queer por la igualdad de género, en la que podemos percibir que efectivamente las masculinidades no sólo están cambiando, sino que han cambiado ya.

Sin embargo, aún hay una brecha que recorrer para desmenuzar detalladamente que implican estos cambios en las masculinidades, si lo que podemos percibir ahora es realmente nuevo o son masculinidades que siempre estuvieron ahí, pero dado el orden de género imperante no habíamos dado cuenta de ellas.

Es decir, el reto es contribuir al avance de la construcción de un conocimiento crítico que no caiga en esencialismos o reduccionismo, ya sea bajo la revisitada presentación de los hombres como violentos –nada más que eso-, o desde las recientes aportaciones que se

han desarrollado bajo la categoría de ‘nuevas masculinidades’¹, de plantear una deconstrucción ya lograda en términos de igualdad.

Para evitar estas esencializaciones, parto de considerar las masculinidades en coordenadas concretas de espacio y tiempo para enunciar no sólo las prácticas violentas de su constitución y sus procesos de cambio bajo este crítico sistema sexo-género (Rubin, 1997) actual, sino también aquellas prácticas diversas de masculinidades -subalternas- que han resistido, luchado y existido bajo constante negociación y subordinación frente a modelos hegemónicos de masculinidad.

Esta tesis da cuenta de hombres que rompen estas exigencias hegemónicas de género, ciertamente de manera ambigua y contradictoria, bajo prácticas que abrazan disidencias afectivas, performativas, sexuales y económicas, que no necesariamente son producto de esta emergencia de ‘nuevas masculinidades’.

Durante el trabajo de campo conocí hombres cariñosos, sensibles, introvertidos, inseguros –al grado de no mostrar(se) de manera orgullosa sus pensamientos y sentimientos-, que conforman su masculinidad disidente sin necesariamente formar parte de cuadros políticos o militancias activistas para releerse críticamente en ejercicios de deconstrucción.

La escucha y diálogo durante el año de trabajo de campo, muchas veces íntimos, fue laborioso y complejo pues constantemente me remitían a repensar mi propia masculinidad y cómo a partir de ella interactuaba con ellos, los leía, percibía y comprendía.

¹¹ Las nuevas masculinidades es un concepto que ha emergido dentro de la literatura de los estudios de género para dar cuenta del cambio generacional en la conformación de masculinidades, a propósito del impacto o cambio social que han generado los distintos movimientos feministas en las relaciones de género. Las nuevas masculinidades son enunciadas tanto como una descripción positiva del cambio así como un proyecto político de promover prácticas y significados masculinos de trato igualitario entre hombres y mujeres.

Este arduo proceso intersubjetivo me llevó a reconocer la importancia de la propuesta de Guillermo Núñez de reconocer la masculinidad como un campo de luchas y resistencias, de instancias y procesos que eventualmente dan forma a estructuras determinadas de ser hombre (Núñez, 2016). Esta perspectiva implica partir de investigar y dar cuenta de las prácticas y procesos para develar así la estructura de relaciones de poder entre mujeres y hombres.

De esta manera esta tesis busca dar cuenta de ese aprendizaje que maduró y se complejizó desde el compartir con colegas en el aula hasta el tránsito durante trabajo de campo y de nuevo al aula para reflexionar lo experimentado y recabado. El objetivo ulterior es regresar el cariño con el que me acogió Santa Rosalía, de mostrarme una diversidad de maneras de entenderse y presentarse en claves de hombre y en condiciones de enclave, caracterizadas por una configuración económica-espacial intrínsecamente relacionada con las lógicas del trabajo minero.

Para marcar los límites y alcances de esta tesis, a continuación, hago un mapeo que permita identificar la construcción del problema de investigación, los retos encontrados y decisiones tomadas para su delimitación. Posteriormente se describirá la metodología y técnicas de investigación empleadas así como sus principales resultados, concluyendo con un apartado sobre la manera que están expuestos los resultados en los apartados de esta tesis.

I. Cartografía del problema de investigación: Del escritorio al trabajo de campo en el noroeste mexicano.

*Bonito puerto, mi Santa Rosalía
donde el placer es fuente de alegría
navegan barcos llevándose la esencia
y las escorias el mar vuelve a la orilla*

[Playas Negras-Memo Lugo y Los Lobos del Norte]

Popularizada por la versión de Los Cadetes de Linares, la canción de ‘Playas Negras’ la compuso Rafael ‘El Bono’ Mendoza Collins en 1975 como una oda a Santa Rosalía, describiendo sintéticamente en el párrafo de la epígrafe la historia de extracción del cobre que alimentaba el incesante vaivén de barcos mercantiles y como dicha práctica extractiva imprimió un rasgo paisajístico e identitario en la localidad al impregnar de negro sus playas debido a la paulatina concentración en las orillas del mar de la escoria, subproducto del refinamiento cuprífero que era tirado al mar como desperdicio.

La canción permite evocar múltiples metáforas sobre la historia, identidad y destino minero de una población que nació posterior a 1886 cuando se firmó el contrato de concesión minera por Porfirio Díaz y la Casa Rothschild, el cual establecía como condición de explotación minera la fundación de una colonia (de influencia francesa) en medio del desierto de la península de Baja California².

Los distintos lapsos productivos de actividad minera antes de la inversión canadiense y posteriormente surcoreana, que daría vida a la empresa ‘Minera y Metalúrgica del Boleo’ (MMB) en 2014, otorgan las bases suficientes para indagar sobre una cultura minera local que se ha gestado de manera particular en el pueblo de Santa Rosalía.

² Aquí cabe hacer dos aclaraciones: 1) En esta fecha la península no estaba administrada bajo la división del estado de Baja California y Baja California Sur como lo estaría desde 1952 y conformados ya como estados hasta 1974, así que estamos hablando del territorio de la Baja California como unitario. 2) Hay un antecedente minero de asentamientos de gambusinos alemanes, quienes empiezan a generar los primeros flujos de inmigración yaqui como mano de obra. (Véase: Juan Manuel Romero Gil (1991, 199).

La recepción de una iniciativa industrial minera por capitales canadienses y posteriormente surcoreanos³, a diferencia de otros casos de minería en México, fue positivamente aceptada por parte de los habitantes de Santa Rosalía debido a tres principales factores: 1) la crisis económica ante la repentina ausencia del calamar gigante (principal producto de la explotación pesquera) la cual trajo una etapa de bonanza económica la localidad al terminarse el trabajo minero, 2) la fuerte burocratización y centralización unilateral de la toma de decisiones sobre el ámbito público a través de la figura del Ayuntamiento, pero sobre todo 3) por la correlación identitaria dentro del imaginario social de auto adscribirse como ‘un pueblo minero’ con una tradición de más de 100 años.

En 2008 se materializa el arranque de operaciones de la construcción de un complejo industrial minero⁴ que reactiva la explotación cuprífera después de 30 años de receso. Sin embargo, es pertinente señalar que la explotación minera siguió presente en la región, debido a la extracción de yeso por parte de la empresa ‘COMSA’ en la Isla San Marcos y posteriormente por ‘Carbón Mexicano’ en Santa Rosalía.

A diferencia de estas empresas, MMB se planteó como un complejo industrial que realizaría procesos de extracción mixta (minería a cielo abierto y minería subterránea), de refinamiento, separación de metales y minerales, así como procesos manufactureros de los minerales (cobre, cobalto y zinc) como mercancía para su embarcación, exportación y venta directa.

³ Korean Resources, actualmente mantiene el 99% de las acciones y control directivo de la empresa.

⁴ El diseño de investigación de viabilidad y construcción del complejo se realizó a manos de la ahora extinta empresa canadiense Baja Mining.

Es decir, la apuesta industrial de ser mina y fábrica al mismo tiempo, con capacidad de producir a través de tres turnos laborales: 16 toneladas de cobre, 226 toneladas de cobalto y 457 toneladas de zinc a la semana. Esta productividad se sostiene bajo un ciclo continuo de generación de energía eléctrica y tratamiento potable de agua marina que hacen que el complejo no dependa de los recursos locales o estatales para su funcionamiento.

Este modelo industrial tuvo un costo exorbitante que rápidamente excedió el capital de los inversores canadienses, quienes buscaron socios para el proyecto, escenario en el que llegaría la inversión de una compañía paraestatal surcoreana, Korean Resources (KORES), que posteriormente iría comprando la mayoría de las acciones hasta convertirse en líder accionista y por ende, propietario corporativo de la empresa.

En 2019, MMB operaba con un aproximado de 1,200 trabajadores por contratación directa, más el doble de trabajadores bajo subcontratación a través de empresas filiales al proyecto, comprendiendo un empleo directo e indirecto de dos mil mujeres y hombres de Santa Rosalía. La fuerza de trabajo de la empresa estaba constituida aparte de personas de Santa Rosalía, por trabajadores externos provenientes de otras regiones de México (Coahuila, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Tabasco), Estados Unidos, Perú y Corea del Sur. MMB se convirtió en la principal fuente de empleo en Santa Rosalía, siguiéndole el Ayuntamiento, la planta de Comisión Federal de Electricidad, Carbón Mexicano y el sector de comercio.

Es bajo estas condiciones de inversión y control administrativo proveniente de Corea del Sur que decidí hacer mi trabajo de investigación doctoral en Santa Rosalía. Después de terminar mi tesis de maestría sobre comerciantes coreanos en Tepito y La Merced (Gallardo, 2017), continué en el doctorado bajo la línea de especialización de ‘Violencias, Géneros, Migraciones y Sexualidades’ para dar continuidad a una serie de preguntas de investigación que se desprenden de las conclusiones de dicha tesis.

Encontré que la gran diferencia entre la cultura laboral coreana y la mexicana tenía una fuerte influencia de género y al menos en contextos de comercio popular como el que estudié, tendría más sentido hablar de una cultura laboral coreana masculina ya que varias de sus particularidades tenían que ver con manifestaciones relacionadas a las exigencias y performance de ser hombre coreano. Las características presentes en el imaginario social sobre la cultura coreana, así como los elementos distintivos presentes, se hacían sentir en el desempeño laboral de los varones, pero quedaban ausentes ante el ejercicio cotidiano de las mujeres coreanas llevando un negocio o trabajando en él.

Así que decidí retomar el tema de la cultura laboral coreana, ahora en claves de género para entender la masculinidad coreana en contextos migratorios en territorio mexicano, cuestionándome sobre el papel de su sexualidad, las relaciones de género y masculinidades en la configuración de sus condiciones y prácticas de trabajo.

Como si esto no representará un grado de complejidad alto, ante mi nula experiencia realizando investigación sobre masculinidades, también decidí en un ejercicio crítico dentro de los estudios asiáticos en México, que debería plantear un estudio de caso fuera de la Ciudad de México y otros espacios ya estudiados⁵, para descentralizar el conocimiento y comprensión de la presencia (sur)coreana más allá de espacios urbanos y de metrópolis.

Mi interés en Baja California Sur se dio a partir de uno de los eventos del Círculo Mexicano de Estudios Coreanos⁶ en 2017, donde Embajador de Corea del Sur en México presentó un panorama de las empresas surcoreanas en el país.

⁵ Desde 2015, a raíz de la construcción y entrada en actividades de la armadora de coches KIA Motors, hay una tendencia de investigación bajo distintas dimensiones y perspectivas de estudio de la región de Pesquería y zonas aledañas de Nuevo León, donde las inversiones y crecimiento de nuevas comunidades coreanas transformaron el espacio social de esta zona industrial del noreste.

⁶ Agrupación académica fundada en 2015, que busca fomentar y generar un espacio crítico de producción de conocimiento de la península coreana y sus relaciones con México, de la cual soy cofundador.

Bajo su presentación donde mapeaba la ubicación de las inversiones y empresas coreanas en términos del costo de inversión, número de empleos generados e impacto en el mercado de trabajo, me llamó la atención MMB por varios motivos:

1) Era la única empresa surcoreana en el ramo de la minería, 2) aunque el sector de mayor concentración y crecimiento de empresas coreanas es el automotriz, MMB es la empresa de mayor inversión que cualquier otra (4.2 millones de dólares), 3) la cuál es de carácter gubernamental al hacer una paraestatal, 4) en una región que no representa la tendencia de inversión coreana en metrópolis (Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara), 4) que se posicionaba como principal fuente de empleo de la región y 5) no había sido documentada.

Cabe mencionar además que mi asesora de tesis, la Dra. Patricia Torres Mejía, lleva más de cuatro años haciendo trabajos de investigación en La Paz (Baja California Sur) y mi compañera de vida –Gaby Alemán– es de San José del Cabo, así que de alguna manera me daba una cercanía y certeza de estar en un terreno desconocido y cercano a la vez.

Ante dicho panorama, inicié mi investigación de archivo y construcción del protocolo de investigación, a partir del cual descubrí y me fascinó la historia minera de Santa Rosalía, como una población que nació como un enclave y que, a diferencia de otros enclaves mineros, permanece en el desierto como el ‘pueblo que no quiso morir’ (Romero, 1991); otorgando un contexto interesante para problematizar los cambios y continuidades en las masculinidades a partir del trabajo minero. No lo dude y tracé el horizonte etnográfico hacia el desierto sudcaliforniano.

En su diseño, el proyecto de investigación buscaba investigar la producción de sujetos generizados a través del trabajo, donde la conformación de Santa Rosalía como enclave minero representaba un contexto especialmente sugerente para analizar aquellas afectaciones, cambios y permanencias de género en sus masculinidades.

Desde octubre del 2018 realicé una estancia de investigación por un año dentro de la población de Santa Rosalía, con paulatinos y complicados acercamientos a la empresa minera, por motivos de desconfianza de parte de ellos, dándose un acercamiento a conocer la experiencia de sus trabajadores desde un registro de su masculinidad que fue cambiando durante el periodo de campo.

Al momento de mi arribo, la empresa se encontraba en una fase de reestructuración polémica entre sus trabajadores ante el revuelo que causó el nombramiento de Napoleón Gómez Urrutia como senador por parte de la administración de Andrés Manuel López Obrador (2017-2022), pero en especial por retomar las riendas del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos, Siderúrgicos y Similares de la República Mexicana (SNTMMSSRM), que en casos concretos en Santa Rosalía se materializó en una presión para el conteo de votos del contrato colectivo.

A inicios de noviembre de 2018, con una mayoría de 800 votos, el SNTMMSSRM triunfó sobre el ‘sindicato blanco’ que se tenía desde 2014: Federación Nacional de Sindicatos Independientes (FNSI). Cabe mencionar que en 2016 las y los trabajadores realizaron una huelga para destituir al líder sindical de este sindicato blanco, sin éxito, teniendo como consecuencia negativa el despido injustificado de cientos de trabajadores que se afiliaron al SNTMMSSRM. El conteo de votos colectivos significó un reordenamiento de fuerzas políticas de la planta obrera de la empresa, lo cual hizo eco en distintas relaciones sociales dentro de la población.

Bajo este contexto, mi llegada para realizar trabajo de campo fue malinterpretada de distintas maneras: como ‘espía del sindicato de Gómez Urrutia’ al ser un desconocido interesado en las condiciones laborales de las y los trabajadores, como ‘agente del gobierno coreano’ para reportar las decisiones de la empresa, como ‘espía de la empresa’ al ser un ‘antropólogo’ que hablaba coreano.

Aunque por obstinación seguí buscando el acercamiento y acceso etnográfico a la empresa bajo distintas vías hasta el término del periodo de campo, a regañadientes seguí las recomendaciones de mi asesora de cambiar el trabajo de campo hacia una perspectiva etnográfica desde la población y no desde la empresa, dejando también en segundo término el papel de los trabajadores coreanos en tanto que era imposible acceder a ellos sin entrar al complejo industrial.

Así, la perspectiva de estudio transitó a ver la construcción de masculinidades a partir del trabajo minero fuera de los campos de observación etnográfica del propio trabajo, lo cual involucró cambiar también la metodología pensada y elaborar sobre la marcha nuevos indicadores y baterías de preguntas para observar, analizar y dar cuenta de la presencia y relaciones de género de estas masculinidades en el espacio público y ciertos espacios privados de la comunidad de Santa Rosalía.

Habitando en distintas casas, desde cuartos para estudiantes hasta un camper prestado, participando en cuánta actividad pública podía colarme, me presenté y acerqué con todas las autoridades locales (ayuntamiento, iglesia, compañías mineras, ejército) y con cuanta persona conocía, siempre preguntando por el oficio minero. El resultado fue la conversación con 35 trabajadores mineros, de todas las áreas productivas dentro de MMB, así como con trabajadores de otros espacios laborales, así como mujeres colegas, compañeras de trabajo y compañeras de vida.

Bajo este giro de aproximación al campo, opté entonces por realizar observaciones de expresiones y prácticas masculinas de los trabajadores fuera de sus espacios laborales, a fin de analizar el alcance de la influencia de configuraciones masculinas del trabajo dentro de espacios específicos de Santa Rosalía.

La constante interacción de MMB en eventos públicos me permitió ver una faceta de la relación empresa-comunidad, de su influencia en la localidad, así como de las situaciones diferenciadas de sus trabajadores en sus maneras de habitar y hacerse presente en los espacios de Santa Rosalía dependiendo si eran locales o foráneos, si vivían dentro los campamentos mineros al interior del complejo industrial o en el pueblo.

Mientras que los que viven fuera de campamentos mineros tienen un mayor desenvolvimiento dentro de la comunidad, habitando espacios de socialización más amplios, aquellos hombres que viven en los campamentos limitan su presencia en el poblado a través de ‘rutas cotidianas’ de hacer compras de víveres, acudir a barberías y habitualmente los fines de semana consumir alcohol y cenar en uno de los cuatro de los bares preferidos por los trabajadores. Estos espacios se volvieron predilectos no sólo para la observación sino para generar rapport para entrevistas y conversaciones más íntimas.

También, el ámbito etnográfico se desplazó a la virtualidad. Ante las temporadas de imperante calor donde volvía desiertas las calles de peatones (todos en sus casas o en sus coches) me era difícil presentarme e indagar quienes trabajaban o habían trabajado en la minería (¡si es que coincidía con alguien!). Así que un método de aproximación y presentación bastante efectivo fue hacer una búsqueda de trabajadores de MMB a través de la aplicación LinkedIn. Las conversaciones digitales se trasladaron a otras plataformas como WhatsApp o Facebook, donde el diálogo a través de memes, stickers, fotografías y audios se volvió parte importante de las conversaciones etnográficas.

Una de las limitaciones de dicha interacción es que las y los usuarios de estas redes sociales eran casi en su totalidad mano de obra calificada, con estudios superiores y cargos gerenciales o administrativos. No tenía enlace con trabajadores técnicos, operarios, obreros, etc.

Con ‘los vientos de octubre’, que se hacen sentir de manera brusca en el desierto, mi suerte cambió y las calles se poblaron de peatones. Una forma irremediable de reconocer a una trabajadora o trabajador de MMB eran sus casacas color beige con reflectores en las mangas y el logo de la empresa.

Pese a los vientos y el calor, me impresionó como muchas personas elegían no quitarse o sólo arremangarse la casaca, aun cuando se encontraban fuera de las instalaciones laborales. Después entendería que el disciplinamiento fabril iniciaba desde la espera del camión para llegar a la empresa -donde se prohíbe el acceso sin portar adecuadamente el uniforme- pero que se traspasaba a un prestigio y estatus que otorga a las y los poblares de Santa Rosalía el emplearse en MMB. La casaca como símbolo performativo de capacidad económica.

Así, inicié una ‘cacería de casacas’. Miré, esperé en las sombras de los árboles, caminé por la desolada plaza, entré a todos los establecimientos comerciales, buscando a personas portadoras de casacas para presentarme como antropólogo.

Una cuestión que no tuve en consideración y entendería después de tantos intentos fallidos, así como de la confesión de un colaborador etnográfico, era que mi práctica urbanita de invitar un café a los varones mineros como manera de entablar un escenario amigable de entrevista, fue leído como una invitación de ligue o coqueteo. Varios mineros y trabajadores -qué después me confesaron- se habían rehusado a hablar conmigo por considerarme homosexual: ¡un delgadito chilango de camisa fajada -a veces naranja o rosa- que invita cafés a varones para hablar sobre tu manera de ser hombre, sexuar y expresar tus emociones!

Sin duda, esto ya me ofrecía luces sobre el escenario del campo sexual y la resistencia heterosexual frente a una pretendida homosexualidad curiosa y foránea. Con el paso del tiempo, al entablar por otros medios conversaciones y charlas que desataron la ‘bola de nieve’ de recomendaciones, entendí que la técnica infalible y nada amenazadora a ciertas masculinidades era invitar -más bien- a un espacio público consumir un *six* de cervezas.

Estos tropiezos iniciales me llevaron a darme cuenta de que la mejor herramienta metodológica que tenía para dar cuenta de las masculinidades en Santa Rosalía era mi propia masculinidad: la manera en que me presentaba y representaba, los atributos, expresiones, gestos y significaciones que traía al campo sexual y su performatividad.

La manera en que conocí, los espacios que compartí, las intimidades que confié y me confiaron, los malentendidos y las tensiones que me dieron las pautas de las conversaciones y entrevistas realizadas no se pueden entender sin analizar la manera en que mi propia persona -no sólo como etnógrafo- sino como hombre, iba modelando las interacciones, simpatías y coincidencias.

Del innumerable número de diálogos que mantuve, algunos más amigables que otros, puedo argumentar que aquellos que fueron más valiosos y se consolidaron en más conversaciones, entrevistas y espacios compartidos fueron con hombres con los que compartimos significados y expresiones en nuestra masculinidad.

Sergio Gallardo como etnógrafo, pero también como herramienta hermenéutica a través de lecturas generizadas sobre mi cuerpo: chilango⁷, marica, espía, afeminado, extraño, tímido, recatado, risueño, sensible, metiche, flaquillo, inocente, hetero, closetero, cogible.

⁷ Con una fuerte influencia sonorenses, ‘chilango’ en Santa Rosalía en mi momento de hacer campo como “todo aquel de Mazatlán para abajo: chaparro, moreno, borracho y bailarín”. Es decir, hay una racialización del término que desdibuja los referentes geográficos de la Ciudad de México.

Estas alusiones a mi persona recogidas en mi diario de campo me permitieron leer a mis interlocutores a partir de su enunciación, ya sea a partir de la diferencia, coincidencia, el deseo o la amistad, la manera en que se daba mi interacción con distintos varones en Santa Rosalía, ya daba indicios de expresiones y significados de su manera de entenderse hombre y desde ahí: leer, medirse, compararse, competir o mofarse del otro.

El trabajo de campo se volvió una experiencia encarnada del objeto de estudio, leer mi masculinidad a través del otro y leer al otro a través de mí propia masculinidad, se volvió un ejercicio al inicio inconsciente pero que fue emergiendo cada vez más claro.

Ante la construcción de empatía, amistad, intimidad o distanciamiento fueron apareciendo en mis interlocutores expresiones, gestos, confianzas y prácticas que rompían o cuestionaban significaciones de la heterosexualidad masculina que se hacía sentir vehementemente en los primeros encuentros.

Coincidíamos en que nos asumíamos como heterosexuales, pese a las críticas y distintas maneras de serlo que íbamos advirtiendo en nuestras conversaciones. Lo dicho en los primeros encuentros y entrevistas eventualmente pasaba a un segundo plano a partir de lo que incluso el cuerpo -sin palabras- dejaba decir en posteriores e íntimos encuentros en los que se confiaban una serie de subjetividades, expresiones y experiencias que transgreden los valores y significados de la heteronormatividad.

Esto es lo que me hizo reflexionar sobre la heterosexualidad como campo sexual, en diálogo con reflexiones con Guillermo Núñez (Núñez, 1994), para dar cuenta de la complejidad, inconsistencia y contradicción de las masculinidades heterosexuales.

Poner al centro del análisis la heterosexualidad, implicó desmenuzar sus efectos en las masculinidades como pacto, como lenguaje y como demostración masculina que incluso se manifiesta en la delimitación y posibilidades de amistad y afecto entre varones.

Aun cuando existe esta diversidad de hombres en Santa Rosalía –de diversos orígenes regionales y nacionales-, de sus posiciones de jerarquía, de sus trayectorias de clase y estatus social; hay un lenguaje común que los une y reúne: la heterosexualidad como institución.

Sin embargo, la heterosexualidad como norma, *heterodoxa* como enuncia Guillermo Núñez, no es universal sino una construcción social con coordenadas históricas y temporales en transformación. Al preguntarnos por la imbricación de sus configuraciones en contextos de enclave, nos preguntamos sobre las particularidades que modelan tanto los privilegios como las imposiciones en un determinado espacio de encuentro de una diversidad –de constante movilidad- de hombres.

Como antropólogas y antropólogos nos movemos en registros e imágenes, especulares o no, sujetas a un referente empírico realizado en el trabajo de campo, lo cual nos permite generar apelaciones del individuo y no del sujeto. La tarea de investigar y dar cuenta de lo social a partir de poner en conflicto la idea de identidad e individuo para no reducir a nuestros colaboradores etnográficos y a nosotros mismos a ciertas cualidades o aspectualidades. La exacerbación de una cualidad, exaltando la cultura como la casa del ser, reduciendo las identidades a esencialidades. Este es el gran reto que se plantea hoy en día dentro de los estudios de las masculinidades, como no esencializar al sujeto de la masculinidad.

Al volver de trabajo de campo y releer mi protocolo de investigación encuentro un giro radical en cómo estaba pensando las masculinidades, donde la imagen que tenía sobre los hombres en Santa Rosalía se rompió ante su dinámica cotidiana de alta movilidad, cambios y aparentes contradicciones.

Por ejemplo, pienso en Ramón Cota (2010), cronista de Santa Rosalía, quien expone que la notoria fama o referencia de Santa Rosalía con la homosexualidad responde a que “no es que haya muchos, sino es que son notorios”, argumentando que dicha notoriedad es una herencia de la compañía minera francesa la cual prefería a varones homosexuales en puestos administrativos y de servicios, con mayor poder de control (Cota, 2013). Ramón Cota habla de ‘los homosexuales’ como una categoría de personas concretas y realizadas por el trabajo, como una subpoblación presente y distinta al resto de la sociedad de Santa Rosalía, cuando sigue explicando que al marcharse los franceses quedaron muchos ‘homosexuales nativos’, capacitados por los franceses, permanecieron en dichos puestos de control para paulatinamente después ocupar otros oficios orientados al comercio y que han llegado a posicionarse notoriamente por su confianza en sí mismos.

Imágenes especulares como la de Ramón Cota juegan aún parte de un imaginario social latente dentro de toda la península californiana, que encontré presente en infinitas conversaciones cuando mencionaba en La Paz, Los Cabos o incluso en Tijuana que me dirigía a Santa Rosalía. Siempre había un chiste o anécdota que hacía referencia a un “pueblo de homosexuales”, que incluía mofas hacia mi persona por tener interés de ir pues en este orden de ideas no había otro fin que no fuera homosexual para querer visitar esta población.

Esta constante adjudicación de identidades y prácticas homoeróticas siguió incluso dentro de Santa Rosalía, como chistes locales de apropiación de este bagaje como parte de un gentilicio cultural, que después entendí formaba parte de un mosaico más amplio de diferenciación de estereotipos entre regiones cercanas: los huraños de la Sierra de San Francisco, los huevones de San Ignacio, los bravos de ‘la Pacífico Norte’, etc.

Santa Rosalía era pues, pueblo de homosexuales y de mineros, lo cual me hacía preguntarme por la organización del trabajo y las determinaciones políticas de género que se dan en tanto que dicho mote o estigma entran en contradicción con la historia social que iba conociendo.

En entrevistas y conversaciones cuando preguntaba por la historia o identidad minera los relatos de homosexualidad se desvanecían para dar paso a reiteradas narrativas de hombres solos, sacrificados del trabajo, expertos empíricos que heredaron un oficio a base de repetición. También de como el pueblo fue ampliando su traza urbana a la disposición de viviendas, prostíbulos y bares como completud del trabajo minero, donde la satisfacción del deseo sexual de trabajadores -exclusivamente masculinos- era parte de las preocupaciones de una administración francesa de la empresa minera.

Hay una reconfiguración de la sexualidad ambivalente de los trabajadores y habitantes de Santa Rosalía que pareciera poner la distinción en el oficio, pero también en una cuestión de clase: obreros heterosexuales y administradores homosexuales. Esta división se acentuaba en las explicaciones de la distribución espacial del pueblo, altamente fragmentada por barrios y espacios destinados a los campamentos mineros y a las casas de los administradores franceses y empleados de confianza.

La generalidad de las pláticas de Santa Rosalía como un pueblo francés ‘lleno de jotos’ o como un pueblo de hombres mineros, con una historia bien identificada en sus acontecimientos y huellas en sus barrios, familias e incluso en la imposición jerárquica de los mandatos de género: los obreros mineros tenían que ser ‘machos’ heterosexuales.

Al respecto Hernán Palermo, en su investigación sobre trabajadores mineros en Argentina (2016a) asume que estos elementos forman parte de una masculinidad hegemónica que se va erigiendo como un tipo ideal que rara vez se realiza, que termina siendo una presión imposible de alcanzar, un deseo siempre insatisfecho (Palermo, 2016a: 103).

Sus investigaciones dan cuenta de cómo en el servicio militar y trabajo minero –como prácticas tradicionalmente de varones- no solo confieren un marco de género sino también una experiencia sexualizadora del deseo, que ante su imposibilidad de concreción, encontramos frecuentemente prácticas donde los hombres se exponen tanto a la prostitución como a las prácticas homoeróticas como únicos medios de experimentar su deseo configurado por este mandato de género.

Entendí al vivir en la comunidad de Santa Rosalía y encontrarme con estos relatos de parte de habitantes relacionados actualmente o no con el trabajo de la minería, que si bien la actividad en concreto del trabajo minero no conlleva en sí misma una influencia en la sexualidad de los trabajadores, es el contexto y organización del trabajo en torno a la disposición de los medios de producción y el campo sexo-genérico en el que se desarrollan, lo que nos va a dar una serie de disposiciones sobre cómo las contenciones corporales, espaciales y temporales impuestas por el trabajo van a tener determinaciones concretas en el sujeto.

Entonces, dar cuenta de las masculinidades que operan en el presente en Santa Rosalía implicó en su análisis dar cuenta de los procesos de constitución de sus determinados mandatos sexo-genéricos que estructuran y organizan tanto el trabajo como la vida de este enclave minero.

Para esto, podríamos situar cuatro marcadas temporalidades que juegan parte de sus concreciones:

- 1) 70 años de una minera administrada por un enclave empresarial francés que fundó la población a partir de un sistema de enganches y dio forma estructural de vivienda, servicios y festividades en torno al trabajo minero y la fuerte influencia cultural francesa,

2) 30 años en un proceso de mexicanización de la minería y declive productiva que desembocaron en éxodos masivos de trabajadores mineros y sus familias, así como la apertura a otras alternativas económicas,

3) 30 años sin trabajo minero con una incursión intensiva a la pesca –especialmente del calamar- que vuelve dar crecimiento económico que motive nuevos flujos de inmigración regional y por último una nueva ola productiva minera con la llegada de inversores canadienses y

4) luego surcoreanos a partir 2014 que reactivan la narrativa de ‘un pueblo minero’ que se remite a su pasado francés, y que también incentiva nuevos flujos migratorios tanto internacionales como nacionales, donde destacan la llegada de trabajadores mineros formados en su oficio en otras experiencias extractivistas del país.

Estos cuatro cortes temporales nos ofrecen una reestructuración jerárquica de la organización del trabajo en contextos de enclave, donde se gestan núcleos poblacionales –temporales y definitivos- diferenciados en conflictos, roces y coincidencias que dan como resultado la configuración constante pero también la permanencia de un conjunto diverso de mandatos de género que se va consolidando y ejerciendo una sujeción genérica a hombres y mujeres que habitan la población.

Estos mandatos de género pueden ser contrastantes o coincidentes ante una masa trabajadora constituida de distintas migraciones internacionales (surcoreanos, chinos, canadienses, estadounidenses) y nacionales (sonorenses, yaquis (yoemes), coahuilenses, oaxaqueños, principalmente) donde la movilidad es un eje de análisis no sólo de dichos núcleos poblacionales, sino de los propios mandatos, temporalidades y estructuras de violencia.

La reactivación del trabajo de la minería a partir de nuevas lógicas, tecnologías, circuitos migratorios y organización del trabajo, generan cambios en las relaciones de género al revitalizar, incorporar cambiar o imponer nuevos aspectos de mandatos de género, dándose nuevas manifestaciones y situaciones de socialización de masculinidades que van articulando y configurando tanto mandatos de género como prácticas en disidencia, lucha y resistencia de vivir sus sexualidades e identidades generizadas.

Uno de los rasgos más sobresalientes en términos de género y división sexual del trabajo, es que esta ‘nueva minería’ incorporó por primera vez en la población a las mujeres en puestos de trabajo operativos de la minería, como operadoras de yucles⁸, trabajadoras de almacén, supervisoras de seguridad en extracción subterránea y a ‘cielo abierto’, arquitectas en la construcción de estructuras industriales, ingenieras y químicas a cargo de la evaluación de la concentración de mineral en las extracciones, entre otros puestos de trabajo.

Es decir, dedicarse y emplearse en el trabajo de la minería ya no es exclusivo a varones y esto también tiene sus repercusiones en las narrativas masculinas sobre el ser minero o trabajador de la minería, así como la reconfiguración de relaciones de género tanto dentro como fuera del trabajo. Estos cambios visibles en esta nueva temporalidad no se pueden explicar sin tener un contexto más amplio del campo sexo-afectivo de otras temporalidades que marcaron mandatos, expresiones y relaciones de género aún presentes y con las que entran en tensión y articulación de la propia realización de género de sus habitantes.

⁸ Camión industrial de dos pisos de altura que mueven los tajos de arena y mineral minados por otras maquinarias de trascabo o de dinamitar.

Dentro de la población, la incorporación constante de nuevos habitantes producto del circuito migratorio a partir del cual opera la demanda de trabajo de la empresa minera actual, genera tensiones y diferenciaciones polarizadas que van marcando la manera de habitar el enclave en dos grandes conglomerados: locales y foráneos.

Mientras que los foráneos son construidos en la generalidad como aquellos empleados de Boleo que provienen de diversos lugares del país, así como de Corea del Sur, los 'locales' es una categoría de mayor complejidad en su construcción. Dado las cualidades de enclave que han involucrado una constante movilidad y orígenes de su población, el común denominador al cual se le van sumando atributos y exigencias dependiendo del contexto y relaciones de comprobar dicha localidad, es el asentarse. Es decir, comprobar el asentamiento 'aparentemente' definitivo dentro de la localidad a través de ser descendiente o tener descendientes asentados -hay una exigencia primordial atravesada por la procreación y reproducción social-, comprar un terreno o casa, casarse/juntarse con alguien de la localidad y tener planes proyectivos de asentamiento.

Resalto la aparente definitividad del asentamiento pues es común encontrar en las trayectorias familiares de generaciones que incluso han nacido en Santa Rosalía, referentes migratorios diversos de sus ancestros, pero también de sus familiares. Aún más, dentro de su trayectoria educativa o laboral e incluso en los proyectos propios y de sus hijos donde la movilidad marca un elemento indisociable.

Aunque Santa Rosalía es el municipio más grande del país, sólo cuenta con un instituto de estudios superiores limitado a cuatro carreras, tres grandes ofertas laborales (minería por El Boleo, ingeniería y electricidad por la planta térmica y el propio Ayuntamiento), una infraestructura de comercios y servicios dependiente de la importación de bienes de otras ciudades y estados, un nulo campo agrícola y una muy reducida empresa ganadera por las condiciones desérticas de su territorio.

Esto genera que la población que nace y crece en Santa Rosalía tenga salir, temporalmente o emigrar, para estudiar fuera de las ofertas de carreras del reciente instituto técnico, emplearse y adquirir experiencia profesional fuera de los rubros de la minería, electricidad y burocracia, generar los lazos y experiencia suficiente para establecer un comercio o negocio que depende de proveedores de fuera. Es decir, la movilidad temporal o permanente marca una tendencia de la población de Santa Rosalía, haciendo su propia condición de enclave un pueblo de migrantes. La única diferenciación con la construcción del otro como foráneos, radica en el asentamiento y generación de sentidos de pertenencia.

Quienes se han asentado en Santa Rosalía por antonomasia han sido migrantes pues no existía una población antes que la empresa minera, el pueblo se creó junto con la industria. Si uno explora en los árboles genealógicos de sus habitantes, incluso los más arraigados encuentra que son cuarta o quinta generación de migrantes provenientes de Vícam, Hermosillo, Guaymas (Sonora), Mexicali (Baja California), San Ignacio, La Paz, la Sierra de San Francisco, Bahía Asunción o Bahía Tortugas (Baja California Sur), por mencionar algunos lugares.

Estos lugares siguen presentes en la cultura alimenticia, identitaria y de género de quienes han nacido y asentado en Santa Rosalía. Así, que dar cuenta de una cultura local frente a una foránea en Santa Rosalía es un contrasentido, siendo de mayor utilidad partir de las representaciones y construcciones de local y del otro como foráneo como punto de encuentro e interacciones que dan lugar a específicas relaciones de género.

Los trabajadores y habitantes de Santa Rosalía van y vienen, así también sus imágenes e imaginarios lo que va configurando el orden de género jerárquico establecido. Sin embargo, algo permanece y su condición de enclave centrada en los trabajos de explotación extractivista.

Al apelar a sus condiciones de enclave podemos dar cuenta de las pautas y permanencias que dejan inscritas determinadas relaciones y fenómenos de género sin caer –como caí yo inicialmente- en imágenes especulares dentro de las narrativas recurrentes sobre Santa Rosalía, sus hombres y su minería.

Entonces hablar de la cultura como lo dado, como un marco de referencia, no permitirá conocer nada de la dinámica del trabajo minero si no se sigue este proceso de estabilidad que se contradice entre estos distintos lapsos de actividad, pausa, cierre y reapertura del trabajo minero. La primera obligación etnográfica es ver como se fue construyendo un marco de referencia local-común y además como se rompe.

En términos nominales las categorías hombre y mujer no son individuos ni personas sino referencias cómodas para apelar a un conjunto de rasgos sexuales comunes sobre las cuales se les adjudica socialmente una serie de atributos diferenciados que constituyen los roles de género.

Nominalmente apelamos entonces, no a estas categorías como diferenciaciones sexuales en cuanto a sus órganos reproductivos, sino como categorías para entender al sujeto y su *generización* a partir de un sistema sexo-género basado en el patriarcado como forma de dominación.

El género atraviesa las diversas prácticas, identidades e instituciones que intervienen en el proceso de inmigración e incorporación laboral en un pueblo minero que atiende a rupturas temporales de acuerdo con cada pauta de organización del trabajo minero pesca o economía de servicios; hacerlo de manera procesual y observada desde operaciones cotidianas.

La incursión de nuevas tecnologías de extracción minera y una nueva organización del trabajo genera una ruptura importante a tomar en cuenta entre las distintas generaciones de hombres a tomar en cuenta en la comunidad, ya que somete a los individuos, Hernán Palermo y Carlos León (2016) dirán que, a toda una clase trabajadora, a condiciones objetivas y subjetivas condicionadas por los mismos medios de producción que modelan las prácticas laborales (Palermo y León, 2016: 54).

Las nuevas tecnologías de extracción minera conllevan a la operación de sistemas mecanizados que movilizan una gran variedad de maquinarias donde el requerimiento de habilidades no se deposita, como anteriormente, en la corporalidad de los trabajadores.

Juan Luis Sariego, antropólogo que se dedicó a estudiar la cultura minera en el noroeste mexicano, encuentra este cambio vital dentro de las maneras de entenderse hombre a partir del trabajo para los mineros:

El trabajo minero [era] por naturaleza duro, rudo, peligroso, subterráneo, que implicaba siempre una especie de juego, reto a la muerte. Esa condición laboral tan particular dio lugar a una manera de vivir, expresada en muchas maneras como la solidaridad y profunda religiosidad ligada a esa cultura de la muerte.

Hasta a los años ochenta era un proceso manual, que implicaba mucha fuerza física y dependía del esfuerzo del minero, lo cual le otorgaba una posición fuerte de negociación frente a las empresas. A partir de los años noventa empiezan a introducirse las grandes máquinas, tanto de trabajo subterráneo como en tajos a cielo abierto. Todo esto provocó que el trabajo se modificara. El obrero ya no autorregula tanto la productividad, son las máquinas las que establecen ahora los niveles de productividad. (Sariego en Torres, 2021: 3)

Hubo una resignificación de la relación del trabajo minero, en la que argumenta Sariego, no se extinguió el componente de riesgo de su identidad, sino que se trasladó a otros ámbitos de las actividades laborales. Como lo han registrado Palermo y León a raíz de su estudio con trabajadores en una mina de carbón en Río Escondido (Coahuila), “la valentía” y “actitud temeraria” ya no es la centralidad de los mineros que operan maquinarias de explotación “a cielo abierto”⁹ de las nuevas mineras.

Hay una transición de valorización del trabajo minero a partir del conocimiento de manipulación del equipo tecnológico y cumplimiento de órdenes de seguridad. Hay una coincidencia en torno a la masculinidad y los requerimientos técnicos del trabajo. El sistema capitalista requiere de un sistema de género específico de acuerdo con los modos de producción, fuerzas productivas y relaciones de producción (Connell en Palermo y León: 57).

La manera en que se acuerpa experimenta y significa este sistema de género que responde a una estructura económica y capitalista específica, en este caso de enclave global, pero también a inscripciones puntuales del disciplinamiento fabril que se hace sentir a partir de la fábrica. Con esto quiero argumentar que la heteronormatividad del campo sexual no es una cosa dada, un sistema sexo-género natural ni normal, sino social e históricamente construido, donde a la diversidad de narrativas y significaciones del ser hombre se les clasifica, jerarquiza y racializa bajo un esquema heterosexual que niega u omite sus expresiones (femeninas) fuera de su lógica.

⁹ La minería a “cielo abierto” implica dinamitar y extraer grandes cantidades de tierra para llegar a la profundidad en la que se encuentran los minerales bajo un nivel siempre conectado con la superficie, en lugar de hacer túneles para llegar a ellos.

El problema de investigación de masculinidad, en plural, que forman parte de un determinado campo sexual dominado por una heterosexualidad como institución es romper con la mirada esencializadora de pensar los varones bajo el común denominador de la heterosexualidad hegemónica e incluso leer las resistencias y luchas únicamente bajo categorías políticas de resistencia históricamente constituidas bajo contextos específicos, como el ser *gay*, homosexual, marcia, joto, *queer*.

La tesis que sostengo a lo largo del escrito es que Santa Rosalía se erige en su presente como un campo social –poroso y cambiante- que mantiene una lógica de enclave minero, en sus condiciones económicas y culturales, que se configuran en lo público bajo una heteronormatividad como cultura dominante masculina.

Estas masculinidades se dan de manera fragmentadas, dando espacio a la diversidad sexual y de género, así como a múltiples narrativas de entenderse hombre, según los propios referentes culturales que paulatinamente se incorporan como parte de su constitución migratoria de inmigraciones y emigraciones. El resultado de este proceso son masculinidades de enclave como una particular cultura masculina que toma forma a partir del juego dialéctico entre las categorías foráneo y local.

Aún más, las masculinidades que se entienden y presentan como locales –en constante cambio e incorporación de ‘expresiones foráneas’- albergan dentro de sus propios encuentros y desencuentros, tensiones específicas que dan lugar a prácticas culturales propias.

A partir de diversos espacios homosociales donde la confianza fraternal o exclusiva entre varones genera procesos de socialización donde se dan rupturas, abandono y/o modificación de mandatos de género al incorporar gestos, expresiones, discursos y posicionamientos categorizados como femeninos –desde una lógica que no rompe con un orden de género de la heterosexualidad.

Así, desarrollar esta tesis me lleva a generar una serie de reflexiones de carácter teórico sobre las masculinidades que se entienden y presentan como heterosexuales, que son en sí mismas más complejas y contradictorias de lo que tendemos a esencializarlas en los estudios de género. La heterosexualidad es una institución que genera privilegios e imposiciones que favorecen a los varones que se enuncian desde la masculinidad, pero que a su vez son en sí misma fuente y bifurcación de la diversidad de significados del entenderse hombre.

Este orden de ideas implica pensar la multidimensionalidad o si se quiere la interseccionalidad de la heterosexualidad que se manifiesta no sólo como pacto u orden de género, sino como lenguaje, demostración, punto de encuentro de una diversidad clasificada y estamentada por cuestiones de clase, etnia, racialización, grupo etario, trayectoria laboral y trayectoria de vida. Hay un lenguaje que los une y reúne: la heterosexualidad como institución.

Desmenuzar la tesis de ‘masculinidades de enclave’ es abrir la discusión de repensarnos la manera en que definimos y entendemos la heterosexualidad, como matriz procesual de la que emerge la dimensión tripartita que conforma la enunciación masculina: hacia y contra lo femenino, distinguiéndose de otras masculinidades posibles y hacia sí misma como ejercicio de autorrealización.

En el siguiente apartado presento cómo formulé las preguntas y objetivos de investigación que orientaron el trabajo de campo, análisis de datos y presentación de resultados.

II. Preguntas y objetivos de investigación.

Con el fin de describir y analizar las distintas narrativas de masculinidad, significados de ser hombre y sobre cómo se ponen en juego bajo su experiencia en contextos de enclave (minero), la pregunta de investigación planteada fue: ¿cuál es la influencia del contexto de enclave minero en la producción, reproducción o reforzamiento de expresiones y prácticas sobre el ser hombre en Santa Rosalía?

De la cual se desprendieron las siguientes preguntas particulares: ¿qué experiencias masculinas del ser hombre produce o reproduce las condiciones de enclave?, ¿de qué manera conviven y coexisten las distintas maneras de ser hombre en contextos de enclave? y ¿cuál es la relación de la heterosexualidad con las experiencias y prácticas de ser hombre en contextos de enclave?

Por ello, el estudio del trabajo minero se volvió el punto de partida para observar y comprender las masculinidades. Debido a los alcances y limitaciones de las metodologías empleadas, se privilegiaron los datos obtenidos a partir de la observación, conversaciones y entrevistas realizadas fuera de los campos de observación etnográfica del propio trabajo minero, siendo los resultados presentados productos de una perspectiva de análisis desde la presencia y relaciones de género de estas masculinidades en el espacio público y ciertos espacios privados de la comunidad de Santa Rosalía.

A través de entrevistas, conversaciones etnográficas (presenciales y digitales) y observación participante en distintos espacios de socialización de varones trabajadores y habitantes, tanto de los campamentos mineros como de la zona habitacional de la población de Santa Rosalía, la construcción del dato etnográfico de esta tesis busca analizar la influencia de las condiciones de enclave en la configuración de masculinidades que se reúnen y conviven en distintos espacios de Santa Rosalía.

Por ello, el objetivo de investigación es describir y analizar las distintas expresiones y prácticas que conforman las masculinidades de varones dentro del marco de la heterosexualidad de la población y el complejo minero industrial de Santa Rosalía (Mulegé, Baja California Sur), donde es determinante en su conformación las condiciones de enclave e interacción en espacios homosociales.

Los objetivos particulares planteados, que guían a cada uno de los apartados o capítulos de esta tesis, fueron los siguientes:

1. Contribuir a la discusión teórica de género feminista y estudios queer sobre masculinidades que dan cuenta de la diversidad de prácticas y expresiones de varones que en su socialización, coinciden y conviven bajo el lenguaje de la heterosexualidad como institución social.
2. Contribuir a la discusión teórica sobre trabajo, desde la economía política, para plantear las características de habitar y trabajar en condiciones de enclave y su relación en la conformación de expresiones y prácticas de masculinidades.
3. Revisitar el estado del arte de las investigaciones realizadas sobre masculinidades y heterosexualidad en contextos de enclave del noroeste mexicano, resaltando sus ausencias o limitaciones que justifican la pertinencia del concepto de masculinidades de enclave.
4. Identificar las características de vivir y trabajar en las condiciones de enclave, en su relación con la producción y reproducción de expresiones y prácticas masculinas de los varones.
5. Analizar la diversidad de expresiones y prácticas de los colaborados etnográficos que conforman su masculinidad respecto a la heterosexualidad como institución social.

6. Establecer la relación de las expresiones y prácticas de socialización masculinas en espacios homosociales, entre varones heterosexuales bajo las condiciones de enclave de Santa Rosalía.

Detrás de todos ellos, está el objetivo personal de contribuir al conocimiento de rutas de acción posible para erradicar las violencias sobre las cuáles se constituye la masculinidad. Mi postura es que, para plantear masculinidades alternas al patriarcado, es necesario reconocer aquellas que han estado históricamente presentes y bajo distintas prácticas y resistencias se han cuestionado o abandonado el camino de las masculinidades hegemónicas.

En el siguiente apartado presento los métodos y técnicas metodológicas utilizados para realizar el trabajo de campo, los principales resultados obtenidos y su uso analítico para responder las preguntas de investigación.

III. Aproximación metodológica.

Los métodos y herramientas de investigación empleados para investigar las masculinidades desde las presentaciones y representaciones de su diversidad en contextos de enclave, dónde cobró un peso importante –evocando a Goffman- mi presentación *masculina* en la vida cotidiana, fueron las siguientes:

- 1) observación participante a través de ‘códigos temáticos de género’, 2) elicitación fotográfica como método interpretativo de la narrativa biográfica (BNIM), 3) Cibernografía, 4) aproximación a espacios de vinculación homosocial y 5) entrevistas semi-estructuradas; todas ellas bajo la constante retroalimentación, cotejo y generación de interrogantes que surgieron a partir del registro y consulta continua del Diario de Campo.

El diario de campo ocupó un papel central del proceso de investigación, pues los datos más interesantes nacían de la reflexión u ‘observaciones pensadas’ una vez que registraba en él mismo los eventos, dinámicas e interacciones con mujeres y hombres de Santa Rosalía; siendo estos registros el hilo etnográfico de los resultados de investigación.

La elicitación fotográfica no funcionó como se esperaba en cuanto a la articulación de narrativas biográficas centradas en el trabajo y la masculinidad. La mayoría de las fotografías resguardadas por los habitantes del pueblo, así como las que enfáticamente decidían compartir, tenían que ver con fotografías de principios del siglo XX y retrataban distintos aspectos de la historia industrial minera francesa que dio vida al pueblo. Se apelaba a la memoria histórica del pueblo y no a interpretaciones personales o íntimas de los acontecimientos.

En cambio, tuve la oportunidad de que me compartieran fotografías por distintas redes sociales, WhatsApp, Facebook o Instagram. A partir de ellas se produjo conversaciones etnográficas sobre su participación actual en el trabajo minero, los datos y fotos más antiguas desde 2014.

Por ello, la Cibernografía o etnografía a través de redes sociales resultó muy productiva tanto para contactar con trabajadores, como compartir fotos y vídeos sobre su cotidianeidad en Santa Rosalía. La intencionalidad de esta etnografía es captar múltiples registros de sentido a partir del uso y consumo de redes sociales donde di mayor atención a Facebook y LinkedIn como plataformas virtuales de expresiones culturales, políticas e incluso emocionales donde la performatividad de la masculinidad es visible a través de fotografías, comentarios, contenidos compartidos y en el caso de LinkedIn, la manera de presentarse profesionalmente y que atributos o habilidades se resaltan.

La aproximación de espacios de vinculación homosocial cobro mayor importancia en tanto que ayudaron a develar los significados de los espacios exclusivamente masculinos, donde según Lionel Tiger (1984), se dialogan y cuestionan cotidianamente mandatos de lo que implica localmente ser hombre. Participé en varios espacios exclusivos de varones con distintas dinámicas y particularidades, enfatizando y privilegiando mi observación etnográfica en los espacios que he denominado ‘polladas’.

Si bien, hay otros espacios y situaciones de observación participante, este escenario por sí mismo ofrece distintas interacciones, formación de agrupaciones y dinámicas que generan prácticas sobre ciertas temáticas, mayor intimidad o intencionalidad a partir de condiciones que comparten: rango etario, situación laboral, pero sobre todo, sus masculinidades.

Así, aunque no se dejó de lado el interés por la presencia e impacto del trabajo minero en la población, se incorporaron nuevas perspectivas y maneras de entender desde la comunidad los múltiples significados y maneras de ser hombre.

El resultado de los datos recabados, fueron 140 grabaciones de entrevistas y conversaciones etnográficas, 180 grabaciones audiovisuales y un diario de campo con notas descriptivas y reflexivas del periodo de campo de octubre de 2018 a octubre de 2019.

Para la escritura de la tesis y argumentación de cada capítulo, se seleccionaron los casos de 47 varones por su consistencia y suficiencia de información para poder realizar inferencias, comparaciones, descripciones y citas de sus propias narrativas, experiencias y prácticas.

Con el consentimiento de parte de las colaboradoras y colaboradores para usar sus narrativas y experiencias compartidas bajo un uso exclusivamente académico, huelga decir que se modificaron sus nombres con un alias, así como el cambio de algunas ciudades de origen, edad y puestos de trabajo con el fin de guardar confidencialidad de las personas que participaron en esta investigación.

Como parte del ejercicio dialógico de interpretar las masculinidades observadas a partir de mi propia masculinidad, me presento a mí mismo bajo las mismas categorías descriptivas e indicadores que siguen a continuación: Sergio (Caminos), de 32 años, soltero, heterosexual, sin hijxs, con estudios de posgrado, estudiante del CIESAS, originario de Morelia (Michoacán), habité sólo un año en Santa Rosalía.

Aunque llevo cinco años en una relación abierta con mi compañera de vida -en aras de construir una relación desde el poliamor- y tuve una inmersión etnográfica en el contexto de los albuces en Tepito, me costó trabajo lidiar con el cotidiano acoso sexual como parte de las salidas homosociales con varones en Santa Rosalía. Era muy tímido para participar en los aforismos y *carrilla* sexual de las charlas cotidianas, me costó mucho trabajo mantener y controlar el deseo heterosexual de sexuar con personas con quien tuve afinidades afectivas; me entiendo desde la heterosexualidad y diría que a la fecha hay mandatos heteronormativos que rigen mi manera de presentarme e interceder socialmente.

A continuación, presento dos cuadros de los colaboradores etnográficos, uno de mujeres y otro de varones, con datos descriptivos acompañados de indicadores que ayudarán al lector a ubicar y entender cada caso con mayor claridad al momento que aparezcan en el cuerpo del texto de cada uno de los capítulos.

Colaboradoras etnográficas.

Es notorio que las entrevistas y casos seleccionados fueron más de varones que de mujeres, debido a la búsqueda de analizar masculinidades. Sin embargo, la participación de las mujeres en la construcción de la masculinidad es innegable y reducir el estudio a la única observación de varones no sólo implicaría un sesgo de género, sino una negación de que las masculinidades afectan a todos los cuerpos: infancias, mujeres, varones heterosexuales, homosexuales, transgénero, travestis, transexuales e intersexuales por igual.

De esta manera, si bien se privilegiaron los testimonios y narrativas masculinas de los varones, la investigación busca dar cuenta de cómo las mujeres leen, interpretan, resisten y negocian (Gutmann, 2016) con la masculinidad. En la tabla se muestran los casos de colaboradores que me ayudaron a entender mejor a los varones con los que convivía, ya sea por su relación como amistades, madres, esposas, novias, empleadas, jefas o subordinadas. Debo decir además que fueron varias de estas mujeres las que me abrieron el campo y posibilidad de conocer mejor a varios varones, por lo cual dejar su participación a un lado del proceso de investigación sería una negación de su aporte en la recolección de datos aquí vertida.

ALIAS	EDAD	ESTADO CIVIL	hijxs	ESCOLARIDAD	OCUPACION	Lugar Trabajo	Ciudad de Origen	TIEMPO SANTA ROSALÍA (2019)
Violeta	34	soltera	1F	universidad	funcionaria pública	Ayuntamiento	Santa Rosalía, BCS	-
Lucero	54	soltera	2F	secundaria	policía	Ayuntamiento	La Paz, BCS	10 años
Alaia	32	soltera	-	posgrado	bióloga	CAOPAS	Monterrey, NL	6 años
Mar	47	divorciada	2F	preparatoria	jefa resp. Social	Hagamos Mas por Santa Rosalía	Santa Rosalía, BCS	-
Zaira	30	soltera	-	posgrado	nutricionista	Hospital Gral	Santa Rosalía, BCS	-
Margarita	44	divorciada	1F, 1M	universidad	pediatra	Hospital Gral	Mexicali, BC	19 años
Thalía	58	viuda	1F, 1M	preparatoria	comerciante	independiente	Santa Rosalía, BCS	-
Anahí	31	casada	-	universidad	comerciante	independiente	Santa Rosalía, BCS	-
Thelma	37	casada	1M	preparatoria	trabajadora del hogar	independiente	Santa Rosalía, BCS	-
Kenny	45	casada	2F	preparatoria	comerciante	independiente	Bahía Tortugas, BCS	27 años
Rita	38	soltera	1F	universidad	bióloga	ITESME	Ciudad de México	30 años
Isadora	49	casada	2F	preparatoria	obrero	MMB	Santa Rosalía, BCS	-
Hannah	44	soltera	-	posgrado	intérprete	MMB	Annyang, Corea del Sur	4 años
Gabriela	29	soltera	-	universidad	ingeniera química	MMB	Durango, Dgo.	4 años
Carolina	34	soltera	-	universidad	arquitecta	MMB	Pachuca, Hgo.	4 años
Naoko	29	soltera	-	universidad	ingeniera química	MMB	Torreón, Coah.	5 años
Dolores	40	divorciada	1F	preparatoria	jefa de sitio	Museo Minería	Santa Rosalía, BCS	-
Dalila	35	soltera	1F	preparatoria	empresadora	Nitro Gym	Ensenada, BC	15 años
Qiu Jin	38	casada	1F, 1M	universidad	comerciante	Restaurante Beijing	Cantón, China	11 años
Águeda	41	casada	2F	universidad	funcionaria pública		Santa Rosalía, BCS	-

Tabla 1. Descripción de datos de las colaboradoras etnográficas.

Por ejemplo, destaco el caso de Mar quien me permitió entender las problemáticas cotidianas de Santa Rosalía a partir de la asociación en la que está a la cabeza. También de Margarita, quien ha llevado una serie de acciones artísticas que buscan reivindicar desde una postura feminista el esfuerzo por la igualdad de género que se puede granjear desde la literatura. Ella me confió algunas tensiones y relaciones de género violentas que ella ha percibe en Santa Rosalía. A partir de los datos presentados, a diferencia de los varones, podemos ver como en el caso de las mujeres migrantes que se han asentado en la localidad sus temporalidad y oficios no coinciden con los ciclos industriales de la minería de manera directa. Es decir, no migraron por el trabajo de la minería ni por acompañar y cuidar¹⁰ a varones que se emplearon en MMB.

Los trabajos de las mujeres son diversos, tendiendo al autoempleo y comercio, más allá de los empleos relacionados con el trabajo de la minería. Aquellas que si se han empleado en MMB tienen una temporalidad de 4 a 5 años en Santa Rosalía, demostrando un patrón de deserción menor que los varones, que tienden a durar dos años menos.

El ciclo de enganche y contrataciones de MM suele ser escalonado. Después de los dos meses forzosos de prueba, que involucran la capacitación de seguridad de todas las áreas de la empresa así como habitar en los campamentos mineros, la contratación suele ser de un año, para renovarse el contrato por dos años. Bajo esta lógica de contratos, los varones tenderían a renovar su contrato sólo una vez mientras que las mujeres entrevistadas lo habrían renovado por lo menos dos veces.

¹⁰ Siguiendo el trabajo feminista de Cristina Vega y Miryam Paredes (2018), entendemos los cuidados como todas las actividades dedicadas a la restitución diaria de los sujetos en su ámbito emocional, subjetivo, corporal y material.

Diez de ellas son solteras, seis casadas y una viuda. Trece son madres, ninguna tiene más de dos hijos. La mayoría tiene estudios de nivel superior. De las mujeres locales, varias de ellas trabajaron en la maquiladora de calamar o en MMB, o en ambas. Estas experiencias laborales les permitió tener un tipo de relación laboral con los coreanos bajo distintas esferas y dinámicas, teniendo una imagen y representación muy sólida sobre la cultura masculina coreana.

Podríamos decir que si bien la mayoría viven y ejercen su sexualidad desde una pretendida heterosexualidad obligatoria, como argumenta Adrienne Rich (1980), entre las colaboradoras etnográficas hay también mujeres lesbianas que pasan desapercibidas ante el discurso público de la homosexualidad. Las referencias a mujeres lesbianas no forman parte de los chascarrillos, bromas y adjudicaciones de Santa Rosalía identificado regionalmente como ‘poblado de maricones’.

Muchas de estas mujeres que tuve la fortuna de conocer y entrevistar, se encontraban en el momento de mi trabajo de campo en posiciones de poder dentro de sus espacios laborales dentro de MMB y otros espacios laborales en la población. Además, participaban en sus unidades domésticas como sostén económico, además de organizar o llevar a cabo del trabajo doméstico.

Colaboradores etnográficos

En el caso de los varones, aunque se privilegió el buscar entrevistar mineros y trabajadores de MMB, el resultado obtenido fue más diverso. Treinta se encontraban trabajando dentro de MMB al momento de las entrevistas, de los cuales 11 ejercían la profesión de minero bajo las técnicas de explotación subterránea o en superficie.

En color verde se marca quienes contaban en su trayectoria laboral alguna otra experiencia laboral relacionada al trabajo de la minería. En el caso de los locales, habían participado en alguna etapa del ciclo industrial de la minería de cobre en Santa Rosalía mientras que los foráneos habían participado en otros espacios de explotación minera, como es el caso de los mineros de Coahuila que habían trabajado previamente en minas de carbón.

Tabla de Indicadores

Experiencia en trabajo de minería
Paternidades observadas
Heterosexualidad normativa
3Gen.: 62-89
2Gen.: 40-58
1Gen.: 25-39

ALIAS	EDAD	ESTADO CIVIL	hijxs	ESCOLARIDAD	OCUPACION	Lugar Trabajo	Ciudad de Origen	TIEMPO en SR
Aarón	33	soltero	-	posgrado	médico	IMSS	La Paz, B.C.S.	4 años
Adal	27	soltero	-	preparatoria	obrero	MMB	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Andrew	40	casado	1M	preparatoria	minero	MMB	Algodones, BC.	7 años
Basilio	32	casado	-	universidad	ingeniero industrial	MMB	Chalma, Ver.	5 años
Beto Song	44	casado	1F, 1M	Ing. Medio Ambiente	gerente KORES	MMB	Buyeo, Corea del Sur	3 años
Caín	37	casado	2M	preparatoria	intérprete	MMB	Tijuana, BC	6 años
Chalino	33	soltero	-	universidad	intérprete	MMB	Hermosillo, Son.	3 años
Chivo	52	soltero	3hijos	secundaria	pescador	independiente	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Cristian Kim	25	soltero	-	posgrado	ingeniero	MMB	Lima, Perú	1 año
Damián Ojeda	29	casado	3M	Primaria	minero	MMB	San Francisco, B.C.S.	10 años
Juan	83	soltero	-	secundaria	obrero	LPDF	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Fabián	54	casado	1F, 1M	preparatoria	minero	MMB	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Fernando	40	casado	2F,2M	preparatoria	ingeniero químico	MMB	Lázaro Cárdenas, Mich.	7 años
Gary	29	soltero	-	universidad	administrativo	MMB	Ciudad de México	4 años
Guille	28	soltero	1 hija	preparatoria	funcionario público	Ayuntamiento	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Guillermo	82	casado	3F, 2M	primaria	Pescador/poeta	independiente	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Hilario	30	soltero	-	universidad	administrativo	Banco Azteca	Navojoa, Son.	5 años
Humberto 'el	48	soltero	2 hijos	preparatoria	minero	MMB	Barroterán, Coahuila	3 años

Koreano'								
Irineo	30	divorciado	1M	secundaria	minero	MMB	Barroterán, Coah.	2 años
Javier	58	casado	2F, 1M	universidad	obrero	ITESME	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Jimmy Lemebel	42	casado	-	preparatoria	Emprendedor	Hotdogs Jimmy	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Jorge	28	soltero	-	universidad	ingeniero químico	MMB	Satélite, Mex.	2 años
José Iván	29	soltero	-	posgrado	ingeniero químico	MMB	Huandacareo, Mich.	2 años
Josué	33	casado	2F	universidad	ingeniero industrial	MMB	Huiramba, Mich.	5 años
Lorenzo	40	soltero	-	universidad	ingeniero	MMB	Ciudad Obregón, Son.	1 año
Manuel	66	casado	3M	universidad	Minero-topógrafo	MMB	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Mariano	25	soltero	-	universidad	administrativo	MMB	Bahía Asunción, B.C.S.	7 años
Mateo	55	casado	2F	secundaria	albañil	independiente	Santa Rosalía	-
Miguel	45	divorciado	2M	universidad	obrero	ITESME	Mulegé, B.C.S.	5 años
Nicanor	55	casado	2F, 1M	preparatoria	pescador	independiente	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Octavio	31	soltero	-	universidad	administrativo	MMB	Satélite, Mex.	3 años
Osuna	27	soltero	-	secundaria	minero	MMB	Barroterán, Coah.	3 años
Yaqui	33	soltero	-	preparatoria	ingeniero industrial	MMB	Bahía Asunción, B.C.S.	2 años
Pino	89	casado	5F, 7M	primaria	minero jubilado	Boleo	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Prof. Eider	62	soltero	-	universidad	profesor	Secundaria Pública	Guaymas, Son.	12 años
Rafa	32	casado	1F	preparatoria	minero	MMB	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Ramiro	32	casado	-	secundaria	vigilante	Museo Minería	San Francisco, B.C.S.	3 años
Rodrigo	36	soltero	-	universidad	minero	MMB	Coatzacoalcos, Ver.	6 años
Román	29	soltero	-	universidad	contador	MMB	La Paz, B.C.S.	7 años
Samir	34	soltero	-	universidad	profesor	Secundaria Pública	Cd. Constitución, B.C.S.	3 años
Sayangnim	69	casado	1M	posgrado	director/CEO	MMB	Seúl, Corea del Sur	1 año
Tadeo	33	casado	1M	universidad	ingeniero industrial	MMB	Morelia, Mich.	3 años
Tosali	48	divorciado	2F	posgrado	minero	MMB	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Valentín	37	casado	1F	posgrado	obrero	Hospital Gral	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Vato	30	soltero	-	universidad	obrero	MMB	Hermosillo, Son.	1 año
Yito	81	soltero	-	primaria	minero jubilado	Boleo	Santa Rosalía, B.C.S.	-
Zacarías	51	casado	2M	preparatoria	obrero	MMB	Santa Rosalía, B.C.S.	-

Tabla 2. Descripción de los colaboradores etnográficos.

De los trabajadores de MMB, se cuentan con tres grupos representativos: 1) mineros, 2) ingenieros y 3) personal administrativo. Estas tres ocupaciones o áreas permiten diversificar la mirada sobre el trabajo minero hacia otras actividades y esfuerzos, pero sobre todo jerarquizaciones laborales que se traducen en una desigualdad de condiciones y salarios. De los foráneos, mientras que los ingenieros y gerentes habitan el *upper camp* lleno de amenidades y compartiendo el cuarto sólo con una persona, los mineros y obreros habitan el *lower camp* compartiendo cuatro con cuatro trabajadores, así como una limitación de comodidades y amenidades.

Es notorio como la mayoría de los casos son de la generación a la que pertenezco, 26 de los 47 casos tienen entre 25 y 39 años. Después seguirían 14 que tienen entre 40 y 58 años, y tan sólo 7 que tienen entre 62 y 89 años. Se trata de dar un equilibrio generalizado para notar los cambios no sólo en la manera de entender el trabajo minero sino en las propias significaciones del ser hombre, adjudicadas a su propio contexto histórico en el que fueron socializadas sus masculinidades.

Aunque 24 de ellos son padres, se marca en azul sólo a los 15 varones con los cuales se pudo conversar o incluso observar su actuar como padres, las exigencias o socializaciones masculinas en las que hacían participar a sus hijos. Más allá de una clasificación de paternidades ausentes o responsables, esta demarcación trata de dar cuenta de las paternidades observadas.

En su mayoría los casos son de varones con estudios universitarios y de posgrado, seguidos de los que cuentan con estudios de preparatoria y secundaria. Tan sólo cuatro cuentan únicamente con estudios de primaria, siendo todos menos Damián, mayores de 80 años. Esto nos señala también en términos generacionales el peso y dedicación que tenía la educación, siendo Damián una excepción que más adelante se detallará.

Fuera del campo de la minería, se buscó dar voz a los otros sectores representativos de la economía de enclave de Santa Rosalía: la pesca, la administración pública (Ayuntamiento) y la educación (nivel medio y superior). Los casos elegidos además fueron priorizados por su vinculación con espacios de sociabilidad compartidos con trabajadores mineros o entre sí. Esta diversidad de oficios permite leer una diversidad de habitar y ordenar la vida en torno al trabajo en Santa Rosalía.

Curiosamente, también hay una ponderación de casos foráneos. Aunque la perspectiva desde la comunidad pareciera apuntar que se tendrían más casos locales, 30 de los 47 casos fueron de migrantes laborales. La mayoría habían pasado de cuatro a seis años en la localidad, ocho de 4 a 6 años y tan sólo seis más de 7 años. Aquí cabe resaltar los casos de Damián y el Prof. Eider.

Mientras que Damián llegó a Santa Rosalía hace 10 años en búsqueda de un trabajo no necesariamente relacionado a la minería, donde se emplea ahora, inicia en la localidad una trayectoria laboral que lo va acercando y modelando a una masculinidad deseable a la industria minera.

Por otro lado, el Prof. Eider llegó como docente a Santa Rosalía, proveniente de Guaymas. Con una perspectiva de cambio social, se empezó a organizar con vecinos de la colonia Guerrero para demandar mejores condiciones de los servicios públicos. Además de ser un reconocido profesor de nivel medio, tiene un reconocimiento público como político local. Es querido y leído como local.

Los orígenes de los varones foráneos son distintos: 10 de otras ciudades de Baja California Sur, cinco de varias ciudades de Sonora, cuatro de Michoacán, tres de Coahuila, tres de Ciudad de México, dos de Veracruz y dos de Corea del Sur.

Es interesante leer el sistema de enganche o contratación de la empresa a partir de la relación entre el origen y el puesto de trabajo u oficio de los trabajadores: contadores y analistas financieros de la Ciudad de México, especialistas en ingeniería química de Michoacán, ingenieros de Sonora y Veracruz, mineros de Coahuila y gerentes de Corea del Sur.

Como se puede ver en el indicador de heterosexualidad normativa, la mayoría de los casos han sido seleccionados bajo este indicador, que tiene que ver con la apuesta teórica de mirar y cuestionar la normalización de la heterosexualidad. Incluso más, 40 de 47 se auto adscriben o definen como heterosexuales. En lugar de marcar o subrayar las resistencias sexuales a la heterosexualidad, bajo una perspectiva *queer* del género es cuestionar la propia normalidad y hegemonía que tiene la heterodoxa. Así, varios de los casos que no han sido marcados en color naranja, en el transcurso de los capítulos serán presentados desde sus narrativas, gestos y prácticas -sin necesariamente catalogarlos bajo identidades de género.

Como he mencionado antes, la información obtenida y datos construidos se sustenta además con conversaciones y contactos con una cantidad mayor de personas que no aparecen aquí citadas o nombradas pero que fueron parte importante de la comprensión del contexto etnográfico. Agradezco a todas las personas que acompañaron mi trabajo de campo.

A continuación, presento la organización del capitulado de la tesis, la cual contiene seis apartados de acuerdo a cada uno de los objetivos particulares planteados, acompañados al final de un apartado de conclusiones generales, la bibliografía utilizada y dos anexos.

IV. Estructura de la tesis.

La tesis está organizada en seis capítulos, más un apartado de conclusiones y anexos de información. Los capítulos son acompañados de fotos que aportan de información visual a los argumentos, así como inferencias que se pueden desprender de ellas.

El capítulo uno presenta un marco teórico de teorías y conceptos que se retoman para plantear una definición sobre masculinidades que permita dar cuenta de la diversidad de prácticas y expresiones de varones que, en su socialización, coinciden y conviven bajo el lenguaje de la heterosexualidad como institución social.

Parto de asumir una perspectiva constructivista, retomando contribuciones teóricas de los dos principales vertientes del desarrollo del subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades: los estudios tanto feministas y los estudios queer.

En el capítulo presento un marco teórico de teorías y conceptos que se retoman para plantear una definición amplia del trabajo, suficiente para plantear las características de habitar y trabajar en condiciones de enclave y su relación en la conformación de expresiones y prácticas de masculinidades.

Además, se recupera la discusión sobre economías de enclave y enclaves mineros desde la antropología del trabajo en América Latina; esto para aportar a la construcción conceptual de las masculinidades de enclave como idea-fuerza de esta tesis.

El capítulo tres es resultado de la revisión del estado del arte sobre investigaciones realizadas sobre masculinidades y heterosexualidad en contextos de enclave en el noroeste mexicano, resaltando sus ausencias o limitaciones que justifican la pertinencia y aportes del concepto de masculinidades de enclave.

En el capítulo cuatro se presenta el contexto etnográfico de la tesis, a partir de los testimonios sensibles de los colaboradores etnográficos, describiendo las características y configuraciones de las condiciones de vivir y trabajar en el enclave minero de Santa Rosalía.

Habitar y trabajar en el enclave minero se hace de manera diferenciada de acuerdo con las condiciones de clase, trayectorias laborales y migratorias, pero también sobre los mandatos de género que se buscan cumplir a través de las masculinidades que se encarnan. Este capítulo abre descriptivamente el repertorio de varones y masculinidades con las que colaboré y pude dar cuenta a través de mi masculinidad.

El capítulo cinco presenta los resultados etnográficos sobre la diversidad de expresiones y prácticas de como los colaboradores etnográficos socializan, coinciden y conviven bajo el lenguaje de la heterosexualidad como institución social, en condiciones de enclave. Se argumenta que la heterosexualidad como institución involucra una regulación de los afectos y sobre todo de la construcción del deseo.

A través de una separación por generaciones, se presentan varias narrativas en todo a procesos de socialización de la masculinidad en las infancias, plataformas digitales, oficios y trabajo, así como en las paternidades.

De esta manera, se realiza un ejercicio de visibilizarían de cómo opera la heteronormatividad en nuestras subjetividades y prácticas masculinas y cómo cuestionarlas -al menos teóricamente- nos permite elucidar una serie de contradicciones, ambigüedades presentes en como encarnamos nuestras heterosexualidades.

El capítulo seis presenta los resultados etnográficos sobre los espacios y prácticas homosociales de los varones heterosexuales, vinculadas a las condiciones de enclave. Dichos espacios permiten una serie de intimidades y homoerotismos de la heterosexualidad que responden o se estructuran a partir de las condiciones de enclave.

A partir de relatos etnográficos se da cuenta de la feminidad y vulnerabilidad encarnada, gozada, pero a su vez silenciada fuera de estos espacios. Las colectividades de los hombres dejan atisbar un escenario posible contra la heteronormatividad que no se logra a cristalizar pues rompe el estatus y privilegios de la masculinidad heterosexual ostenta. Para ir llegando a las conclusiones, este capítulo cierra la discusión sobre qué masculinidades están presentes y son posibles en condiciones de enclave. Por último, se presentan las conclusiones generales de la tesis, seguida de los anexos pertinentes.

Por último, en el apartado de conclusiones generales se recoge todos los argumentos presentes en los diferentes capítulos, para plantear la pertinencia del concepto de masculinidades de enclave. El apartado cierra con una discusión teórica sobre los hallazgos y retos teóricos identificado a partir del alcance del concepto propuesto.

Capítulo 1. Selección de personal: Los estudios de género y su subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades.

Esta no es una tesis sobre minería o sobre el trabajo minero en sí mismo, si no sobre las personas que realizan trabajo de minería, sus relaciones sociales y más específicamente sus relaciones de género y sus significados y prácticas de ser hombre bajo la influencia del contexto de enclave minero que se vive en Santa Rosalía, Baja California Sur.

Haciendo una analogía con las primeras fases de planeación que anteceden la entrada de operaciones de un trabajo minero, es menester seleccionar un equipo de trabajo base, con funciones y responsabilidades específicas repartidas en áreas, para plantear cuáles son las condiciones, herramientas y personal de trabajo necesario para realizar de manera eficiente sus actividades encargadas.

De esta manera y haciendo una analogía, este capítulo tiene la intención de seleccionar los autores, conceptos y teorías dentro del campo de estudio de género como equipo de trabajo base que nos ayudarán a perfilar las definiciones elementales necesarias para plantear teóricamente la pertinencia de este trabajo de investigación. Así, haremos un reclutamiento de personas, autores, líneas teóricas con las que se plantea trabajar y hacer mancuerna para llevar a cabo este trabajo.

En este capítulo se definirá que se entenderá por género, relaciones de género, masculinidades, heterosexualidad y por sexualidad propiamente, en un ejercicio de hacer entendible los conceptos y narrativa utilizada durante toda la tesis, así como tomar posicionamientos frente a ciertos debates actuales dentro del campo de los estudios de género.

Iniciaremos por plantear porque, incluso dentro de los estudios de género, definir la palabra que le da nombre es motivo de discusión, haciendo breve mención a las principales corrientes teóricas en tensión, asumiendo una perspectiva, desde la cual se trabajara en este trabajo de tesis. Posteriormente se hará una división de los aportes y desarrollo del subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades, según las dos principales vertientes dentro de los estudios de género que conforman su constitución: los luchas y estudios tanto feministas como queer.

Por último, se retomarán aportes de ambas vertientes para dar cuenta de los estudios de sexualidad orientados a entender la sexualidad de los varones, específicamente de la heterosexualidad, para plantear una definición útil para esta investigación.

¿Qué es el género y por qué tanta disputa ante ello?

El género como categoría de análisis está presente de manera muy temprana en la antropología, desde los trabajos de Margaret Mead en Nueva Guinea (Mead, 1930) hasta la construcción teórica que le dará Galyin Rubin en su aclamado artículo *el tráfico de mujeres* (Rubin, 1975). Sin embargo, su consolidación e institucionalización académica como campo de estudios en distintas disciplinas de las ciencias sociales y humanidades, se daría a mediados de la década de 1970.

En estos 48 años de presencia de los estudios de género en universidades y centros de investigación, bajo departamentos específicos o como líneas de investigación, se han producido toda una serie de corrientes, distintas conceptualizaciones y posicionamientos políticos, que responden a la característica ineludible de su desarrollo: su estrecha vinculación a los movimientos y luchas de feministas, lésbico-gay, transgénero, transexuales, intersexuales, personas no binarias, *queer* y *cuir*, entre otras menos visibles

y las aún por venir¹¹.

A continuación, ofreceré una definición inicial de género para ir la complejizando según las distintas temporalidades y corrientes teóricas que estas luchas y movimientos políticos han ido conspirando, a fin de enunciar las características y la manera en que esta tesis se entenderá por género, para después desglosar desde dicha definición las nociones sobre relaciones de género, sexualidad, heterosexualidad y masculinidad.

El género se refiere a que las formas que conocemos de ser hombre y mujer no se encuentran dadas por nuestra condición humana de existencia, sino que forman parte de una construcción social en la que intervienen una serie de procesos heredados y aprendidos de manera cotidiana, por tanto, están susceptibles a cambios y transformaciones. Es decir, es una categoría de análisis que nos permite discernir los cambios en las características, significados y valores dados en nuestras diferentes sociedades y culturas a la manera de concebirnos como hombres o mujeres.

Ahora bien, la primera apuesta de los estudios de género es posicionar la diferencia conceptual entre sexo y género. Inicial o tradicionalmente se plantea que el sexo es una composición orgánica y corporal de la especie humana que divide en dos tipos de gónadas u órganos reproductores las posibilidades corporales y con ello, una división entre dos sexos posibles. Siendo el género el conjunto de expectativas sociales asignadas a dicha diferenciación binaria sexual.

Simone de Beauvoir es reconocida como de las primeras filósofas en pensar explícitamente la cuestión ontológica del ser mujer, originando una escuela de los estudios de género, dando una distinción entre elementos constituyentes e indicios

¹¹ Coincido con la postura de Guillermo Núñez de que aglutinar dichas luchas bajo las siglas LGBTTIQ nos da la falsa idea de una lucha colectiva o subordinación y omisión de enunciación de luchas y existencias por cierta facilidad descriptiva, incomodidad o moralidad académica. En este texto se apelará a su concepción de diversidad sexual como parte de la diversidad social del sexo, género y erotismo que nos habita (Núñez, 2011: 153), enunciando cada una de las luchas y existencias sociales según sea el caso apropiado.

diferenciales: no todo ser humano hembra es necesariamente una mujer, necesita participar de esta realidad misteriosa y amenazada que es la feminidad (Beauvoir: 1949: 48).

De la corta y poderosa frase de Beauvoir “no se nace mujer, se llega a serlo”, abrevamos su antiesencialismo de que el sexo/género es una realidad dada y que sus condiciones son meramente biológicos, pero tampoco meramente culturales. Argumenta pues que hay una mediación entre atributos culturales y biológicos, donde además enfatiza que hay una pluralidad ontológica del ser hombre y mujer, no hay un único modo de serlo, no hay paradigmas fijos o universalidad de la hombría y feminidad.

Está claro en su propuesta la evidencia histórica y filosófica de que, en este orden de género actual, se estructura una jerarquía de poder que posiciona a los hombres sobre las mujeres. En términos androcéntricos, la mujer se define en términos relacionales en cuanto a la autodefinición del hombre y lo masculino.

Pero Beauvoir no da cuenta de la disidencia sexo genérica, es decir, se queda en un plano dicotómico producto de la heteronormatividad de pensar el género en términos binarios hombre-mujer. Judith Butler si explora la gama de entidades e identidades que no se entienden dentro de los binarismos hombre-mujer. Con la frase “quizás el sexo siempre fue el género” igualmente nos ofrece una síntesis conceptualmente cargada de una potencia y argumentación teórica que revoluciona los estudios de género.

Butler (1991) han argumentado que la conceptualización del sexo es en sí misma una construcción social que deviene del género, siendo su constitución un performática en cuanto a las disposiciones sobre cómo se debe percibir, sentir, pensar y actuar según esta diferenciación aparentemente sexual.

Es bajo estos actos performáticos, nos guía la autora, que se afianza y normaliza el binarismo sobre lo masculino, asignado a cuerpos de varones y lo femenino, asignado a cuerpos de mujeres; considerándose una disrupción del género las performatividades (actos de normalizan) otro orden de género de estas disposiciones, supuestamente inherentes y predisuestas por la diferencia sexuada de sus cuerpos.

La separación ontológica del sexo y el género quizás son productos socioculturales del propio condicionamiento del género y por tanto no son una realidad dada sino una serie de convenios arbitrarios que varían según dimensiones espacio y tiempo. Esto es lo que Butler denomina performatividad del género.

Este cambio involucra pensar el género como un sistema de construcción de expresiones e identidades binarias dominantes, hombres y mujeres, que les posiciona como únicas posibilidades legítimas de nuestra realidad social de identidades de género, excluyendo y marginalizando las existencias, experiencias y prácticas distintas. Es decir, todo lo diferente a los binarismos socialmente aceptados, que no se encuentra como estatutos dominantes por sus rasgos en sí mismos sino porque logró establecerse como dominante en un determinado proceso histórico de larga duración.

Esta es la constitución el sistema sexo-género que conceptualiza Gayle Rubin (1975), el cuál opera como organizador de la sociedad bajo una organización sexo-genérica que instala el andro y heteroseximo como ordenador de la sociedad. Es decir, más que producir los significados específicos sobre lo masculino y lo femenino, estructura una serie de dispositivos culturales de poder para que los integrantes de una sociedad construyan bajo sus propios términos y contenidos culturales sociohistóricos dicha diferenciación de género la organización del trabajo, lo doméstico, la reproducción social, lo festivo y así todas las esferas de lo social.

El resultado es un andamiaje de significados y expresiones sujetas a cambio, pero que, en términos de complejidad, se manejan no solo alienados a lo socialmente esperado sino bajo dinámicas de liminaridad, tensión e incluso de resistencia y disputa frente a estos dispositivos y expectativas. Bajo el mismo sistema sexo-género, sus estructuras y dispositivos, se producen las disidencias a la heterosexualidad y androcentrismo.

Se otorgan roles o mandatos de género sobre las expectativas sociales frente al trabajo (proveedor/trabajadora-asalariada y doméstica), la organización de la unidad doméstica (padre/madre, sostén económico/responsable de los cuidados), la educación (proveedor económico/responsable de la socialización moral), entre un largo etcétera de actividades cotidianas en las que se ordena la vida social de las personas. Son bajo estos roles o mandatos que se dan disidencias, ambigüedades, rupturas, resistencias; que son producto del mismo sistema sexo-género.

Es decir, los cambios que son producto de luchas o resistencias que se pueden dar de manera individual y socializar colectivamente hasta lograr un cambio generacional, se da bajo un orden de lo simbólico y cultural, siendo de manera más compleja lograr un cambio en la estructura androcéntrica de la dominante orden de género.

Los cambios en términos de relaciones de género se están dando de manera constante, los atributos y significados de lo masculino y lo femenino cambia y responde todo el tiempo a los factores locales, regionales e históricos de los contextos sociales de cada agrupación, población, asentamiento o sociedad.

Debido estas concreciones temporales, Joan Scott (1996) definirá al género como una categoría de análisis histórica, como “un elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos” que podría ser analizado a partir de símbolos, normas, instituciones y organización social, así como por la identidades y subjetividades. Con esta aportación, Scott propone al género como un campo privilegiado para analizar

cómo se articula el poder, sentando las bases académicas de su institucionalización, al darle centralidad a los estudios de género para estudiar los sistemas de significación, construcción de identidades y de la organización social.

Los estudios de género han otorgado una carga valorativa y reflexiva a quienes investigan como sujeto de género, es decir, una reflexión en torno a sus recursos y accesibilidad no sólo al campo y posibilidad de diálogo o entrevistas con personas, autoridades o cargos específicos, sino cuál es su condición y posibilidad de accesibilidad a las discusiones, publicaciones y visibilidad en el campo académico. Esta reflexión en términos que género del quehacer científico ha permitido cuestionar el conocimiento androcéntrico, los objetivos e intereses que se plantean como centrales dentro de las diferentes disciplinas de estudio, así como las voces y figuras privilegiadas en la representación y realización de trabajo de campo.

Los estudios de género plantean la investigación como producto dialógico entre sujetos de conocimiento, sujetos sociales (generizados) con distintas posiciones y participaciones. La objetividad, por tanto, está situada en la reflexividad. Este es una de las contribuciones de feministas como Sandra Harding (1997), quien argumenta que todo proceso de producción de conocimiento debe incluir una subjetividad reflexiva de las creencias y comportamientos de la persona que investiga ya que forman parte de la evidencia empírica a favor (o en contra) de los argumentos que sustentan las conclusiones a las que se llegan; lo cual debe estar explícito en la conclusión.

Este es uno de los grandes legados de los estudios de género a las disciplinas o conocimiento en general, situar a la ciencia como producto de las comunidades científicas que la integran, siendo el resultado de los conocimientos obtenidos modelado por la manera en que los distintos sujetos generizados crean cotos de poder, determinan las tendencias del conocimiento, orientan las temáticas de interés, entre muchas otras aristas.

Es por ello en su institucionalización, los estudios de género iniciaron buscando privilegiar el punto de vista (*standing point*) de las mujeres para comprender una realidad o realidades, posición que se les había negado o invisibilizado históricamente ante la normalizada producción androcéntrica del conocimiento.

Los estudios de género, nutridos e impulsados fuertemente por las luchas y movimientos políticos feministas en distintos periodos históricos y regiones del mundo, posicionaron esta perspectiva de género donde se reconocen una pluralidad de sujetos e identidades, donde las mujeres no son necesariamente el sujeto del feminismo únicamente, pero sí a quienes se buscan retomar sus puntos de vista y posicionamiento como una manera de hacer una lectura de la realidad y fenómenos sociales que se contraponga a las históricamente establecidas.

Como vemos, el definir género y los estudios de género está altamente relacionado con los movimientos políticos y las luchas específicas que abanderan o se disputan en las calles, espacios públicos y políticas públicas en aras de la visibilidad, reconocimiento e igualdad de condiciones. Hay dentro de estas militancias, la germinación en sí misma de teorías feministas, es decir, unas teorías críticas de comprensión de las construcciones políticas, económicas y culturales en torno al género, donde se analiza la condición particular de las vidas de las mujeres y se plantea una serie de caminos teóricos y prácticos para su emancipación.

Actualmente, se habla no de un teoría feminista o feminismo en singular sino de teorías o feminismos como un reconocimiento de la diversidad de proyectos políticos y culturales de transformación que tienen su desencuentro en las maneras de definir género, las diferencias y relaciones de género y por tanto, de las construcciones teóricas y proyectos de emancipación.

La primera ruptura se dio entre quienes asumían que la diferencia entre mujeres y hombres tenía una explicación cultural o biológica, la disputa entre sexo y género. Esta pluralidad se complejiza a principios de la década de 1990 con la irrupción de los ‘feminismos de color’ y sus perspectivas interseccionales que ponen al centro de la discusión las diferentes tramas de discriminación y condiciones de clase, raza, etnia, edad, orientación sexual, entre otras, que ofrecen una mirada a la diversidad de formas de ser mujer, así como sus distintas opresiones no necesariamente compartidas por el hecho de ser mujeres. Con ello, se extienden otras reflexiones críticas y posicionamientos entre feminismos negros y blancos, feminismos de primer mundo y tercermundistas, occidentales y decoloniales, hegemónicos y subalternos (Castañeda, año: 5).

Posteriormente, una tercer ruptura o bifurcación se da a partir de posicionamientos que critican a los feminismos académicos o propuestas centradas en reflexiones teóricas de construcción de conocimiento, girando entonces hacia los saberes y experiencias comunitarias, de comunalidad, como base primordial de la reflexión teórica. Los feminismos comunitarios sitúan sus reflexiones teóricas y proyectos de emancipación en la erradicación patriarcado como sistema de opresión que se extiende en múltiples relaciones de dominación.

Las distintas corrientes teóricas y movimientos políticos que nos hacen aludir no a un feminismo sino una pluralidad de feminismos, que han tenido un arduo camino por su legitimidad dentro del campo académico (por su lógica androcéntrica en sus instituciones, epistemologías, métodos y técnicas) para situar como campo de conocimiento múltiples formas de describir, explicar y superar las condiciones de violencia y desigualdad de las mujeres.

Aún más, ante esta complejidad los movimientos por la liberación sexual, las luchas políticas de las lesbianas, homosexuales y transexuales sentaron las bases de los estudios queer que añadieron a esta trama de complejidad el cuestionamiento de las lógicas binarias de concebir el género, sexo y erotismo, debatiendo las categorías mujer y formas de adscribirse a ellas, poniendo en sus reflexiones experiencias y subjetividades de personas intersexuales y transexuales (Núñez, 2017: 26).

Con estos debates que reflexionaban sobre las posiciones dentro de la organización social de las mujeres como identidades sociales e históricas ('las mujeres no nacen, se hacen') es que se contribuyó dentro de sus debates la reflexión sobre los hombres y sus masculinidades también como productos de construcciones socioculturales e históricas. Así, la raíz de los estudios de género de las masculinidades se encuentra en los feminismos, a partir de sus nuevas definiciones y problematizaciones de la categoría y perspectiva de análisis de 'género'.

Los estudios de género se sitúan en la trama de la complejidad y no del binarismo. Lo que se suma es una lucha por la erradicación de la violencia de dichas dicotomías. No se trata de ver lo negativo de la categoría hombre y de sus particularidades de sus sujetos o de la categoría mujer, sino conocer de dónde partimos, sobre donde estamos basando nuestro entendimiento de lo que consideramos hombre y mujer.

Los feminismos y el estudio de los hombres y sus masculinidades

El feminismo académico constituye la revolución epistemológica del siglo veinte, nos menciona Patricia Castañeda (2008) en su libro sobre metodología de la investigación feminista. Tal revolución implicó un giro en la manera que discutimos, pensamos y explicamos el conocimiento científico en tanto que se cuestiona y analiza como este conocimiento está sustentado y reproduce un androcentrismo que generan sesgos ontológicos del discurso científico que epistemológicamente genera una desigualdad

genérica que subordina a la mujer a partir de omisiones, generalizaciones, naturalización e incluso en su exclusión de saberes y conocimientos que proceden de las mujeres como académicos (Castañeda 2008: 9).

La publicación de 'El segundo sexo' de Simone de Beauvoir en 1953 desencadenó una discusión pública que en muchos espacios de mujeres y sus luchas políticas se habían mantenido en torno al estatus y posición que la mujer tiene en la sociedad. Esto originó lo que se conoció como la segunda ola del feminismo, de principios de 1960 hasta 1980, donde se llevaron a cabo una serie de movilizaciones y luchas políticas que trastocaron también el ámbito académico que demostraban que el género también importa.

Varios escritos como '*Sex and the single girl*' (1962), '*Mística de la feminidad*' (1963), hasta el potente libro de Kate Millet '*Sexual Politics*' (1970) abrieron la puerta académica para discutir (tema de Kate Millet), al grado de constituir el primer programa de Estudios de la Mujer en la Universidad Estatal de San Diego en California, Estados Unidos en 1970.

Las investigadoras feministas ponen en la mesa de la discusión del conocimiento científico, así como en los propios espacios y quehacer académico, cómo opera la dominación y subordinación de las mujeres a partir de la articulación del género a otras prácticas y escrituras organizativas de los distintos campos de conocimiento.

Su contribución al estudio de los hombres y sus masculinidades es importante porque sitúa que toda identidad de género tiene una historicidad, un desarrollo cultural que se da de manera temporal y cotidiana mediante actos reiterativos que constituyen las tecnologías de poder de las cuales se hace valer el género (Butler, 1990). Bajo esta perspectiva, el ser hombre y ser mujer son identidades construidas culturalmente por el género, producto de una historia sociocultural y política.

De esta manera, el estudio de hombres y sus masculinidades se nutre y parte de discusiones y reflexiones de las teorías feministas y estudios de género, que posibilitan estas concepciones de género, permitiéndose generar posteriormente discusiones propias y análisis a partir de conceptos teóricos compartidos como ‘sistema sexo-género’, ‘patriarcado’, ‘identidad de género’, entre muchos más.

Para la década 1990 se consolidan los Estudios de Género como paradigma particular que parte de los posicionamientos feministas para cuestionar el privilegio patriarcal y su relación en establecimiento de relaciones de poder llegando a varias contribuciones epistemológicas para reestructurar en ciencias sociales las concepciones generalizadas o normalizadas en cuanto al género, dentro de las que cabe mencionar: 1) sexo y género no es lo mismo, 2) el binarismo hombre/mujer es una construcción social e histórica y no natural, 3) conllevando a pensar que las relaciones entre género y sexualidad no están dadas explicadas a partir de dicho binarismo.

Estas aportaciones constituyeron lo que Patricia Castañeda llama la revolución epistemológica del siglo XX, la cual no necesariamente se vio reflejada inmediatamente como una influencia o aceptación dentro de distintos campos académicos, aún dominados bajo una mayoría de hombres. Al respecto, cabe mencionar la reacción de varios académicos tuvieron al movimiento feminista en la academia como una lectura de omisión de los varones en los estudios de género; al grado de articular una Asociación de Estudios de Hombres.

Los ‘estudios de masculinidad’ emergen en este agitado contexto político, donde e dejan de lado las posturas reaccionarias y se apela a cuestionar a los hombres y cómo se origina el poder patriarcal o como se reproduce, siendo las primeras preguntas académicas que fundan este interés académico: ¿todos los hombres tienen poder y privilegios, o al menos de la misma manera?, ¿la masculinidad es igual en toda cultura y periodo histórico?, ¿es

la masculinidad singularidad o una pluralidad, dependiendo de categorías como raza, clase y sexualidad?

Dichos cuestionamientos se dan partir de las discusiones de los estudios de género que desarrollaron y consolidaron las investigadoras feministas. Por tanto, el estudio de las masculinidades es deudor de los movimientos feministas y lésbico-gay en tanto que su génesis se funda en los alcances de cómo se han trabajado los conceptos como sistema sexo-género, patriarcado, socialización de género o identidad de género como bases de los cuestionamientos de su constitución como estudios centrados en entender a los hombres; permitiendo entonces preguntarnos por las prácticas y relaciones que construyen socialmente a la o las masculinidades, y por ende, sus posiciones y relaciones de poder en claves de género.

Los estudios de la masculinidad tratan de rescatar la diferencia de que no todos los varones manifiestan su hombría o masculinidad de la misma manera, siendo el verdadero ordenador el mismo dispositivo de poder de género. Esta premisa involucra pensar la masculinidad no como un arquetipo inamovible de la humanidad sino como estructura histórica y culturalmente determinada que le otorga su configuración como mandato de género de acuerdo con el sistema sexo-género en el que se ven insertos tanto hombres como mujeres (Rubin, 1986).

Aunque, como autores como Gayle Rubin (1986) Mathew Gutmann (1997) han hecho notar que las reflexiones teóricas y etnografías sobre los hombres las encontramos en el tempranamente en las etnografías de Malinowski y estudios de Marx, Foucault, Merleau-Ponty y Bordieu los varones aparecen como sujetos de estudio indirecto en la construcción de conceptos claves para sus supuestos teóricos.

Es decir, la impronta de los estudios de los hombres como sujeto de estudio es conocer los procesos de significación que instituyen lo masculino, la masculinidad y la hombría en los diversos ámbitos de la vida de los sujetos y de la sociedad, con la consecuencia de configurar identidades, subjetividades, prácticas y relaciones sociales diversas, las cuales son relaciones de poder, pero también de resistencia entre las personas y entre el cuerpo social dado.

Llevando la genealogía de los estudios de género a México, Guillermo Núñez (2017) reconocer que si bien podemos rastrear en la filosofía sobre ‘el mexicano’ desde Samuel Ramos hasta Octavio Paz una serie de reflexiones que aluden a ciertas descripciones sobre la masculinidad, no es esta su objeto de estudio ni interés de análisis, encontrando el primer antecedente intelectual de este subcampo de estudios en el trabajo feminista de Teresita de Barbieri “sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México”, publicado en 1990.

Teresita de Barbieri ofrece un planteamiento analítico en términos de género donde los sujetos de investigaciones son varones que sustentan prácticas identificadas en su momento como machismo, abriendo desde sus intereses y perspectiva feminista, una veta de discusión sobre las prácticas, relaciones y violencias de género de los hombres en su relación con las mujeres. Tenemos aquí otra muestra de cómo el trabajo feminista abre el camino del estudio de los hombres y sus masculinidades¹².

Aunque los estudios sobre masculinidades en México han dominado los estudios desde la antropología, también hay aportaciones importantes desde la sociología, psicología, estudios de salud, estudios migración, rituales o performance, etc. Esta precisión la hace

¹² Al respecto, no es ocioso mencionar que reconocidas figuras intelectuales en el desarrollo del estudio de las masculinidades en México sean o hayan sido parejas afectivas de relevantes autoras feministas en el campo de los estudios de género en México: Teresita de Barbieri – Nelson Minello, Marcela Lagarde – Daniel Cazés, Patricia Castañeda- Fernando Huerta, por mencionar algunas. Es decir, hay una estrecha vinculación que escapa el campo de lo académico, que une este subcampo con las trayectorias del feminismo académico en México.

resaltar Guillermo Núñez para reconocer que los estudios de los hombres y masculinidades no son un apéndice o corolario de los estudios de género, si no que tienen su propia trayectoria, autonomía, restos y avances que les son propios en el desarrollo de su conocimiento.

Con la puerta abierta por Teresita de Barbieri y Mathew Gutmann (1996) con su obra “The Meaning of Macho. Being a Man in Mexico City”, sitúa de manera central el análisis de la diversidad de maneras de ser hombre en México, enfatizando las experiencias de varones de clase obrera en colonias populares, no sin algunos elementos de aproximación que reproducen estereotipos y que eventualmente irá trabajando en posteriores publicaciones.

La importancia de esta primera obra etnográfica centrada en comprender las vivencias de los varones y sus maneras de reconocerse como hombres, es su análisis de la noción de ‘macho’ o ‘machismo’ y su relación a las distintas maneras de ser hombre en México. Gutmann encuentra como los estereotipos de la masculinidad mexicana y latinoamericana tienen efectos en el discurso popular mexicano de la hombría, y con ello, una serie de reacciones y afectaciones a los significados del ser hombre en dichos varones.

Gutmann otorga una serie de antecedentes, entre ellos plantear un diálogo con la antropología estadounidense (Lewis, Foster, Stevens, Fromm) y chicana (Paredes, Lomnitz-Adler, Baca, Mirandé), para construir una visión no esencialista sobre los varones mexicanos. Ejercicio que será relevante para posteriores autoras y autores, que ante la incipiente producción realizada en México, plantearan en sus investigaciones diálogos con corrientes teóricas y estudios en otros escenarios académicos (Minello 2002; Rivas, 2006; Hernández, 2016).

El siguiente paso de los estudios de los hombres y sus masculinidades fue plantear sus propias líneas de investigación y con ello, desligar la construcción de su objeto de estudio

de las líneas o perspectivas de género tanto feministas como de tradiciones extranjeras, que hacían mella en la manera de hacer investigación.

Con el tiempo, el cambio significativo se dio en la problematización de la condición genérica de los varones, a lo cual Núñez arroja la hipótesis que es la modernidad en su horizonte cultural que impacta en identidades, lo que va marcando las condiciones sociocognitivas para reflexionar sobre ‘los hombres’, ‘masculinidad’, o ‘machismos’.

Según Núñez, quienes lo abordan de manera clara es María Lucero Jiménez (2003) y Ana Amuchástegui. Jiménez (2003) afirma que las pensadoras feministas al tratar de resolver problemas de desigualdad de género replantearon analíticamente en sus reflexiones tanto el papel de los varones en estos procesos de desigualdad como la manera en que van conformándose como tales (Jiménez, 2003: 65).

El interés feminista, político y académico explica el surgimiento del estudio de los varones, enmarcados en dichos intereses. Aunque esta no es la realidad del universo de todos los estudios, si lo es en gran parte de los producidos recientemente. Esto explica a su vez la participación de mujeres feministas en este subcampo de estudios.

Mujeres feministas como Gloria Careaga, Susan Lerner, Ivonne Szaz, Lucero Jiménez, Ana Amuchástegui, Esperanza Tuñón y Patricia Ponce, desempeñándose como profesoras e investigadores de centros de investigación como el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, El Colegio de México, el Colegio de la Frontera Sur y el CIESAS-Golfo, entre otros, han abierto la puerta para la discusión y financiamientos de los estudios de los hombres y sus masculinidades (Núñez, 2017: 84).

Por ejemplo, Lucero Jiménez explica la crisis de la masculinidad como consecuencia de una serie de transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que repercuten en la vida cotidiana de las familias y sujetos en particular, que en el caso de los varones

les resulta confuso el comportamiento esperado en sus relaciones afectivas, sexuales y de paternidad. Entre ellas, se destacan las libertades y privilegios obtenidos por los movimientos feministas: derecho al voto, aborto libre y seguro, métodos anticonceptivos, creciente protagonismo de las mujeres, etc.

Otra de las prolíficas autoras dentro del estudio de los hombres y sus masculinidades es Ana Amuchástegui (2001), quien considera que los movimientos feministas percibieron que para avanzar en la erradicación de la violencia de género y relaciones más equitativas, era fundamental la participación de los hombres en la transformación de las relaciones de género; lo que consecuentemente se transformó en el ámbito latinoamericano, en la proliferación de impartición de talleres sobre masculinidades, de corte feministas (Núñez, 2017: 29).

De esta manera, el estudio de los hombres fue madurando y configurando las masculinidades como su objeto de estudio en tanto dinámicas socioculturales y de poder (androcéntricas y/o heterosexistas) que se inscriben en la categoría hombres y su reproducción/resistencia/transformación como sujetos (Huerta, 2007).

La consolidación de la perspectiva de género y su institucionalización en las universidades devino eventualmente en la apertura de departamentos de estudios de género y la creación de programas de estudios de la mujer, pero argumenta críticamente Guillermo Núñez, esto no trajo consigo la inclusión automática de los varones y sus masculinidades, estudios que vieron la luz de forma incipiente décadas después (Núñez, 2017: 29).

Para Guillermo, esta apertura si incluyó paulatinamente la discusión de los estudios LGBTI debido a los feminismos lésbicos y su intersección militante con los movimientos sociales tan Estudio del género y masculinidades en México.

Por ello, si bien la raíz más antigua de los estudios de las masculinidades es feminista, de la cual actualmente se ha distanciado paralelamente y generado sus propios conceptos y discusiones, es necesario reconocer que tienen una relación histórica, conceptual y de reflexión política con los estudios lésbico-gay, tanto en su corriente como estudios LGBTTI, así como sus recientes corrientes teóricas concebidas como queer.

Los estudios queer y su propuesta al estudio de las masculinidades

Al igual que los feminismos, los estudios LGBTTI se desarrollan tanto como una reflexión teórica como un movimiento social, cultural y político; en este caso orientado a problematizar las expectativas sociales (heterosexuales y heterosexistas) relacionadas con la expresión e identidad de género, demarcando cierta limitación y opresión sexual. Sus estudios han tenido distintas alusiones según las generaciones o periodos históricos, que responden a la maduración y diversificación de sus luchas políticas: estudios lésbico-gay, estudios de la diversidad sexual, estudios LGBTTI, estudios queer, etc.

Guillermo encuentra el origen de estos estudios “en la invención moderna de la identidad homosexual en el último tercio del siglo XIX”, que desarrolla ampliamente Foucault en su estudio de la sexualidad. La penalización y/o castigo de la sodomía trajo consigo una resistencia de distintos sectores de la sociedad, sobre todo profesionistas, con una proliferación ensayística y organización social que reflexionaba sobre la sexualidad humana y particularmente sobre la atracción erótica y afectiva entre personas del mismo sexo.

En el siglo XX este interés giró hacia la producción de estudios sociológicos y

antropológicos de la diversidad de la sexualidad humana, describiendo los diferentes sistemas normativos y culturales sobre las formas de ser hombre, mujer y valorizar las posibles relaciones sexuales y afectivas entre personas de una misma sociedad.

Al respecto, el trabajo de Margaret Mead (bisexual) fue pionero en ello, proponiendo el concepto de ‘rol sexual’ para dar cuenta en sus trabajos etnográficos en el sureste asiático que las diferencias biológicas no eran determinantes en la división sexual del trabajo sino que había otros elementos como la socialización, educación y transmisión cultural, que iban asentando determinados roles, temperamentos o actitudes esperadas de acuerdo a las identidades de género posibles dentro de una sociedad.

Posteriormente, los estudios sociológicos y estadísticos de Alfred Kinsey fundarían una escuela no sólo de estudio de la sexualidad sino de cómo hacer investigación social, teniendo un gran impacto en la manera de entender la homosexualidad y su relación con las ideologías dominantes en la sociedad occidental.

Un parteaguas histórico, nos enfatiza Guillermo Núñez (2017), fue la decisión de la Asociación Americana de Psiquiatría de en 1973, eliminar la homosexualidad del Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, DSM III.

Dichos esfuerzos y logros políticos sentaron las bases de los estudios LGBTTI, que a partir de esta década se desarrollarían como tal, más allá de la refutación de la patologización.

Dentro de los textos pioneros de esta discusión de encuentra *el tráfico de mujeres* de Gayle Rubin (1975) en el que argumentará que la heterosexualidad se erige como normativa resultado de los sistemas de parentesco centrado en el intercambio de mujeres, ‘institución política’ que permea todas las relaciones sociales a partir de su diferenciación que atribuye condiciones de poder a los hombres sobre las mujeres. Esta necesaria

contribución nos hace entender pues que como toda institución política, la heterosexualidad obligatoria no es monolítica sino cambiante y llena de contradicciones, inconsistencias en las que se gestan sexualidades y relaciones de género dentro y fuera de los márgenes de esta institución política.

Este nuevo orden de ideas daría paso a las articulaciones y consolidación de los estudios *queer* con trabajos como el de Judith Butler de “El género en disputa” (Butler, [1990] 2001), incorporando voces y posicionamientos feministas como el de Gloria Anzaldúa.

En ese mismo año, aparece el libro de Lynne Segal (1990) “Slow motion”, en el cual buscaba poner en discusión la masculinidad como un constructo social que representa y moldea a los hombres como aceptados y normalizados acosadores sexuales en la cultura occidental, haciendo de ellos obsesiva y egocéntricamente temerosos de mostrar cualquier expresión de debilidad y afeminamiento.

Es Segal de las primeras autoras críticas al movimiento de masculinidades en deconstrucción que acompañan o participan de movimientos feministas, al enunciar que la progresiva conquista de derechos y espacios de los distintos movimientos feministas, ha conferido a estos hombres un reconocimiento e incluso determinado estatus dentro de los contextos feministas de lucha. Es decir, no emerge necesariamente una nueva masculinidad que rompe con el pacto heterosexual social de lleno, sino que articula en términos de relaciones de poder, su siempre existencia en favor de una visibilidad, remarcando y emergiendo así como nuevas pruebas de masculinidad que tienen que ver con el reconocimiento de mujeres como pares pero no necesariamente desde la renuncia a sus privilegios y atributos que confiere adscribirse a la categoría identitaria de ‘hombre’. Se rompe el monopolio de los significados androcéntricos, pero no así su hegemonía y dimensiones simbólicas del lenguaje que predisponen las relaciones de poder entre mujeres y hombres.

En esta misma línea, Wittig argumenta que el problema del pensamiento heterosexual es que niega toda posibilidad de hablar si no es en sus propios términos, negando la posibilidad de otras categorías de pensar el género (Wittig, 1992: 49). Para la autora el pensamiento heterosexual, haciendo un símil del concepto de pensamiento salvaje de Lévi-Strauss, es el conjunto de una serie de categorías, ideas preconcebidas, teorías (*mujer, hombre, sexo, diferencia*) que parten de un núcleo semántico-lingüístico que reduce toda constitución social a una *naturaleza* ineludible: la relación heterosexual (Wittig, 1994:51).

De ahí su tendencia a universalizar, categorizar y conceptualizar *el* intercambio de mujeres, *la* diferencia, *el* goce, *la* cultura, etc. Categorías que no tienen más que sentido en la heterosexualidad, pensamiento que produce la diferencia a partir de los sexos como dogma filosófico y político.

La universalidad de privilegios a partir de la construcción *del otro diferente*, que ante una imbricación capitalista donde el ineludible carácter reproductivo y contributivo de las mujeres es indispensable, ese otro pasa a ser otro hombre –aquél que no cumple a cabalidad el mandato heterosexual, el homosexual –el hombre afeminado.

Adrienne Rich es quien pone sobre la mesa la idea de la heterosexualidad obligatoria como un concepto que sintetiza estas propuestas, en *Compulsory heterosexuality and lesbian existence* (1980), donde deja la impronta teórica de considerar la heterosexualidad como una institución política, sustentada en ideologías que disminuyen el poder en las mujeres –al marcar una responsabilidad de maternidad, explotación económica y familiar como natural; a través de establecer la idea de “el matrimonio y la orientación sexual hacia los hombres son componentes inevitables de sus vidas aunque sean insatisfactorios u opresivos” (Rich, [1980]1998: 176).

Hay una ideología del romance heterosexual mediante distintos contenidos y canales

culturales de inscribir en lo popular la naturalización de un deseo de las mujeres hacia los hombres. La construcción del deseo y erotismo hacia los hombres es vital para entender como hay una sexualización visible, obligatoria y subordinada de la mujer a los hombres en las esferas familiares, laborales y domésticas. Es decir, hay un estamento naturalizado que favorece el acoso masculino a la mujer por la obligatoriedad de cumplir el mandato femenino a partir de erotizar y estimular en términos sexuales a los hombres con los que se comparte el espacio. Esto roba e incluso excluye a las lesbianas de la categoría de mujer por no construir ni producir sus cuerpos y performances para consumo masculino, ajenas a estimular y articularse bajo las expectativas del deseo masculino, no hay un erotismo obligado que es el heterosexual.

Sin embargo, esta pedagogía no es totalizadora y la experiencia de género de vivirse dentro del discurso heterosexual no necesariamente erradica atributos y prácticas que se pueden considerar femeninas dentro del sujeto, por dos fundamentales razones: 1) las masculinidades están en constante mutabilidad y cambio, con ello lo que dentro de su constitución se considera femenino; la masculinidad construye una feminidad referencial a la que se niega de manera dialéctica. 2) no todas las relaciones homosociales implican un espacio de competitividad, constatación y verificación de su masculinidad, o al menos no en los mismos niveles.

Aún más, hay espacios de sociabilidad en los que no se comparten los mismos pactos y gestos compartidos sobre masculinidad, el lenguaje de la heterosexualidad es diverso y por tanto susceptible a una lectura de lo femenino de manera ambigua. Rita Segato sintetiza esta discusión de manera sencilla: los varones y cuerpos que se entienden desde la masculinidad nunca logran encarnarla a su totalidad, hay siempre una sensación de insuficiencia sobre el deber ser. Por tanto, hay un sentimiento y condición de ansiedad constante dentro de la masculinidad que involucra saber y reconocer avergonzadamente

atributos en sí mismo y que pensaba como normales o muy propios como femeninos, sentimientos y subjetividades que abordan los silencios –poética de la masculinidad.

Se entenderá la heterosexualidad como un conjunto de prácticas hegemónicas que institucionalizan cierto orden de género de las relaciones sexuales y que se vinculan a otras instituciones sociales, pero que también se encarna y vive desde una disidencia en lucha y constante negociación.

Las aportaciones desde los estudios LGBTTI o queer son variadas, respondiendo a la diversidad de posicionamientos y luchas históricas frente a la opresión de la diversidad sexual y de identidad de género posibles. Desde la postulación de la sexualidad como dispositivo de saber-poder moderno, el cuestionamiento sobre la normalización hegemónica de la heterosexualidad (Rich 1993) y su construcción social e histórica (Katz, 1990; Weeks, 1998), los bordes o contornos que delimita la homofobia en identidades no-heterosexuales (Fuss, 1991; Wittig, 1993), hasta el cuestionamiento por lesbianas chicanas de la universalidad de la categoría mujer (Moraga, 1993; Anzaldúa, 1981) sentaron las bases para el cuestionamiento de las distintas expresiones y sexualidades masculinas posibles.

Carol Vance (1989), Teresa de Lauretis (1993) y Judith Butler (1990) a través de una mirada feminista, lésbica y postestructuralista evidenciaron como el sistema género nos hace creer que hay y debe haber una coherencia entre el sexo, género y orientación sexual, revolucionando así los estudios de género a partir de su propuesta queer.

Para Guillermo, es aquí donde emerge la influencia y relación con los estudios de hombres y sus masculinidades, altamente influenciados por estas discusiones políticas y conceptuales.

La producción cultural y académica sobre la condición homosexual y el cuestionamiento

de la homofobia, no ha sido no reconocida en los estudios revisionistas sobre la historia intelectual de este subcampo, Carlos Monsiváis y Guillermo Núñez quienes lo hacen de manera más consistente y documentada, desde distintos derroteros. Mientras que Monsiváis hace un hilo conductor desde los poetas contemporáneos hasta la reciente literatura y cultura popular mexicana, Guillermo (2017) hace una revisión de la producción académica, haciendo un seguimiento por los autores y literatura existente dentro de distintos periodos de los movimientos LGBTI, recabando los debates queer acerca del género.

Núñez (2001) hace un aporte fundamental al enunciar que el desarrollo de los estudios de la sexualidad en varones mexicanos y sus vínculos con las masculinidades, se encuentra desde estudios de la homosexualidad en la década de 1970 y 1980. Menciona los trabajos de Carrier, Taylor, S. Murray, Nelligan, Almaguer, Alonso y Koreck: “su principal aportación fue mostrar que la sexualidad de los varones mexicanos comprendía deseo y prácticas homosexuales de forma confluyente o no con los deseos y prácticas heterosexuales” (Núñez, 2017: 70).

De ahí que las referencias sobre las estructuras de relaciones homoeróticas entre varones mexicanos, que sentaron las bases de propuestas como en los noventa, ante la crisis por la epidemia del VIH, que los estudios de sexualidad conceptualizarán el término epidemiológico HSH: Hombres que tienen sexo con otros hombres.

En este tenor, Núñez enfatiza el trabajo literario de Luis González de Alba, José Joaquín Blanco y Carlos Monsiváis como referentes que en sus obras cuestionaron la heteronormatividad tradicional mexicana:

“Como bien lo señala Monsiváis, la producción académica sobre la

homosexualidad y de sus luchas políticas, tuvo el efecto de ‘sacar del clóset’ no sólo la diversidad sexual de los varones mexicanos, sino también sacar del clóset a la heterosexualidad. Entenderla como una construcción social que participa de manera fundamental, al igual que la homofobia, en la construcción de hombres y masculinidades” (Núñez, 2017: 73).

Este es una de las grandes recuperaciones que hace Núñez a la genealogía del estudio de los hombres y sus masculinidades en México, identificar estos cuestionamientos desde la descripción sensible y encarnada en la literatura de las expresiones homofóbicas constituyentes de la cultura mexicana, que construyen el paradigma heterosexual más que el homosexual.

Maurice Nelligan (1983) da a conocer relatos de vida con experiencias homosexuales bajo contextos netamente masculinos en sus ocupaciones y expresiones, criticando el machismo, pero sobre todo la visión estereotipada de los varones, que obnubila la noción de que en México “se puede ser macho, tener apariencia y comportamientos masculinos y tener relaciones sexuales y afectivas con otros varones y mujeres” (Núñez, 2017: 75).

Esos aportes desde la literatura y ensayos no deben pasar desapercibidos, pues son ejercicios etnográficos con diferentes salidas narrativas, que cuestionan en términos nacionales, étnicos y psicológicos no sólo la mexicanidad sino las maneras de ser hombre, particularmente las maneras de vivir y habitar su sexualidad. Las décadas de 1970 y 1980 a través de movimientos feministas y LGBT permite instalar objetos de discursos, como el análisis del machismo, que cambia la narrativa sociocognitiva que irán complejizando las tramas literarias.

Carlos Monsiváis (2014) encuentra que es la secularización e influencia de la modernidad estadounidense en los medios de comunicación y cultura, la que irá transformando las ideologías, identidades y relaciones de género (proletarización de la mujer, escolarización, desempleo de varones, etc.) que termina por cristalizar todas estas vertientes, en la década de 1990, a un subcampo de estudios como incipiente veta de interés académico en términos de estudios de género.

A estos cambios, en la década de 1990 se darán una serie de financiamientos relacionados con la salud reproductiva, como respuesta a la crisis de epidemia del VIH, lo que impulsarán una nueva corriente o ciclo de estudios caracterizados por su dispersión regional y desarticulación institucional, bajo distintos nichos académicos -feministas- (salud, género, visibilidad LGBTTI, no discriminación, exclusión social).

Desde este momento, los estudios sobre sexualidad y LGBTTI se volverán la temática más prolífica dentro del estudio de los hombres y sus masculinidades, hecho vinculado estrechamente al estudio de la sexualidad de los varones y la epidemia del VIH-sida. Por ello, muchos de estos iniciales estudios profundizan en la identidad y prácticas sexuales, usos del cuerpo y medidas de prevención de enfermedades de transmisión sexual.

Guillermo Núñez advierte que hay también una tendencia de retomar estudios hechos por colegas estadounidenses sobre la homosexualidad en México, para refutarlos o comprobarlos, dándose un dominio del uso de teorías queer, que tendrán centralidad en las reflexiones teóricas sobre la homofobia y la construcción de las formas de ser hombre.

Recientemente, hay una fuerte preocupación por estudiar a los varones en contextos de trabajo sexual, en espacios turísticos, turismo sexual, saludo sexual y reproductiva, prácticas sexuales de riesgo, varones indígenas con VIH.

Los estudios sobre masculinidad se erigen bajo dos corrientes o campos de estudios que fomentan su desarrollo y avance de sus propias preguntas y líneas de investigación, los estudios feministas y los estudios LGBTTI dentro de los estudios de género. Coincido con Núñez en que habría que destacar la amplia tendencia de perspectivas teóricas constructivistas, donde hay una serie de autores comúnmente invocados para la construcción de una definición y objeto de estudio de las masculinidades: Bourdieu, Foucault, Butler, Gayle Rubin, Seidler, Connell, entre los más citados.

A continuación, se hará una revisión de los estudios sobre masculinidades dedicados a la sexualidad, para orientar la perspectiva teórica bajo la cual se definirá y problematizará la heterosexualidad para este trabajo de investigación.

Estudios sobre masculinidades y sexualidad: La heterosexualidad de los varones

Como lo mencionábamos previamente, los estudios sobre sexualidad dentro de los estudios de los hombres y sus masculinidades han sido los más prolíficos en México (Núñez, 2014) en parte por su estrecha relación con los estudios LGBTTI y el desarrollo de los estudios de sexualidad relacionados con la epidemia de VIH.

Pero ¿qué es sexualidad?, ¿qué se puede entender cómo sexualidad? Hay múltiples respuestas y definiciones, las cuales, responden a una serie de instituciones sociales y discursos que norman la manera en la que la entendemos, vivimos y practicamos (Ponce, 2013).

El sistema de creencias judeo-cristiano, por ejemplo, nos otorga una visión de que la sexualidad es un aspecto destinado a las relaciones matrimoniales, donde el placer no es el objetivo sino tener fines reproductivos, por tanto, el sexuar se establece como únicamente válido el heterosexual, entre hombres y mujeres.

La sexualidad se percibe como algo negativo y peligroso que hay que reprimir bajo una herencia de mandatos de género del judaísmo y el estoicismo greco-romano, que reprueban el sexo por placer y lo encaminan hacia la reproducción, posicionando como moralmente inferior y perversa la sexualidad no heterosexual y que se aleja en sus prácticas de la reproducción humana. Por tanto, la homosexualidad y el erotismo quedan excluidos de la sexualidad socialmente aceptada.

Michel Foucault (2012) en la historia de la sexualidad nos presenta la corporalidad humana como un producto intervenido social y culturalmente, que sostiene en su materialidad e interacción social una serie de dispositivos de regulación y dominación que norman su comportamiento, su uso y sus prácticas sexuales.

Al revisar la construcción discursiva occidental en torno a la sexualidad, encuentra como hay una constante histórica de su diversidad, pero esta se encuentra altamente reprimida bajo dichos discursos, existiendo una diversidad que opera en los márgenes, escapando silente al panóptico que vigila y castiga las transgresiones a la norma de género en los espacios públicos.

En un ejercicio metódico de 'arqueologías de los saberes' analiza los distintos discursos que reprimen y regulan la sexualidad, entre ellos el científico, el cual encuentra subordinado a una moralidad de género que plantea una explicación y normatividad de lo sexual desde un biologicismo que va cambiando y complejizándose con el tiempo.

El gran aporte de su obra es reconocer que la sexualidad opera como dispositivo de poder moderno, que a través de formaciones discursivas y no discursivas, el consumirse bajo sus canales para conseguir o consumir el goce y placer se vuelven a su vez vías de acceso a posiciones privilegiadas de poder, conformándose así la sexualidad como dispositivo de poder.

Por otro lado, Jeffrey Weeks (2008) plantea un recorrido histórico de la sexualidad, encontrando que todas las culturas o sociedades han reglamentado en distintas formas y bajo distintos niveles de intensidad la vida erótica de sus integrantes, no existiendo otra cultura más obsesiva con la sexualidad que la occidental en tanto que existen diferentes aparatos de control: discursos, normas, leyes, políticas públicas, la intervención del Estado, religiones.

Las bases de la sexualidad occidental se encuentran en tradiciones normativas de discursos religiosos, médicos y psiquiátricos que construyen un campo de poder en tanto que dotan de prestigio, aceptación y privilegios a las prácticas sexuales que se adecuan a dichos discursos, ejerciendo una discriminación y estigmatización a las personas que practican otras prácticas consideradas transgresoras, construyendo sujetos diferenciados, capaces de diferenciar y de asignar identidades a sí mismos y a los demás (Ponce, 2013: 93).

Esto involucra a que existan voces y discursos autorizadas para hablar de la sexualidad, siendo difícil pensar en definiciones y descripción de características que se escapen al marco de sus explicaciones. Sin embargo, la sexualidad va más allá de la definición judeo-cristiana, clínica o médica, psicológica o psiquiátrica que podamos encontrar.

Concluye que la sexualidad es un fenómeno histórico sujeto a influencias culturales y políticas, que al plantearlo como tal, nos permite cuestionar y analizar críticamente su cambio a lo largo del tiempo, dándose la oportunidad de reconocer otras voces y planteamientos para escribir -como diría Weeks (1998) una nueva historia de la sexualidad.

En esta apertura es que retomamos las perspectivas teóricas constructivistas (Vance, 1991; Weeks, 1998; Butler, 2002) para definir que la sexualidad es una construcción histórica y sociocultural producto de una compleja trama de discursos, significados y

acciones sobre las que las personas orientan y regulan sus sentimientos, deseos y fantasías eróticas.

Esta postura no implica negar las condiciones e influencias biológicas en la composición de la sexualidad pero no otorgarle un carácter fundante ni determinante en su configuración. Al contrario, las concreciones o valoraciones que parten de lo biológico se encuentran en disputa con una serie de prácticas, ideologías, posicionamientos políticos y discursos que cada vez más cuestionan desde distintas luchas políticas su organización, relaciones de poder, disposición de género e identidades sexuales.

Dentro de la antropología, hay autores que se han trabajado la diversidad cultural de la sexualidad (Mead, 1930, 1981; Rubin, 1975; Benedict, 1980), que aunado a otros estudios en el campo de la historia, psicología e incluso psicoanálisis, han ayudado a posicionar la sexualidad como un sistema diferenciado del género, aunque ligado a él y sus relaciones de poder.

Lo que entendemos por sexual es una convención heredada, donde no todas las representaciones tienen la misma legitimidad y aceptación entre la sociedad y sus diferentes sectores.

No hay una sola historia de la sexualidad, hay varias historias de la sexualidad. Se construye socialmente. Tampoco es una energía rebelde. Por tanto, no hay maneras sencillas de acercarse al estudio de las sexualidades.

Si bien es cierto que el Estado tiene una permanente injerencia en la vida amorosa y sexual de los seres humanos, también es cierto que hay una pugna contra él. Hay una capacidad de agencia ante su injerencia. El campo de la sexualidad se vuelve y es en sí mismo un campo de batalla (Ponce, 2013).

La sexualidad, podemos concebirla entonces como un dispositivo de poder fuertemente vinculado a la regulación de la población, nos dice Foucault, pero también como una construcción social e histórica (Weeks, 1985), un sistema ideológico que reproduce discursos dominantes sobre el cuerpo, el género, erotismo, reproducción y familia (Butler, 1991).

La sexualidad construye relaciones de poder mediante el cual se vuelven legítimas ciertas realidades y prácticas sexuales y no otras, dándose un proceso de visibilidad normativa frente a una invisibilidad, exclusión y discriminación a estas otras prácticas no hegemónicas, llegando a escenarios de violencia y exterminio.

La teoría *queer* ha incorporado a estas reflexiones el cuestionamiento sobre el binarismo de los sexos, de los géneros y de lo erótico y la heterosexualidad (Núñez, 2011). A través de su cuestionamiento, se busca llegar a una definición de sexualidad que incorpore todos los aspectos y dinámicas diversas de la sexualidad, sin estigmas ni discriminaciones.

Esto involucra, en un primer momento, reconocer la visión dominante de la sexualidad que es la heterosexualidad reproductiva entre varones y mujeres bajo prácticas falocéntricas, genitalizada, orgásmicas (mayoritaria o exclusivamente en varones), bajo el marco del matrimonio, civil o religioso o ambos. Aquellas que salen de estos marcos es interpretada -en mayor o menor grado- como inmoral, antinatural, enferma y demás categorías denigrantes o peyorativas (Núñez, 2001: 33).

La heterosexualidad es un concepto que ha sido ampliamente discutido en el campo teórico de los estudios de la sexualidad, el cual tiene como interés de análisis los significados de las prácticas corporales, sus pulsiones y deseos que construyen subjetiva y culturalmente una orientación e identidad sexual pero también un erotismo y expresiones que pueden ser divergentes o coherentes a dicha construcción siempre fluctuante.

Por tanto, la construcción social de la heterosexualidad conlleva considerar una serie de elementos que atraviesan pero que van más allá de las relaciones sexuales entre cuerpos humanos, con órganos reproductivos distintos.

Los estudios *queer* ofrecen un gran aporte al postular que la heterosexualidad es hegemónica pero no homogénea, que hay diversas configuraciones del deseo y erotismo heterosexual que pasan en un primer momento por una imposición, algunas teóricas feministas dirían una compulsión, pero que también reside en ella una apropiación y lucha que no podemos negar a las personas que se inscriben y reivindican desde ella.

La heterosexualidad toma centralidad al plantear un orden de las estructuras de parentesco –relaciones que incluyen o excluyen determinadas conductas recíprocas a las que las personas se sienten obligadas, según Lévi-Strauss (1977: 33)- que modela y configura la organización del trabajo (doméstico y no doméstico, remunerado y no remunerado) así como el acceso y reconocimiento a ejercer ciertas prácticas y posiciones dentro de la sociedad.

Como constructo social, más allá de los cambiantes significados y orden de ideas en los que se instala su legitimidad en un discurso público y hegemónico que pretende imponerse como universal y atemporal, la importancia de la heterosexualidad como estructura de género radica en la producción diferenciada y regulación de los cuerpos en los que se dota de privilegios –en términos de relaciones de poder- a los varones y se subsume a las mujeres a dicho dominio.

Desde los estudios *queer*, se considera, esta pregunta conlleva a otras problemáticas. La frecuente expulsión de los *queers* de sus casas –bajo una heterosexualidad normativa- atiende a dilemas similares sobre el desplazamiento traumático del ‘origen’, sentido de pertenencia y la imposibilidad de un reconocimiento social completo en un ámbito societal extenso.

El ‘salir’/‘visibilizarse’ es precisamente un proceso inacabable, un permanente estado de logros que vuelven inhabitable dicha condición, que incluso traslada la noción de hogar a una permanente dudativa sobre pertenecer o no a un estado-nación (Eng, 2001: 205).

En su trabajo sobre las variedades de la experiencia homoerótica, Carlos Monsiváis (2007) contradice el estereotipo de pensar el campo social y de género “de la provincia” como feudos de machismo sin fisuras al mostrarnos un repertorio de prácticas sexuales contradictorias en sí mismas sobre la sexualidad asociada a identidades de género heteronormativas o de la cultura gay.

Monsiváis considera que en los pueblos y pequeñas ciudades sólo se admite la existencia de los gays si se recaba el desprecio hacia ellos de manera unánime, dando lugar a prácticas de una sexualidad negada como una estrategia de género para evitar oportunidades de repudio. Sin embargo, complementa, esta condición de repudio generalizado se rompe ante la presencia de un significativo número de extranjeros como ocurre en Acapulco, Cuernavaca y más recientemente Cancún y Los Cabos. Los espacios turísticos se vuelven ‘mercados de carne’ para turistas con dinero.

Para Monsiváis, aquellos que llevan una ‘doble vida’ en términos genéricos de su identidad homoerótica, la selección de profesiones u oficios no es sólo un asunto de vocación (gusto, capacidad, habilidades, destrezas) sino de un criterio pragmático de situarse en ‘territorios libres’ donde la identidad de género y sexualidad no sean un impedimento, al contrario, operan como escenarios ‘de silencios y sigilos de algunas libertades (la mayor: que nadie espera que se casen) como la movilidad y su franqueza de intenciones’. Situación donde la condición de clase importa mucho, considera Monsiváis, al poner el ejemplo de las profesiones predilectas en el siglo XX: rentistas, modistas, artistas, escritores, funcionarios, dueños de restaurantes o bares, anticuarios). Pero una lectura desde una predilección y tendencia exclusivamente borraría de la vista la

interiorización de elementos de homofobia y subordinación a dispositivos de prejuicio: un homosexual debe ser afeminado, debe odiarse a sí mismo y detestar a los que no cómo como él, parecer frágil y amar las artes (Monsiváis, 20017: 25).

Sin embargo, apunta Monsiváis, esta sexualidad no escapa a dos latifundios conceptuales del patriarcado: el miedo al juicio de la familia y el culto a la masculinidad. Monsiváis considera esta situación como ‘la trampa de la masculinidad como tótem’ (tótem y tabú): se convierte lo normal (apego a la costumbre heteronormativa tradicional de su contexto) en la zona sagrada que se respeta de manera mañosa en tanto que estas se ponen en paréntesis ‘mientras hago sexo’.

Hay una suspensión de sentido del sujeto ante sus prácticas sexuales, las cuales son llevadas al plano de la intimidad, la cual no los define como persona. La sexualidad se experimenta como tabú y desdoblamiento.

La heterosexualidad como práctica y existencia sexual dominante plantea toda una ideología y prácticas que jerarquiza bajo su representaciones -visibles y legítimas- a otras prácticas e identidades sexuales, colocándose en un plano simbólico de los significados como la única sexualidad posible socialmente aceptada, moral, natural, entre otras valorizaciones. Estas construcciones simbólicas que articulan discursos, ideologías y prácticas específicas dentro de la sociedad, ha sido conceptualizada como heterosexismo (Rich, 1980).

El heterosexismo reduce la diversidad de existencias y prácticas sexuales a un aglutinamiento discursivo de la diversidad sexual, en el mejor de los casos, o en su omisión en la mayoría de ellos, que invisibiliza y homogeniza todo aquello que escapa a los límites de la heterosexualidad. Además, da una orientación reproductiva a la sexualidad, cimentando en la noción de la reproducción humana la lógica de la heterosexualidad como la única opción válida histórica y naturalmente.

Con ello, se legitiman dentro del orden social una serie de violencias como la obstétrica y clínica, que alude a la práctica médica de eliminar el aparato reproductor que bajo valoraciones subjetivas se considera menos desarrollado o de menor importancia en las personas intersexuales¹³ recién nacidas. El heterosexismo reproduce de manera cotidiana una serie de prácticas que anulan no sólo la existencia de discursos e identidades sino de realidades y corporalidades que rebasan los límites de los binarios hombre/mujer, según sus significados socialmente aceptados.

Plantearse una concepción de la sexualidad fuera de los marcos de significación del heterosexismo involucraría, primeramente, partir de la premisa de que no existen cuerpos en sí mismos masculinos ni femeninos, ya que dicha catalogación responde a una construcción de género heredada e históricamente sustentada en un devenir patriarcal de la cultura hegemónica occidental.

Habría entonces que afirmar que la disposición y diferencias de cuerpos, gónadas, hormonas y aparatos reproductores son percibidas, catalogadas y diferenciadas bajo un orden de género que en sí mismo construye y define dichas diferencias. Las diferencias y otredades de existencias sexuales a la heterosexualidad no son patologizaciones, anomalías o rarezas a la norma, sino existencias igualmente válidas de la diversidad sexual humana pero violentamente suprimidas y desvalorizadas dentro del orden de género de nuestras sociedades contemporáneas.

Por tanto, deberíamos decir que las prácticas y significados relativos a la sexualidad de todos los cuerpos, responde a un binarismo de género impuesto que regula, ordena, subordina y privilegia a los varones y lo masculino frente a las mujeres y lo femenino.

La sexualidad de los varones bajo este binarismo de género cuenta con una serie de privilegios y dispositivos de poder, siempre y cuando se manejen bajo los marcos de la

¹³ Personas que nacen con características corporales (cromosomas, gónadas, genitales, hormonas) que coinciden con ambas categorías asociadas con la diferencia de hombre y mujer.

heterosexualidad, para lo cual se dan una serie de dispositivos de control para dominar y limitar a quienes no se manejan bajo los ideales y expectativas heterosexuales de masculinidad.

Quizás el más documentado es la homofobia, dispositivo discursivo de poder que otorga a quien lo ejerce una sensación o sentimiento de justicia, que bajo distintos niveles de intensidad y manifestaciones de violencia, desprecia y castiga públicamente a los varones afeminados, cualquier rasgo asociado a la feminidad presente en las prácticas y expresiones de varones, al leerse como una amenaza a la propia identidad masculina (Núñez, 2011: 64). Como dispositivo de poder, la homofobia no sólo opera con otros individuos, otros cuerpos sino de manera interna a quien la ejerce, regulando, vigilando y castigando toda expresión, subjetividad y valoración que se considere femenina, siendo a su vez una fuerte violencia hacia sí mismo de quien la ejerce.

La homofobia construye discursos y prácticas de odio ante la amenaza de transgresión del orden de género considerado como sagrado o intocable en tanto que en él descansa su estabilidad emocional, identitaria, sus privilegios de clase y género, así como el motor legítimo de sus dispositivos de poder y violencia para erigirse como dominante dentro de las relaciones sociales.

Para Guillermo Núñez, en América Latina la homofobia castiga y violenta dichas transgresiones públicas del género, pero no así las manifestaciones homoeróticas ocultas o secretas, es decir que sigan siendo o manifestándose públicamente como heterosexuales.

Todas las posibilidades de experiencias eróticas y sexuales pasan bajo el escrutinio de esta vigilancia homofóbica, producto del heterosexismo, desvalorizando, prohibiendo, castigando e incluso criminalizando aquellas en contra o que amenacen de alguna manera la sexualidad orientada a la reproducción y sus consecuentes discursos en torno al amor,

la pareja afectiva y la conformación de familia (Núñez, 2011: 74).

Se impone un discurso del amor que en sus múltiples narrativas busca la conformación de una familia patriarcal, es decir, de una jerarquía, centralidad y representación masculina en la que los varones tienen una serie de privilegios y visibilidad dominante frente a las mujeres y lo femenino. Hablamos de ideologías y prácticas patriarcales cuando estas fomentan, reproducen o alientan este tipo de relaciones de dominación.

De esta manera, hay discursos y posiciones políticas que se oponen fuertemente a los matrimonios igualitarios, entre personas del mismo sexo, en tanto que rompen con el discurso dominante del matrimonio como alianza que en su finalidad busca proteger los derechos que una pareja heterosexual otorga a su descendencia, como fin último o consumación del matrimonio. Hay una concepción de 'familia tradicional' que pasa por la narrativa heterosexista de padres heterosexuales que se reproducen y mantienen entregados a una misma unidad doméstica, bajo una organización patriarcal. Aunque en la práctica las familias heterosexuales tengan otras organizaciones de sus unidades domésticas, este discurso se articula y legitima frente a otras prácticas de amor, parejas afectivas y familias, como las homoparentales, poliamorosas y de anarquía relacional. Las uniones o parejas afectivas no constituidas dentro de los opuestos y complementariedades que propone el heterosexismo no encuentran eco o resonancia en los discursos sobre amor, parejas o familia dentro de las narrativas y contenidos culturales hegemónicos.

Aunque no se debe confundir que este tipo de relaciones y disidencias no tengan impacto, al contrario, están poco a poco cambiando ciertos valores, significados, desde movimientos y activismos políticos concretos se hacen mella a los discursos heterosexistas y androcéntricos, pero que se encuentran en un largo trecho para poder cambiar las estructuras de género de las cuáles devienen.

Uno de los argumentos que sigue fuertemente esta tesis, es lo que ha encontrado Guillermo Núñez en sus investigaciones a propósito de la ambigüedad de la heterosexualidad (Núñez, 1997, 2011, 2015). Dispositivos del heterosexismo como la homofobia, anula o silencia la homosexualidad más no la recrimina en su totalidad, en su plano sexual de lo oculto y lo silenciado. Reduce discursivamente la sexualidad a un plano homoerótico, anulando su posibilidad de construir discursos de amor y relaciones afectivas, entiendo los encuentros y prácticas sexuales entre varones en un plano corporal a partir del deseo, como ajeno y por tanto, las prácticas homoeróticas no son llevadas a un plano subjetivo, configurándose como una abyección a la consideración del amor y relaciones afectivas (Núñez, 2007: 43).

Al examinar las zonas no cubiertas por los términos dominantes gay, homosexual, heterosexualidad, joto, mayate, etc., Núñez señala las limitaciones del régimen discursivo argumenta que dichas categorías imposibilitan entender las prácticas homoeróticas de sus colaboradores etnográficos en el norte de México. En cambio, propone utilizar el concepto de intimidad como recurso metodológico y analítico para develar las prácticas sexuales y/o amorosas entre varones en una determinada sociedad, que no están determinadas por las estructuras categoriales de las identidades de género y la adscripción que hacemos a ellas de su sexualidad.

Núñez parte de comprender otra sociedad homoerótica que no embona con los discursos y prácticas de identidades homosexuales, moviéndose en el campo sexual entre prácticas homoeróticas entre varones que devienen en un desdoblamiento del sujeto, que rige su vida en una bipartición entre lo que defina como ‘normal’, ‘vida personal’ y aquello que se resguarda en la intimidad.

Hay una masculinidad que se impone, se apropian de ella, que se rehúsa a la marginalidad violenta y discriminatoria que otorga el heterosexismo a las identidades homosexuales (maricones, gays, mayates etc..), apelando a una masculinidad heterosexual que opera como bandera, como dispositivo que los protege de las expectativas sociales frente a la disidencia heterosexual. Estas prácticas no se alejan de las prácticas regionales de lo masculino, entendida como lejanía emocional entre personas del mismo sexo. Incluso más, ante una declarada homofobia y transfobia que direcciona un repudio como ‘traidores de la masculinidad’ a varones que modifican su cuerpo, su vestimenta y sus gustos hacia una feminidad y homo-erotización visible públicamente. La masculinidad que enarbolan de manera aparentemente contradictoria, en un plano cotidiano se vuelve una armadura que aprisiona y a su vez otorga prestigio social, manejándose en el marco de la heterosexualidad.

Es esta concepción de sexualidad que nos interesa recuperar, para plantear la complejidad y diversidad ambigua de la propia heterosexualidad en sus prácticas, que contradicen sus contenidos y significados discursivos. Así, para Núñez la masculinidad se da en planos de lo visible y lo invisible a los ojos del otro, sean otros propios varones o mujeres o incluso investigador social.

La propuesta teórica de Guillermo Núñez de pensar y construir teórica en la sexualidad desde los estudios queer, arroja un potencial epistémico muy rico para develar los intersticios en los que se desarrollan prácticas, significados y experiencias de vida de varones que asumen una masculinidad heterosexual, acode a las exigencias del sistema sexo-género de su contexto inmediato, pero que resuelven en lo cotidiano una serie de prácticas que contradicen o generan una ruptura o disidencia con las ideologías y discursos heterosexistas que se sostienen en términos de género.

Sus masculinidades, por tanto, operan en un plano de complejidad de la heterosexualidad que no se explica desde lo discursivo y simbólico sino desde las prácticas, valoraciones y subjetividades que se otorga a las experiencias sexuales y de vida por las cuáles van transitando.

La masculinidad, siguiendo este ejercicio teórico de entender desde una perspectiva queer la sexualidad, es a su vez producto de un sistema social que organiza nuestro deseo en un plano tanto individual como colectivo, de manera no necesariamente homogénea ni en completa adecuación a ciertas capacidades anatómicas y fisiológicas. Hay un campo sexual -en disputa- en el que el individuo entra en acción con sus decisiones, trayectorias de vida, capitales económicos, sociales y culturales, desarrollando una serie de experiencias de las cuáles se desprenden sus conjeturas, subjetividades y nociones que dan sentido a sus propios significados del ser hombre.

En lo que respecta a México, el crecimiento de la epidemia del VIH a partir de la década de 1990 motivó el financiamiento y crecimiento de estudios sobre la sexualidad, con el fin de saber las distintas prácticas, escenarios y diferencias regionales de las prácticas sexuales y con ello poder plantear una estrategia de política pública para mitigar y erradicar el contagio. El resultado fue una diversidad de estudios sobre la vida sexual de distintos estratos de la sociedad mexicana, ahondando en datos e información que hasta ahora los estudios de género no habían desarrollado, probando la tesis que los estudios de la sexualidad con un campo de conocimiento ligado pero diferenciado de los estudios de género.

En este periodo inicial se encontraron como resultados, bajo distintas líneas y enfoques de investigación, la aparente incongruencia entre las prácticas sexuales e identidades de género de las personas que las realizan (Szasz, 1998), las prácticas de cortejo y encuentro sexual (De Keijzar, 1998), las prácticas homoeróticas y de sexo entre varones (Núñez,

1991, 1997), entre otras, que permitieron ampliar la comprensión de la diversidad de la vida sexual de las y los mexicanos, sus riesgos complejidades o acotaciones según su contexto regional, rural o urbano.

En un segundo momento, los estudios sobre sexualidad en México estuvieron encaminados a profundizar en la percepción de los sujetos de sus propias experiencias y subjetividades, ahondando en testimonios, historias de vida y demás metodologías cualitativas centradas en analizar la complejidad interpretativa e intersubjetiva de la sexualidad (Ponce, 2001; Jiménez, 2003; List, 2005; Núñez, 2006).

Dichas investigaciones profundizaron en los valores, significados, relaciones sociales y sus ambigüedades en la manera de construir sus prácticas sexuales, dando cuenta que dichas configuraciones responden a un contexto espacial y temporal que mantiene lógicas concretas sobre lo masculino y femenino, y por tanto, relaciones de poder concretas sobre la sexualidad.

De manera continua se dieron trabajos de investigación relacionados al uso de métodos anticonceptivos, las valorizaciones y experiencias según diferentes cortes de edad – sobre todo en juventudes-, encontrándose una valoración negativa al uso de condón o métodos anticonceptivos debido a la asociación con la noción de desconfianza, infidelidad o relaciones sexuales no íntimas o estables (Ponce, 2013: 98).

En años recientes, los estudios de la sexualidad han ido abordando temáticas que en su momento no fueron atendidas, como el estudio de la sexualidad en comunidades y grupos indígenas, en contextos migratorios, en personas de la tercera edad, por mencionar algunos (Bellato, 2006; Gómez y Guitté, 2011; Noriega, 2013).

Como hemos dicho anteriormente, en México esta es la temática con mayor número de publicaciones, siendo las exploraciones sobre la construcción de identidades heterosexuales y homo-afectividad muy recientes y aún en exploración (Núñez, 2017).

Los estudios sobre los hombres y su masculinidad se han desarrollado bajo dos principales campos de estudios, los estudios feministas y los estudios LGBTTI. Actualmente tienen su propia trayectoria, autonomía, retos y avances al estudiar las dinámicas socioculturales y de poder inscritas en las maneras de asumirse ‘hombre’ así como los procesos de reproducción, acomodamiento, resistencia, transformación o reivindicación que se desprenden de ella.

A partir de una revisión de los principales postulados de ambas corrientes, se expuso los motivos por los cuáles en esta tesis se retoma una perspectiva constructivista para definir las masculinidades como un conjunto de prácticas y significados a través de los cuáles los sujetos asumidos como ‘hombres’ interviene en la realidad, siendo su identidad y prácticas resultado de un proceso de constante negociación, reivindicación y resistencias en el campo sexo-género y no una estructura social dada.

Me adhiero a la corriente crítica de reconocer el estudio de género de los hombres y sus masculinidades como un subcampo de los estudios de género y su objeto de estudio son los procesos socioculturales y de poder (androcéntrico, heterosexista) de identificación, resistencia o transformación de atributos de género en que se manifiestan en los cuerpos y subjetividades, de personas constituidas socialmente dentro de un definido tejido social como hombres.

Por tanto, nos deslindamos y hacemos una distinción con los estudios de ‘el hombre’, los cuales desde una visión androcéntrica de referenciar a estudios universales de la humanidad reproducen un sesgo de género de pensar a los hombres como representantes de la especie humana. Es decir, no toda investigación que pone a los hombres como su objeto de estudio son estudios sobre masculinidades, en tanto que no explore los significados y prácticas concretas de ser hombre a partir de las cuales de interviene socialmente.

La categoría de ‘hombre’ está vacía en sí misma, no hay una esencia universal sino convenciones de sentido que han producido y producen una gama de significados y efectos sobre los cuerpos, subjetividades, cosas y relaciones. Por ello, coincido con Guillermo Núñez para definir la masculinidad como “un conjunto de significados que participan en la construcción de lo real en la medida en que, bajo esas concepciones, se socializan seres humanos particulares” (Núñez, 2017: 46).

Estos seres socializados bajo determinadas concepciones de masculinidad y hombría no necesariamente coinciden en sus prácticas, cuerpos, concepciones y relaciones con aquellas concepciones dominantes sobre lo que significa ‘ser hombre’.

Hay una distancia entre la realidad y el deber ser de estos significados, una asimetría en la diversidad de acuerpamientos y de significados del ‘ser hombre’. Hay una disparidad entre la exigencia de género (social) de lo que se espera y de cómo se da la intervención e interacción real de los varones ‘como hombres’.

El drama social, que da cuerpo a la masculinidad -nos indica Guillermo-, es esta distancia entre la condición de los varones como sujetos genéricos dentro de una sociedad patriarcal. Hay una fragmentación, ambigüedades e incoherencias que forman parte de la masculinidad, en este drama de realización del ser hombre por parte de los sujetos varones.

Los seres socializados como hombres se construyen a partir de una serie de represiones, aspiraciones, pérdidas autoimpuestas y reafirmaciones sociales que les lleva a desconocerse más allá de las expectativas que el sistema sexo-género espera de ellos, “sobre todo en sujetos definidos desde su nacimiento como varones y que tienden una expectativa de comportamiento masculino”.

Es decir, no todos los varones crecen desde su nacimiento identificados como varones y tampoco necesariamente lo hacen bajo las expectativas de comportamiento masculino, hay áreas grises o desvanecimientos que hay que tener en cuenta para no caer en esencialismos.

Por tanto, el estudio de los hombres y sus masculinidades “abarca todos los procesos de producción, resistencia, negociación, acomodamiento y reivindicación que los sujetos elaboran a propósito de esas ideologías, identidades y prácticas que instituyen la ‘hombría’ o las ‘masculinidad’” (Núñez, 2017: 48).

Por tanto, su objeto de estudio son las dinámicas socioculturales y de poder, así como las prácticas, relaciones y organización social a los que dan lugar dichas reivindicaciones, resistencias y transformaciones frente al interactuar socialmente a partir de ser leído como hombres.

En el siguiente capítulo se abordará una concepción del trabajo que permita articular esta construcción teórica de masculinidades para dar cuenta como a partir del trabajo, los varones constituyen su manera de presentarse e intervenir en la realidad social.

Capítulo 2. Prospección del terreno: Antropología del trabajo

latinoamericana en torno a la minería, enclaves y masculinidades

El primer contingente de trabajo seleccionado para una obra minera se encargará de diseñar los planos y estudios de prospección de terreno, para evaluar sobre que especialidad es más conveniente explorar, donde situar las distintas secciones de trabajo y almacén, con la intención de construir toda la infraestructura necesaria para realizar las distintas actividades de trabajo minero: desmonte, explotación, separación de metales, yuxtaposición y embarque, entre muchas otras. Antes de iniciar el trabajo es clave analizar el terreno de exploración, antes de tomar cualquier decisión. Este capítulo tiene la intención de explorar el terreno de la antropología del trabajo para estudiar si es un espacio fértil para los intereses de estudio que, desde intereses muy puntuales desde el campo de estudios de género, específicamente del subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades, se hacen al terreno y contexto del trabajo minero.

Por ello, consideramos prudente plantear un capítulo teórico para discernir sobre los conceptos, teorías y perspectivas teóricas útiles dentro de la antropología del trabajo para ‘desmontar’ el espacio teórico de reflexión y nutrir las reflexiones de género desde las concreciones que este campo de estudios pueda ofrecer para comprender el contexto de trabajo de los varones en la minería de Santa Rosalía, Baja California Sur.

Se planteará primeramente el escenario de la antropología del trabajo, para describir como se abordará en esta tesis el concepto de trabajo desde una dimensión antropológica, cuáles son sus alcances y relaciones en términos de género, para plantear una propuesta de entender el contexto, prácticas y experiencias de trabajo desde un interés y análisis de las masculinidades.

Por ello, un segundo apartado tratará sobre las aproximaciones de la antropología del trabajo al estudio de las masculinidades, que reflexiones y aportes recuperamos, para cerrar finalmente con una mención de los trabajos y conceptos que se retomarán para pensar el contexto de trabajo dentro de la minería y particularmente de los espacios o contextos laborales de enclave.

Antropología del Trabajo en América Latina

El siguiente recorrido bibliográfico está articulado por el gran esfuerzo de síntesis de María Lorena Capogrossi y Hernán Palermo (2020) en su libro ‘Tratado Latinoamericano’ que en sus más de mil páginas recupera las distintas aristas y propuestas que se han desarrollado sobre los estudios antropológicos del trabajo en nuestra disciplina y hemisferio continental.

Los estudios antropológicos y etnográficos del trabajo en América Latina abrevan de dos principales influencias occidentales de mediados y finales del siglo XX¹⁴: 1) de corrientes marxistas que se plantearon el estudio de la clase y familias obreras como objeto de estudio (Braverman, 1974; Burawoy, 1984) y 2) de la historiografía social inglesa que problematizaron la relación del trabajo con la experiencia, memoria, tradiciones, clase y transformaciones sociales (Weil, 1962; Hobsbawm, 1963; Thompson, 1984; Williams, 1997).

A su vez, el obrerismo italiano fue importante, sobre todo retomando las consideraciones de E.P. Thompson sobre la cultura popular y su noción de experiencia, hilando los trabajos de Harry Braverman en los trabajos de Toni Negri y Basaglia (Soul, 2015: 5).

¹⁴ La siguiente revisión bibliográfica es producto de las asesorías particulares, así como las reuniones de trabajo realizadas durante los meses de marzo a agosto del 2018 en las instalaciones del CIESAS con la Dra. Patricia Torres Mejía, junto con Magali Marega y mi persona como estudiantes de un curso extracurricular sobre antropología del trabajo.

En la década de 1990, “la noción de clase social quedó sepultada bajo los escombros de la caída del Muro de Berlín” (Capogrossi y Palermo, 2020: 28), marcando un punto de quiebre de estas influencias, ante la dispersión académica en torno a la problematización del ‘fin del trabajo’, dándose problematizaciones y propuestas desde teorizaciones propias.

Otra de las influencias determinantes en estos estudios fue la época de dictaduras que travesaban distintos países entre 1960 y 1970, siendo de vital importancia para la producción académica las distintas organizaciones y resistencias políticas -sobre todo desde los sectores obreros, populares y estudiantiles- a estos regímenes.

Además del parteaguas que significó para estas movilizaciones el triunfo de la revolución cubana en 1959. Principalmente en Brasil, México y Argentina la atención se dirigió a realizar estudios etnográficos de la ruralidad, donde se resaltaban las figuras y representaciones provenientes de las poblaciones indígenas como sujetos históricos y políticos de las diferentes regiones de estudio; en contraste con los procesos de cambio cultural y urbanización.

La antropología del trabajo en México, específicamente, alternaba estas influencias en sus estudios cuestionando el modelo capitalista industrial en zonas rurales y urbanas para analizar su desarrollo en distintas regiones del país. Interesaba dar cuenta de cómo las relaciones sociales giran en torno a las actividades económicas ya sea como centrales o complementarias de comunidades conformadas por grupos indígenas, mestizos o ambos. Una demarcación que importante era pensar las instituciones sociales (fábrica, comunidad, familia, escuela, sindicatos, partidos políticos, fiestas, iglesias) como parte de un tejido social que había que describir y explicar.

La antropología en México incursionó en los estudios industriales de manera inversa, partiendo de la comunidad y regiones para entender sus rupturas y continuidades a partir de su industrialización, como lo podemos ver en múltiples ejemplos: el estudio del Complejo Industrial Ciudad Sahagún en Hidalgo por María Esther Echeverría, María de la Luz Sela y Patricia Torres (1975), en la región de Los Altos en Jalisco con Andrés Fábregas incluyendo la industria de la producción de la región del occidente de Jalisco a cargo de Guillermo de la Peña quien impulsa estudios sobre el desarrollo industrial en la ciudad de Guadalajara; el proyecto del oriente de Morelos, zona cañera y cuna del movimiento campesino en la revolución de 1910, a cargo de Arturo Warman; la industria del calzado en Guanajuato; el proyecto sobre clase obrera y sindicalismo a cargo de Francisco Zapata donde se incorporaron Victoria Novelo y Juan Luis Sariago (Torres, 2011: 168).

Echeverría, Sela y Torres (1975) encuentran que los trabajadores en Ciudad Sahagún se negaban a vivir en la zona industrial, prefiriendo vivir lejos de las fábricas con la posibilidad de continuar cultivando sus tierras o desarrollando pequeñas empresas familiares, un fenómeno común en los espacios rurales con industria (Durand, 1983) que nos dejan ver claramente como la introducción de complejos industriales que ocupan a la mayoría de la población como fuerza de trabajo no extingue el trabajo agrícola y labores de sustento familiar que se desarrollan fuera de estas. Por eso retomamos esta experiencia de antropología industrial para plantear una aproximación antropológica al trabajo tomando en cuenta la organización social y cultural de una región a partir de los modelos de modo de producción que operan en ella (Torres, 1993: 17) y no reduciendo la observación y explicación a la industria únicamente.

Es decir, el interés no es profundizar analíticamente en los procesos de producción que operan dentro de la fábrica, construyendo al sujeto y sus prácticas como pertenecientes de una clase: obreros (Taylor, 1947; Thompson, 1979; Braverman, 1987; Burawoy, 1989); sino enmarcar el fenómeno del trabajo industrial cómo determinante de los hábitos y estilos de vida que refuerzan o influyen el mundo social, y aún más, en las relaciones de género de estos sujetos.

Burawoy (1979) afirma que un primer intento por entender la cotidianidad laboral de sociedades industriales se realizó a partir de la aplicación de técnicas antropológicas de Malinowski para recolectar de información sobre comunidades que atravesaban transformaciones a partir de su ‘transición al capitalismo’ y así explicar los cambios culturales resultantes de la expansión del capital. En estos incipientes trabajos de una antropología industrial podemos encontrar trabajos de la Escuela de Manchester y la Escuela de Chicago donde podemos subrayar la importancia que le otorgan a los procesos migratorios como constitutivos del proceso de industrialización y formación de una clase trabajadora.

Las anteriores propuestas, junto con la de Burawoy, no implica poner en segundo plano la industria o el control productivo según los modos de producción. Al contrario, es recuperar la apuesta original de Carlos Marx (1974) de que toda existencia humana, por tanto, su historia, tiene como premisa básica las existencias de condiciones materiales que le permiten vivir. Antes de toda producción material esta la producción material de la vida misma (Marx, 1974: 48).

En esta tesis, la discusión sobre antropología del trabajo en México la pongo en el marco del desarrollo de la antropología del trabajo en América Latina, principalmente en el desarrollo teórico y etnográfico realizado en Argentina (Soul, 2005; Palermo, 2017; León, 2013), Brasil (Cioccarri, 20011; Leite López, 2011), Bolivia (Nash, 2008) y Chile

(Kirkwood, 1988; Valdés y Olavarría, 1998).

Lo que podemos encontrar en estos tres escenarios latinoamericanos es la similitud de condiciones y desarrollo no sólo de una economía en contextos de colonización y subdesarrollo, sino también de disposición de enclaves económicos que operan bajo las mismas lógicas de extracción y distribución, generando prácticas individuales y comunitarias en función de los ritmos y ciclos del capital a partir de sus industrias, de manera más expresiva y evidente en el caso de los enclaves económicos.

Cabe destacar el trabajo pionero del movimiento feminista chileno que bajo las condiciones el régimen militar y dictadura (1973-1990) de Augusto Pinochet, impulsaron un cambio en la academia que apuntaría por la búsqueda de la igualdad al situar a la mujer como sujeto político capaz de exigir y apropiarse de ‘una democracia para la mujer’, una de las consignas feministas chilenas.

Julieta Kirkwood (1981) y sus colegas congregaban una discusión en las calles y la académica que formaría en 1989 el Programa de la Mujer y eventualmente a abrir el Área de Estudios de Género en 1993 en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

En esta área estudiaron varias feministas y destacadas investigadoras como Teresita de Barbieri, Orlandina de Oliviera y Julieta Kirkwood, que reflexionaron sobre las relaciones de género en la sociedad chilena en la constitución de condiciones materiales y políticas de las mujeres y hombres con la intención de promover un instrumento para la transformación social desde la academia. Sus investigaciones son referentes que inician las discusiones sobre los hombres en claves de género, como será el trabajo pionero sobre masculinidades de Teresita de Barbieri (1990).

Con la institucionalización de estos estudios en universidad y centros de investigación, hubo una centralidad del trabajo de campo y la etnografía bajo una teorización interdisciplinar que ponía en discusión las influencias occidentales antes mencionadas con los recientes estudios de la sociología francesa (Novelo, 1980; Sariego, 1988; Leite, 1988; Torres, 1991). Con ello, hay una preocupación por recuperar y dar cuenta en sus problematizaciones de los procesos subjetivos de los y las colaboradoras etnográficas en cuanto a sus concepciones, valoraciones y perspectivas culturales en torno al trabajo.

Esta antropología latinoamericana del trabajo fundante dejó en los pilares institucionales de estos estudios -entre muchos otros aportes-, la preocupación por la relación de los procesos de reproducción de la vida y trabajo que consecuentemente devino en la configuración como unidades de análisis para pensar el trabajo a las familias, grupos y comunidades. Es decir, que todo análisis sobre el trabajo debía involucrar pensar la relación entre ámbitos de producción y reproducción social.

Es así que una de las instancias medulares de la antropología latinoamericana del trabajo sea pensar en la totalidad de la vida de las y los trabajadores como potencialidad de análisis de las distintas manifestaciones del trabajo, dentro y fuera de las convenciones teóricas de pensar los espacios del trabajo.

Indagar desde problematizaciones históricas, sociológicas y antropológicas la vida cotidiana -dando claras muestras de la influencia de la historiografía social inglesa- marcó una senda provechosa para cuestionarse y replantear el 'mundo del trabajo', donde toma especial relevancia los procesos subjetivos de las propias personas que desempeñan, resisten y reproducen las prácticas laborales que estructura, bajo distintas configuraciones, el capitalismo en estos territorios.

Para Capogrossi y Palermo (2020), Victoria Novelo y Juan Luis Sariego iniciaron esta

veta fundante en el CIESAS-Ciudad de México en la década de 1960, a la cual se sumarían los aportes y discusiones de Francisco Zapata (1985), teniendo un giro a pensar las implicaciones de la globalización y procesos neoliberales con los aportes de Raúl Nieto (1992) y Luis Reygadas (2002), entre otros.

En Brasil, los trabajos de Alásia (1979), Sigaud (1979) y Alvim (1997) como integrantes en el proyecto de investigación del programa de posgrado en Antropología Social (PPGAS) para analizar las características empresariales y de movilidad al noreste del país, abrirían las discusiones a las cuales se sumarían las voces de reconocidos antropólogos como José Sergio Leite Lopes (2011) y de manera más reciente el trabajo de Gustavo Lins Ribeiro (2006).

Leite Lopes [1976] (2011) analiza como las dinámicas y prácticas laborales en los ingenios azucareros del noreste brasileño, sobrepasa los espacios laborales y dominan incluso se otros ámbitos de la vida de las y los trabajadores, a través de las representaciones sociales y reinterpretaciones creativas.

Gustavo Lins Ribeiro con su estudio sobre presas como grandes proyectos hidrológicos de México (Ribeiro, 1986) retoma la discusión crítica de Wolf sobre el desarrollo, al incorporar en su análisis cultural las distintas agrupaciones e instancias gubernamentales involucradas -en tensiones políticas- en la realización de dichas presas, presentando el trabajo como una problemática latente frente a la noción de desarrollo.

Después sigue la problematización de las representaciones sociales, partiendo de la experiencia de vida de los trabajadores en los distintos proyectos laborales involucrados en la construcción de Brasilia, para plantear las tensiones entre la empresa y los trabajadores que se trasladan de las prácticas laborales a discusiones ideológicas en torno al nacionalismo (Ribeiro, 2006).

En Argentina, el desarrollo se dio en torno a problematizaciones sobre el acceso a la salud

a través de los trabajos pioneros de Eduardo Menéndez (1990) que formó nuevas generaciones (Grimberg, 1997; Wallace, 1998) que siguieron esta línea teórica de salud-trabajo, transitando en la década de 1980 hacia la problematización de la reconversión productiva (Manzano, 1996; Soul y Vogelmann, 2010; Capogrossi, 2012; Palermo, 2014).

Con el cambio de siglo y la globalización de prácticas neoliberales, hubo un tránsito de los estudios del sindicalismo hacia la problematización de la flexibilidad laboral, las dinámicas del capital financiero, el desarrollo y efectos de las corporaciones transnacionales y las afectaciones en las condiciones de vida de la clase trabajadora, desdibujándose de la literatura la categoría ‘obrero/obrero’.

Los estudios antropológicos se dispersaron entre los procesos de conformación de regiones productivas configuradas globalmente, las regulaciones del mercado de trabajo, la emergencia de nuevos actores y estrategias laborales y las culturas de trabajo. Sin embargo, como eje de coincidencia podemos ver en esta diversidad de estudios el apunte en sus conclusiones de dos características contemporáneas: la feminización del trabajo y el desmantelamiento del movimiento obrero sindical.

Con ello, en años recientes incrementó el abordaje desde distintas perspectivas de género que han marcado un giro epistémico en la antropología del trabajo latinoamericana, donde los primeros trabajos se han centrado en desmenuzar la categoría género en la manera en que intersecciona con las categorías de etnia, raza, nacionalidad y clase en los fenómenos y prácticas laborales concretas (Fuller, 1997; Viveros, 2022; Monroy, 2017; Capogrossi, 2020).

Las definiciones teóricas de feminidad(es) y masculinidad(es) se dan desde abordajes de feminismos negros, comunitarios, chicanos, decoloniales y poscoloniales; permeando directamente en la manera de investigar y producir conocimiento en cuanto a las percepciones, experiencias, significados y reflexiones de las y los trabajadores en cuanto a su praxis laboral.

La historia y desenvolvimiento de los estudios feministas en América Latina, no sólo abren la posibilidad, sino que plantean las preguntas epistémicas fundantes de los estudios sobre masculinidad, desdoblándose una reciente rama de estudios de masculinidades y trabajo, a partir de la década de 1990 (Olavarría, Palermo, 2017; León, Huerta; Fuller,). Uno de los desafíos apremiantes ha sido el problematizar los espacios laborales desde estas discusiones en claves de género (Reygadas, 2002; León, 2017).

Antropología del trabajo y masculinidades

En lo que respecta al estudio de las masculinidades, la corriente marxista abría el análisis a pensar cuál era el papel de los varones dentro del trabajo doméstico y la organización familiar, sobre todo buscando comprender su papel y prácticas frente a la doble explotación de las mujeres.

Con la feminización del trabajo, particularmente con la incorporación mayoritaria de las mujeres en las maquiladoras -como el escenario mexicano en su frontera norte (citas)- la discusión sobre los varones y sus masculinidades transitó hacia dimensiones analíticas sobre violencia reparativa, física, simbólica y económica.

Trabajos como el de Fernando Huerta (1999) colocaban al centro de sus análisis etnográfico de trabajadores de la planta automotriz Volkswagen en Puebla, los significados corporales y cualidades masculinas expresadas para competir y sobresalir tanto en el campo de juego del fútbol como en los diferentes cargos dentro de la empresa, demarcando como el desempeño laboral de los trabajadores estaba atravesado por una

serie de expresiones y atributos masculinos de entender los espacios y relaciones de trabajo.

Recientemente las representantes de esta ala teórica en América Latina han sido Rita Segato (2013), Silvia rivera Cusicanqui (2010) y María Lugones (2008); que desde una visión crítica han visibilizado las ausencias de pensar las corporalidades y territorios en las discusiones marxistas para pensar las lógicas de despojo, dominación y violencia en la configuración regional del capitalismo, haciendo énfasis en los contextos de colonización y racialización en América Latina.

Rita Segato propone el concepto de ‘mandato’ como una exigencia estructural que modela las jerarquías y organización social de manera históricamente asimétricas bajo un orden patriarcal de relaciones sociales. El cumplir con los mandatos de género no sólo es la demostración de masculinidad sino la manera en que la sociedad patriarcal les permite a los varones insertarse socialmente. Entre los mandatos históricos y culturales más homogeneizado está el de trabajar para proveer (Segato, 2003).

José Olavarría (2001) se adhiere a esta propuesta, para hablar del emplazamiento de mandatos históricos y culturales, donde la exigencia de proveedor tiene distintas configuraciones culturales producto de su contexto y temporalidad.

Una crítica fundante del estudio de las masculinidades en los estudios del trabajo es que, pese a la sistemática exclusión en los estudios de trabajo de enunciación de las mujeres, es decir que la literatura trabajó siempre con varones, no lo hizo en una reflexión de género sino bajo una pretendida universalización de la humanidad en las figuras masculinas, desdibujando las características y distinciones de género de las clases trabajadoras estudiadas. Reawyn Connell argumentará que esta ausencia es producto de la modernidad, desde donde se plantea el mundo laboral como culturalmente espacio de los hombres (Connell, 2003: 198).

William French (2000) al investigar los códigos culturales de los trabajadores mineros de Chihuahua de finales del siglo XIX y principios del XX, encuentra como dos expresiones de cohesión la conformación de significados acerca de ‘el honor’ y la diversidad de formas de violencia hacia las mujeres.

Guadalupe Nava (1994) señala como el desafío constante ante los riesgos que implica trabajar en escenarios de mina subterránea, los varones mineros tejen sus significados del ser hombre en torno al valor, la capacidad física de resistencia, así como a través de la capacidad de tejer lazos de solidaridad y compañerismo.

Exaltar etnográficamente las relaciones de género donde se explicita la subordinación y violencia hacia las mujeres, así como su consumo de cuerpos femeninos mediante el trabajo sexual o abusos de relaciones de pareja (Morato, 2008).

Hay una tendencia a trabajar en torno a los valores y capacidades que los propios sujetos reconocen como parte de sus atributos necesarios para trabajar, como está constituida la hombría y como están representadas manifestaciones del cruce entre patriarcado y capitalismo.

Otra de las características que anotan Veloz y León (2020) es que las investigaciones sobre masculinidad y trabajo se han centrado en el trabajo remunerado, no explorando ampliamente otras actividades de subsistencia o de producción de valor por parte de los varones. Por tanto, al menos en la literatura disponible, sigue prevaleciendo esta mirada de entender hombre-trabajo asalariado, mujer-trabajo doméstico u otros trabajos.

Además, con la crisis del trabajo asalariado producto de la flexibilización de los mercados de trabajo, en la literatura se observa a su vez una disposición a estudiar ‘la crisis de las masculinidades’ asociadas a estos cambios (Jiménez Guzmán y Tena Guerrero, 2007; Hernández, 2010).

Los estudios de masculinidades desde la antropología del trabajo en América Latina a inicia en la década de 1990 pero cobra mayor relevancia e incluso movilización política desde mediados de la década del 2000, donde se ha privilegiado como eje de análisis identificar las prácticas de violencia y dominación masculina, bajo una pretensión teórica de proponer nuevos marcos de valores, significados y prácticas que rompan con los mandatos de género identificados de no mostrarse vulnerables, mostrar emociones o cualquier manifestación relacionada con lo femenino.

Sin embargo, estos estudios no han logrado cristalizar una perspectiva epistémica suficientemente sólida como para proponer un andamiaje teórico y agenda política de trabajo común.

Como tendencia, en los estudios etnográficos, se ha buscado la descripción de rasgos característicos, formas y pautas de sociabilidad y sus relaciones con las mujeres, donde los varones aparecen siempre en posiciones dominantes -no cuestionadas-.

Sin embargo, un alcance hasta ahora obtenido es que las masculinidades en América Latina son plurales y es un reduccionismo anacrónico aglutinarlas a todas bajo el estereotipo de ‘masculinidades machistas’ o machismos (Gutman, 1993; Ramírez, 1993). Desde los estudios queer, en cambio, se ha investigado sobre las sexualidades e interacciones afectivas entre varones, atravesadas por campos de significación de violencia, discriminación, salud sexual y trabajo (Núñez Noriega, 2007; Nascimento, 2014).

Otra área de estudio ha sido las paternidades y su relación al trabajo a través del mandato de género de los varones como proveedores, a través de sus transformaciones y cuestionamientos por parte de los mismos varones (Olavarría; Díaz-Cervantes, 2014; Aldana, Burgos y Rocha, 2018).

José Olavarría ha trabajado como se han incorporado nuevas formas de organización del trabajo a través de rutinas de alta especialidad técnica y puestos de trabajo en aparente asilamiento, que separan a las personas de una interacción y socialización constante dentro de las jornadas laborales lo cual transfiere dichas socializaciones a dinámicas no propiamente productivas pero que forman parte de las prácticas laborales: áreas y tiempos de alimentación, descanso, recreación; las cuáles mantienen una división sexual y sectorial por ocupación/habilidades (Olavarría, 2008) que conduce a la construcción de patrones de masculinidad asociados a la clase social y posición dentro de la jerarquía empresarial.

Retomamos esta importante contribución, para reconocer la diferencia de espacios y dinámicas de socialización, donde la diversidad de varones convocados por una empresa o espacio de trabajo, no necesariamente están en diálogo, tensión y comunicación sino en una segmentación útil a la organización social del trabajo.

En cambio, Hernán Palermo (2017) hace una recuperación de los trabajos feministas marxistas en América Latina, para analizar las interacciones peyorativas a significantes, objetos y corporalidades vinculadas con la feminidad, que se plantean como prerrequisito masculino de reconocimiento social dentro del trabajo petrolero en una empresa argentina.

El gran aporte que reconocemos en el trabajo de Palermo sobre la minería es situar la impronta de tener que tomar en cuenta una perspectiva de clase, relación generacional, etnia y región para acceder a una comprensión tanto histórica como social de las masculinidades.

A Palermo le interesa la constitución de una masculinidad hegemónica producto de las lógicas de la empresa, por tanto del control y disposición de las condiciones de trabajo,

para poder hacer una lectura de las distintas maneras de ser hombre que posibilita el capital en cuanto a fuerza de trabajo. El trabajo es el eje modelador. Yo propongo ponerlo pensarlo al revés, que es el género el eje modelador de la manera de hacer trabajo y que se articula en la manera en que se va proponiendo los nuevos órdenes y organizaciones del trabajo como disciplina fabril.

Hacer este giro, implica partir del género como modelador al trabajo y no al revés. El capitalismo descansa y es posible a partir de estructuras patriarcales, las cuales se articulan de manera distinta en otros modos de producción. La vigencia de lógicas binarias en nuestra actualidad forma parte de la apropiación de las estructuras patriarcales por parte del desarrollo histórico del capitalismo, que ha encontrado en sus lógicas las facilidades de reproducción y supervivencia ante una ordenación del mundo social en divisiones sexuales del trabajo y la disciplina, como sugiere Palermo.

Hay una imbricación donde interesa saber que tanto necesita el capital actualmente dicho binarismo patriarcal y que tanto ya opera bajo otras lógicas de género, producto de una disidencia y contradicción que se dan en la manera de vivir, practicar relaciones de género y de su sexualidad. Hay elementos de subalternidades que complementen y hacen posible al capital. El capital, por tanto, busca “masculinidades flexibles” más que hegemónicas.

En un siguiente trabajo Palermo (2020) da más cuenta de esta exigencia, al abordar el trabajo en tecnologías digitales y producción de software, donde advierte que esta industria está caracterizada por un mercado inestable, guiado por una lógica de capitales de riesgos, que buscan en sus trabajadores también esta flexibilidad, agilidad y trabajo meritocrático de demostrar su valor para la empresa ante su continua proposición de mejoramiento de tanto de los productos como de sus tecnologías y metodologías de realización (Palermo, 2020: 1360).

Asume que hay en estos espacios de trabajo hay una constante transformación, configurándose una disciplina fabril que requiere aptitudes meritocráticas y flexibles de masculinidad como el asumir riesgos, plantear sus actividades laborales con cierta autonomía y a través procesos creativos e impositivos de toma de decisiones. Sin embargo, reconoce que estas dimensiones están presentes ya en los trabajos etnográficos de autoras como Mara Viveros (2001) y Norma Fuller (1997). La distinción está en la transición de valorizaciones como la rudeza y resistencia corporal a la creatividad, liderazgo, manejo sobre presión y adaptarse al continuo cambio.

Es importante esta recuperación de Fuller y Viveros para asociar como hay una relación de los mandatos de género con un corte generacional y de clase, pero recuperando la propuesta de Olavarría, la propuesta es pensar como las nuevas empresas transicionales mientras como MMB requieren tanto atributos masculinos tradicionales de rudeza y resistencia física en sectores de trabajo técnico extractivo como atributos de creatividad, trabajo bajo presión y flexibilidad en sectores administrativos, de ingeniería y planta de procesos. Hay pues una configuración múltiple que a su vez, no llega a intersectar o hacer interactuar dichas masculinidades -a menos no dentro de sus desempeños en sus puestos de trabajo- sino en espacios y dinámicas fuera de jornadas laborales.

Como lo enuncian Capogrossi y Palermo (2020), en su tratado de casi dos mil páginas en una extensa revisión de la literatura existente de antropología del trabajo en nuestro continente, la manera de vivir y trabajar en América Latina y el Caribe obliga a pensar en formas de organización y prácticas cotidianas que “se arman y desarman en un potencial infinito de posibilidades [...] que dan cuenta del constante movimiento y multiplicidad de variaciones del universo de las relaciones laborales actuales (Capogrossi y Palermo, 2020: 18).

El reto actual de este campo de estudios es romper epistémicamente con categorías reduccionistas y binarias del trabajo (precario/no precario, formal/informal, obrero/campesino, trabajo clásico/trabajo no clásico) y evocar en cambio a sus matices, conexiones, contradicciones y zonas grises que nos ofrecen una mejor comprensión de las experiencias, relaciones, resistencias y espacios laborales.

Volver apostar por estudios antropológicos y etnográficos sobre la relación de espacios de producción y reproducción, donde se difuminan los límites de las prácticas laborales, con las del ocio y el disfrute es fundamental. Es bajo esta preocupación que reconocemos la postura de este trabajo de tesis.

Cruce con los estudios sobre masculinidades en México

Dicho desarrollo cobra sentido para esta tesis sobre género, por las coincidencias y caminos que se cruzan con el desarrollo de los estudios sobre masculinidades en México, los cuáles recupero para conformar la base teórica de esta investigación.

A continuación, la mayoría de las descripciones son resultado de la revisión exhaustiva y publicada por Guillermo Núñez (2017) en su libro “Abriendo brecha. 25 años de estudios de género de los hombres y masculinidades en México (1990-2014)”.

El primer trabajo de este subcampo en México es el de “Sobre género, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México” de 1990, escrito por Teresita de Barbieri; teniendo un salto propositivo en 2004 con la fundación de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres, aumentando su producción 18 veces en su ritmo habitual de crecimiento desde 1990 (Núñez, 2017). Esto demuestra que este subcampo de estudios en México no sólo tiene una definida trayectoria sino una constancia y permanencia que permite hablar de un campo de estudios en consolidado.

Para Guillermo Núñez, la constancia de publicaciones se ha mantenido en buena medida por las recomendaciones de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de El Cairo (1994), la conferencia Internacional de la Mujer en Beijing (1995) y la epidemia del VIH en México resultaron alicientes a estos financiamientos (1997-1998: Fundación Ford, Fundación John D. and Catherine MacArthur, etc.), en tanto que la apertura de plazas de investigación se ha mantenido escasa, siendo un contrapunto al crecimiento de este subcampo de estudios.

Debido a esta situación, la institucionalización académica se ha dado a través de coloquios, foros, conferencias, seminarios y demás actividades, donde cabe destacar la conformación de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres (AMEGH) y su revista especializada, *La Manzana*.

Las alternativas de recurrir a nuevas fuentes de financiamiento, como programas específicos de instituciones nacionales gubernamentales (CENSIDA, INM, etc.) fondos fiscales de los centros de investigación, entre otras opciones.

Bajo el recuento de Núñez, se cuentan con 49 tesis realizadas sobre estudios de hombres y sus masculinidades, lo cual -refiere el autor- obedece a la debilidad o escasez formativa en los espacios universitario y de posgrado, siendo necesario incentivar la oferta de cursos, líneas de investigación, fortalecer la colaboración multidisciplinaria, mayores asesorías, más financiamientos, así como mayores estímulos de becas y premios a la realización de tesis.

La revista con mayores artículos especializados es *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, seguidas por *La Ventana*, y *Revista Géneros*. Sin embargo, la mayoría de las publicaciones se dan en revistas no especializadas en género y que atienden a números temáticos, dejando también claro la preferencia a publicar en revistas consolidadas

nacionales y no existentes en el extranjero.

La inexistencia de plazas impacta de manera determinante en la consolidación de estas personas en este subcampo, que no se plantearon en su trayectoria laboral un camino académico de investigación o no vislumbraron un panorama laboral oportuno al cual dedicarse bajo esta línea de investigación.

Hay una tendencia a trabajar de manera individual, dando cuenta de una debilidad de grupos de trabajo o investigación, exigencia científica y académica más apremiante en años recientes. “El diálogo, trabajo en equipo, se impone como una necesidad, por lo menos en algunos momentos del trabajo académico” (Núñez, 2017: 98).

De acuerdo con la distribución geográfica, estas se concentran en Ciudad de México, Jalisco, Tamaulipas, Veracruz, Sonora, Colima (Revista GenEros), Chihuahua y Baja California. Es el noroeste y occidente del país una región interesante en cuanto a desarrollo de estudios de los hombres y sus masculinidades.

Después de una revisión y catalogación descriptiva, Núñez organiza la producción sobre estudios de masculinidades en México en 13 principales rubros o temáticas, apelando a la coherencia de corrientes, desarrollo y matrices teóricas compartidas. Añade igual forma que no es la única clasificación posible.

De acuerdo con esta clasificación, históricamente la acumulación de trabajos se ha dado bajo la categoría de “erotismo, sexualidad, diversidad sexual y VIH”, seguidos de “identidad, subjetividades”, “paternidades, relaciones” y “reproducción y salud”. Esto puede explicarse, nos refiere el autor, a la cercanía del subcampo con los estudios LGBTTI, su fortaleza ideológica y política, relacionado a su vez con los financiamientos focalizados a la epidemia del VIH.

Relativo a las paternidades y relaciones afectivas, de pareja y familiares, hay una conformación histórica desde las conferencias internacionales de El Cairo Y Beijing,

financiamientos derivados así como las políticas públicas de planificación familiar.

El innegable trabajo de los estudios de la violencia de género y hacia la mujer, vinculados a las agendas feministas, así como la veta desarrollada de plantear las masculinidades como factor de riesgo a mujeres e infancias, otros varones y hacia sí mismo.

Las temáticas emergentes y que presentan un crecimiento son aquellas relacionadas a migración, cuerpo, deporte y juegos, trabajo y políticas públicas.

Núñez apunta que bajo esta revisión queda clara la ausencia de trabajos o aproximaciones temáticas a producciones culturales (cine, música, televisión, fotografías, artes), lo cual muestra que a diferencia de Estados Unidos u otros espacios, en México este subcampo ha estado orientado en mayor parte bajo disciplinas de las ciencias sociales (y no artes y literatura): sociología, antropología, demografía, salud pública.

Cabe recalcar que la gran mayoría de trabajos se han realizado bajo enfoques o teorías relacionadas a la antropología y sociología, lo cual se confirma en los marcos teóricos, pero también en las propuestas metodológicas, con una clara tendencia a la realización de observación participante, entrevistas a profundidad, conversaciones informales, historias de vida”.

En cuanto a la población de estudio, hay una preferencia a agrupaciones jóvenes y adultos en comunidades urbanas y rurales, de clases populares y medias, de diferentes regiones del país. Faltan estudios en comunidades y varones indígenas y otros grupos étnicos, también en clases altas y clases políticas, así como varones en situación de calle, condiciones de marginalidad extrema o que participan dentro de la delincuencia organizada. De igual forma, estudios sobre hombres transgénero e intersexuales.

Inicialmente los debates estuvieron vinculados a las preocupaciones feministas y políticas públicas relacionadas a la planificación familiar, embarazo adolescente, derechos y libertades sexo-reproductivas como el acceso a métodos anticonceptivos y abortos

(Leñero, 1994; Figueroa, 1998; Menéndez, 1998; Amuchástegui, 2007). Con el paso del tiempo, la temática empezó a perder peso en gran medida por el cambio en las políticas públicas y financiamientos, así como un asunto cultural: falta de apropiación de temas sexo-reproductivos por parte de varones heterosexuales por asociarse fuertemente al cuerpo y salud de las mujeres.

La investigación sobre violencia de género ha estado acompañada de modelos de reeducación para varones, desarrollo de investigaciones que visibilizan la violencia contra las mujeres y la creación de mecanismos jurídicos y políticas públicas para su atención y erradicación (de Keijzer, 1997; Ramírez, 2005; Juárez, 2014).

Algunos autores como Roberto Garda (2001; 2007) y Fernando Huerta (2007) han contribuido con reflexiones académicas a partir de su experiencia con grupos y modelos educativos, en especial sobre las dificultades que tienen los varones en su proceso de cambio.

Vinculado al tema reproductivo, los estudios sobre paternidades, parejas y familia creció en parte por la transición de autores que dejaron el tema de derechos reproductivos por enfocarse en estudiar las relaciones de pareja, bajo la influencia de las conferencias de El Cairo y Beijing, donde se priorizaba la atención en la participación de los varones en la crianza, organización familiar, trabajo doméstico y violencia (Montesinos, 1996; Tena, 2006; Alarcón, 2012).

Otro de los temas pioneros ha sido el de la salud emocional, riesgos, mortalidad y adicciones asociadas a las masculinidades (Herrera, 1994; de Keijzer, 1995; Tuñón, 2005; Calvario, 2007;). Núñez resalta a los integrantes de Salud y Género A.C. en su papel de divulgación, creación de talleres y publicaciones sobre salud emocional. La triada de la violencia como concepto propuesto por Michael Kaufman se vuelve matriz teórica de este rubro, para elaborar la exposición de riesgos y mortalidad de varones.

Recientemente han incrementado debido a los estudios sobre los conflictos de pareja y divorcio, analizando a los varones en sus paternidades como cónyuges o divorciados, entre muchas otras aristas (Hernández, 2008; Zamora, 2011; Echeverría, 2012).

Con el tiempo, como hemos mencionado en el capítulo uno, los estudios sobre erotismo, sexualidad y VIH se volvieron la temática de mayores publicaciones en México, contrastando fuertemente con tendencias en otros países. Núñez encuentra que Desde el 2013 hay una fuerte preocupación por estudiar a los varones en contextos de trabajo sexual, en espacios turísticos, turismo sexual, salud sexual y reproductiva, prácticas sexuales de riesgo, varones indígenas con VIH.

Los estudios sobre masculinidades y migración iniciaron subordinados al estudio de la epidemia del VIH-sida y el comportamiento sexual de los migrantes, demostrando que la migración cambiaba la sexualidad de los varones por diversos factores (cambios normativos, cultura sexual, espacios no vigilados, necesidades afectivas, etc.), generándose conceptos particulares como el de 'sexilio' o la migración forzada por violencia sexo-genérica (Rosas, 2007; Sarricolea, 2010).

La investigación sobre los significados de ser hombre, la configuración de la identidad, la masculinidad en distintos sectores sociales. Buscan conocer percepciones, concepciones, valores, actitudes y prácticas sobre otros hombres y sobre sí mismos, superando los viejos clichés sobre lo mexicano y los machismos (Márquez, 1996; Gutmann, 2000; Cruz, 2007; Nava, 2009; Salguero, 2013).

Por otro lado, los estudios históricos y regionales han sido también característicos de este subcampo en México. Esta temática responde a los trabajos que buscan ir más allá del presente etnográfico e incluyen un apartado histórico para pensar, bajo coordenadas regionales, la producción y transformación de ideologías, identidades y relaciones de

género de los hombres, a lo largo de generaciones (Miranda, 1998; Núñez, 1998; Pacheco, 2008; Tuñón y Tinoco, 2009).

Sus aportes complementan los análisis que deconstruyen la mirada esencialista de que ‘todos los hombres son iguales’ o que no han cambiado las masculinidades y formas de ser hombres a lo largo del tiempo. Hay una revisión de los cambios en el orden de género, aportando herramientas y planteamientos que ayudan a comprender los cambios bajo ‘procesos de modernización’ en la dimensión de género, en la vida íntima y cotidiana de los sujetos (Pérez, 2010; Hernández, 2012).

Los estudios sobre masculinidades también emergieron en Chile a partir de los estudios de género y su estrecha vinculación con los movimientos feministas a favor de la igualdad y cese de violencia hacia las mujeres. Después de la fundación del Centro de Estudios de la Mujer en 1984 y la prolífica publicación de estudios sobre la mujer en claves de género por un grupo de investigadoras sociólogas, historiadoras y antropólogas.

En el área de estudios de género de FLCASO, que se ha mencionado previamente, se abrió en 1998 la Red de Masculinidad a cargo de Rodrigo Parrini, la cual transitaría a ser la Coordinación de Estudios de Masculinidad actualmente a cargo José Olavarría. Así como una Red de Masculinidad formada que a partir de la vinculación de investigadores busca generar espacios de debates sobre las problemáticas de la masculinidad, identidades masculinas y métodos de acción e intervención en contra de la violencia masculina.

A finales de año se convocó al Primer Encuentro de Estudios de Masculinidad que dio como resultado la primera publicación (Valdéz y Olavarría, 1998) que se centró en tres ejes de análisis: la construcción de identidades masculinas, las relaciones familiares y las sexualidades masculinas.

Estos trabajos coinciden en pensar la masculinidad en relación al modelo de masculinidad hegemónica o normativo, agrandándolos en los ejes antes expuestos para explicar la construcción social de la paternidad, las relaciones de poder inmersas en la constitución de prácticas masculinas y cómo estas se articulaban bajo una condición de subordinación de la mujer.

Sería una década después, con los trabajos de José Olavarría (2001) sobre la sexualidad de jóvenes chiles y los trabajos de Norma Fuller (2001) sobre las diferentes masculinidades en la sociedad peruana, que este marco de masculinidad hegemónica se abandonaría para pensar una pluralidad simultánea de masculinidades que están en juego a partir de la configuración de distintos aspectos como las generaciones, la étnica y regiones socioculturales. Por ejemplo, Olavarría (años) muestra cómo el formarse como hombres en zonas rurales altamente o urbanas pauperizadas altamente etnificados, o en espacios socioeconómicos más altos varían el tipo de relaciones de igualdad o machismo que entablan dentro de sus entornos familiares, laborales y comunitarios.

Lo que podríamos argumentar, es que dichos estudios no han abandonado los espacios domésticos y laborales como los privilegiados para entender y explicar las diferentes masculinidades dentro de una sociedad, dejando a la deriva espacios como la calle, la educación, las redes sociales o la movilidad.

Al respecto, Núñez advierte tres posibles causas de esta problemática de su institucionalización: 1) a diferencia del feminismo, no ha habido un movimiento político o social que exija su institucionalización, 2) resistencia de las feministas a compartir el campo de estudio de género y 3) son estudios muy recientes que todavía requieren probar su importancia social (Núñez, 2017: 30).

Los hombres en sectores populares en Chile (Valdés y Olavarría, 1998: 28) enfatizan que el trabajo les permite cumplir con las responsabilidades hacia la familia, donde el recurso

económico del que disponen es su fuerza de trabajo y su venta les permite cumplir su mandato de masculinidad. En cambio, complementan los autores, los hombres de sectores económicos altos encuentran el trabajo como una actividad lúdica que les permite probarse y recrearse en cuanto a habilidades y destrezas, las cuales son puestas en una competencia de prestigio en términos de superioridad. El trabajo permite adquirir prestigio, riquezas y poder, no solamente cumplir un mandato de *breadwinner*.

El trabajo hace al hombre y el hombre es del trabajo, le da seguridad, sin trabajar se pierde a su vez prestigio, poder y autoridad. Los mandatos de género en cuanto al trabajo como una obligación es una generalidad que se entiende y configura de acuerdo con una dimensión de clases sociales.

Las investigaciones presentadas en los Encuentros sobre Masculinidades van abriendo el círculo. Podemos encontrar la obra de Hernán Palermo en seguimiento a las reflexiones a partir del trabajo y la configuración de un sujeto político producto de la división sexual del trabajo y la interpretación cultural de sus condiciones materiales de existencia.

Al respecto Hernán Palermo (2016) asume que estos elementos forman parte de una *masculinidad hegemónica* que se va erigiendo como un tipo ideal que rara vez se realiza, que termina siendo una presión imposible de alcanzar, un deseo siempre insatisfecho (Palermo, 2016: 103).

Si la introducción de una nueva tecnología y organización del trabajo (Palermo y León, 2016) genera cambios en la estratificación de masculinidades, entonces la concepción de crisis de las masculinidades no es entendida como pérdida de privilegios sino como renegociaciones de las relaciones de poder. Estas negociaciones y pérdidas se han entendido tanto como premisas de la violencia como inherente a su constitución (Badinter, 1993) así como estancias de transformación hacia otros estadios más equitativos.

Posteriormente los trabajos de investigación se irían enfocando en desentrañar la estratificación y diferenciación racial (Viveros, 1997) en espacios dominados por varones (Fuller, 1995), la construcción del deseo (Parrini, 2016), pero también desde los estudios decoloniales el cuestionamiento sobre las masculinidades racializadas y sus implicaciones en sus sexualidades (Rojas, 2017).

Antropología sobre trabajo minero y contextos de enclave

Conceptualizar el espacio de estudio de Santa Rosalía como un enclave minero implica entender la construcción del territorio y su sociedad bajo una estructuración pensada a partir de la configuración de los medios de producción en favor de los intereses del capital asociado a la producción y venta internacional del cobre. El espacio es leído por el capital como “territorios vacíos” donde es imperante y necesaria la explotación mineral (Balzaretto, 2013; Svampa y Mitra, 2010; Tetreault, 2013).

En México, la industria de la minería ha operado bajo dinámica de la concesión de territorios bajo un proceso de despojo que rara vez involucra una presentación y consentimiento frente a las comunidades que habitan las espacialidades en donde se pretende desarrollar la minería, no hay un conocimiento detallado de las características del proyecto (Bartra, 2015; Salazar y Rodríguez, 2015; Geocomunes, 2017).

Los estudios actuales, desde las ciencias sociales, en México se ha concentrado en visibilizar y analizar las distintas resistencias y luchas que se han dado como respuesta de estas apropiaciones han sido principalmente en dos vías: 1) aquellas que han denunciado los embates ecológicos y de deterioro de los ecosistemas de las regiones donde operan las mineras, luchando por una reivindicación de la vida (Geocomunes, Rodríguez), y 2)

aquellas que se han opuesto a la desmantelación comunitaria por la introducción de nuevas lógicas industriales y de explotación que dividen a la población de acuerdo a interés individuales, haciendo visible las movilizaciones y resistencias contra los proyectos extractivistas (Navarro Trujillo, 2012; Hernández Rodríguez, 2014; Bartra, 2015).

Atrás se han quedado los estudios de la minería que en los años setenta buscaban problematizar el marco económico y político operativo de estas industrias y su influencia en las maneras de habitar un espacio social (Madero, 1978; Sariago, 1988). Es decir, hubo un desplazamiento de la categoría de trabajo por los conceptos de comunidad, resistencias y luchas en los estudios de la minería en México.

La actividad minera no sólo despoja bienes naturales (agua, minerales, tierras –ejidales, federales, comunitarias o privadas-) sino también relaciones y modos de producción antes de su incursión a determinados territorios. Hay un desplazamiento de los ejes de dichos modos de producción, que tienen que adecuarse a la nueva disposición de los medios de producción industrial de la minería.

Las temporalidades, distintas producciones y actividades económicas son relegadas a un segundo plano ante la hegemonía productiva minera, dando lugar a nuevas relaciones de reproducción social. Es aquí donde queremos enfatizar y posicionar esta investigación, dado que los proyectos de minería como un modelo de industria que no produce bienes de consumo ni mercancías para un mercado local, sino que configura los medios de consumo a partir de la importación de otros lugares (Sariago, 1988).

Hay una reconfiguración de las candelarizaciones, fiestas patronales, eventos cívicos y festividades (Romero Gil, 1991) que estratifican, en términos de relaciones de poder, bajo una dominación de los tiempos y prácticas bajo la articulación de los propios tiempos y lógicas de la industria (Thompson, 1979). Los sujetos que emergen de esta adecuación

del territorio y modos de producción es lo que nos interesa develar, en claves de género, para entender los cambios y manifestaciones de la violencia en la comunidad de Santa Rosalía.

Aquí serán importantes las claves aportadas por June Nash (2015) sobre los ciclos industriales en comunidades fuertemente influenciadas o configuradas por su desarrollo en tanto que permite una hegemonía corporativa que no es monolítica sino temporal y en constante cambio de acuerdo al contexto económico y político en el cual se sustentan. Lo interesante a rescatar son sus aportaciones etnográficas sobre como develar los lazos étnicos y de parentesco se extienden a las relaciones en el trabajo fortaleciendo los mismos lazos tanto con la empresa como con la sociedad en general (Nash, 2015: 27).

José Ignacio Frechero (2013) argumenta que las economías e industrias extractivistas son resultado de una estructura de la economía política global que impone a los países considerados 'en vía de desarrollo' con grandes riquezas naturales -como Latinoamérica- como espacios de explotación, donde su industria se especializa en el sector primario para su exportación y en el sector terciario para su desarrollo social.

Por tanto, al menos en territorios subdesarrollados, operan de manera dependiente a la tecnología e inversiones extranjeras, siendo modelos orientados a la exportación. Sin embargo, no por ello toda economía extractivista se presenta a manera de enclaves.

Ballard y Banks (2003) hacen una sombrosa síntesis de los diferentes caminos emprendidos desde la antropología para estudiar fenómenos relativos a la minería. En su recorrido encuentran que la acelerada expansión de territorios y zonas explotadas por la minería a lo largo del mundo a partir de 1980 y con ello, una tendencia de los estudios en estudiar los conflictos ambientales, sociales y culturales que se presentan en sus distintos asentamientos.

Esta mirada centrada en los conflictos, donde se privilegian las etnografías desde los habitantes de las localidades, ha desdibujado una pluralidad de actores involucrados y a su vez, dejado de lado otras aristas de investigación que no se reconocen dentro de las categorías de análisis de las perspectivas antropológicas de ecología política, del trabajo, estudios étnicos y de movimientos sociales, entre otros.

Entre ellas, reconocemos el poco espacio de discusión que ha tenido pensar dichos conflictos desde categorías de análisis de los estudios de género. Aún más, pensar desde el género fenómenos, prácticas y relaciones relativas a las industrias mineras sin tener como eje de discusión los conflictos presentes en las respectivas áreas de estudio.

José Francisco en sus estudios de posgrado en antropología, estudiando los enclaves mineros en la sierra Tarahumara, fue dirigido en ambas ocasiones por Juan Luis Sariago, teniendo con él varias discusiones inconclusas sobre las nuevas dinámicas y lógicas de enclave.

Ambos tejieron que estudiar los nuevos desarrollos industriales mineros, implicaba analizar las siguientes dimensiones: 1) quiénes son los inversionistas, 2) el tipo de relaciones laborales que se han establecido, 3) el papel del sindicalismo y del Estado moderno mexicano, 4) el advenimiento del outsourcing, 5) la bursatilización global de las actividades exploratorias y extractivas, 6) la intensificación de los procesos extractivos mediante el recurrente empleo del tajo abierto en antiguos distritos minero, 7) diversas técnicas de aprovechamiento (lixiviación, etc.) y 8) la integración de las mujeres a las actividades laborales dentro de la mina (Lara, 2018: 72).

Estudiando las legislaciones y modelos mineros organizados desde el Estado en México, Reygadas y Sariago (1988) concluyen que hubo tres grandes periodos antes de nuestro escenario contemporáneo: 1) modelo liberal (1890-1929), 2) proyecto nacionalista (1930-1952) y 3) proyecto de mexicanización (1961-1992).

El modelo liberal (1890-1929) estimuló la inversión extranjera, conformó monopolios y sentó la incorporación tecnológica aplicada a la minería nacional. Bajo este periodo es que se inauguran las modalidades de ‘enclave minero’ como un sistema particular de organización social y de relaciones industriales: asentamiento mono-ocupacional, habitado por personas ligadas directamente a la industria extractiva, bajo una monopolización de la fuerza de trabajo, donde la empresa tiene una influencia directa en todas las actividades de la economía local, bajo un aislamiento geográfico, que tiene una alta propensión a la organización sindical y realización de huelgas (Sariago, 1988).

El proyecto nacionalista (1930-1952) tuvo una regulación organizada desde el Estado de las inversiones y condiciones laborales de las empresas extranjeras, situando las actividades mineras como prioritarias para la nación.

Consecuente a esta iniciativa, el modelo nacionalista o de mexicanización (1961-1992) dio lugar al sector paraestatal minero, que fusionaba dentro de una misma empresa o industria, capitales extranjeros, de inversionistas nacionales y del Estado. Estos consorcios mineros tenían facilidades y flexibilidades del pago de impuestos y otras regulaciones que buscaban facilitar su capitalización.

Una nueva etapa es la que podríamos denominar como neoliberalismo minero (1992-2022) tiene las siguientes características, según José Francisco Lara: 1) Dependencia de capitales y mercados extranjeros así como de la bolsas de valores, 2) producción regulada por los valores del mercado y fluctuaciones financieras, 3) modelos de trabajo interdependientes con lógicas globales, 4) empleo de alta tecnología de exploración, explotación y refinamiento, 5) uso intensivo de barrenado a diamante, dinamitaje y trituración, 6) empleo de maquinaria pesada sofisticada y 7) empleo mixto de técnicas extractivas de tajo abierto y subterránea (Lara, 2018: 75).

La minería neoliberal es altamente intensiva, invasiva y de alto impacto en la geografía y

medio ambiente de los territorios donde se realiza. Hay una pluralidad de actores, problemáticas y tecnologías que trastocaron determinantemente las condiciones de trabajo minero. Sariego (2011) definió esta etapa de cambios como ‘la tercera frontera de la minería mexicana’: se expande en zonas y regiones que se encontraban fuera de los circuitos de la economía minera, que se ubicaban en desiertos y cadenas montañosas. Hay contextos socioculturales y economías marginales, en zonas mayoritariamente indígenas, con altos niveles de pobreza, ecología agreste y baja presencia estatal, mezclando las actividades con economías y altos índices de criminalidad (Sariego, 2011: 160).

Lara propone una ‘aleación deseable entre la minería contemporánea y los estudios antropológicos’: aleaciones con capacidad conductora, capaces de identificar tendencias globales de los procesos mineros, sus pretensiones estructurales y plantear posibilidades y explicaciones del asentamiento de proyectos locales, de acuerdo con la historia y población local de las respectivas regiones.

Jan José Cademartori y Martín Arias Loyola (2010) consideran que el enclave moderno sigue caracterizado por la exportación de los recursos naturales como mercancías desde capitales extranjeros, bajo una fuerza de especialización de la región pero que tiene una diversificación de responsabilidades frente a la localidad, exportando tanto mercancías como mano de obra calificada -especializada bajo la cultura del trabajo esperada.

El enclave es una organización de la producción a través de un centro productor (mina, campo petrolero, puerto, etc.) y sus servicios urbanos necesarios para mantener y reproducir su fuerza de trabajo requerida. Por tanto, los espacios de producción y reproducción están fuertemente articulados y regulados por la gestión empresarial. Además, tiene una separación de la economía local, al ser conformados por capitales extranjeros y dedicar su producción al mercado exterior.

Tanto su productividad como remuneración salarial es notablemente mayor a las

economías y mercados de trabajo locales, siendo un foco de atracción laboral para regiones cercanas a su ubicación, caracterizada por su distanciamiento y asilamiento. Las condiciones de la población son estructuradas por la empresa, teniendo gran influencia en la vida de las y los pobladores, dentro y fuera de los espacios de trabajo.

Ahora bien, bajo el proceso de nacionalización de la minería, se dieron procesos a partir de 1980 de lo que Sarioego llamo ‘desenclavización’: articulación del trabajo a partir de campamentos que no incorporan a las familias de los mineros, al incorporar condiciones laborales de una temporalidad de trabajo continuo doce días por doce días de descanso; rompiendo la relación directa de la empresa con la configuración económica y social de las poblaciones de ubicación.

Zapata (2018) añade que en el caso de Chihuahua se rompió el aislamiento geográfico al trasladar los campamentos y residencias de trabajadores a las ciudades cercanas a las zonas de explotación y la subcontratación de faenas a nuevas empresas.

Hay, por tanto, una nueva relación con el Estado y las poblaciones locales que ya no es de autonomía y dominio, pero sí de impactos económicos que le otorgan otro papel social a la empresa, ya no como responsable de la población, aprovechándose de garantías y recursos provistos por el Estado y otras empresas. Hay un adelgazamiento de la empresa.

Para Lara (2015), la industria minera cambió estructuralmente en México a partir de la firma del TLCAN en 1992 y su puesta en funciones a partir de esta década de finales del siglo XX, sobre todo en lo que respecta a la configuración de inversiones de capitales extranjeros.

En lo que respecta a la minería, el TLCAN inicia un proceso de privatización de las mineras paraestatales, característica del periodo minero anterior, a través de la reforma el artículo 27 constitucional que estipula que las propiedades de la nación se integren a

dinámicas del mercado internacional mientras garanticen el incremento del bienestar social de la población mexicana (Lara, 2015: 180).

También hubo modificaciones en cuanto a las concesiones mineras, a las cuales pueden acceder empresas e iniciativas extranjeras a través de los procedimientos marcados por la Ley de Inversión Extranjera, eliminando las restricciones anteriores sobre el porcentaje de su participación y la necesidad de capital estatal presente para su realización (Lara, 2015: 189).

Además, siguiendo un desarrollo tecnológico histórico, las minerías de principio del siglo XXI incorporan nuevas maquinarias y técnicas de extracción de mayor impacto ambiental y ecológico por su composición mixta de minar simultáneamente de manera subterránea y ‘a cielo abierto’.

Las lógicas de inversión y capitalización de las mineras son varias y de múltiples cambios de acuerdo con su integración en circuitos financieros globales e incursión en distintas bolas de valores. Este nuevo periodo se puede caracterizar desde sus rasgos neoliberales: se configura a partir de reformas a las legislaciones mineras buscando una mayor flexibilización y exención de impuestos y renta de tierra, privilegiando la actividad minera sobre cualquier otra actividad económica y social del territorio minado (Lara, 2015: 34). Este capítulo se planteó explicitar el abordaje teórico de trabajo desde la antropología para analizar las características de habitar y trabajar en condiciones de enclave y su relación en la conformación de expresiones y prácticas de masculinidades.

A través de una revisión teórica de las propuestas latinoamericanas de antropología del trabajo sobre género y masculinidades, se retomaron los postulados teóricos de la economía política sobre la relación de los procesos de reproducción de la vida y trabajo,

planteando una concepción del trabajo que involucre tanto la producción como reproducción social.

Esta perspectiva nos permite analizar como la diversidad de varones convocados por una empresa o espacio de trabajo, mantienen una serie de procesos de interacción, socialización y resignificación más allá de los espacios concretos de trabajo pero que siguen siendo influenciados o determinados por su estructura y organización social.

Aún más, en el caso de las condiciones de enclave, hay una relación directa entre la empresa y la manera en que sus trabajadores organizan su vivienda, salud, tiempo libre e incluso su sexualidad. Uniendo la perspectiva de género plantea en el capítulo anterior para concebir las masculinidades, concluimos que las condiciones de enclave crean espacios de producción y reproducción específicos de las maneras de entenderse hombre. En el siguiente capítulo se hará una revisión de las investigaciones realizadas sobre antropología del trabajo, minería y contextos de enclave en el noroeste mexicano, a fin de identificar las contribuciones pero también ausencias teóricas y metodológicas para la delimitación del objeto de estudio de esta tesis.

Capítulo 3. Estudios de factibilidad: Recuperación teórica de los estudios de género y antropología del trabajo para pensar las masculinidades de enclave.

Dentro del trabajo de la minería, los estudios de factibilidades son una serie de pruebas que brindan información de la viabilidad y alcance del proyecto a realizar, ofreciendo material de respaldo conciso y accesible, que permita obtener financiamiento o iniciar la parte operativa con una mayor confianza de obtener los resultados obtenidos. Por ejemplo, en Santa Rosalía hay registros de estudios de alcance (*scoping*) realizados 30 años de que se consiguieran los permisos y financiamientos de operación de la minera actual.

Siguiendo esta analogía, en este capítulo hago un ejercicio de apropiación de los trabajos de investigación realizados en el noroeste mexicano en torno a estudios de hombres y sus masculinidades, así como estudios de trabajo y minería, para enunciar los aportes a la construcción teórica del concepto de masculinidades de enclave, dando cuenta de lo que considero dichos estudios no se han preguntado y lo que esta tesis está tratando de contestar.

Bajo un ejercicio de reconocimiento del quehacer intelectual local y posicionarlo de manera visible y horizontal frente a otras fuentes de información y referencias teóricas, inicio reconociendo las aportaciones realizadas por intelectuales pertenecientes a la

región del noroeste y particularmente a Santa Rosalía, que desde distintas disciplinas, aproximaciones e intereses, sus publicaciones han sido determinantes tanto para la comprensión espacial, histórica y cultural de Santa Rosalía como para entenderla en claves de género.

Para este ejercicio, se entenderá como noroeste mexicano a una región de México comprendida por los territorios de los estados de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango. Es la región más extensa territorialmente (763,686 km²) y la menos densamente poblada¹⁵ (INEGI, 2020).

Además, se incluyen referencias sobre la minería en Coahuila debido a su historia minera, centrada en la explotación carbonífera, ya que forma parte del corredor de movilidad laboral minera del noroeste (Romero, 2001: 15).



Tabla X. Mapa del noroeste mexicano. Elaboración propia.

Tras dicha presentación, se hará un ejercicio de apropiación al enunciar lo que considero

¹⁵ Baja California (53 hab. por km²), Baja California Sur (11 hab. por km²), Sonora (16 hab. por km²), Sinaloa (53 hab. por km²), Chihuahua (15 hab. por km²), Durango (15 hab. por km²) (INEGI, 2020).

dichos estudios no se han preguntado y lo que esta tesis tratará de contestar. Es decir, se describiría como dicho estado del arte es retomado como aparato crítico para diseñar la pregunta de investigación, aproximaciones de interpretación, análisis y escritura de conclusiones de esta investigación.

Al plantearnos como resultado conceptual de esta tesis el concepto de ‘masculinidades de enclave’, la intención es demostrar la discusión teórica en la que se sitúa dicha propuesta, donde se trabajan dos corrientes teóricas específicamente: 1) los estudios de género, específicamente el subcampo de estudio de los hombres y sus masculinidades, así como 2) el desarrollo de los estudios de la antropología del trabajo, haciendo énfasis en ambos casos en las propuestas y problematizaciones realizadas desde México.

En este recorrido, podremos ver como ambas corrientes teóricas se intersectan a partir de la década de 1990 para pensar, el género como una categoría de análisis eje ya sea para entender la diferenciación de prácticas y significados atribuidos al trabajo, como para dar cuenta de la conformación de prácticas e identidades de género que influyen en las relaciones laborales.

Antropología de las orillas: Intelectuales de Santa Rosalía.

Sigo la tendencia que crearon Juan Luis Sariago y Victoria Novelo en 2010, con una serie de reflexiones sobre la marginalización del quehacer antropológico en contextos descentralizados del país, que posteriormente darían forma a la Red de Antropología en las Orillas.

Juan Luis Sariago, precursor de la antropología del trabajo minero en México, criticaba a los escritos antropológicos hechos por colegas del centro del país para entender escenarios culturales del norte, dado sus limitaciones y caminos sin salida de las aplicaciones ‘acríticas’ de teorías y explicaciones construidas desde un sesgo mesoamericano.

Sariego problematizó en la red esta centralización y colonialismo académico que privilegia la producción de conocimiento en el centro del país, que colocaba a los antropólogos locales ('de las orillas') ante dos posibles escenarios: 1) como especialistas o referencias que no traspasan el área regional o 2) se convierten en informantes de los antropólogos del centro, marginalizando su quehacer científico (Novelo y Sariego, 2011). Bajo esta postura, plantearse una antropología de las orillas es apelar al reconocimiento de saberes y producción de conocimiento local, sin apropiarse del mismo o referenciarlo únicamente como informantes clave. Es decir, otorgar un lugar de horizontalidad en el proceso reflexivo de nuestras investigaciones, para descolocar el conocimiento local como una antropología subalterna, reconociendo que el alcance de nuestro quehacer antropológico se debe a la construcción con relación a las y los intelectuales de nuestros contextos etnográficos.

Por ello, iniciaré por mencionar a quienes fueron mis iniciales porteros de acceso al campo, pero que tienen gran presencia en el imaginario colectivo relacionado a la historia de la minería en Santa Rosalía y con ello un aporte reflexivo del cual parto: el Ingeniero Justino Moreno y Juan García.

Ambos, amigos de la infancia, realizaron junto al artista plástico Francisco Hernández un geoglifo en 1999 llamado 'la ballena Kuyimá'. Con conchas de almeja Catarina, realizaron en el suelo la silueta de dos ballenas con una extensión de 600 por 350 metros, en las cercanías el ejido Luis Echeverría, que forma parte de la Laguna de San Ignacio. Con esta obra buscaban recuperar la tradición de los grabados rupestres de la región, a través de reutilizar material marino que evidencia la sobreexplotación humana de esta almeja en la historia pesquera de la laguna. A través de un trabajo comunitario de realización, vinculando pescadores y rancheros, el proyecto artístico generó un impacto

regional y nacional en torno a la recuperación histórica de la relación humana con su entorno en esta localidad.

En Santa Rosalía ambos tienen una presencia y reconocimiento social sobre temas de historia regional, medio ambiente, cultura minera y arte. Su manera de narrar la historia de Santa Rosalía desde su perspectiva artística y crítica resalta la importancia del paisaje del desierto para entender las características de este enclave minero.

Justino Moreno trabajó de joven en la realización de mapas para la empresa minera en su fase mexicana (1954-1985), haciendo posteriormente sus estudios en oceanografía en Ensenada. Después de varios años de docencia y estar viviendo fuera de Santa Rosalía, volvió y se empleó en MMB como topógrafo de minas. Su conocimiento técnico sobre las condiciones del territorio de Santa Rosalía hace que tenga una visión muy particular de leer los diferentes proyectos mineros que se han echado andar en la localidad, teniendo una mirada muy crítica frente a la empresa actual. Durante un tiempo dio clases en el instituto tecnológico de la localidad en la formación de Técnico Minero, aportando su visión crítica a las únicas dos generaciones de jóvenes que se formaron bajo dicho programa y que eventualmente ingresaron a trabajar en MMB.

Justino me aportó una mirada de entender el trabajo minero en Santa Rosalía a partir de su geografía, del cambio en la delimitación del polígono a explotar acorde a los intereses de cada empresa, así como los vacíos o ausencias de consideraciones técnicas que les hacían fallar o tener una serie de contratiempos en sus expectativas de productividad. Con ello, la mirada de Justino fue imprescindible para entender la disputa de saberes entre trabajadores mineros locales y la mirada gerencial surcoreana, dándose una serie de tensiones que traspasan el ámbito laboral y se hacen sentir en las relaciones de género en distintos espacios, de los varones trabajadores de MMB.

En cambio, Juan García trabajó en distintos oficios periféricos al trabajo minero de la misma fase mexicana: asistente, auxiliar, chofer, agente de limpieza, seguridad. Terminó sus estudios de secundaria y siguió trabajando hasta que el trabajo minero terminó en 1985. A la par de estos cambios, soltero y viviendo solo, decidió que podía seguir su proyecto de vida sin luz eléctrica. Al momento de conocerlo durante mi estadía de trabajo de campo, llevaba más de 40 años viviendo en el desierto sin luz eléctrica (sin refrigerador, ventiladores o arie acondicionado), pescando a diario su desayuno y haciendo trabajos varios para la comunidad para conseguir un ingreso.

Juan García es un referente para la población de Santa Rosalía por su proyecto de vida, vinculado al trabajo minero, que erige una masculinidad distinta a la esperada por la disciplina fabril. Su vinculación con la comunidad, manteniendo su estilo de vida solitario, lo hace parte de las personas más reconocidas dentro del imaginario de Santa Rosalía.

Realizando largas caminatas que duraban todo el día, Juan García me enseñó otra manera de interpretar y vivir el desierto sudcaliforniano, describiéndome la flora y fauna tanto terrestre como marina, las especies en veda y en peligro de extinción. Su descripción de los diferentes asentamientos de grupos mineros, contada desde la experiencia de vida compartida con obreros mineros nutrió en demasía la manera de comprender los referentes y atributos masculinos boherianos que permanece en las generaciones más grandes de Santa Rosalía.

Aún más, la manera en que ejerce su masculinidad se volvió un referente para la construcción del concepto de masculinidad de enclave, en tanto que las condiciones de enclave y disciplina fabril no genera un solo modelo hegemónico de masculinidad, sino una serie de masculinidades diversas que les son útiles y operan bajo la estructura social y económica de su funcionamiento. Gracias a personas como Juan García entendí la

complejidad del campo social de la cultura minera, siendo innegable su aporte a la reflexión teórica y epistémica de esta investigación.

Por otro lado, la figura intelectual más reconocida en Santa Rosalía, es el historiador Juan Manuel Romero Gil. Originario de Santa Rosalía e historiador por el Colegio de Sonora, realizó su tesis de doctorado sobre la conformación de su pueblo natal como enclave minero señalando como se fue articulando al mercado mundial la incipiente extracción de cobre a partir de varios factores: la política de colonización del gobierno de Porfirio Díaz, la expansión colonial de capitales extranjeros en búsqueda de recursos naturales, la concentración de yacimientos abundantes en cobre.

Romero Gil (1991) resalta la importación de tecnología y la organización de la producción de acuerdo con los ritmos y necesidades del mercado externo. La lógica de enclave de gestar, organizar y reproducir la fuerza de trabajo y su explotación en cuanto al mercado externo donde el Estado queda al margen, será una pieza clave para entender cómo se forja Santa Rosalía.

Posteriormente realizó una publicación dedicada a pensar el panorama histórico de la minería en el noroeste mexicano, particularmente de Baja California Sur, Sonora y Sinaloa (Romero, 2001). En ella, reconstruye a partir de información contenida en distintos archivos históricos, las características de las inversiones, composición de fuerza de trabajo, tipos y temporalidades de explotación, su relación de capitales y mercados extranjeros, la conformación de mercados de trabajo regionales y los diferentes tipos de urbanización. Con ello, otorga datos para diferenciar y entender las características particulares de cada una de las poblaciones mineras, pero también su relación entre ellas a partir de sus mercados de trabajo.

Posteriormente, junto con su colega historiador Manuel Cuevas (Romero y Cuevas, 2018) realizaron la traducción y recopilación de cartas que escribió Helen Escalle entre 1886 y

1889, temporada en la que se encontraba en Santa Rosalía realizando actividades relacionadas a la Compañía Rothschild en acompañamiento a su esposo Pierre, designado como primer director del Boleo francés.

En sus cartas, Helen nos ofrece pinceladas etnográficas de la conformación de la población minera que dio origen al asentamiento urbano, el cual inicia desde 1886, a un año antes de la firma de la concesión minera y entrada oficial de operaciones. En su relación epistolar con sus familiares se hacen presentes múltiples conjeturas hacia la comunidad obrera, las festividades religiosas, comidas y reuniones de la élite francesa, así como su condición emocional ante un inhóspito lugar de trabajo “en medio del desierto y el mar”.

Por otro lado, y desde un fascinante rescate histórico de artículos periodísticos, reflexiones intelectuales, poemas y discusiones, Roberto Gastélum Arce (1985) ante la celebración de los cien años de fundación de la población, recupera varios escritos sobre la conformación plural de la fuerza de trabajo de Santa Rosalía, como el cambio que hay en los obreros de la fundación cuando cambia de propietarios y sus consecuentes procesos de modernización: se cambian los sombreros por los cascos de seguridad, botas de cuero por botas industriales y gafas.

Además de dar cuenta como se instauró en una tradición heredada de la gerencia francesa la realización de carnavales, las afectaciones de los ciclones que han pegado en Santa Rosalía, así como los numerosos periódicos y revistas en las que escribieron destacados Cachanía, Gastélum hace un recuento de ‘la Cachanía guaymense’ para resaltar el flujo histórico migratorio entre pescadores de Sonora y Santa Rosalía, explicando así como muchas palabras, apellidos pero sobre todo expresiones de género han ido permeando la sociedad de Santa Rosalía, separándola culturalmente de otras ciudades de Baja California Sur, teniendo más similitud identitaria con el noroeste mexicano del otro lado

del Mar de Cortés.

La población de un enclave es posible por su reproducción social interna, pero depende de continuos arribos migratorios de mano de obra calificada. De esta manera, la condición migratoria de Santa Rosalía es innegable a su lógica de enclave.

Jesús García Manríquez, conocido cariñosamente como el Profe Bobby, nació el año de 1939 en San Luciano, uno de los barrios mineros fundantes del distrito francés de Santa Rosalía. Hijo de padres mineros, le tocó una infancia marcada por las condiciones de enclave de la minería francesa. En su juventud formó parte del primer sindicato de la minería mexicana que inició en la década de 1960 y posteriormente se dedicó al oficio de escritor y periodista. Dentro de la población editó el periódico “El Proletario”, en el cual se narraban los acontecimientos relacionados al trabajo minero.

Desde una aproximación literaria se ha dedicado a la escritura de novelas de ficción situadas en Santa Rosalía y otras ciudades de Baja California Sur, otorgando materiales que plasman a través de sus personajes narrativas masculinas específicas sobre habitar el enclave, desde recorridos históricos que diferencian la manera de hacer vida de los grupos indígenas yoremes en las minas, hasta los gambusinos europeos, jefes franceses y pescadores de la región.

En sus novelas, García Manríquez nos ofrece una mirada histórica fuertemente relacionada con la fauna y paisaje del desierto, que explican la motivación, miedos, ambiciones y decisiones de sus personajes; partiendo de sus experiencias y vivencias a lo largo de vivir y visitar el paisaje de Santa Rosalía. El desierto piensa y da figura a sus personajes.

En sus novelas *Ojos de madera, cuchillos de vidrio y Sueños de metal y lumbre* Ser hombre, reviste de ficción y construcción de sus personajes con anécdotas y

acontecimientos que le tocó vivir a su papá y personas conocidas durante su infancia y juventud. Su escritura permite hacernos una idea muy nítida de la vida cotidiana de los obreros mineros en el último periodo del enclave francés, entre 1930's y 1954:

“Mi padre me mostró -cuando escribía la novela- el lugar de la tienda de raya, el billar, las casas, los lavaderos públicos y la entrada de la principal mina, en la que claramente se observaba al entrar una oscuridad, pedazos de cemento y rejas de lo que fue la cárcel empresarial. Es decir, la empresa tenía cárceles en algunas minas para castigar a mineros rebeldes” (Jesús García Manríquez)

La permanencia en el imaginario colectivo de los detalles sobre como lucían los callejones, las casas de madera en los barrios de Ranchería, Barrio del Canadá, el Cincuenta y Nopalera; en gran medida se deben a sus novelas. En ellas es posible seguir la conformación del denominado Gran Sindicato Obrero de 1920, el cierre de San Luciano y los demás grupos mineros, la clausura de la minería en 1954 y el gran cambio que fue para la población el paro de la actividad minera de cobre en 1985.

Su lectura, acompañadas de varias entrevistas, fue muy valioso para poder comprender las costumbres e idiosincrasia de los *bolerianos*, como se les llama a las personas que vivieron el periodo del enclave francés de Santa Rosalía (1888-1954). De igual manera sus protagonistas, todos varones, dejan ver la manera en que se construía una masculinidad en torno a la responsabilidad, el trabajo y una serie de principios éticos sobre el deber ser del minero, que ayudaron a guiar mis entrevistas a los adultos mayores y poder distinguir generacionalmente el cambio en la cultura minera de la población.

Siguiendo la línea periodística, el Profesor de primaria Benito Juárez Murillo coordinó durante varios años la revista “Razón Política”, la cual fue creada por Roberto Gastelum Arce con la intención de difundir las reflexiones, crónicas, poemas y otras narraciones literarias de escritores de Santa Rosalía. Durante las décadas de 1970 y 1980, bajo el lema “dar luz al testimonio de nuestros californios, hacer historia buscando la razón y realidad de nuestras raíces”, la revista integró entradas de jóvenes estudiantes, mineros y maestros

que compartían sus escritos con el Prof. Benito Juárez Murillo, quien es dentro de la localidad un referente de la memoria histórica de la localidad.

Si guía para conocer la delimitación de los diferentes espacios sociales de Santa Rosalía, las personas que trabajaron en que determinados puestos de trabajo y periodos históricos, fue fundamental. La recopilación de la revista, me permitió entender sensiblemente las reflexiones escritas de las y los habitantes de la localidad, adecuando las preguntas de entrevistas a contenidos específicos que revisé en la revista.

También en el campo de la literatura se encuentra el trabajo de la Doctora Patricia Valenzuela. Originaria de Mexicali, lleva más de 10 años como médica pediatra de Santa Rosalía. Con el tiempo y desde una preocupación por las violencias de género que reconocía entre sus pacientes y familiares, encontró que la manera en que podía externar sus preocupaciones con tacto y desde su experiencia era a través de la literatura. Fundó la única librería de Santa Rosalía, “La Vendedora de Libros”, a través de la cual fomenta activamente dentro de la población dos tipos de literatura: la realizada por autoras y autores sudcalifornianos y toda aquella relacionada con alguna perspectiva feminista, que aliente a cuestionar la desigualdad y violencia de género.

Con el tiempo, La Vendedora de Libros se volvió un lugar de encuentro y socialización de posturas y militancias feministas. A través de reuniones de mujeres, círculos de lectura, presentación de libros y particularmente la realización de pintas de paredes con citas de autoras feministas novelistas, teóricas y militantes, se busca incitar una reflexión cotidiana y literaria sobre el género entre las y los habitantes de la localidad.

Fue interesante leer el impacto que tuvieron estas pintas y practicas feministas en las narrativas sobre el ser hombre minero dentro de las entrevistas y conversaciones etnográficas. Su presencia militante dentro de la comunidad representa un generador crítico de reflexiones que vale la pena resaltar como parte de estos intelectuales que están

generando una serie de reflexiones que cobran sentido desde sus concreciones locales.

Por último, quien se ha mantenido investigando el proceso histórico de la minería en Santa Rosalía es Edith González Cruz, quien desde su tesis de licenciatura (González, 1991) se ha dedicado a estudiar el impacto social y económico que tuvo la inversión minera francesa en el espacio social de la parte sur de la península californiana.

De manera reciente, se ha especializado en comprender los impacto y cambios en la administración minera durante el Porfiriato, poniendo mayor atención descriptiva en su relación con la municipalidad de Mulegé (González: 2020, 2016, 2000; González y Rivas, 2018).

Estas personas, originarias del noroeste y la mayoría de Santa Rosalía, se han conformado como intelectuales locales que ofrecen una obra que integra distintas aristas de entendimiento de Santa Rosalía que orientan las lecturas de corte teórico y académico que se presentan a continuación. Sin su guía, metodológicamente las pautas de búsqueda y de problematización serían otras.

Investigaciones sobre trabajo y minería en el noroeste mexicano

La minería actual en México opera bajo tres principales tendencias de organización según su capital: 1) como minería nacional bajo Industrias Peñoles y Grupo México, 2) como inversiones extranjeras, la mayoría canadienses y 3) bajo inversiones de capitales internacionales mixtos, como el caso de MMB, teniendo menor porcentaje en cuanto al alcance territorial y tamaño industrial del proyecto minero.

En el noroeste mexicano encontramos la mayoría de los proyectos mineros del país bajo estos tres niveles de organización y capital, conjugando en su territorio distintos niveles de intensidad y extensión de explotación. Los estados con mayor explotación minera son Sonora, Chihuahua, Durango y Sinaloa.

La mayoría de los estudios que se han hecho sobre la minería en el noroeste mexicano se han concentrado en el periodo porfirista de 1850 a 1910, configurándose una minería regional bajo sistemas de enclave y sus posteriores modernizaciones, forjando así las bases estructurales de la explotación minera en la región a partir del siglo XX como una actividad económica de larga duración y presencia en el mercado de trabajo, pero sobre todo en la composición y ordenamiento de población del territorio.

Los estudios realizados se centran en identificar los distintos Minerales (comunidades mineras) y empresas mineras involucradas, su relación económica y política con el gobierno de Porfirio Díaz, así como sus distintos procesos de modernización, describiendo los factores externos e internos en torno a sus capitales de inversión, maquinarias, empresarios y mercado internacional de precios de los metales.

Para algunos de estos autores (Radding y Gracida, 1989; Romero, 1991; González, 2020), el trabajo de la minería significó el motor de cambio de la vida económica y social de la región, existiendo una bibliografía orientada al análisis de distintas perspectivas específicas de dichos cambios: el papel de los empresarios (Mentz, 1982; Cerutti, 1991; Carrillo, 1994), el desarrollo del comercio y flujo de capitales (Cosío, 1980), la traza urbana a partir de la infraestructura minera (González, 1991; Frías, 1996), el papel del Estado mexicano como promotor de la minería (Mendizábal, 1980; López, 1991).

Es hasta la década de 1960 hay un giro en las investigaciones, hacia la preocupación por entender los distintos fenómenos de las actividades mineras desde un enfoque más amplio y complejo, analizando los mercados de trabajo, la conformación de sindicatos y movilizaciones obreras, así como el mundo del trabajo minero (Bernstein, 1964; Nava, 1965; Besserer, 1983; Cárdenas, 1994; Velasco, 1988; Romero, 1991; Sariego, 1988).

Juan Manuel Romero Gil (2001) hace una recuperación de los trabajos historiográficos proponiendo dividir estos 60 años en dos periodos: 1) de conformación de la minería

regional (1850-1880) y 2) de modernización de dicha minería regional (1880-1910).

De 1850 a 1880 hay un desarrollo de las empresas mineras producto de las relaciones de poder entre los gobiernos locales y empresarios, a través de las cuáles se establecen las condiciones de inversión de los capitales extranjeros a través de una serie de legislaciones y decretos orientados de manera particular a cada una de las iniciativas mineras. Es un periodo de mayor autonomía de las empresas y capitales, dándose un desarrollo minero y regional organizado verticalmente por las empresas bajo la autorización gubernamental.

Romero Gil (2001) propone el concepto de 'sistema noroeste' para definir las características comunes del trabajo minero en la región: 1) configuración liberal del capital y estructura minera, a través de una autonomía del poder público regional frente al Estado-Nación, 2) desarrollo de un mercado regional con poca relación a otros mercados del país y 3) la conformación de sociedades cosmopolitas, producto de la edificación de enclaves mineros en zonas semi-pobladas o despobladas.

A través de esta literatura podemos notar como el noroeste mexicano la minería articuló la conformación de sociedades mineras a manera de enclaves, entre el desierto y la sierra madre occidental, siendo coincidentes a las distintas poblaciones mineras la organización social del trabajo bajo escenarios aislados, estructurados por una serie de diversos mecanismos de enganche laboral que han desarrollado históricamente un corredor de movilidad laboral minera entre los distintos estados del noroeste, incluye zonas fronterizas de Arizona y California (Romero, 2001: 15).

Este Sistema Noroeste es producto de las relaciones comerciales y de inversión del Porfiriato, las cuales tenían una fuerte y jerarquizada diferenciación de los grupos sociales, lo cual determinó en gran medida la conformación de los mercados de trabajo ante una aparente apreciación de falta de mano de obra, dándose diferentes sistemas de enganche y concentración de fuerza de trabajo. Romero argumenta que el desarrollo

capitalista de la región tuvo un soporte en la minería, al menos a finales del siglo XIX y principios del XX.

La actividad minera del noroeste inició con las actividades de comerciantes de Mazatlán (Sinaloa), Guaymas (Sonora) y La Paz (Baja California Sur), que lograron establecer nexos de inversión extranjera al aprovechar el auge de la minería californiana en Estados Unidos, particularmente de la fiebre del oro en los alrededores de San Francisco y del azogue en San José (Dhalgreen en Romero, 2001: 18).

A partir de 1880 hay un declive de las inversiones debido a varios factores externos: la retirada de empresarios franceses por los contextos de guerra en su país, la crisis de la plata y la crisis económica producto de la especulación ante el auge de la minería.

De 1880 a 1910 la minería entra en un proceso de modernización ante la construcción de ferrocarriles, puertos y fronteras que incentivan una mayor circulación de metales extraídos. Es el periodo de los enclaves mineros, donde la empresa minera rige sobre la propiedad, producción y capitales de los Minales. Las empresas operaban con las más modernas tecnologías. El noroeste se vuelve el epicentro de la producción minera de cobre.

Para esta tesis, considero prudente situar el caso de Coahuila para comprender el panorama reciente de la minería en la región. Su explotación minera se ha dado alrededor de los yacimientos de carbón de la Cuenca de Sabinas, conociéndose como la región carbonífera de Coahuila del territorio que comprende los municipios de Nueva Rosita, Sabinas y Múzquiz (Sánchez, 1995).

La explotación minera de carbón en Coahuila estuvo fuertemente relacionada con el desarrollo industrial de la planta siderúrgica de Altos Hornos de México en Monclova, desarrollando empresas mineras carboníferas en Palaú, Múzquiz y Barroterán, población minera de la cual provienen los mineros especializados en trabajo subterráneo que operan

en los túneles de Santa Rosalía. La mayor concentración minera de Coahuila se encuentra en los municipios de Múzquiz y San Juan Sabinas, donde los mineros de Múzquiz son especialistas también en minar fluorita y barita. Múzquiz mantiene la máxima concentración de mineros.

La explotación carbonífera en Barroterán se da a través de pozos explotados por cuadrillas de mineros, de manera discontinua, con gran inseguridad económica y riesgo físico. Aunque en su historia minera han ocurrido lamentablemente varios derrumbes y accidentes, hay tres acontecimientos que han marcado la organización sindical y cultura obrera del estado: 1) la caravana minera de 1951, 2) el derrumbe de mina en Barroterán en 1969 y 3) la explosión en Pasta de Conchos, Sabinas, en 2006.

En 1950 mineros de Nueva Rosita y Cloete iniciaron una huelga generalizada en distintas empresas y centros de explotación, denunciando la falta de revisión y medidas de seguridad en el subsuelo, además de la modificación de las formas de pago y despidos injustificados (Gil, 1959). Ante el desentendimiento de las empresas y nulo reconocimiento por parte de la Secretaría de Trabajo tras varias semanas de probar una huelga considerada como ‘inexistente, en enero de 1951 inició la ‘caravana del hambre’, en la que más de 4mil personas, mineros y sus familias, caminaron rumbo a la Ciudad de México para resolver el conflicto.

Pese a la brutal represión de la huelga y mitin, seguida de una desarticulación de los sindicatos de parte del Estado, dicha marcha generó un proceso de solidaridad y cohesión sindical intrarregional, donde hubo la integración de mineros de distintas comunidades mineras de Coahuila, respaldados por mineros de otras regiones del noroeste mexicano. Finca un precedente en la organización sindical, pero sobre todo un acontecimiento en la memoria histórica (Novelo, 1994: 534) por su nivel de convocatoria, incidencia política y gestación de una cultura obrera de organización política que dará estructura a las

denuncias, negociaciones y resolución de conflictos de eventos posteriores.

En CIESAS se realizó un trabajo de investigación en campo durante 1979 y 1980 para documentar este proceso histórico y sus legados, de los cuales se desprenden varias publicaciones sobre los testimonios de los trabajadores mineros (Novelo, 1980), la organización sindical y de huelgas en la minería mexicana (Besserer, Novelo y Sariego, 1983) y los cambios en las formas de organización sindical a través del cambio tecnológico en la minería (Sariego y Santana, 1982). Cabe destacar que la tesis de maestría de Juan Luis Sariego (1986), donde hace su propuesta teórica de pensar la conformación de enclaves mineros, es producto de este proyecto de investigación.

Si bien, en todas estas investigaciones hay un cuidado trabajo con las narrativas y experiencias sensibles de los mineros, no hay una preocupación por comprender en claves de género su práctica cotidiana del trabajo. La lectura en términos políticos va orientada a identificar las condiciones de precariedad e inseguridad que los propios sujetos identifican como problemáticas, en las cuales sustentan sus exigencias y peticiones que articulan sus luchas políticas.

Dicho lo anterior, si es posible hacer una lectura de ciertos patrones, de organización de las unidades domésticas, de la división sexual del trabajo, de los atributos masculinos en sus narrativas, pero esto bajo un esfuerzo del lector que tendrá que analizar e interpretar bajo sus propios marcos teóricos esta lectura analítica que no forma parte de los contenidos de dichas publicaciones.

Por ejemplo, es interesante notar la construcción colectiva de justicia, que va encaminada en sus narrativas a una noción de equidad o compensación de que a cierto esfuerzo de tiempo, saberes, desempeño y habilidades debería de haber proporcionalmente una retribución de parte de los empleadores, no sólo en términos monetarios sino de seguridad y bienestar social.

En el derrumbe del 13 de marzo de 1969 en Barroterán y la explosión de gas metano en la mina 8 de Pasta de Conchos el 19 de febrero del 2006, los mineros se organizaron rápidamente para exigir mediante la huelga justicia y reparación del daño, reactivando algunas prácticas que siguen presentes en la memoria histórica desde 1951 (Tejeda y Pérez-Florriano, 2011).

El impacto internacional de la noticia mediática de ambos acontecimientos, bajo la activa lucha política de los mineros por su defensa de las condiciones seguras de trabajo, generó una serie de repercusiones sindicales en la región que modificó las prácticas mineras de grupo México no sólo en Coahuila sino en toda la región del noroeste mexicano, apelando y aceptando una serie de exigencias estipuladas por el SNTMMSRM que transformaron el mercado de trabajo minero en dos facciones: las empresas mineras que operan bajo contratos colectivos con este sindicato o aquellas que operan bajo ‘sindicatos blancos’, es decir, aquellos provistos por el empleador para gestionar el ordenamiento de sus relaciones laborales con sus trabajadores.

Esto es importante en la historia sindical pero también en la conformación reciente del mercado de trabajo minero del noroeste, pues las empresas con sindicatos blancos como el caso de MMB (de 2014 a 2020) ofrecen una remuneración y servicios más altos que las sindicalizadas bajo el SNTMMSRM en tanto que no se rigen por su tabulador y contratos colectivos.

Hay un corredor migratorio de trabajadores mineros que se comparte entre los distintos estados del noroeste mexicano, particularmente de emigración de mineros originarios de Coahuila a las regiones de Sonora y Baja California Sur. Ante las nuevas modificaciones tecnológicas y de organización social del trabajo, se sigue haciendo indispensable el trabajo manual en minas subterráneas, donde los mineros de Coahuila tienen una experiencia histórica. Los sistemas de enganche y reclutamiento contratan trabajadores

mineros de Coahuila para sus proyectos de minería subterránea.

Dicha explotación ha incorporado nueva tecnología como el uso de ademes caminantes, mineros continuos y bandas transportadoras, herramientas de trabajo incorporadas en MMB. Los mineros de Barroterán son contratados por su alta experiencia en el uso de dichas herramientas mineras, de uso subterráneo.

En el caso de MMB, las primeras cuadrillas empleadas para el trabajo subterráneo fueron articuladas en su totalidad por mineros de Barroterán, Coahuila. Eventualmente, hubo un proceso de capacitación y retroalimentación implementado por los mismos mineros que les enseñaron a otros trabajadores a realizar las actividades y cuidados necesarios para minar en subterráneo, dándose una amplificación de perfiles de trabajadores.

Cabe mencionar que el tratado de libre comercio, implementado desde 1994, impactó fuertemente a la explotación de carbón en Coahuila, ya que se optó por importar carbón de mejor calidad y menor precio, aunado al detrimento de sus yacimientos, paulatinamente el trabajo minero fue disminuyendo a pocos sectores, concentrados en el municipio de Múzquiz, el que históricamente concentraba mayor número de trabajadores mineros (Sánchez, 1995).

Ahora bien, el caso de la historia de la minería en Baja California Sur es distinta. La literatura existente sobre la minería en la península se ha dedicado a entender sus concreciones históricas y como la conformación de Minerales fue la manera en que se iniciaron a poblar ciertas regiones del desierto sudcaliforniano (Piñeda a. al., 2016).

Si bien, hay anotaciones sobre el inicio de la minería en el siglo XVII con la fundación del Real de Minas de Santa Ana, será hasta 1875 con la fundación de “El Triunfo Mining and Comercial Company” y en 1878 con “El Progreso Mining Company” que se inaugura un proceso de poblamiento a manera de enclave que reunirá habitantes de rancheros de la región en una traza urbana articulada principalmente por la inmigración de extranjeros

que estarán a la cabeza de estas compañías mineras. Las poblaciones de San Antonio y El Triunfo han sido estudiadas como enclaves mineros que redujeron su población al grado de la extinción al terminar el trabajo minero (Bernstein, 1964), caso contrario a lo ocurrido con el distrito minero de Santa Rosalía, lo cual le ganó el mote de ‘el pueblo que se negó a morir’ (Romero, 1991).

El geólogo francés Édouard Cumenge (1885) hace el primer informe público sobre las características de los yacimientos minerales descubiertos en 1868 en el espacio costero y despoblado donde la casa Rothschild fundaría el distrito minero de Santa Rosalía a partir de 1885. Dentro de sus conclusiones se registra que el yacimiento encontrado es de más de 700mil toneladas de cobre y bajo la tecnología a la mano en ese entonces, llevaría un aproximado de 50 años poderla explotar. Este documento no contiene menciones sobre la vida social ya que no se ha fundado ninguna población.

Es interesante anotar aquí que la minería en Sonora, la más grande y activa del país recientemente, inició 15 años después de iniciado el trabajo minero en Santa Rosalía, bajo la creación de las industrias ‘Cananea Consolidated Copper Company’ y ‘Moctezuma Copper Company’. Como lo ha hecho notar Juan Manuel Romero Gil, podemos inferir que toda la extracción y producción de cobre en México a finales del siglo XIX, fue exclusivamente de Santa Rosalía.

El posterior desarrollo de la minería de cobre en Sonora, principalmente en Cananea, se volverá el principal sector minero del noroeste mexicano, seguido por Chihuahua y Sinaloa (Sariego, 1986). La actividad minera de Santa Rosalía tendrá una vida intensiva hasta 1954, cuando cierra actividades la compañía francesa.

Aunque hay varios documentos técnicos que siguen evaluando los yacimientos en la región (Romero, 1991: 54-60), será hasta el recorrido del antropólogo y periodista

Fernando Jordan por toda la península de California, que tenemos el registro etnográfico de la vida social de este enclave minero.

En su libro “El Otro México” (Jordan, 1951), compuesto por notas de corte periodístico, menciona la empresa minera El Boleo y la de las condiciones de vida y trabajo de su enclave minero, poniendo especial atención en enumerar las distintas instalaciones (fundición, astillero, puerto, fábrica, empacadora, panadería, iglesia) de la infraestructura de la población como propiedad de la empresa.

Posteriormente describe la condición laboral de los obreros mineros, resaltando la conformación de su sindicato, la ausencia de medidas de seguridad en los espacios de trabajo, la propagación de silicosis entre mineros que extraen el manganeso de las minas Lucifer S.A. y la conformación jerarquiza de la traza urbana del enclave:

Santa Rosalía se divide, muy discriminatoriamente, en un pueblo y una aldea. El primero es la Hondonada México, donde se forma mil casitas de madera, todas igual de estilo, ocupadas por los mineros y sus familias. La segunda es Mesa Francia, donde se levantan las casas de los dirigentes franceses y mexicanos, las oficinas y el hotel particular de la Compañía, exclusivo para los invitados de confianza. [...] Las relaciones entre ambos lugares se limitan al trato en el trabajo. Viven separados por sus intereses, su cultura y sus ideales. (Jordan, 1980: 204)

Jordan hace una descripción de la estratificación social del enclave minero, donde un reducido espacio hay una diversidad de clases sociales que devienen de la jerarquía laboral de la compañía minera: franceses gerenciales, militares y administrativos por personas provenientes de la Ciudad de México, obreros y técnicos traídos tanto de rancherías locales así como de Sonora. De igual forma, da cuenta como la vida social de estas clases sociales está sujeta a la infraestructura provista por la compañía francesa, dándose un rígido control en la socialización y reproducción social de la clase obrera (Jordan, 1980).

Las investigaciones existentes sobre la minería en Santa Rosalía se centran en describir la conformación y características económicas de enclave (Romero, 1991; González, 1991),

Los primeros trabajadores, vinieron de Sonora (principalmente yaquis) Sinaloa, otros poblados de la península sudcaliforniana pero también de latitudes internacionales marcadamente diferenciadas: japoneses y chinos como “motores de sangre” bajo las órdenes de empresarios franceses, ingleses y alemanes (González Navvaro,1994).

Son reducidos los trabajos que dan cuenta de las condiciones sociales y culturales de su población, de su conformación multicultural. Uno de ellos es el trabajo histórico de Juan Preciado (1991) que hace un seguimiento estadístico y de archivo de las inmigraciones asiáticas a Baja California Sur, registrando la contratación por enganche de un contingente japonés y varios contingentes chinos, a principios del siglo XX.

En su trabajo podemos seguir la distribución social del trabajo en los primeros años de explotación minera, donde la base obrera era conformada por yaquis, japoneses, chinos y rancheros de la región, habitando los campamentos mineros y barrios alejados del primer cuadro del Mineral. Sin embargo, al ser una revisión documental, no se cuenta con una descripción de las condiciones de vida y culturales, las relaciones sociales y de género que había entre estas distintas colectividades.

La investigación social sobre la vida y cultura minera en Santa Rosalía aún está pendiente por ser explotada y escrita, teniendo sus mayores referentes documentales en una amplia gama de intelectuales locales como se apreció en el subapartado anterior, que desde el periodismo, la novela y poesía han documentado elementos y pasajes de la vida cotidiana de Santa Rosalía.

El acervo reciente de investigaciones se ha hecho por parte de los estudiantes del instituto de educación media superior de la localidad, el Instituto Tecnológico de Mulegé

(ITESME). Las tesis realizadas por sus estudiantes relativas a la minería han sido 24, la mayoría con perspectivas y preguntas de investigación diseñadas desde la ingeniería y sistemas administrativos, lo cual responde a los diferentes perfiles profesionales de egreso que ofrece la institución: técnico en minería (actualmente dada de baja), ingeniería eléctrica, mecánica, administración de empresas y contabilidad.

Las temáticas abordadas las podríamos agrupar en dos grupos: 1) ingeniería: mejoramiento técnico de explotación subterránea, mecanismos termoeléctricos, electromecánica y cintas transportadoras; mientras que en 2) administración de empresas: medidas de responsabilidad social, protocolos de seguridad, cuidado del medio ambiente y sistema de agua potable.

Estas tesis y trabajos de investigación se encuentran fuertemente vinculadas a la empresa MMB ya que de 2011 a 2014, periodo que coincide con la construcción y primera etapa de operaciones de la empresa, hubo un convenio para realizar prácticas profesionales y residencias dentro de las instalaciones.

A partir de 2014, con la entrada de operaciones de todas las áreas y la primera producción de planchas de cobre para su exportación, así como la adquisición de las acciones por parte de la paraestatal surcoreana, este convenio se canceló. Es notable que este era el incentivo para la producción de tesis y trabajos de investigación enfocados a la minería de MMB, ya que a partir de 2014 deja de abordarse el tema dentro de sus titulaciones.

Las tesis de ingeniería están orientadas a resolver problemas prácticos dentro del diseño operativo de los distintos sectores del complejo industrial minero de MMB. Edwin Zavala (2012) propone una modificación del bandas transportadoras de minerales para que puedan entrar en frentes de mina con mayor angostura, Carlos Arce (2011) registra los diferentes residuos que produce la actividad minera y propone un modelo de gestión de residuos que cause el mejor impacto a la población, José Luis Flores (2012) identifica

que el mecanismo de potabilizar el agua no reduce los contaminantes que la vuelvan apta para consumo humano, Alberto Olachea (2011) evalúa la temporalidad de acarreo de mineral en mina subterránea y Rogelio Cásares (2011) identifica los principales problemas del sistema de ventilación subterránea y propone un modelo que como mejorarla.

Es interesante notar como en esta primera fase, MMB mantenía una relación educativa con la población, con un claro interés formativo de jóvenes como próximos empleados de la empresa. Es notorio que todos los estudiantes de ingeniería son varones. Los temas elegidos nos permiten plantear un escenario de cuáles eran las problemáticas técnicas para resolver en el primer periodo de la empresa. Posteriormente, dejaron de hacerse las residencias y las tesis con investigaciones aplicadas.

En cuanto a las tesis e investigaciones realizadas desde una perspectiva de administración de empresas, las temáticas también están orientadas a mejorar la organización del trabajo. Javier Villavicencio (2011) propone un modelo organizativo y de gestión de documentos administrativos, Adrián González (2012) evaluó la pertinencia de extraer los minerales de los terreros antiguos encontrados en los arroyos Soledad, Boleo y Gurruglú. La propuesta no prosperó porque los terreros se consideran parte del patrimonio histórico de la localidad.

Karen García (2012), a través de una evaluación de las distintas áreas de trabajo, propone un manual de seguridad centrado en tres aspectos: 1) cero tolerancia al uso de drogas, 2) uso todo el tiempo dentro de las instalaciones del equipo de protección personal (botas, casco, lentes de seguridad) y 3) LOTOTO (Lock-out/Tag-out/Try-out) procedimiento de aislamiento que consiste en cortar toda fuente de energía potencialmente peligrosa efectuada en equipos, instalaciones y circuitos a través de la colocación de dispositivos de bloqueo y tarjetas de advertencia. Dicho modelo fue adoptado y actualizado con

algunas modificaciones por la gerencia surcoreana de MMB.

Por último, Armando Osuna (2012) realizó un manual para monitorear el impacto y afectación al medio ambiente y como remediarlo. Haciendo un diagnóstico de las expectativas por toneladas a extraer por cada mineral, hace una evaluación de la pertinencia de la construcción de una presa de hales, la cual no la encuentra conveniente. Es interesante notar que no hay un planteamiento de problemáticas en torno a las relaciones sociales y laborales dentro de MMB. Las investigaciones subsiguientes que se han hecho no han abordado las relaciones de género, ni masculinidades, dentro de su objeto de estudio.

Es por ello que esta tesis aporta una mirada novedosa e inédita al estudio de la minería en Santa Rosalía, preocupándose por las afectaciones que deja el trabajo minero en las relaciones de género. La minería no sólo deja una infraestructura, un determinado impacto ambiental y deterioro territorial, sino también una serie de construcciones de expectativas y significados configurados por el trabajo, a partir de los cuales los sujetos se insertan de manera generalizada en su contexto sociocultural.

Por ello, retomamos los trabajos antes mencionados para delimitar un contexto territorial, histórico, del contexto de enclave que da nacimiento y desarrollo a la población, incorporando algunas reflexiones y resultados de investigaciones realizados sobre el estudio de los hombres y sus masculinidades en el noroeste mexicano.

Investigaciones sobre hombres y sus masculinidades en el noroeste mexicano

De acuerdo a la distribución geográfica, las investigaciones realizadas sobre hombres y sus masculinidades en México se concentran en Ciudad de México, Jalisco, Tamaulipas, Veracruz, Colima, Sonora, Chihuahua y Baja California (Núñez, 2017a). Desde 2005 hay un incremento en las publicaciones realizadas en la región del noroeste, especialmente en Sonora y Chihuahua.

Siguiendo la catalogación descriptiva de Guillermo Núñez, en la que organiza la producción sobre estudios de masculinidades durante veinticuatro años (1990-2014) en México, a continuación muestro la concentración de trabajos de investigación realizados en el noroeste, según su propuesta la clasificación de temáticas que él sugiere.

De acuerdo con esta clasificación, históricamente a nivel nacional la acumulación de trabajos se ha dado bajo la categoría de “erotismo, sexualidad, diversidad sexual y VIH”, seguidos de “identidad, subjetividades”, “paternidades, relaciones” y “reproducción y salud”.

En la región del noroeste, en cambio, la temática con mayor número de investigaciones y publicaciones realizadas es la relativas al estudios de las masculinidades es la salud emocional, riesgos y adicciones (Calvario, 2003, 2007; Carrier, 2003; Rivas, 2005^a, 2005b, 2008; Ángeles, 2018), seguido por los estudios de sexualidad, erotismo y VIH sida (Núñez, 1991, 1994, 2013; Carrier, 2003; Gaxiola y Bringas, 2013; Ángeles, 2018) y violencia de género, sexual y familiar (Núñez, 2002, 2005; Ravelo, 2005; Cruz, 2011, 2014).

Además, es notable el interés particular abordaje estos estudios con una perspectiva histórica, generacional y regional (Núñez 1998, 2013, 2017b, 2017d, 2020; French, 2000; Pacheco, 2008; Zazueta, 2008), sobre empleo y trabajo (Hernández, 2013; Sarricolea, 2017) y con un paulatino crecimiento a partir de la segunda década del siglo XXI, se encuentran los trabajos sobre producción cultural (Garza, 2017; Núñez, 2017b; Núñez-González, 2017; Mancilla, 2019) fuertemente ligados a comprender las variantes de la industria cultural de la narcocultura.

Como caso especial, los estudios sobre masculinidades en Baja California Sur se han realizado en la ciudad capital de La Paz, orientados a comprender de manera reciente las violencias de género presentes en contextos académicos y como los estudios de género y

propiamente de masculinidades, tienen un impacto en las maneras de ser hombres de varones en contextos universitarios (Rossell et. al., 2015; Olachea, 2018; Mancilla, 2019). En lo que respecta al estudio sobre la salud emocional, riesgos y adicciones, autores como Benno de Keijzer, Gerardo Ayala (Keijzer, 1998) y demás miembros de Salud y Género A.C., han impulsado en México la investigación de esta temática con una perspectiva de aplicación práctica, realizando talleres y publicaciones sobre salud emocional. La recuperación del trabajo de Michael Kaufman es central en los abordajes teóricos de esta temática, reconociendo la triada de la violencia masculina: hacia las mujeres, hacia otros varones y hacia sí mismo.

Bajo esta perspectiva, las investigaciones realizadas en el noroeste de México han estado relacionadas al trabajo agrícola, particularmente de migrantes jornaleros en condiciones de enclaves de agroexportación (Calvario, 2003; 2007; Rivas, 2008).

Estas investigaciones no han problematizado por la influencia de las condiciones de enclave en la construcción social de los significado y atributos relacionados al riesgo y la manera en que son interpretados y acuerpados los varones en dichos contextos. La condición laboral es presentada como la situación de riesgo y no como la estructura significativa de los repertorios culturales de masculinidad.

Eloy Rivas (2005) se desmarca de esta aseveración al cuestionar la perspectiva teórica que parten de entender la masculinidad hegemónica definida por la violencia, cuestionándose si hay contextos donde dicha violencia no sea la norma, es decir, que se den masculinidades sin su construcción como factor de riesgo.

Analizando las características de los casos de muerte por accidentes y causas violentas entre varones de la sierra de Sonora, entre 1930 y 1999, encuentra que los rituales masculinos y actividades de riesgo se dan de manera extensiva en la etapa joven de vida mientras que al paso de los años y entrada cierta maduración, los varones significan su

masculinidad a partir de la responsabilidad. Los decesos y riesgos de muerte permanecen no por un factor de riesgo de la masculinidad sino por los procesos de modernización defectuosa que se sustentan históricamente en una rígida división sexual del trabajo (Rivas, 2005: 59).

Su investigación aporta un cuestionamiento a las perspectivas teóricas sobre masculinidades en cuanto al perfil nocivo de las identidades masculinas, en tanto que son en su constitución temerarias, violentas y arriesgadas en el sentido de poner en riesgo su salud y vida por seguir reafirmando ciertos significados masculinos.

Con ello, abre una discusión en la cual inserto mi propuesta de masculinidades de enclave, que parten de reconocer que las generalizaciones teóricas sobre las masculinidades hegemónicas, obnubilan o sesgan nuestra mirada frente a otros patrones y prácticas masculinas. Además, que las condiciones materiales de existencia y trabajo son una estructura de la cual parten los significados y atributos sobre lo masculino, pero que no determinan de manera causal y total su construcciones identitarias, subjetivas y expresivas.

Por otro lado, los estudios de masculinidad sobre sexualidad y erotismos abren las líneas de discusión e investigación en la región del noroeste, con la tesis de Guillermo Núñez (1991) sobre la sexualidad entre varones y sus representaciones impuestas por su campo sexual. Aunque su publicación como libro se dará en 1994, es interesante notar que su realización se da a la par del inicio de los estudios sobre masculinidades en México, con el trabajo de Teresita de Barbieri en 1990.

Considero que es importante hacer esta mención, ya que Guillermo Núñez aporta desde esta tesis una serie de reflexiones y propuestas teóricas que no sólo están abrevando de posturas y propuestas feministas, sino que articula con ellas una serie de referentes y puntos de partida desde los movimientos y estudios queer. Dicho de otra manera, los

estudios sobre los hombres y masculinidad en el noroeste mexicano inician con una distinción teórica, desde los estudios queer, que marcará como precedente la importancia de analizar y teorizar las masculinidades en torno a la sexualidad.

En 'sexo entre varones' (1994) Guillermo Núñez realiza un extensivo trabajo documental sobre la homofobia y discursos masculinos en la cultura popular y mediática de Sonora, para dar cuenta como se construyen una serie de representaciones hegemónicas en el campo sexual de Hermosillo.

Hay tres grandes aportes, que abren brecha y marcan ruta para los estudios sobre sexualidad y masculinidad en la región. Primero, elaborar con datos etnográficos el peso de las representaciones sociales para organizar y reproducir relaciones de poder que orientan y limitan la sexualidad de las personas, donde para los varones se erige una exigencia marcada por la tríada hombre-masculinidad-heterosexual.

Segundo, el concepto de campo sexual como una apropiación del estructuralismo francés de Bourdieu para definir el campo de fuerzas y posiciones dominantes y dominadas, donde se dan una serie de imposiciones, pero también de resistencias a las representaciones sociales de las cuales resulta una moral sexual, expectativas y exigencias que van construyendo las subjetividades y significados de lo masculino y femenino (Núñez, 1994: 35).

Tercero, enfatiza como la construcción de la heterosexualidad dentro de este campo sexual se encuentra delimitada por la homofobia, que instala una serie de miedos al homoerotismo, deseo y placer con personas del mismo sexo.

Retomando las posturas teóricas para pensar lo heteronormativo, esta postura le permite describir como las relaciones afectivas entre varones están mediadas por el ámbito de la sexualidad, orientada a la reproducción.

Aquellas prácticas y significados que traspasan las fronteras de la heterosexualidad

perturban la integridad grupal y fundamentos del orden social, imponiéndose un campo sexual que reprueba y castiga la homosexualidad.

Con este andamiaje teórico, presenta y analiza la sexualidad de varones en Hermosillo, donde hay una serie de prácticas y significaciones del sexo entre varones, atravesadas por la imposición de este campo sexual. Con ello, una de sus contribuciones etnográficas es registrar las contradicciones de los valores y significados que constituyen la hombría a partir de la interpretación de las identidades y las acciones de los otros. Hay una lucha social continua por los significados de la ‘hombría adecuada’ y las masculinidades son entonces resultados de este campo en disputa.

Esta perspectiva la seguirá trabajando en sus posteriores investigaciones, como la realizada con la comunidad yaqui (Núñez, 2013) en la que analiza los discursos y mitos sobre el ser hombre, donde las relaciones sexuales entre varones se da bajo ciertas dinámicas de aceptación y permisividad, estructuradas a partir de la dicotomía en la que tienen aceptación de participación social pero al no cumplir las expectativas sociales para los varones, su existencia sexual se da en una posición de subalternidad.

Esto es fundamental porque Guillermo Núñez desde una postura constructivista, que abreva de los movimientos y estudios queer, aporta a la discusión sobre las masculinidades en México y particularmente en el noroeste la problematización de la complejidad en la que opera la heterosexualidad a través de un campo sexual, que involucra por igual representaciones y prácticas hegemónicas como subalternas.

Bajo este sentido, hay un diálogo con la academia estadounidense queer que hace trabajos de investigación en la región. Joseph Carrier (2003) hace una descripción de los diferentes escenarios de intimidad en la que varones mexicanos experimentan su homosexualidad en Hermosillo, Los Mochis, Tuxpan, Mazatlán y Culiacán. A partir de distintos métodos de investigación, presenta las diferentes formas de homoerotismo y encuentros sexuales,

poniendo especial atención en las prácticas que emplean los sujetos para resistir la homofobia. De esta manera, encuentra que las prácticas y encuentros sexuales se dan partir la construcción de la intimidad en determinados espacios (cines, baños, bares, parques, etc.) y con ello, la posibilidad de que los sujetos signifiquen y se apropien de una identidad masculina heterosexual en ciertos espacios públicos y a su vez participar de experiencias homoeróticas.

Esta publicación es un precedente para entender la complejidad y contradicción dentro de las masculinidades, ya que al encontrar que la homosexualidad no es una negación de la masculinidad, abre la discusión sobre el papel del erotismo, placer y poder en la conformación de las masculinidades, donde resalta el papel de la intimidad.

Guillermo Núñez (2007b) retomará esta problematización de la intimidad para entender cómo operan las exigencias sobre la ‘hombría adecuada’ en la manera en que los varones viven su sexualidad, encontrando que la experiencia de vida de ‘hacerse hombres’ se da a través de acciones y decisiones cotidianas que involucran negociaciones, imposiciones y disputas, donde la construcción de espacios de intimidad se vuelven fundamentales no sólo para ejercer una sexualidad homoerótica sino para entender sus afectos, deseos, reflexiones y socializar ciertas experiencias. La masculinidad necesita y opera a partir de espacios de intimidad donde puede resistir y (re)posicionarse frente a las representaciones hegemónicas de lo masculino.

Esta problematización irá marcando como hoja de ruta, las investigaciones sobre sexualidad y erotismos en el noroeste del país, como se puede ver en el trabajo de Cristián Ángeles (2018) quien estudia la construcción de masculinidad entre varones mixtecos en Tijuana. Ángeles coincide en encontrar en su trabajo de campo como la expresión de virilidad entre homosexuales mixtecos opera como una estrategia de ocultamiento de su deseo y prácticas sexuales entre varones, siendo la intimidad este

espacio de experimentación construido desde el estigma homofóbico de la construcción de la heterosexualidad.

De manera reciente en esta temática, hay una marcada tendencia por estudiar a los varones en contextos de trabajo sexual de acuerdo a diferentes escenarios y campos sociales, problematizando en torno al turismo sexual, la salud sexual y reproductiva, así como estudios sobre el VIH en personas y comunidades indígenas (Gaxiola y Bringas, 2013; Núñez, 2013).

Dentro de este entramado temático, hay una ausencia o profundidad de la problematización de las identidades heterosexuales, la homo-afectividad, la amistad y sus transformaciones. Hay una mirada comprensiva de la salud sexual y reproductiva que deja en segundo plano el papel de la heteronormatividad y relaciones afectivas en la construcción social de encuentros sexuales.

Es interesante notar como en el caso de Chihuahua hay una concentración de investigaciones que abordan la temática de violencias de género, sexual y familiar (Ravelo, 2005; Cruz, 2011, 2014; Pacheco, 2008), lo cual responde al contexto histórico de violencia de género y feminicidios que se han trabajado en la literatura académica desde la década de 1990 (Ravelo, 2005).

La desventaja es que no ha madurado o ampliado la construcción de su objeto de estudio más allá de contextos urbanos y relaciones de pareja, así como la ausente profundización de análisis según las particularidades regionales, de clase, etnia y orientación sexual.

Posteriormente se encuentran las investigaciones con perspectiva histórica, generacional y regional. Esta temática responde a los trabajos que buscan ir más allá del presente etnográfico e incluyen un apartado histórico para pensar, bajo coordenadas regionales, la producción y transformación de ideologías, identidades y relaciones de género de los hombres, a lo largo de generaciones.

Sus aportes complementan los análisis que deconstruyen la mirada esencialista de que ‘todos los hombres son iguales’ o que no han cambiado las masculinidades y formas de ser hombres a lo largo del tiempo. Hay una revisión de los cambios en el orden de género, aportando herramientas y planteamientos que ayudan a comprender los cambios bajo ‘procesos de modernización’ en la dimensión de género, en la vida íntima y cotidiana de los sujetos. Hay una concentración de investigaciones y estudios realizados en Sonora (Núñez, 1998, Núñez 2013, 2017b, 2017d, 2020; Zazueta, 2008;), lo cual se puede explicar tanto por el aporte y escuela antropológica fundada por Guillermo Núñez para estos estudios, así como la importancia del desarrollo de los estudios de género en sus respectivos contextos académicos, particularmente del Centro Investigación, Alimentación y Desarrollo (CIAD) y El Colegio de Sonora.

Bajo un ejercicio crítico sobre la producción intelectual sobre el estudio de los hombres y sus masculinidades, Guillermo Núñez (2013) propone incentivar los estudios regionales, expandir las investigaciones más allá de los contextos urbanos, como una manera de complejizar lo que se entiende por masculinidades tradicionales y/o modernas, que el cambio de significados y prácticas obedece a una cuestión temporal y generacional, pero también a una determinación sociocultural espacialmente situada.

Bajo esta preocupación, estudia los atributos discursivos presentes en los medios de comunicación que articulan la representación social de lo sonorenses (Núñez, 1998), investigación que ampliará al estudiar tres generaciones de varones en la región del Río Sonora (Núñez, 2013) para dar cuenta de cómo el cambio histórico de la manera de significar y vivir su sexualidad está entrelazado con el trabajo, organización de la vida familiar, dinámicas socioemocionales y el desarrollo rural.

Concluye que la moralidad, actitudes y prácticas que significan lo masculino se fueron transformando, desplazando temporalmente la sexualidad dirigida a la reproducción

como aspecto que define la hombría, y con ello, una serie de cambios en la manera de concebir las exigencias familiares, de trabajo, sociales y morales. Guillermo apunta que los cambios en torno a la equidad entre hombres y mujeres y el propio reconocimiento de autonomía de las mujeres, obedece a esta serie de cambios en la manera de concebir la sexualidad.

Esto es de suma importancia, ya que puntualiza que los cambios y transformaciones en las relaciones de género y particularmente en las masculinidades, obedece a una serie de factores que se explican, local y temporalmente. Los estudios regionales de masculinidad en la región estarán fuertemente influenciados por su mirada de situar la sexualidad al centro.

Esta aproximación la podemos notar en sus posteriores trabajos sobre los significados masculinos en los procesos formativos del Estado en Sonora (Núñez, 2017d), la manera en que históricamente se ha construido la intimidad entre varones sonorenses (Núñez, 2017b) y en su más reciente publicación sobre la moralidad que representan los fariseos dentro de la comunidad yaqui (Núñez, 2020).

Pero también lo podemos notar en trabajos como el de Edgar Zazueta (2008) que analiza el cambio en las masculinidades de cinco varones, de Hermosillo y Ciudad Obregón, a partir de su experiencia de haber transitado por un divorcio. Zazueta encuentra que el ser ‘hombre divorciado’ genera una ruptura con la exigencia y prestigio masculino, teniendo repercusiones en sus paternidades, sexualidad y gestión económica. Lo interesante de su aproximación regional es notar como el contexto de Hermosillo y Ciudad Obregón son distintos, marcando una serie de exigencias diferenciadas tanto en el discurso público como en las relaciones sociales.

Los estudios regionales e históricos en el noroeste son los que más se han desarrollado, fuera de la Ciudad de México, demostrando no sólo un crecimiento sino consolidación

frente a varios espacios de estudio como Sonora, pero también de afianzamiento teórico de postulados sobre la diversidad, historicidad y cambios en las masculinidades. Cabe mencionar, que la mayoría de las tesis de investigación de la región han sido dirigidas o acompañadas en su comité de titulación, por Guillermo Núñez. Su participación en el desarrollo de esta perspectiva no se reduce a su papel como referente teórico y autor nodal dentro del estado del arte, sino como guía y compañía del proceso de producción intelectual. Su participación de retroalimentación y guía marca una manera de hacer conocimiento en la región que se distingue de otros espacios de producción académica en el país.

A partir del 2009 podemos advertir un giro en el estudio de las masculinidades, apelando a un estudio de ‘masculinidades en crisis’, de registrar sus cambios y transformaciones como efectos de la reestructuración económica y social partir que responde a la crisis inmobiliaria del 2008 que transitó a una crisis de recesión económica a nivel global en 2009. Hay dentro de la literatura sobre masculinidades en México, una emergencia por los estudios de lo que se denominó ‘nuevas masculinidades’ (Huerta y Garda, 2013, Mardones, 2019).

En el caso de Baja California Sur, particularmente en su capital, tenemos una serie de publicaciones que inician a partir del 2015, reflexionando sobre el papel de las discusiones sobre masculinidad en la transformación de las relaciones de género en contextos académicos, partiendo de la implementación del Programa Institucional para Fomentar la Perspectiva de Género en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, puesto en práctica desde 2014.

De acuerdo con Rossell Vázquez, Aurora Rebolledo y Eleonora Romero (2015), dicho programa tiene la intención de propiciar una cultura de equidad de género entre los estudiantes, por lo cual implementaron una metodología para hacer un sondeo sobre la

manera en que contemplaban su propia masculinidad. Uno de los primeros resultados es que la mayoría de los varones se abstuvo de participar, trabajando con una minoría del plantel estudiantil.

Dentro de sus conclusiones, identifican que la población estudiantil de varones tiene a mantener estereotipos de género sobre el ser hombre, donde el concepto de masculinidad se concibe como una teoría social y no una serie de significados y prácticas con las que se identifican, aunque reconocen que es un aspecto para seguir dialogando para generar un cambio de mentalidad (Rossell et. al., 2015: 8).

Rubén Olachea (2018) continua estos esfuerzos de comprensión de la masculinidad en ámbitos estudiantiles de la UABCS, compartiendo una serie de casos sobre el habitar el espacio universitario. Presenta datos mediáticos sobre la violencia de género en el transporte público, las desigualdades sociales provocadas por el sistema económico turístico de la región y su influencia en la configuración de un sistema de racialización de las infancias y juventudes sudcalifornianas, bajo una reciente politización ante la transición política con la entrada incursión política del partido MORENA.

Desde su perspectiva, las juventudes universitarias se desarrollan en un contexto de ansiedad en tanto que su preparación profesional se contradice con el mercado de trabajo orientado a los extranjeros, culturalmente apropiando una vestimenta y música de la narcocultura por su discurso aspiracional que ofrece una narrativa de movilidad social rápida y accesible, que no se lee en su entorno y mercado de trabajo inmediato (Olachea, 2018: 53).

De manera ensayística, generaliza las identidades masculinas universitarias de Baja California Sur como reservadas, hurañas, anecdóticas, dispuestas al ‘cotorreo’ donde las mujeres son objetividades por el deseo masculino, como *la desta* en lugar de su nombre y reconocimiento como persona. Concluye su capítulo afirmando que las masculinidades

de jóvenes universitarios son plurales y están insertas en una cultura regional mexicana configurada por la narcocultura y la economía de turismo, siendo las violencias y prácticas machistas ejercidas una serie de respuesta a su contexto, que contradice los valores y tradiciones que unen *lo ranchero* con una formación profesional con valores integrales (Olachea, 2018: 67).

Al respecto, Carlos Mancilla (2019) desde una perspectiva de los estudios queer, analiza las distintas representaciones y manifestaciones cotidianas de la masculinidad en la vida estudiantil de la UABCS, a partir de la conceptualización de Judith Butler de performance.

En sus resultados encuentra que los varones estudiantes ‘tienen miedo a las mujeres’ por recibir una posible denuncia pública, en redes sociales o jurídicas, que parte de un desconocimiento y desconcierto frente al cambio acaecido por las luchas feministas. Que la violencia física común es entre varones, disputas y riñas entre compañeros de clase que escala de rituales cotidianos bruscos como darse palmadas, golpes y enunciarse de manera peyorativa: *mamila, fresco, joto, etc.* Coincide con Olachea en que la cultura del narcotráfico ha permeado el habla, vestimenta y consumo cultural de los jóvenes sudcalifornianos, apelando a identidades performáticas masculinas como buchón y narco junior.

El desarrollo del narcotráfico en México está ligado a su historia como nación desde la Revolución Mexicana, que a partir de la década de 1990 con las transformaciones de la agroindustria en el país por el Tratado de Libre Comercio, así como una serie de cambios productivos de drogas en América Latina, es que tenemos un cambio económico y cultural que define el contexto actual de violencia generalizada a través de la competencia y disputa entre distintos grupos del crimen organizado.

Con dicho cambios y expansión de actividades de producción, distribución, venta y

consumo en distintas partes del país, han permeado la vida política, económica y social del país al grado de configurar lo que se ha llamado narcocultura.

La narcocultura es un conjunto de elementos materiales y simbólicos relacionados con el narcotráfico y narcotraficantes (así como sus admiradores) al punto de caracterizarlos y construir una serie de referentes e identidades expresadas a partir de emular o reproducir la música, cine, religiosidad, arquitectura y vestimenta de las personas que se dedican o se encuentran insertas en actividades cotidianas del narcotráfico (Núñez, 2017b).

Recientemente en el noroeste se han iniciado estudios sobre producciones culturales orientados a comprender la violencia de género ligada al narcotráfico, explorando la noción de narcocultura y las masculinidades que se desprenden de ella.

Fabián Garza (2017) analiza cómo se representa lo masculino y femenino en las canciones de música y artistas identificados como pertenecientes a la narcocultura y la manera en que son consumidos y apropiados por juventudes de Hermosillo. Concluye que hay un gusto generalizado y creciente por la música regional mexicana, donde los corridos contemporáneos parten de una rítmica y mensajes insertos en la narcocultura, dándose un subgénero de los narcocorridos: alterados, arremangados y bélicos.

En dichas canciones, el hombre se representa como objeto deseado eróticamente, que gusta de su autocuidado estético, con cierta expresión de emociones relacionadas al amor romántico, gusto por las armas, atracción por la violencia, maneras de resolver las cosas, consumo de drogas y sexo guiados por el deseo de superación (Garza, 2017: 272).

Esta narcocultura genera un impacto en las masculinidades de los jóvenes de Hermosillo, configurando su consumo de drogas, tipo de relaciones afectivas centradas en el sexo casual, normalizando la violencia hacia las mujeres y hacia otros varones al identificarse con narcotraficantes o sicarios que son descritos en las canciones.

Guillermo Núñez (2017b) profundiza en la construcción histórica de la narcocultura y su impacto en los idearios nacionales de masculinidad y como los narcocorridos producen una dicotomía sobre lo masculino: el buen ejemplo centrado en la responsabilidad como modelo de hombría y el mal ejemplo, centrado en la homosexualidad a través de parodias y burlas homofóbicas de las expresiones que se distancian de la heterosexualidad (Núñez, 2017b: 56).

Núñez concluye reflexionando que el consumo y reproducción de la cultura del narcotráfico, que configuran las ideologías identidades y relaciones masculinas, se mantendrá en tanto que el poder económico, social y cultural del narcotráfico siga manteniéndose o creciendo, lo cual instala una cultura de género androcéntrica y homofóbica en la cultura popular y regional mexicana.

Al respecto, Alejandro Núñez-González (2019) considera que lo preocupante de la reproducción y mantenimiento de esta narcocultura, es la gestación de modelos masculinos centrados en la violencia, como es el caso de la construcción de la hombría *manguera*, aquella que practica una violencia abusiva y fanfarrona que le da importancia a la afirmación de su dominación. Explorando como esta se construye a partir de la música y demás industrias de la narcocultura, Núñez-González identifica que hay una configuración de la hombría ante la manipulación de armas, capacidad y decisión de ejercer violencia como manera no sólo de resolver problemas sino de ganar prestigio.

Es notorio como el desarrollo temático del estudio de las masculinidades en el noroeste mexicano responde a una serie de acontecimientos y contextos temporales, que van guiando los intereses de las y los investigadores, tanto locales como externos que se acercan a este escenario geográfico. La transición de las investigaciones sobre la salud y autocuidados de las masculinidades en riesgo, a los estudios sobre las identidades relacionadas a la narcocultura es sintomático del cambio no sólo de las preocupaciones

teóricas y políticas, sino de los escenarios de violencia locales.

Sin embargo, las publicaciones e investigaciones sobre hombres y sus masculinidades sigue siendo escasa en relación con la producción nacional o la realizada en contextos urbanos de metrópoli como la Ciudad de México y Guadalajara. Es notorio la ausencia de estudios sobre masculinidades transgénero, no binarias e intersexuales.

La revisión de este subcampo en el noroeste mexicano muestra su diversidad temática y especialización según estados o contextos de estudio. La investigación se ha centralizado en entender las realidades de varones en contextos de agroindustrias bajo distintas temáticas y aproximaciones. De ellas se deduce que hay una priorización de una población joven que se encuentra dentro del sector de la población económicamente activa.

Se han conformado espacios de discusión académica aislada, siendo notoria la ausencia de un diálogo interregional entre las y los académicos que han abordado el tema dentro de sus investigaciones. Las coincidencias de condiciones y construcciones masculinas en diferentes regiones es un tema pendiente en la agenda del estudio de los hombres y sus masculinidades en el noroeste de México. Así como existe un corredor de movilidad minera que intersecta varios estados como Baja California, Baja California Sur, Chihuahua, Sonora y Coahuila, queda pendiente si existen otros corredores laborales o conexiones entre estatales que conformen parte de los fenómenos que explican las masculinidades en la región.

Como lo ha hecho notar Guillermo Núñez (2017), es notorio el fenómeno de ‘debuto y despedida’ de varias y varios académicos, que se acercan a estudiar el tema, pero no vemos un desarrollo o trayectoria académica en la misma temática, objeto de estudio o región. Es necesario apelar al fomento de espacios de trabajo e investigación que permitan a las y los investigadores dar continuidad a sus proyectos y formar líneas de investigación

de mayor envergadura.

Recuperación teórica para pensar las masculinidades de enclave

De acuerdo a la revisión previa sobre las investigaciones realizadas en el noroeste mexicano sobre trabajo, minería y masculinidades, recupero la perspectiva crítica de reconocer que los diferentes procesos de hacerse hombre implican una diversidad de formas y expresiones que reproducen en mayor o menor medida, pactos patriarcales que configuran las formas hegemónicas y subalternas que condicionan estructuralmente a los varones hacia las mujeres y hacia otros hombres.

Al estudiar dichos procesos, es notorio identificar como la conformación de masculinidades se da a través tres dimensiones de violencia inherentes a su constitución: 1) hacia las mujeres, 2) hacia otros hombres y 3) hacia sí mismo (Kaufman, 2013).

Reconocer esto como punto de partida teórico y reflexivo, implica entender la violencia de género más allá de la violencia hacia las mujeres y ampliarla a todas las relaciones de género, siendo esta violencia de género parte de nuestro objeto de estudio.

Al hablar de relaciones de género, nos estamos refiriendo a la construcción social de lo masculino y lo femenino en torno a la articulación y normalización de los valores socialmente aceptados sobre lo masculino y femenino, denominado sistema sexo-género (Rubin, 1986), bajo un esquema particular de raza, nacionalidad y posiciones socioeconómicas.

Maurice Godelier (1986) en su trabajo sobre la producción de grandes hombres entre los Baruya, planteaba que la hegemonía masculina en las relaciones de género obedece a una preponderancia de los varones en el acceso y control de los medios de producción, así como la valoración otorgada a los procesos productivos que controlan, teniendo como resultado no sólo privilegios en términos materiales de consumo y sustento sino en relaciones de poder que los coloca en una posición dominante frente a la comunidad.

Por tanto, considero que las masculinidades son con conjunto de significaciones y prácticas a partir de las cuales los varones se insertan e interactúan en la realidad, a través de las imposiciones y mediaciones de un campo sexual que las determina (Núñez, 2007a). Así, la violencia de género presente en su constitución se encuentra también en las exigencias e imposiciones que tiene una serie de representaciones e ideología, en las maneras de pensarse y presentarse como hombre en los distintos espacios de socialización.

Por tanto, la estructura jerárquica de las distintas masculinidades obedece a una serie de representaciones, valores y exigencias que componen de manera local e histórica este campo sexual. Es necesario entonces conocer las determinaciones materiales, culturales y simbólicas que dan cuerpo al campo sexual.

Para fines de esta investigación, retomaremos la definición de enclave de Juan Luis Sariego (1988), contextualizando el caso de Santa Rosalía desde la perspectiva del desarrollo de la minería en el noroeste de Juan José Romero Gil (2002), alimentada con las acotaciones de las particularidades locales que aporta el trabajo de Edith González Cruz (2009, 1991, 1985).

De acuerdo con Juan Luis Sariego, el enclave minero es una organización social centrada en relaciones industriales caracterizadas por una ocupación poblacional de los habitantes de cierta localidad, bajo un aislamiento geográfico que propicia que la vida social gire en torno a la empresa y el trabajo (Sariego, 1988:20).

Dicha organización social se implementó en el noroeste de México bajo un modelo de modernización que configuró al trabajo minero bajo prácticas descentralizadas que no necesariamente emplean al total de la población; al contrario, hay prácticas de subcontratación donde hay grupos mineros y cuadrillas que operan de ‘de manera independiente’ extrayendo el mineral para venderlo al único comprador que es la empresa

minera: así se evitan contrataciones y las responsabilidades empresariales que esto implica (Romero Gil, 1991).

Para el caso de Santa Rosalía dicha configuración no es la excepción, estando presentes desde inicios del siglo XX las figuras de gambusinos y poquiteros. Edith González Cruz enfatiza el papel de la compañía en la compra y disposición de tierras para la agricultura y ganado, así como su participación en la elección de representantes políticos del gobierno local durante el Porfiriato (González, 1991).

Esto generó no sólo una disposición completa y autoritaria sobre la organización del trabajo sino también de la organización territorial, dándose una demarcada estratificación social expresada en la traza urbana del pueblo, dejando entrever aquellas poblaciones más pauperizadas por la discriminación entre distintos grupos étnicos: siendo los grupos mineros chinos y yaquis los más excluidos urbana y socialmente. Además, anota que dichas consideraciones no fueron transformadas completamente ante la incursión de nuevas empresas del trabajo del cobre, sino que permanecieron vigentes bajo nuevos procesos de configuración de clase hasta la liquidación de la empresa en 1985.

Las condiciones de enclave involucran tanto la organización social del trabajo y manifestaciones que se desprenden de ella, el espacio y las relaciones sociales de la población. La empresa minera actual en Santa Rosalía, Minera y Metalúrgica el Boleo (MMB), mantiene igualmente una disposición de enclave: campamentos mineros dentro de la empresa, sistemas de rotación laboral para empleados con familias fuera del municipio o estado, pago de renta e inversiones iniciales de compra de terrenos a empleados que lo soliciten –bajo determinados espacios de la población-.

Las condiciones de enclave previas, más la intersección de nuevas condiciones de enclave hacen del caso de Santa Rosalía un escenario particular para entender como dichas condiciones, reformulan, articulan y dan estructura a un campo sexual que da sentido a

las masculinidades posibles en este contexto.

Esta perspectiva de estudio de las masculinidades en contextos de enclave, involucra pensar a los varones como sujetos generizados bajo contextos temporales y espaciales específicos, que responden a rupturas y continuidades económicas dictadas las lógicas empresariales de configurar los espacios para habitar y trabajar, teniendo repercusiones directas en las representaciones y exigencias de “conducirse como hombre” según las propias exigencias del enclave.

Las condiciones de trabajo en un enclave, la introducción de una nueva tecnología y organización del trabajo genera cambios en la estratificación de masculinidades (Palermo y León, 2016), dándose (re)negociaciones de las relaciones de poder entre las distintas masculinidades posibles puestas en juego. Plantear la existencia de masculinidades de enclave es partir que dichas condiciones materiales y de organización social no generan únicamente un modelo dominante o hegemónico sino una pluralidad de distintas posibilidades de los varones de construir su masculinidad, según una constante negociación jerárquica de sus relaciones de poder.

Las investigaciones realizadas desde perspectivas históricas y antropológicas sobre la minería y condiciones de enclave en el noroeste mexicano constituyen un conjunto de conocimiento consolidado, con propuestas y contribuciones diversas para entender sus características y diferencias particulares según cada región a lo largo del tiempo. Entender las masculinidades en Santa Rosalía, atendiendo a estos saberes sobre la constitución de las condiciones de enclave, resulta fundamental para pensar el concepto de masculinidades de enclave.

Particularmente los estudios de Juan Luis Sariego, Edith González Cruz y Juan Manuel Romero Gil permiten concebir a Santa Rosalía no sólo como un enclave minero desde su constitución histórica, sino percibir sus transformaciones de acuerdo a los distintos

modelos de extracción minera, que la han hecho transitar de un modelo tradicional de enclave o *Company Town* a nuevas configuraciones de enclave, en las que destacan bajo la empresa MMB la contratación de trabajadores mineros de otras regiones del país, el asentamiento en campamentos mineros temporales dentro del espacio del complejo industrial y la proyección anunciada del fin del trabajo según los intereses de inversión y el precio internacional de los minerales extraídos.

El contexto minero de Santa Rosalía coincide con el modelo de modernización presente en otros escenarios mineros del noroeste de México, configurando de manera determinante la cultura minera, la manera en que los trabajadores se vinculan al trabajo minero y la manera en que expresan y experimentan sus masculinidades.

Sin embargo, dentro de la bibliografía existente hay un vacío explicativo de las influencias y transformaciones concretas de estas masculinidades a partir del modelo actual de minería, de las maneras de habitar y trabajar en las nuevas configuraciones de enclave, así como de la producción y reproducción de significados vinculados al trabajo minero.

Las investigaciones realizadas en el noroeste de México sobre las condiciones de enclave de migrantes jornaleros en industrias de agroexportación (Calvario, 2003; 2007; Rivas, 2008) permite delimitar algunas coincidencias y diferencias. Si bien, estas investigaciones aportan datos sobre las condiciones de habitar un enclave a partir del trabajo, queda ausente la problematización sobre como estas condiciones de enclave organizan las representaciones sociales en juego sobre lo que implica el ser hombre, donde es crucial la importación de una serie de repertorios culturales con los que llegan y desde donde parten en su interacción el conjunto de varones puestos en interacción debido la organización social del trabajo del centro productor.

Retomo de Guillermo Núñez y las investigaciones realizadas de masculinidades sobre la

sexualidad y erotismo, el papel central de la sexualidad en la construcción de una moral sexual, expectativas y exigencias que determinan las subjetividades y significados de lo masculino y femenino en un campo sexual. La manera en que se entiende y desde donde se organiza la heterosexualidad esperada en las condiciones de enclave, parte de esta negociación y resistencias de las prácticas sexuales de los sujetos que componen la fuerza de trabajo de estos contextos de enclave.

Situar la sexualidad como parte comprensiva de las masculinidades de enclave, involucra poner atención en la descripción de la moral sexual de la hombría aceptada y por tanto, que significados son rechazados o violentados. La construcción local de la homofobia como límites ideológicos y simbólicos de la heterosexualidad, permite comprender de mejor manera la posición y resistencias desde donde se enuncias y reafirman las masculinidades subalternas y disidentes al campo sexual.

Aún más, cobra sentido explorar el ámbito de la intimidad en la masculinidad, a fin de comprender como esta opera a partir de espacios de espacios y prácticas donde se puede resistir y (re)posicionarse frente a las representaciones hegemónicas de lo masculino.

De igual forma, se retoman los estudios con perspectiva regional e histórica para atender a los cambios en los valores y significados sobre la sexualidad y lo masculino, según distintos cortes generaciones, trayectorias de vida u orígenes. Las masculinidades de enclave están articuladas por la integración de una fuerza de trabajo compuesta por diversos sistemas de enganche, que ponen en socialización de la organización social del trabajo, una serie de varones con distintas experiencias y repertorios culturales sobre lo masculino, según sus propios contextos espaciales y temporales de socialización.

Es innegable, por tanto, partir de una comprensión analítica que dé cuenta de estos procesos, con el fin de no invisibilizar la manera en que estos diferentes repertorios y experiencias, le dan cuerpo y contenido de significado al campo sexual del enclave.

Debido a la metodología y herramientas de investigación, no se hará una discusión sobre la producción cultural de masculinidades, según el consumo y apropiación de ciertos elementos culturales. Si bien, resulta importante y aparecen en las narrativas de los varones una serie de significados asociados a la música e identidad regional, no se constituyó un cuerpo teórico de interpretación de dichos elementos, por lo cual no hay un diálogo con esta temática emergente en los estudios sobre masculinidad en el noroeste de México.

En cambio, se hará un ejercicio reflexivo sobre la discusión de las ‘nuevas masculinidades’ en el contexto etnográfico y cómo el concepto de masculinidades de enclave genera una serie de aportes al debate teórico de las masculinidades en la región, más allá de los contextos académicos y universitarios.

Considero que los estudios de las masculinidades han demarcado una independencia epistémica de los diferentes movimientos feministas y sus múltiples inscripciones en la academia, y que bajo esta pluralidad de luchas, han logrado espacios y condiciones de reconocimiento, equidad, visibilización pero también de cuestionamiento y cambio en las prácticas masculinas entendidas en su mayoría desde modelos hegemónicos y descritas como patriarcales, androcéntricas y constituidas en una violencia de género hacia las mujeres.

Más allá de seguir la adopción de una proyectiva política que da consistencia al concepto de nuevas masculinidades, considero que el concepto de masculinidades de enclave se inserta en la discusión problematizando la manera en que percibimos los cambios en los significados y prácticas de la sexualidad, nuestra construcción de los deseos, afectos y la ambigua diversidad de las prácticas (hetero)sexuales.

Desde una perspectiva regional e histórica, la construcción del concepto de masculinidades de enclave ofrece una mirada comprensiva de la heterosexualidad, para

entender su complejidad y contradicciones al dar cuenta de prácticas masculinas que se enuncian desde ahí y a la vez, la cuestionan y se distancian de ella. La ruptura o deconstrucción de masculinidades puede apelar a una serie de construcciones que no necesariamente respondan al cambio o crisis resultado del cuestionamiento de movimientos militantes y por tanto, no poder ser descritas bajo la noción de nuevas masculinidades.

Quizás, estas masculinidades que promueven o buscan (de)construir estas iniciativas académicas y militantes ya estaban o siempre han ahí, pero nuestra cultura machista, homófoba, cisexista, transfóbica, los ha invisibilizado y omitido su reconocimiento desde una homofobia que parte de la institucionalización de la heterosexualidad.

Si seguimos la propuesta de Alain Badiu de que la masculinidad es todo aquello que repele y se distingue de lo femenino, tenemos entonces esta masculinidad como un lugar de vacío, una conformación desde la negación: lo que no es. Pero su construcción no es enteramente dialéctica, si bien el performance público de demostrar constante y todo el tiempo su heterosexualidad y virilidad, hay también la gestación de afectos, valores y acompañamientos homosociales que no necesariamente forman parte de esta contrastación.

Considero que una de las aristas a seguir explorando dentro de la masculinidad es lo que Guillermo Núñez ha llamado poéticas de silencio (Núñez, 2007). Nos comunicamos por lo evidente, por el entramado heterosexual porque es un lenguaje común. Al callar públicamente, ante ese otro varón, nos colocamos en un entramado heterosexual por omisión. Quienes adquieren su valor, reconocimiento, puesto laboral por estas relaciones de género, encontraran motivaciones personales por avivar, intensificar e institucionalizar las prácticas de socialización que dan entrada a estas enunciaciones masculinas desde las que se leen a sí mismos y se presentan en sociedad. El reto que personalmente encuentro

para seguir desentrañando y visibilizando las masculinidades posibles en la diversidad sexual y de género, y no sólo revisitando las masculinidades hegemónicas, es a partir de develar los silencios de las masculinidades subalternas y como desde este –por omisión– se reproducen modelos masculinos que delimitan emocional y afectivamente las posibilidades de enunciación.

Como ha subrayado Patricia Ponce (2001), la construcción de ‘la masculinidad’ es un proceso complejo de poder, dolor y gozo dentro de procesos subjetivos, de exigencia social y estereotipos dominantes de lo que implica ser varón (en términos referenciales biológicos) y convertirse en hombre. Esta perspectiva teórica nos permite entender la violencia de género a partir de las prácticas individuales, colectivas, institucionales y culturales que demarca como atributos de género la conformación de los hombres y sus relaciones de poder.

Las investigaciones y estudios realizados sobre minería y masculinidades en el noroeste de México, aportan una serie de consideraciones teóricas que le dan pertinencia al concepto de masculinidades de enclave, como un ejercicio teórico para comprender los distintos repertorios culturales y representaciones sociales de lo masculino, puestas en juego a partir de las condiciones de enclave (minero).

Retomando la postura epistémica del colectivo de antropología de las orillas, la producción de conocimiento que no toma en cuenta y no construye en colectivo y de manera horizontal con las y los intelectuales locales, termina siendo una propuesta que sólo adquiere sentido al exterior.

Busco que el concepto de masculinidades de enclave tenga sentido para comprender la realidad y manifestaciones de masculinas en Santa Rosalía y con ello, su alcance permita la discusión teórica sobre otras masculinidades en condiciones de enclave en el noroeste mexicano.

A continuación, en el siguiente capítulo se presentarán los resultados etnográficos de investigación relacionados a las maneras vivir y trabajar en condiciones de enclave en Santa Rosalía, producto de esta intersección teórica descrita en los tres capítulos teóricos.

A partir de un juego con el lenguaje minero, se presentan tres capítulos etnográficos que buscan dar consistencia a los elementos que constituyen la propuesta de masculinidades de enclave.

A través de distintos niveles de inmersión, primero se presentan los diferentes cortes históricos y configuraciones del trabajo minero en Santa Rosalía, para poder describir sus condiciones de enclave. Posteriormente se hace una exploración en los diferentes repertorios culturales y significados de lo masculino de los varones que trabajan en la minería de Santa Rosalía con el fin de comprender los contenidos de significados que componen el campo sexual de las masculinidades de enclave. Por último, se hace una descripción etnográfica y reflexión sobre el papel de la sexualidad y espacios de intimidad en la articulación, composición y restitución de las masculinidades de enclave.

Con estos tres elementos (condiciones de enclave, representaciones y significados, sexualidad e intimidad) es que se presentan posteriormente las conclusiones y propuesta teórica de las masculinidades de enclave.

Capítulo 4. Niveles de inmersión y explotación etnográfica de

‘Cachanía’: Santa Rosalía como enclave de masculinidades.

El objetivo de este capítulo es presentar los resultados sobre las características y configuraciones de las condiciones de vivir y trabajar en el enclave minero del contexto etnográfico.

Los objetivos particulares a los cuales se busca dar respuesta este capítulo es identificar las características de vivir y trabajar en las condiciones de enclave de Santa Rosalía, así como describir las expresiones y prácticas masculinas que produce o reproduce las condiciones de enclave la empresa MMB en Santa Rosalía.

La intención de este capítulo es describir el contexto etnográfico sin caer en reduccionismos sobre cultura-paisaje, quiero dar cuenta de las particularidades que observé y desde las cuales se hará la presentación y análisis del dato etnográfico, con sus sesgos y limitaciones propias del trabajo de campo realizado. Despejar las condiciones lógicas de enclave de la población, enmarcada en un campo regional más amplio, el desierto sudcaliforniano que llevaron a Fernando Jordán llamar a la península ‘el otro México’, que tiene determinaciones en su prolongación como enclave.

Evocando a Watsuji Tetsuro para pensar el paisaje como condición humana, se pretende mostrar la diversidad de apropiaciones y modos de producción, tanto materiales como de

género, que este contexto posibilita. Así, poder dar cuenta de las características o manifestaciones de ‘masculinidades de enclave’ espacial y temporalmente situadas en este contexto etnográfico de estudio.

En lugar de empezar por una clásica descripción estadística y espacial del lugar, partiré de presentar las distintas condiciones enunciadas por mis colaboradores etnográficos como ellos me las expusieron y presentaron, desde sus vivencias e interpretaciones.

El escenario geográfico y climático se vuelve un paisaje antropológico cuando son las maneras de encarnar dicho contexto lo que produce particulares maneras de entenderse e interactuar como parte del lugar. Es decir, como presentan cada uno de los colaboradores etnográficos el trabajar y habitar Santa Rosalía no es una realidad dada sino como ellos la viven y experimentan.

De esta manera y desde sus voces, iré presentando los datos etnográficos, estadísticos y demás información recabada que ayude a entender las distintas temporalidades relacionadas al trabajo que encuentro han tenido una repercusión contundente en la configuración de las relaciones de género y las propias masculinidades presentes en Santa Rosalía.

El argumento que guía los contenidos revisados de este libro es que el clima y paisaje no son un entorno sino expresión existencial del sujeto humano, lo cual implica una ontología de la existencia humana como producto de la dualidad temporalidad-espacialidad.

Watsuji considera desde una fenomenología del paisaje, que hay que plantear de manera distinta la manera en que dividimos en estancos ajenos lo ambiental del paisaje y lo sensitivo capaz de registrar a través del cuerpo. En cambio, el autor propone partir de entender que el sujeto lleva ya en sí mismo una estructura de “intencionalidad” (léase

desde Husserl) que *orienta* lo vivido hacia algo, hay una relación implícita.

Pero no sólo eso, el autor aumenta que esta existencia no es individual sino compartida: *nosotros sentimos frío*, como una realidad compartida por lo humano. Hay un yo que implica un nosotros y un nosotros que contiene al yo. Esto nos remite a una comprensión de nosotros mismos, como colectividad, a través de los cambios temporales y sensitivos producto del ambiente.

Así, el ambiente no es un ámbito ajeno sino constitutivo de la humanidad en tanto que nos permite descubrirnos, ser conscientes, de nosotros mismos. Así, nos menciona como el car de los pétalos nos hace descubrirnos como sujetos de gozo o pena, o volviendo al ejemplo del frío, como exploramos todo un repertorio de posibilidades y recursos para ampararnos de su ausencia de placer, de ser el caso.

El ambiente configura la vida humana en tanto que nos permite comprendernos a nosotros mismos al “estar afuera” de nosotros mismos. Lo humano es condicionado por su vivencia espacio-temporal, donde el cuerpo no se reduce a una mera materia sino que es también subjetividad. El ser humano se descubre a sí mismo por medio de lo concreto del clima y el paisaje.

De esta manera, los artefactos y herramientas como tecnologías como lo más cercano a lo humano implica reconocer el condicionamiento ambiental constituyente de la disposición creativa de los mismos: el ambiente moldea la cultura.

Siguiendo a esta reflexión, Watsuji sitúa lo artístico en el plano de lo sensorial y analiza como el arte en Europa y Japón tiene diferencias que el asumen se dan por las particularidades del lugar. Plantea como en el S. XVIII el criterio de lo artístico era la unificación de lo múltiple, la simetría, proporción y síntesis de los elementos ambientales tomados como originales. Para el siglo XIX hay un énfasis en la interpretación vivencial,

teniendo como continuidad un orden como regla de la creatividad.

Lo que nos queda es transitar en la antropología de un estudio de la especie humana hacia un aprendizaje de lo humano: que contemple su constitución por lo colectivo, la otredad así como el espacio y su temporalidad.

Los primeros pasos que di en las calles de Santa Rosalía fueron en uno de sus tradicionales ardientes veranos, en julio del 2018. No podía creer que estaba frente el mar y no sentía una sola brisa marina, pareciera que el viento había dado la vuelta en Santa Rosalía y no volvió más. Desconocía que este llegaba a partir de octubre, formando tremendas ventiscas que alzan el polvo y piedrecillas al grado de abofetearle uno la cara.

Si en verano el calor invita a no andar a pie, después será el viento de octubre o el frío y lluvias que llegan inmediatamente y no se irán hasta inicios de año, cuando vuelve el calor que va creciendo hasta llegar de nuevo a su punto máximo en verano. Esta particularidad climática ha impuesto en la localidad una motorización de sus habitantes en sus escasas colonias que no rebasan un radio de cuatro kilómetros. Somos pocos los que caminamos. Después de andar en la desolada plaza, identificar el palacio municipal y percatarme que soy el único lunático que camina las calles del centro a las tres de la tarde, me dirijo a lo que te recibe al poblado cuando uno llega dese el sur: el muelle.

Llama mi atención a la orilla una aparente ambigüedad, hay calderas y cazos mineros que intencionalmente adornan el andador. Bidones inclinados, paredes a punto de caer, mucha basura, construcciones endebles que después me informarían habían sido las instalaciones de un depósito médico y las oficinas de migración en tiempos de la minería francesa (1885-1954). De igual forma, anquilosada, hacia el norte del muelle se erige una mole de

fierros que en su momento fue el corazón industrial de la minería: la Fundición. Ofrece un extraño paisaje ante una arquitectura decadente que se contradice en la latencia discursiva de un glorioso pasado y herencia viva en la memoria de sus habitantes.

La Fundición es donde llegaba lo extraído en las minas y se fundía en una mezcla de minerales fundentes para crear un líquido metálico al rojo vivo que bajo varios procesos de purificación sería transformado en placas rectangulares de cobre *matta* (98% de pureza).

Este complejo industrial de sistema fordista empleaba una diversidad de trabajadores en tres turnos y bajo más de ocho secciones de especialización de trabajo (refinación, acarreo, combustión, hornos, fundición, transportación, sopladores, supervisores, etc.). Esta infraestructura que se mantuvo en funcionamiento incluso en la fase mexicana hasta 1985 ahora alberga a personas en situación de calle que han encontrado en ella un asilo, así como un espacio de consumo de drogas, especialmente el aclamado *chucky*¹⁶.

Somos pocos los que caminamos y por ello muy evidentes. En mi camino al centro, donde las casas y construcciones aún están hechas de madera bajo la arquitectura colonial francesa que recuerda a Nueva Orleans, me llama mucho la atención la cantidad de personas en situación de calle así como la ausencia de albergues públicos¹⁷. Me detengo para comer a contra esquina de la Casa de la Cultura, al llamarle la atención una garza azulada que se detiene en su pórtico. Estas sólo aparecen en el verano en Santa Rosalía. Pido burritos de machaca. Rebeca, quien renta y atiende el local para vender comida, ante mi asombro me comenta que cada día son más debido a la droga (no especifica alguna),

¹⁶ Nombre coloquial para llamarle al cristal, droga sintética de muy bajo costo –subproducto de la metanfetamina- que es quemado para inhalarse. El nombre hace alusión a sus consumidores pues dentro de sus efectos secundarios o no deseados está la aparición de abundante acné facial y ataques de ira.

¹⁷ Existe un albergue para personas de la tercera edad, así como múltiples ‘anexos’ donde en condiciones de cautiverio se tratan los episodios de abstinencia de personas consumidoras de drogas que por voluntad o insistencia familiar son albergados por temporadas que oscilan entre una semana a un mes.

que hay mucho robo y que evite a toda costa salir por la madrugada. Para ella la ‘decadencia del pueblo’ inició con la reapertura de la minería:

Antes el pueblo estaba bien, no había nada de problemas y era muy lindo....ahora pues, no sé, sólo no es vida. Este calor y estos precios, todo es tan caro y son precios que subieron cuando la mina llegó. Por lo mismo de todo tan caro, los truenos meterte tanta *cochinada* y quedan en la calle (Rebeca, 2018).

Rebeca es originaria de Bahía Tortugas, al norte del municipio en la zona pesquera denominada ‘Pacífico Norte’ que hace frontera con Baja California. Después de presentarnos y advertirme con tono de lamentación que me aburriré haciendo mi investigación aquí, me cuenta que llegó hace 22 años a Santa Rosalía después de casarse con un trabajador de la construcción que conoció en las ‘fiestas de San Ignacio’: “yo esperaba casarme para que dejara de trabajar y mire aquí ando cocinando” dice entre risas burlonas.

Entre este ping-pong de preguntas y respuestas que se ha vuelto conversación mientras devoro mis burritos, interviene su hija –quién se prepara para irse a estudiar Ingeniería a Ensenada aunque su deseo es formar parte del cuerpo femenino de la Marina- interviene diciendo que el problema fue que con la nueva minera que se empezó a construir en 2014, llegó gente de todos lados y con ello una alza de precios pues hay muy pocas casas y la gente empezó a rentar caro o a construir rápidamente cuartos o departamentos a un lado de sus casas.

Luego subió la comida y al final cualquier cosa que se trae del Norte [tanto de Ensenada y Tijuana, así como de Estados Unidos] y se vende aquí fue más cara. Mientras que los sueldos y oportunidades de ingresos siguen igual, los precios subieron descaradamente por una pequeña cantidad de

gente que trabaja en la mina. No trajo ni el empleo ni la economía que se creía que llegaría con la minería (Jazmín, 2018)

Interviene una pareja de jóvenes, con la piel quemada por el sol y las sandalias desgarradas de tanto uso y mochilas al hombro, también con galones de agua vacíos en las manos. Se presentan como migrantes, que llegaron a trabajar ‘la pizca’ en Baja California, pero decidieron volver por las arduas jornadas laborales, llevan dos semanas en Santa Rosalía y no han encontrado un apoyo para volver.

Rebeca los para en seco y en un tono de enojo dice que no les daría dinero, ni comida ni agua. Mirándome de reojo y ante mi sorpresa les dice que mejor vayan con el Padre la iglesia, que él les da a todos. Cuando se marchan, ella se voltea hacia mí y disgustada se queja: “es un *agandalle* que la gente anda pidiendo mientras uno aquí le tiene que estar chingando”.

Mientras se ha dado esta discusión ha llegado una mujer que no deja hablar por el teléfono, como puede sin descuidar su conversación pide un menudo y se sienta. Cuelga y pregunta si puede pagar con tarjeta, que ella nunca carga efectivo y espera siempre pagar con tarjeta. La señora no tiene esa opción, pero su hija ofrece prestarle su número bancario para que les hagan una transferencia bancaria por internet, en el celular. Pone sobre la barda una libreta con letras coreanas en la portada, dice ‘tarea’ en coreano. Ya con su plato de comida, se suma a la conversación y nos dice que trabaja en *catering* dentro de la empresa minera. Había transitado en varios puestos de distintas áreas en los dos meses que lleva en la minera, ahora está a cargo de la limpieza del *lower camp*: campamento de mineros y trabajadores foráneos que no tienen un puesto gerencial o jerárquicamente alto.

Ella es de la delegación Venustiano Carranza, por el aeropuerto en la Ciudad de México. Ahora vive en Tlaxcala, a donde va cada que le toca ‘rotación’ (descanso de 15 días por

cada tres meses de trabajo). No es un trabajo que le encante “pero es trabajo”. Vive dentro de los campamentos y dice que no viviría afuera en el pueblo porque son carísimas las rentas, que no vale la pena.

Rebeca y ella comentan que la población inicia actividades a las nueve de la mañana y termina a la una, para volver a activarse solo de cinco a nueve de la noche. Después de esas horas solo están activos los bares, los cuales aseguran que todos son de ‘mala muerte’, donde puedes encontrar de todo, “hasta joticillos”:

¡No te espantes! Es mejor que sigas el juego, así te van a dejar de molestar.

Mira, mejor dime: *¡ay, zorra! Hazte para allá, me aruñas.... Si ando buscando, pero a ti no.*

Ya seguro sabes que aquí hay mucho joto, al menos así dicen. Antes había hasta bares *gays* pero cerraron, ahora lo son todos. Jajaja. No sé de donde salió el dicho o mito de que hay muchos homosexuales pero así decimos en toda la península. Yo digo que sólo es *carrilla...* pero es verdad (Rebeca, 2018)

Mi primer encuentro con Santa Rosalía permite ilustrar el paisaje antropológico de la población. Su diversidad de habitantes debido a su condición de enclave minero que conlleva una rutinaria llegada de trabajadores, bajo sus ritmos de movilidad entendidos en la lógica de la empresa como ‘rotación’, además de migrantes internos que han hecho de la población su hogar temporal o definitivo. La presencia de la empresa coreana se hace sentir aún sin la visibilidad o participación de sus trabajadores: el idioma estudiado, el alza de los precios, la percepción del foráneo, el perfil del consumidor, el encarecimiento, el impacto comercial.

Hay una polifonía de voces que narran de distinta manera el pueblo ‘minero’: jornaleros

agrícolas que transitan el pueblo en su migración de retorno, trabajadores temporales, personas en situación de calle, pescadores. La diversidad de habitantes en Santa Rosalía no se explica únicamente con sus distintas fases de trabajo minero. Hay una inscripción regional de otra serie de trabajos, así como la llegada de otros migrantes que se traducen esta polifonía de voces en una polifonía de masculinidades que van modelando, incursionando y transformando a partir de su interacción, las dinámicas y relaciones de género de una población que bajo la cultura regional es caracterizada como ‘poblado de maricones’.

A continuación, sin caer en un reduccionismo sobre determinismos del binomio cultura-paisaje, se describirán las particularidades del contexto etnográfico, de las lógicas de habitar el desierto sudcaliforniano que llevaron a Fernando Jordán llamar esta península ‘el otro México’ pero sobre todo evocar a Watsuji Tetsuro para pensar el paisaje como condición humana, como este se internaliza en nosotros y nuestras prácticas, otorgando una diversidad de apropiaciones y modos de producción, tanto materiales como de género, que se posibilitan y permanecen a partir del contexto inmediato, del paisaje antropológico.

Otra vez Boleo...¿y otra vez coreanos? Reconfiguración social de la masculinidad a partir del nuevo modelo de trabajo de minería.

Las tensiones en el campo social de la masculinidad son producto de una conformación histórica y no de un choque o fricción producto de la contingencia que involucró esta minería. El pasado minero y pesquero-coreano forma parte de una tensión que se acrecentará ante la llegada de nuevos trabajadores altamente calificados que serán entendidos como privilegiados frente a la precarización de la oferta laboral de la empresa asiática a los locales.

En este apartado busco realizar un bosquejo de esta complejidad de personajes, diversidad de masculinidades y tensiones centradas en tres grupos: locales, foráneos y coreanos. Para esto, me apoyaré en la definición de Guillermo Núñez (1999) de ‘campo sexual’ para definir el escenario sociocultural en disputa, las consideraciones de Norbert Elías sobre las tensiones culturales presentes entre ‘asentados’ y ‘foráneos’ (Elías, 2016) así como las inferencias sobre cómo ha sido leída la masculinidad coreana en México que hace Amaranta Castillo en su trabajo de campo en Tamaulipas (Castillo, 2010).

El argumento de este apartado es presentar como parte de las herencias un régimen heterosexual de pensar y organizar jerárquicamente el trabajo, donde se reconoce y centraliza a los varones cierta masculinidad a partir de la figura del minero frente a otras masculinidades representadas en otros sujetos históricos como los franceses, trabajadores del gobierno y la invisibilización del trabajo de las mujeres tanto en la producción como reproducción de la sociedad (Federicci, 2004; 2013).

En 2017 inicié dentro de la población la grabación de un largometraje titulado “un pueblo francés en medio del desierto” que buscaba retratar la conformación colonial de Santa Rosalía, que distingue la población de otras del municipio y la región. La referencia a lo francés y no a la cultura yaqui -ambas fuerzas paralelas que hicieron posible el trabajo minero- habla de una articulación de la memoria desde referentes hegemónicos de pensar la cultura minera. Reflexionando a la luz del concepto de ‘masculinidades asentadas’ de Robert Morrel (2001), antropólogo sudafricano, quiero visibilizar la manera en que se piensan las herencias del periodo ‘francés’ del pueblo, pero sobre todo que elementos y prácticas siguen presentes en la comunidad. A partir de este ejercicio de representaciones sobre la minería y representaciones sobre el ser ‘trabajador minero’ reflexionar sobre cómo hay un marco de heterosexualidad que excluye de la historia otras sexualidades y

personajes como sujetos históricos.

En sus tomas fílmicas se hace sentir el desierto en su inmensidad. Territorio de tránsito para rancheros que comercializan queso, ganado o pescado entre asentamientos esparcidos en los arroyos contiguos a la Sierra de San Francisco, San Ignacio, Santa Águeda y Mulegé. Escenario de descubrimiento de las boleítas y piedras cargadas de alta ley de cobre, el espacio donde se funda el distrito minero de Santa Águeda, posterior Santa Rosalía, se encuentra a la orilla del Mar de Cortés pero a 15 kilómetros de la fuente de agua más próxima. Sólo en óptimas temporadas de lluvia el arroyo que cruza su centro histórico se vuelve un efímero acaudalado arroyo que es altamente peligrosos por la fuerza de su cauce. No es una fuente constante de agua potable.

La constante es el desierto y su aridez, que sin embargo, ofrece una diversa flora desértica para quien la sabe apreciar: matacoras, palo verde, gobernadoras, palo blanco, pitayas y cactáceas revisten de un verde pálido la desmoronable tierra que reviste toda la península. Bajo este escenario subyace un riquísimo manto de minerales y metales que llamaron la atención para invertir a la Casa Rosthschild y que bajo las condiciones de la administración porfiristas, tuvieron que fundar una colonia francesa como requerimiento de explotación de sus yacimientos abundantes en cobre.

Es así que sobre árido terreno superficial se funda a la par la empresa minera y la colonia francesa que tuvo que importar madera de Canadá y San Francisco ante la ausencia de vegetación maderable. Generar ingeniosos ductos subterráneos para traer agua de los manantiales más próximos, dragar y construir un muelle portuario por el cuál importar todos los materiales de construcción, bienes de consumo, punto de arribo y partida de esta población que emergía con pujante fuerza en medio del desierto. Así pues, podemos decir que por las condiciones del paisaje todos habitantes y trabajadores del distrito minero eran migrantes, recién llegados, foráneos de distintas latitudes ante las nulas condiciones

de subsistencia antes de la inversión y proyectos de iniciativa francesa.

La población en el lugar se encontraba distante en las rancherías y no pasaba de centenas al otorgarse la concesión, aun contando los asentamientos de pequeños grupos gambusinos que prospectaron e identificaron los yacimientos de cobre.

La necesidad de importación de mano de obra fue fundamental. Inicialmente el grueso de los trabajadores fue población yaqui de Sonora (54% de los obreros mineros en 1892) donde posteriormente entraron los chinos, quienes ganaban cuatro veces menos que el mexicano y 24 veces menos que un francés (González, 1991: 138).

La fuerza de trabajo, motor de la extracción minera, había que retroalimentarla constantemente con nuevas incorporaciones. Los enganches de trabajadores yaquis y sus familias se expandieron hacia fue complementada en 1904 con un contingente de 500 japoneses, contratados para trabajar en la mina, quienes rápidamente se movilizaron y resistieron a trabajar “aduciendo ver al diablo en el interior de sus túneles, acampaban en la zona marítima, lejos del centro de la población” (Preciado, 1991: 182). Este contingente fue retornado y sustituido un año más tarde con dos contingentes de 180 provenientes de China.

Establecidos en grupos mineros en las periferias de la población, exclusivos a trabajadores chinos debido al miedo de contraer enfermedades como ‘gripe amarilla’ la cual fue constatada en 1908 en Santa Rosalía y relacionada a estos trabajadores. Sin embargo, con el tiempo las actividades económicas de los chinos en Santa Rosalía –en este periodo- no serán en la minería sino en la agricultura (69%) y comercio (20%). Como legado de esta ocupación, los primeros fotógrafos y establecimientos para realizarse retratos estuvieron a manos de chinos. Entre ellos, destacar la popular figura de José Armando ‘el Chino Unzón’.

Cabe mencionar que para 1927 sólo se tenía registro de tres chinos en Santa Rosalía, situación que obedecía al efervescente antichinismo en el noroeste del país que había traído el discurso xenófobo de la Revolución Mexicana (Gómez, 1991). Siendo así que una comunidad china no se establecería en Santa Rosalía sino en La Paz. La revolución abrazó un discurso y actitud contra los extranjeros, principalmente anti-yanqui, pero que se extendió hacia los asiáticos vistos como colonizadores: dueños de tiendas y comercios. Esta xenofobia desembocó y concretó en la matanza de 303 chinos en Torreón (Coahuila) en 1991 o la prohibición de población asiática en Sonora por “nociva e inadaptable” (1916-1920) siendo Baja California el refugio de muchos de estos desplazados.

Los contingentes yaquis y chinos concretaron la fuerza de trabajo minero organizado y estructurado desde una administración francesa, la cual articula los referentes hegemónicos de pensar la cultura minera en la localidad debido a su evidente visibilidad en la arquitectura heredada, maquinarias, tradiciones festivas como los carnavales, etc. Los chinos aparecen en la memoria colectiva y paisaje visual a través de las narrativas sobre el ‘cementerio chino’ donde fueron sepultados aparte por la gripe amarilla; mientras que los yaquis quedan vigentes pero reducidos en el imaginario colectivo a ‘fariseos’, debido a los personajes emblemáticos de las danzas y tradiciones festivas que inician con la cuaresma y concluyen en ‘semana santa’ donde se representan dentro de la cosmología yaqui las fuerzas profanas y divinas que se presentan en nuestra cotidianeidad así como los valores y prácticas para hacerles frente.

Reflexionando a la luz del concepto de ‘masculinidades coloniales’ que propone Robert Morrel (2001), antropólogo sudafricano, quiero visibilizar la manera en que se piensan las herencias del periodo ‘francés’ del pueblo, que elementos y prácticas siguen presentes en la comunidad y juegan parte de las interpretaciones y construcciones dentro del imaginario social local de las representaciones sobre lo minería y el ser ‘trabajador

minero’.

Pensando en la construcción de masculinidades blancas de los colonos que fundaron la población de Natal (Sudáfrica), Morrel identifica que en la memoria de las generaciones más longevas queda plasmada una representación casi exclusiva de los colonos como supremacistas blancos que instauran un determinado sistema social al cual los africanos nativos racializados fueron orillados a organizar una revuelta social ante tales gobiernos racistas.

Para el autor, estas miradas reducen la posición y construcción política y de género de los varones nativos africanos al centrar la descripción y mirada analítica únicamente en estos grupos de hombres, diría Conell, de masculinidades hegemónicas.

Es aquí donde cobra importancia retomar su postura de pensar las masculinidades coloniales como aquellas que ostentan los privilegios de las estratificaciones de los modelos de enclave de sistemas coloniales, los cuales opacan el imaginario social pero también como sujetos protagónicos de la historia, análisis y documentación.

Las narrativas históricas de Santa Rosalía y las manifestaciones discursivas sobre su cultura minera, se llenan de figuras públicas e identificables industriales franceses que marcaron hitos dentro de la sociedad Cachanía por sus puestos gerenciales en la empresa, lo que hace es polarizar y opacar otras figuras y sus masculinidades, periféricas, que articulan el campo social de género y disputa sobre las expresiones del ‘ser hombre’ que se normativizan, marginalizan o feminizan dependiendo de sus determinados contextos socio-históricos.

Por tal motivo, la decisión epistémica de esta tesis es mirar la historia y cultura masculina en Santa Rosalía desde sus alteridades y subalternidades, donde el trabajo minero es el

foco común para dar cuenta de una serie de diversidad de configuraciones y modelos masculinos que se configuran, cambian y enfrentan de acuerdo con el establishment que genera la centralidad del trabajo minero bajo esta condición de enclave. Contrastar la memoria con la permanencia de prácticas producto de la diversidad de sus hombres y sus masculinidades.

Frente a la historia hegemónica de ‘los héroes, científicos y padres fundadores’ subyace una rica cultura popular de anécdotas, mitos y leyendas –mayoritariamente masculinas– que el escenario desértico ante su inmensidad y anonimato se permiten crear: relatos de fríos y calores, aventuras de deshidrataciones y espejismos, de asaltos, caza y pescas legendarias, enfrentamientos y travesías interminables para llegar a oasis cercanos.

Es así que frente a las figuras francesas y posteriormente ingenieros ciudadanos de la Ciudad de México, de la ‘historia de oro’ de la minería Cachanía, emergen dentro de los recuerdos, anécdotas y chistes personajes célebres que cobran dentro de su parafernalia pícaro según el orador en turno, una serie de performances y masculinidades subalternas: el atrabancado Mauro Flores, los ladrones del tren, Cañedo y su pata de palo, el mutualista Don Lucito, Toromocho y sus masajes yaquis, El Jaiba y su abultada entrepierna, El Papucho y sus seductivos bailes, entre muchos más.

Este protagónico escenario que ha generado su población sólo a manera de enclave, también marca las temporalidades de sus presencias de acuerdo con los tiempos y lógicas del capital. Cuando la ‘Compagnie du Boleo’ cerró operaciones el primero de febrero de 1954 y con ella una mayoría de actividades económicas terciarias que de ella se sostenían, sus habitantes se vieron forzados a migrar, llevándose consigo no sólo algunas de las casas de madera desarmables que habían sido diseñadas para ser movidas entre campamentos mineros, sino también con toda ese conocimiento y cultura minera acumulada en una historia de 69 años extracción cuprífera.

Muchos siguieron el camino de la explotación minera en territorios de Sonora o en California, Estados Unidos. Sin embargo, el grueso de las familias emigró a ciudades como Guaymas, La Paz, Ensenada y Mexicali (Romero, 1991: 344).

De esta última ciudad hay que hacer una mención especial por su aporte etnográfico a la cultura de Santa Rosalía. El gentilicio coloquial de los habitantes de Mexicali es *cachanilla*, que deviene de una planta catalogada como maleza que abunda en su territorio y que fue otorgado a un grupo de trabajadores mineros oriundos de Santa Rosalía que se asentaron en su valle:

[...] de allí fueron trasladados los *santarosalienses* a un lugar de destino en el Valle de Mexicali, donde para alojar a tantos agricultores se improvisó un campamento previo desmonte de la *cachanilla* que en aquellos lugares constituía tupida maleza. Desde entonces el lugar comenzó a ser conocido por ‘La Cachanilla’. Posteriormente estos pseudo-agricultores tuvieron que retornar a este lugar [Santa Rosalía] trayendo consigo por voluntaria adopción, el mote de *cachanilla* pero ya transformado en *cachanías*, posiblemente por comodidad de pronunciación. (Gastélum, 1985: 83)

El desierto se hace sentir sensiblemente, se hace notar en el paisaje pero también se inscribe en los tropos y toponimias para nombrar sus presencias y permanencias culturales. Los *cachanías* como renegados a volver a un espacio desértico que les es suyo, reciben su nombre de una aliteración de la vegetación desértica que reviste la península. No sólo la minera nombra, funda y evoca. El desierto también se hace sentir e inscribir en la movilidad y formas de permanecer en él. El *Cachanía* es aquel, como la maleza, se planta y niega a morir en la aridez acompañada de mar que le es propia.

La actividad minera, pues, no sólo es un modelo extractivo que despoja bienes naturales

(agua, minerales, tierras –ejidales, federales, comunitarias o privadas-) de un territorio sino también implica una serie de relaciones y modos de producción que condicionan los presentes y futuros modos de producción ante la paulatina extinción de dichos bienes. Las distintas producciones y actividades económicas son relegadas a un segundo plano ante la hegemonía productiva minera, dando lugar a nuevas relaciones de reproducción social. Los proyectos de minería como un modelo de industria, no producen bienes de consumo sino yuxtaposición de recursos finitos en mercancías no para un mercado local, sino que configura los medios de consumo a partir de la importación de otros lugares con destino a una exportación que desconoce sus lógicas de consumo (Sariego, 1988).

Estas distintas y otras maneras de generar arraigo al desierto, son reconfiguradas a través de las candelarizaciones, fiestas patronales, eventos cívicos y festividades de la minería (Romero Gil, 1991) que estratifican, en términos de relaciones de poder, bajo una dominación de los tiempos y prácticas bajo la articulación de los propios tiempos y lógicas de la industria (Thompson, 1979). Así mismo, es bajo esta dinámica estructural de relaciones de poder económica, que se instaura un modelo de ‘masculinidades coloniales’ como hegemónicas en un territorio de enclave que son minoría, transitorias o temporales por su corta duración así como efímeras ante su proyección migratoria hacia otros destinos. Los sujetos que emergen de esta adecuación del territorio y modos de producción es lo que nos interesa develar, en claves de género, para entender los cambios y manifestaciones masculinas en la comunidad de Santa Rosalía.

Aquí son importantes las claves aportadas por June Nash (2015) sobre los ciclos industriales en comunidades fuertemente influenciadas o configuradas por su desarrollo de

enclave en tanto que permite una hegemonía corporativa que no es monolítica sino temporal y en constante cambio de acuerdo al contexto económico y político en el cual se sustentan. Lo interesante a rescatar son sus aportaciones etnográficas sobre como develar los lazos étnicos y de parentesco se extienden a las relaciones en el trabajo fortaleciendo los mismos lazos tanto con la empresa como con la sociedad en general (Nash, 2015: 27).

Ahora bien, si el enclave minero es una organización social centrada en relaciones industriales caracterizadas por una ocupación poblacional de los habitantes de cierta localidad, bajo un aislamiento geográfico que propicia que la vida social gire en torno a la empresa y el trabajo (Sariago, 1988:20), no hay que olvidar que también implementa un modelo de modernización en el noroeste de México configuró al trabajo minero bajo prácticas descentralizadas que no necesariamente emplean al total de la población; al contrario, hay prácticas de subcontratación donde hay grupos mineros y cuadrillas que operan de ‘de manera independiente’ extrayendo el mineral para venderlo al único comprador que es la empresa minera: así se evitan contrataciones y las responsabilidades empresariales que esto implica (Romero Gil, 1991).

Para el caso de Santa Rosalía dicha configuración no es la excepción, estando presentes desde inicios del siglo XX las figuras de gambusinos y poquiteros, que permanecieron vigentes bajo nuevos procesos de configuración de clase hasta la liquidación de la empresa en 1985. Es necesario entonces ver los procesos de extractivismo no como un proyecto estatal en coalición con empresas privadas, sino como un proceso de transformación espacial vinculado a un cambio político y social. El poder sobre la naturaleza, el espacio y su territorialización, es puesto en disputa entre grupos de poder diferenciados, donde en este caso, la inmigración juega un papel importante.

Estas transformaciones y configuraciones del espacio habitado, se ve intervenid por las

lógicas de enclave que van más allá de los espacios de la empresa MMB y están presentes en la vida comunitaria de Santa Rosalía. En el entramado laboral se conjugan las expectativas laborales con las expectativas de lo que significa ser varón dentro y fuera de la minera, siendo de menester importancia dar cuenta de los proyectos de vida y las vivencias que juegan parte fundamental en la articulación de lo que subjetivamente será la construcción de masculinidades.

Para entender la sociedad y dinámica actual de masculinidades en Santa Rosalía, entonces, tenemos que dar cuenta de las fases productivas y las actividades económicas principales que aún marcan una vigencia en la configuración de mandatos de género dentro de la población. La población de Santa Rosalía actual, no se puede explicar sin hacer el puente con su pasado minero a través de la importancia que logró tomar el sector pesquero durante las décadas de los ochenta y noventa, cuando el auge de la pesca y comercialización del calamar sustituyó la centralidad que tenía anteriormente el trabajo minero.

Ser varón y hablar de género, premisa como aproximación antropológica. Eso no inhibe que al estudiar masculinidades se deje de lado una reflexión y discusión de la construcción de relaciones de género que subsisten en el capitalismo –desde la acumulación originaria, siendo fundamental desentrañar el rol que cumple la organización capitalista en el proceso de cooperación y relaciones de género que ordenan las prácticas laborales.

Silvia Federicci (2014:176-177) deja claro como la acumulación originaria permite trasladar un antagonismo de clase hacia un antagonismo entre mujeres y hombres. Miras espacios tradicionalmente exclusivos a varones, donde la homosociabilidad es imprescindible del trabajo desempeñado, la experiencia obrera ofrece vetas de lectura sobre cómo se internaliza plenamente las relaciones patriarcales entre varones.

Uno se hace hombre y se hace mujer, nos constituimos a partir de un género que no es

biológico. Estamos subordinados a una cultura de género que nos obliga a reconstruirnos para integrarnos plenamente a un sistema de relaciones sociales, que codifica la diferencia entre los sexos según los significados normalizados acerca de la masculinidad y la feminidad.

Lo que se configura como mandato de género en realidad es son cartografías sociales o *memorándums* que prescriben acciones, se imprimen en los sujetos a partir de experiencias vividas y sufren modificaciones o reinterpretaciones en el transcurso de la vida cotidiana.

¿Qué lugar ocupa el trabajo en esta articulación, específicamente de la masculinidad? El trabajo no sólo es la estructura principal de las relaciones de clase, sino también un ámbito privilegiado para analizar las relaciones de género en sociedades modernas.

Las empresas son actores centrales en la construcción de hegemonía, al ser herramientas del capital para moldear la fuerza de trabajo. Al respecto, Palermo prefiere el término de ‘hegemonía empresarial’ para develar el ejercicio de poder de las empresas y su dirección política-cultural. Esto se da bajo un proceso de construcción flexible, procesual y contradictoria en la transmisión de sentidos dominantes a subjetividades obreras subalternas.

Las empresas como actores centrales en la construcción de hegemonía imponen su poder mediante el control estricto de la fuerza de trabajo, basándose en Braverman, Palermo argumenta que el capitalista se esfuerza, a través de la administración, por controlar. Sin embargo, esto es una cara ya que el autor complementa que la hegemonía empresarial es interiorizada en prácticas, saberes y representaciones a partir de la creación de coerción y consenso dentro de los espacios productivos.

A Palermo le interesa la constitución de una masculinidad hegemónica producto de las lógicas de la empresa, por tanto del control y disposición de las condiciones de trabajo, para poder hacer una lectura de las distintas maneras de ser hombre que posibilita el capital en cuanto a fuerza de trabajo, siendo el propio trabajo el eje modelador.

Yo propongo ponerlo al revés, que es el género el eje modelador de la manera de hacer trabajo y que se articula en la manera en que se va proponiendo el nuevo orden y organizaciones del trabajo como disciplina fabril.

Ergo, el género antecede y modela al trabajo y no al revés. El capitalismo descansa y es posible a partir de estructuras patriarcales, las cuales se articulan de manera distinta en otros modos de producción. La vigencia de lógicas binarias en nuestra actualidad forma parte de la apropiación de las estructuras patriarcales por parte del desarrollo histórico del capitalismo, que ha encontrado en sus lógicas las facilidades de reproducción y supervivencia ante una ordenación del mundo social en divisiones sexuales del trabajo y la disciplina, como sugiere Palermo. Hay una imbricación donde interesa saber que tanto necesita el capital actualmente dicho binarismo patriarcal y que tanto ya opera bajo otras lógicas de género, producto de una disidencia y contradicción que se dan en la manera de vivir, practicar relaciones de género y de su sexualidad. Hay elementos de subalternidades que complementen y hacen posible al capital. El capital busca “masculinidades flexibles” más que hegemónicas.

‘Minería a cielo abierto’: Atributos del ser minero y ser hombre vistos desde la comunidad



Imagen 1. Fotografía de trabajadores en ‘área de superficie’, después de su jornada laboral.

Como lo ha señalado José Francisco Lara (2009), los nuevos rasgos de la minería industrial involucran, en cuanto a la extracción de minerales, modelos mixtos que combinan de manera simultánea técnicas de explotación subterránea (socavón y túneles) así como de tajo abierto o de superficie (desgaje de cerros y montículos).

Contrario a lo que parece en la Imagen 1, las actividades laborales en el área de ‘superficie’ conllevan jornadas de trabajo que se llevan de manera individual, en aparente aislamiento físico, donde cada trabajadora y trabajador desempeñan en su puesto de trabajo una extenuante dedicación a los protocolos de seguridad únicamente bajo la coordinación vía comunicaciones de radio.

Es decir, no hay una co-presencia física de estrecha proximidad en la que se comparten esfuerzos, desgastes y manualidades; como en el caso de las cuadrillas de trabajo

subterráneo. Es decir, son experiencias aisladas que se comparten y socializan posteriormente en los espacios compartidos al terminar la jornada, en los comedores comunitarios o espacios fuera del trabajo.

En el caso de MMB, el proyecto de extracción se pensó mixto desde su planeación e inicio, adecuando en el proceso de construcción de la empresa la infraestructura adecuada para llevar a cabo los dos procesos, siendo la minería ‘a cielo abierto’ la primera en entrar en operaciones en 2013 aunque inicialmente se le diera más peso a la minería subterránea. Esta área de trabajo está compuesta por tres principales áreas de trabajo: 1) topografía, donde se realizan los mapas y protocolos de acción sobre qué áreas explotar según la concentración de los minerales y la seguridad que evite posteriores derrumbes o accidentes; 2) operación de mina de superficie, donde se encuentran distintas cuadrillas de trabajo y maquinarias para minar, retirar y movilizar capas de tierra y 3) ‘medio ambiente’, área que es obligatoria en las reglas de operación de toda industria minea según la secretaría de medio ambiente y recursos naturales, encargada de retirar, preservar y recolocar la flora y fauna existente dentro del área a minar. En su conjunto, se conoce como ‘superficie’.

Tosali, ingeniero civil, es originario de Santa Rosalía y actualmente uno de los gerentes de ‘superficie’, más valorado por las gerencias surcoreanas de la empresa. Fue contratado en 2011 por su amplia experiencia en proyectos de mega-construcción, en Angola y Ensenada, esta última ciudad al norte de Santa Rosalía, donde se encontraba viviendo con su esposa y dos hijas al momento de su contratación. Su padre, que trabaja en el área de topografía dentro de MMB, le había recomendado postularse en la mina cuando iniciaron los proyectos de su construcción.

Uno de los compromisos que hizo la inversión canadiense fue contratar una mayoría de trabajadores locales y capacitarles en las diversas áreas de trabajo. Tosali inició tomando

capacitaciones para manipular máquinas de acarreo de tierra con varias mujeres, quienes fueron las primeras en tomar los cursos para operar los camiones denominados ‘yucles’. Al igual que ellas, Tosali era considerado local y por eso no se le ofreció vivir dentro de los campamentos de la mina, a cambio, se le otorgó un estímulo monetario para pagar una renta, instalándose temporalmente en casa de su padre.

Me costó la decisión de venirme a trabajar aquí. Al final de cuentas terminé divorciado por esta decisión. Si vino mi familia, a finales de 2011. Me traje a mis dos hijas y mi ahora exesposa. Estuvieron aquí tres años. Luego me separé, ellas se regresaron. Así fue como regrese los estímulos de apoyo de renta para poder cambiar el rol [ahora instalarse en los campamentos] y apelar a los sistemas de rotación. Para poder ir con ellas, voy cada dos meses a ver a mis hijas (Tosali, entrevista 2019).

Para Tosali la adaptación al trabajo dentro de la empresa, el aprendizaje que implicó transitar de la construcción a la minería no fueron complicaciones, como lo fue el instalarse con su familia en la población. Él y su esposa trabajaban en Ensenada pero al moverse, ella dejó de trabajar para dedicarse a los cuidados de sus hijas y el hogar, mientras que él entró en un horario de trabajo (cuatro de la nada a cinco de la tarde) que lo absorbía completamente.

Ante el desgaste de su esposa e hija, que además se tenían que adaptar a un espacio y dinámicas que les eran ajenas, Tosali decidió mantener su carga laboral aunque tuvieran consecuencias desfavorables en sus relaciones de familia. Después de tres años de esta dinámica, donde su esposa e hija no lograban adaptarse a esta nueva dinámica, decidieron separarse y ellas volvieron a Ensenada.

A veces siento que hemos conectado más ahora, le ayudo en cosas de la casa. Parece que nos llevamos mejor ahora, no sé si porque tomamos una

condición de tratar a la otra persona muy respetuosamente para no desencadenar en pleitos. Siempre que hablo con ella lo hago con mucho respeto, delicadeza, quizás por esto tenemos esta relación más amable, más tranquila (Tosali, 2019).

Tosali hace un balance de su decisión, aunque en su espacio de trabajo empezó a ser valorado por su presencia con horas extras dentro de las oficinas -el primero en llegar e irse en su área- y su disposición propositiva para plantear mejoras en las técnicas de extracción, esta dedicación lo llevó a asumir una nueva organización de su vida familiar. Ahora viaja cada 15 días o cuando tiene descansos a Ensenada, mandando puntualmente dinero para la manutención de su hija, pero viviendo solo en una casa en renta dentro de Santa Rosalía.

El caso de Tosali nos sirve para ilustrar como se incrustan las exigencias laborales de la industria minera dentro de los mandatos del ser hombre y ser minero, que con el tiempo poco han cambiado, de exigirle a sus cuerpos y vidas una dedicación exclusiva, relegando los cuidados (de las infancias y de su propia salud) y trabajo doméstico a las mujeres, perpetuando una figura de proveedor, validando su participación en su familia y sociedad, a partir de la aportación monetaria que le provee su salario.

Además, a través de su posición como gerente del área de superficie, podremos ir conociendo la diversidad de puestos de trabajos así como a los hombres que las realizan, encontrando que las exigencias laborales y los propios mandatos de género no sólo no son los mismos, sino que se viven de distinta manera.

Área de Superficie: ‘trabajador predilecto’ y hegemonía empresarial.

Al analizar una empresa petrolera argentina, Hernán Palermo (2012) retoma el concepto

de Antonio Gramsci de ‘hegemonía’ para hablar de como el espacio de trabajo industrial no sólo está hecho de herramientas, máquinas y puestos de trabajo que configuran la manera en que se desarrollan las actividades laborales de las personas que trabajan en ella, sino que además está conformado por estructuras coercitivas que van marcando cierta dirección cultural y política del trabajo; lo que eventualmente conlleva una cultura empresarial que de manera pedagógica y coactiva va conformando a las personas en sujetos laborales que responden a la reproducción del capital, bajo lógicas y objetivos particulares de la empresa o espacio industrial.

A través del caso de Tosali, a lo cual se irán sumando otras voces y personas trabajadoras de esta área de la empresa minera, iremos observando como para los objetivos de la gerencia surcoreana, léase hegemonía empresarial, él se irá conformando en un representante de los atributos deseados y esperados en las y los trabajadores mexicanos que laboran en MMB.

A partir de 2014, cuando entra en labores todas las áreas de trabajo de MMB, la minería subterránea era el proyecto más grande en cuanto a recursos, personal de trabajo, terreno a disposición y planeación. ‘Superficie’ se encargaba de abrir los caminos necesarios, preparar las entradas y portales que conectan los túneles con la superficie, así como acarrear el mineral y hales que sacaban para transportarlos tanto al área de ‘planta’ como a la presa de hales.

En 2015, a un año de iniciado el trabajo intensivo de extracción se presentaron problemas en cuanto a la poca concentración de metal recabada, así como el lento avance subterráneo frente a las expectativas de planeación.

En este momento Tosali es nombrado Superintendente de superficie, buscando darle más peso a la labor extractiva a cielo abierto. Hay una transición y ahora superficie se vuelve

el área prioritaria de extracción. Para 2018, con los buenos resultados obtenidos y el rezago constante en subterráneo, Tosali es nombrado gerente de Mina Superficie, puesto que ocupa al hacerse esta entrevista en 2019. Desde su experiencia en distintos puestos y jerarquías, nos comparte:

Ahora es totalmente diferente el enfoque inicial, que era 90% subterráneo y 10% superficie. Ahora es 90% de producción de mina en superficie y subterráneo el resto [...] los problemas iniciaron cuando ni si quiera estaba construida la planta, se acabaron la lana. El proyecto era muy ambicioso en ser completamente autónomo a la población de Santa Rosalía, en cuanto a recursos. Todo lo que es el agua potable, la electricidad, todo se hace dentro. Recuerdo que decían [los canadienses] que iban a liquidar el proyecto, tenían un plan de acción de retirada (Tosali, 2019).

Es bajo este contexto que llega la paraestatal coreana 'Korean Resources'¹⁸ en 2013 con una inversión menor al 5% de la empresa, la cual en 2 años se volvió el capital principal hasta la fecha. La inversión surcoreana no cambió la estructura del proyecto, sólo introdujeron otra tecnología y maquinaria subterránea, siguiendo con el funcionamiento de la planta industrial como la diseñaron los canadienses.

El cambio puntual fue en la organización del trabajo, a través de una verticalidad de jerarquías con surcoreanos en todos los puestos gerenciales, control de la administración financiera de ingresos operada desde Corea del Sur y la introducción de una nueva administración en cuanto al manejo de proveedores, pago de impuestos y relaciones públicas de la empresa con el ayuntamiento de Santa Rosalía.

¹⁸ Korean Resources es una compañía minera, paraestatal del gobierno de Corea del Sur, constituida en 1967 bajo la Ley de Promoción Minera, con la intención de fungir como órgano de investigación e inversión en este sector productivo debido a la escasez de minerales al sur de la península coreana. Como paraestatal, goza de una autonomía empresarial pero sus planes están orientados por el plan nacional de desarrollo y a su vez, recibe fondos de los impuestos de la ciudadanía surcoreana.

El área de planeación es administrada por trabajadores surcoreanos, mineros metalúrgicos e ingenieros que le dan un mayor peso para su toma de decisiones a los modelos matemáticos y estadísticos que realizan en sus computadoras, sobre la dureza de los mantos de tierra, la profundidad en la que se encuentran los minerales deseados o lugar donde realizar exploraciones subterráneas o a ‘cielo abierto’.

La distancia de todo el mar Pacífico entre Santa Rosalía y Corea del Sur, añadida por las diferentes culturas de trabajo e idioma, conllevó a un plan de acción por metas a corto plazo, el cuál sigue hasta la actualidad. A través de un sistema de rotación laboral, las y los trabajadores de Corea del Sur tienen un plazo de dos a cuatro años para conseguir ciertas metas en términos de productividad (tantas miles de toneladas de mineral extraído). Si en dos años, según los informes, se muestra que se está lejos de alcanzar la meta fijada, se da la rotación por una nueva cuadrilla de trabajadores y gerentes; quienes pueden venir directamente de Corea del Sur o de algún otro proyecto minero¹⁹.

Pese a esa organización del trabajo, el proyecto no ha podido alcanzar el rendimiento esperado. Aunque hay varias causas, trabajadores como Justino consideran que es debido a las condiciones del terreno: la tierra en el subsuelo es muy blanda, parecida a la arcilla y ante la existencia de túneles antiguos realizados bajo la minería francesa, se pierde la capacidad de carga del terreno, haciéndolo vulnerable a deslaves y derrumbes al no soportar el peso de las maquinarias extractivas.

Manuel es originario de Santa Rosalía, donde creció toda su infancia y adolescencia, estudió oceanografía en Ensenada y en la localidad. Antes de ser contratado en MMB

¹⁹ Korean Resources tiene participación en minas activas, al momento de la investigación, en Madagascar, Chile, Panamá y Estados Unidos. Sin embargo, el proyecto Boleo es el único en el que manejan la totalidad de la inversión y decisiones, es su proyecto insignia.

como topógrafo, trabajó en la construcción de la escollera y oficinas de la administración portuaria, así como maestro de topografía y minería en el Instituto Tecnológico Superior de Mulegé, única escuela de educación media superior.

Dentro de la empresa, el trabajo de Manuel es realizar mapas a partir de proyecciones de la dureza y ubicación de los mantos de tierra, que permitan trazar rutas de acción de la extracción. Su función es direccionar las estrategias de la minería subterránea y cielo abierto a través de un plan por fases de excavación (a través de galerías, rampas, túneles, etc.) que permitan llegar a las concentraciones de minerales deseadas sin ningún accidente y sin desaprovechar el mineral que se pueda obtener en el transcurso.

Justino aparece en la organización laboral de MMB como una figura discordante por dos motivos. Por un lado, como padre de Tosali, se opone y ejerce su autoridad paterna para oponerse a todas las ‘formalidades coreanas’ que considera forman parte de un adoctrinamiento laboral:

[...] lo que no soporto de ellos, sobre todo del pendejo de ese, es que quiere cambiar a Tosali, él nunca ha fumado y lo quiere obligar. Como ellos se la pasan fumando quiere que él también se salga a fumar con él todo el tiempo. Eso y todo lo que hacen como adoctrinamiento para ganarse la influencia y apoyo: que no tengas las manos en los bolsillos, pasar todo el día en la oficina, bajar la cabeza.

Pero un cabrón de cuarenta años [Tosali], hecho y derecho, siendo el mejor en su área y la empresa no se va a dejar, hasta crees. Él es una insignia para Boleo, de hecho ya se lo dijo este nuevo director, [...]. Dijo que es el trabajador modelo de Boleo (Manuel, 2019).

Por otro lado, las propuestas de rutas de acción de Manuel y su equipo de trabajo rara vez son escuchadas por los coordinadores surcoreanos de planeación, quienes confían más en

sus predicciones estadísticas basadas en conseguir una mayor productividad en el menor plazo de tiempo posible, que las alternativas de Manuel que ofrecen una productividad mayor pero una seguridad de controlar y aprovechar de manera segura los distintos terrenos minados.

Entre su orgullo como padre y experto de su conocimiento en su puesto de trabajo, Manuel debate constantemente con sus supervisores, teniendo su tensa relación laboral con el personal de Corea del Sur, así como consecuencias puntuales en el desarrollo de las acciones mineras, que según Manuel, no toman en cuenta la fragilidad del terreno de la localidad.

Desde su experiencia, Tosali considera que es la combinación de la complejidad del terreno, la deuda inicial del proyecto y la organización del trabajo por plazos cortos de tiempo, la que afecta contundentemente en la productividad y éxito de la empresa:

Es un problema para nosotros, porque [los coreanos] no hacen planes a largo plazo. Ellos vienen a cumplir su contrato de dos años con medidas y estrategias a desarrollar en ese plazo. Echan por la borda algunas estrategias que puedan funcionar a largo plazo, las antes ya emprendidas. Vienen a cumplir sus metas individuales aunque fracasen.

Todos los días es un pleito con ellos porque la gente que mandan no es muy experimentada, son profesionistas muy teóricos pero no prácticos. Al momento de estar en campo no entienden como llevar a cabo las estrategias. No entienden de desniveles, pendientes, rampas. Después de explicarles, ya aceptan pero es un desgaste emocional y de estrés estarles explicando.

Cuando te das cuenta, ya por fin lo hiciste entender pero ya pasaron dos años. Se tiene que ir, traen otros nuevos y hay que volver a empezar.

Vuelven a llegar totalmente verdes. Es desgastante.

Este desgaste laboral que Tosali resiente emocionalmente, también implica un desgaste físico del terreno, el cual no se puede recuperar ante derrumbes que impiden minar zonas afectadas.

Los casos de Manuel y Tosali dejándonos nos dejan ver fricciones entre la hegemonía empresarial y los trabajadores de esta área, que también se traducen en términos de género en maneras de entender el trabajo minero y el ‘ser minero’.

Desde una perspectiva cercana a la de Manuel, distintas generaciones de trabajadores mineros de la etapa francesa o mexicana de explotación en la localidad, consideran que los coreanos no pueden ni podrán hacer rentable su proyecto porque desconocen el terreno: no lo conocen como nosotros.

Tosali, considera que el problema radica en sus planeaciones realizadas desde algoritmos y estadísticas que no siempre son factibles en terreno, considerándolos ‘mineros de escritorio’. Como parte de su capacitación al ser nombrado gerente, Tosali hizo una estancia formativa en la ciudad surcoreana de Taebaek²⁰, donde conoció las condiciones y experiencias de trabajo minero de las cuales provienen las distintas rotaciones de gerentes y trabajadores surcoreanos:

Fui a un curso de seguridad, allá están más enfocados en mina subterránea.

Según tengo entendido no tienen minas metálicas ya, son de piedras calizas.

Antes tenían de carbón. Todos los mineros coreanos trabajan en proyectos externos.

[...] Hicimos el curso de simulaciones de rescate, ejercicios de arrastrarse, maniobras. Bien pesado. La capacitación fue muy buena. La gente que

²⁰ 태백시/Taebaek-shi es una ciudad de 40mil habitantes, al sureste de la provincia de Gangwon, caracterizada por una explotación minera de carbón especialmente en la década de 1970.

conocí allá también, muy preparada. Llegué de allá muy fascinado y al llegar aquí platicué con el gerente coreano de planeación de minas. Él se estaba parando el cuello de todo lo que le decía de su país y su gente. Pero le dije:

- Eso que vi allá, todo lo quiero ver aquí. Esa calidad de ingeniería, de prevención, aquí se tendría que ver. ¿por qué aquí son diferentes ustedes?, ¿por qué aquí no son esos mismos coreanos? Y ya se le bajó todo su ánimo.

Ya no le gustó.

Para Tosali, ‘no son los mismos coreanos’ que se preparan y capacitan en minería, que conoció en la península a los que llegan a México. La respuesta de su jefe es que las profesiones y puestos de trabajo mejor pagados en Corea del Sur tienen que ver con tecnologías digitales, siendo la minería uno de los oficios peor pagados y por ende, pero desarrollados.

La minería en Corea del Sur es un espacio de trabajo liminar, en medio de un ambiente educativo y formación laboral de alta exigencia, la minería como profesión y oficio es un sector menos competido al no contar con una oferta de trabajo amplia y segura, debido a la carencia de yacimientos extraíbles en los diferentes terrenos del país. Es la minería, un trabajo de exportación, que desde la visión de Korean Resources, busca encontrar, invertir e incorporar los minerales necesarios para otras áreas productivas del país.

Las y los trabajadores coreanos en MMB son expertos matemáticos, ingenieros, químicos y geólogos, que bajo capacitaciones como las recibidas por Tosali, llegan a México a conocer el ‘trabajo en terreno’: “terminan mandándonos ‘al que si aceptó’ o al más barato, no realmente los mejores perfiles” (Tosali, 2019).

La poca o nula experiencia en trabajo de campo, la rotación periódica así como la preferencia de planeación según algoritmos matemáticos y estadísticos, generan una

brecha de comunicación y relaciones laborales entre el personal surcoreano y mexicano que forma parte de las problemáticas de la empresa.

El manto en el que se encuentran las mayores concentraciones de cobre y zinc están ubicadas a profundidades muy grandes, debido a que los dos periodos de minería anteriores han extraído ya las concentraciones más cercanas a la superficie. Por tanto, como nos lo hace notar Tosali, con el tiempo la minería ‘a cielo abierto’ se vuelve cada vez menos costeable:

La relación del mineral conforme a toda la tierra que tu quitas de arriba, es una relación que tiene que ir por lo menos de 6 a 1 para ser costeable en recursos, tiempo y mano de obra: por cada 6 toneladas de tierra estéril, sacar por lo menos una tonelada de mineral.

Las minas más ricas ya nos las acabamos. En la planeación del proyecto original, era para que el proyecto durará de 15 a 20 años porque se iba a trabajar por fases. Porque subterráneo no ha podido bajar en tiempos y dimensiones esperadas, avanzamos y no acabamos rápido la superficie (Tosali, 2019).

Con una reflexividad crítica sobre su trabajo, Tosali nos ofrece un diagnóstico que explica parte de las frustraciones del proyecto en términos de productividad, viéndose limitada la obtención de minerales por un avance limitado en subterráneo y un consumo precipitado de superficie. Las distintas y rutinarias rotaciones de gerentes y personal coreano no logran cumplir sus plazos a corto plazo, debido a que los terrenos próximos a explorar contienen una concentración muy baja en mineral.

Siguiendo la reflexión de Tosali, los distintos modelos y estrategias empleadas conllevan a una imposibilidad de cumplir sus metas, siendo esta una constante de la organización

del trabajo actual dentro de la empresa, teniendo repercusiones directas en sus relaciones laborales, así como en la vida económica de la población.

Manuel considera que el cambio de rumbo a largo plazo ya tampoco es viable pues las temporalidades de exploración a tan bajas profundidades implican estudios que pueden llevar de 5 a 10 años.

Es tardado porque el terreno es muy grande, hay que hacer muchas barrenaciones para hacer pruebas de concentración de mineral. Cuando se encuentra una veta rica, hay que hacer otra barrenación específica del área para identificar el volumen del mineral encontrado. Son años de trabajo.

Tan sólo para este proyecto de MMB, hay resultados de barrenación que vamos siguiendo, que se hicieron en los años noventa. Ibas naciendo cuando ya había personas barrenando y estudiando la zona. La exploración lleva mucho tiempo. Hacer el estudio de las columnas, dureza de rocas, del mineral con longitudes de 200 metros de profundidad pues lleva mucho tiempo (Manuel, 2019).

‘Minería Subterránea’: Manifestaciones masculinas de trabajadores en subterráneo, ocultos para la comunidad

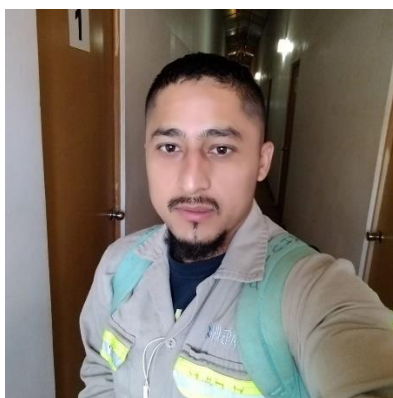
En los primeros meses de trabajo de campo en Santa Rosalía, en las entrevistas -tanto con hombres que trabajaron en su juventud en los primeros ciclos de la minería en la localidad como en trabajadores administrativos e ingenieros empleados actualmente- emergía la narrativa que ya no había ‘mineros de pico y pala’; que el minero hoy en día poco tiene que ver con el esfuerzo y riesgo físico que emprendieron sus generaciones pasadas. Había en sus discursos una manera de presentar el trabajo de manipular maquinaria minera como una desvaloración masculina de lo que implica ser minero.

Con el tiempo, conociendo más personas empleadas y concretando más entrevistas con empleados subcontratados de MMB que se desempeñaban en la sección de minería subterránea, no sólo di con ‘mineros de pico y pala’ sino con la segmentación laboral de la empresa que contrata a trabajadores locales para puestos trabajos técnicos de menor riesgo -orientado a recolocación de flora, limpieza, almacén y minado a cielo abierto- mientras que a los trabajadores foráneos con comprobada experiencia en minería se les daba puesto en la sección subterránea, bajo condiciones laborales de subcontratación, con diferentes garantías y prestaciones.

Contratados por MEKO Power y KIA Constructions (las empresas que me tocaron conocer en mi tiempo en Santa Rosalía), los trabajadores contratados en Sonora y Coahuila principalmente, cuentan con sus gastos pagados para llegar a la compañía, instalación en un campamento con cuarto compartido, servicio de lavandería, desayunos y comidas en el comedor de la empresa, con un sueldo semanal bajo que tienen oportunidad de hacerlo crecer si cubren o rebasan las cuotas rendimiento, las cuales cambian las toneladas que se espera se extraigan de los túneles.

Uno de ellos es ‘Iirineo’, divorciado, originario de Múzquiz (Coahuila) donde ya había participado en el oficio de la minería de carbón. Al momento de la entrevista llevaba un

año trabajando en MMB, mismo tiempo de edad de su hijo en Múzquiz, a quien le manda dinero semanalmente y principal motivo de aceptar emplearse en Santa Rosalía.



Fotografía 1. Irineo saliendo a trabajar, de fondo la entrada a los cuartos del campamento bajo.

Irineo es afecto a tomarse *selfies*, autorretratos, a diario y subirlas al Facebook antes de iniciar su jornada de trabajo o al terminarla. Más que una cuestión egocéntrica, por los mensajes que dejan en ellas sus familiares y conocidos en Múzquiz, parece ser un mecanismo de comunicación para informar cuando entra y sale de la mina. El autocuidado y las redes de apoyo se perciben en sus redes sociales, donde las bendiciones no se hacen esperar. El mensaje que recibe más repetido: gracias a Dios.

Las fotografías no son sólo individuales, también hay colectivas. El trabajo en la minería subterránea es necesariamente colectivo en estrecha proximidad. Se realiza a través de ‘cuadrillas’ que están conformadas por diferentes categorías de mineros según su experiencia y conocimiento de las labores a realizar, el cual se refleja también en una paga diferenciada. Esta es una gran diferencia al espacio de minado a cielo abierto y otros espacios, donde la manipulación de maquinaria, vigilancia de procesos y planeación involucran largas jornadas de espacios más solitarios, acompañados sólo por radios, de actividades individuales que no se comparten.

En las cuadrillas de trabajo de minado subterráneo, el desempeño y seguridad de cada persona depende de la cuadrilla, del trabajo colectivo. La experiencia es compartida,

umentando los niveles de confianza y pertenencia, como lo deja ver la siguiente fotografía de Irineo que tituló: “aquí saliendo del jale con estos perros”.



Imagen 2. ‘Saliendo del jale con estos perros’.

Irineo con parte de su cuadrilla de trabajo son una prueba pictórica irrefutable de los ‘mineros de pico y pala’, que son desconocidos por los habitantes de Santa Rosalía porque son trabajadores foráneos, que viven en el campamento interno. Los tres traen su casco de seguridad puesto, con la lámpara encendida, mostrando que van saliendo del túnel de los frentes.

En la fotografía apreciamos a Irineo cargando al hombro ‘la pistola’, herramienta de presión hidráulica que sirve para triturar la piedra mientras que sus compañeros literalmente cargan palas.

Uno de ellos no trae puesta la camisola pero sí un chaleco de seguridad con reflejantes, lo que deja ver que él es el minero de primera categoría y lidera la cuadrilla pues quienes

usan el chaleco son los que están a cargo del trabajo ‘menos pesado’ que es supervisar y cuidar a sus compañeros mientras manipulan mediante palancas y botones el movimiento paulatino de los ademes según el avance que vayan teniendo como equipo.

Irineo luce un uniforme de un color verde, de los nuevos uniformes que se pidieron hacer a Ciudad de México ya que se finalizó el proyecto de maquila que hacían un grupo de mujeres costureras dentro de Santa Rosalía para producir los uniformes para MMB.

Su publicación tiene 52 likes y treinta comentarios, es popular. La mayoría de los comentarios parecen ser de compañeros mineros y familiares que dejan ver el compañerismo, el orgullo de reconocerse buenos en su trabajo, la preocupación de sus familiares y el propio humor, entre otras reacciones:

- Somos chidos perro
- K bien ke salieron con bien dios con ustedes en todo momento
- Puro pinche viejo perro nosotros
- Saludos perros ahí nos estamos viendo
- Ponte a trabajar y déjate de andar tomando fotos jajajaja

Aunque llevamos varios días de conocernos vía Facebook, la comunicación por chat había sido intermitente. Al fin, un domingo por la noche acepta que nos veamos para charlar.

No sé si es porque le comenté que ‘era camarada de Rocke’, o le hecho de ser domingo²¹.

Para los trabajadores empleados en mina subterránea, el domingo es el único día de descanso laboral. Sin importar la temporada del año, el trabajo a la semana es de lunes a viernes de jornada completa (de siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde) y los sábados de media jornada, día que al concluir la jornada se recibe el pago de la semana.

El domingo es día libre donde suelen pasarla fuera del campamento minero, ya sea en la población de Santa Rosalía o playas cercanas. Es el día para hacer planes dedicados al

²¹ Domingo 25 de mayo del 2019, 19:40hrs.

ocio, descanso, encontrarse con amigos ideal porque se cuenta con el dinero ganado en la semana, que puede variar según los bonos de productividad.

Hay un salario base que se recibe según la categoría de minero que se tenga (de primera, de segunda o de tercera), a la cual se añade una bonificación de productividad si se llegan a las metas semanales de toneladas de extracción. Esta motivación salarial incentiva la explotación y esfuerzo diario en bajo un desempeño que pone en práctica una serie de estrategias individuales y en colectivo que pueden poner en riesgo a los trabajadores con menos experiencia: no usar el equipo de seguridad, ‘pistoleo’ intensivo en zonas muy cercanas a otros trabajadores, movimiento constante de la máquina que soporta la estabilidad del túnel, etc.

Repentinamente la conversación escrita transitó a envíos de audios:

[música grupera de fondo] Hola, hola. No pues está bien carnal. Pues aquí andamos, como quieras. No te digo que soy un pinche minero profesional ni la chingada pero aquí a mi lado tengo a un minero profesional de Coahuila que te puede ayudar en lo que tú quieras güey.

Quedamos en vernos. En mi camino encontré dos reuniones que no eran las indicadas, disculpándome por irrumpir curiosamente buscando entre sus asistentes -desconocidos para mí- a Iirineo.

Al final los encontré en la parte norte de la colonia, que delimita la zona conurbada con el territorio concesionado a la minera Boleo. Las fronteras territoriales son visibles por las montañas de terreros que impiden el paso en automóvil, y difícil acceso peatonal.

Demian, caminante de Santa Rosalía, comenta que estos grandes montículos de tierra se pusieron en este en 2014 cuando la empresa construyó los caminos internos de la empresa,

así como el puerto por el cual se despacha el ácido sulfúrico como subproducto de la industria.

Los montículos fungen como frontera física de la empresa sobre su territorio concesionado, que si bien no se encuentran dentro del territorio ocupado y cercado actualmente de la empresa, si delimita el crecimiento urbano hacia este territorio, donde últimamente y de manera improvisada ha ido creciendo la población, tanto por casas de madera así como de autoconstrucción de concreto.



Figura 1. Mapa de la delimitación norte de Santa Rosalía. Se muestra señalada la ubicación de la reunión de los mineros de Coahuila.

Por el barullo de canciones con el eco de varias voces es que llegué a una de estas casas de concreto, donde se encontraba Irineo con sus compañeros mineros. La casa es de Chela, en ese tiempo novia de Alberto uno de sus compañeros mineros.

Chela tampoco es originaria de Santa Rosalía, tenían el arreglo de que Alberto pagaba la renta de la casa con la condición de que los domingos o cualquier otro día, él y sus amigos

pudieran llegar para hacer sus reuniones y encuentros. La relación afectiva entre ambos, que no se anunciaba como noviazgo ni pareja, tenía determinaciones materiales.

Irineo, otro adulto y un niño (no mayor a 13 años) se encuentran fuera de la casa, con una bocina portátil poniendo música y varias latas vacías de cerveza tiradas por todas partes, incluso sobre una montaña de arena para la construcción que se encuentra frente a la casa. También hay un coche estacionado con la puerta abierta. Las puertas de la casa están abiertas de par en par, dejando ver lo vacío de ella. Sólo hay un sillón, una improvisada cocina integral y una motocicleta dentro.

Los tres traen gorra, pantalón de mezclilla y tenis. Irineo trae una camisa de tirantes roja que deja ver sus torneados brazos y hombros. Irineo me reconoce y me llama para que me acerque. Inmediatamente me ofrece una cerveza, me invita a pasar por ella al refrigerador pero me pide que salgamos porque uno de sus compañeros se encuentra ‘durmiendo’ dentro del cuarto. Tiempo después saldrá del cuarto sin camisa, seguido de Chela, quien se sorprenderme al verme (quizás una cara nueva y desconocida a las reuniones habituales).

Su acompañante inicia el diálogo: ‘¿de dónde vienes o que chingados? ¿andabas buscando algo por aquí?’. Irineo lo calma comentándole que soy estudiante y él me ha invitado para que les haga unas preguntas.

A partir de este momento la tensión se rompe. La postura es otra y su acompañante deja de estar a la defensiva. Se presenta como Humberto ‘el coreano’, apodo otorgado por sus pronunciados ojos rasgados. Para este momento han salido de la casa dos mujeres. Una es Jenny, la novia de Irineo y la otra es Chela, pareja de un tercer minero que estaría por salir. El niño se ha metido.

Al notar la presencia de las mujeres Humberto ha corregido su postura y ahora se recarga sobre la pared más erguido, consiguiendo que su barriga se vea menos abultada. De

manera retadora me pregunta:

Humberto: Ok, bueno ¿quieres saber de minería, de qué año a qué año?

Ireneo: Este señor de aquí manda en minería, se sabe todo.

Humberto: ¿de qué año a qué año?

Sergio: Bueno, yo lo que quiero saber primeramente es porque hay la búsqueda de trabajadores mineros de Coahuila aquí en Santa Rosalía.

Bajo un evidente estado de ebriedad, Humberto lleva la conversación. Ireneo es joven, tiene 31 años -igual que yo-. Humberto, en cambio, tiene 48 años. Por su manera de hablar y sobre todo por el respeto con el que se conduce Ireneo a él como experto, va marcando las pautas para que se posicione su voz como hegemónica dentro de la conversación:

Mira, no me acuerdo la fecha exacta, pero te puede dar un intervalo. La minería empezó allá en Coahuila como por ahí de los años sesenta, a lo mejor poquito antes. Pero bueno, la minería aquí [Santa Rosalía] no se pudo sostener porque la mayor parte de los mineros como ahorita en la actualidad, eran de otras partes ¿si me entiendes?

Hubo mineros japoneses, chinos, franceses... entonces, ¿qué hizo aquí la empresa Boleo? Bueno, mando traer gente que hiciera minería, porque aquí son muy buenos en la pesca y lo que tú quieras pero no eran mineros. ¿qué hizo la empresa? Trajo mineros, nosotros. (Humberto, minero subterráneo)

Humberto sintetiza en pocas palabras la historia de enganches y contrataciones externas de profesionistas en el rubro de la minería y otras actividades laborales para desarrollar el enclave minero francés.

Desde su perspectiva, la Santa Rosalía nunca tuvo mineros locales lo que explica que, en los momentos de cierre de los dos anteriores ciclos de minería, emigraran a otras regiones

mineras o sus lugares de origen. Presentando previamente un intervalo histórico del inicio de la minería en Coahuila sitúa en la conversación un precedente que justifica porque él y sus compañeros son buscados y contratados. Mientras que los habitantes de Santa Rosalía enuncian que se acabaron los tiempos de mineros de pico y pala, Humberto considera que realmente nunca los hubo.

Estos desencuentros abonan a nuestro concepto de masculinidades de enclave, ya que la tensión entre los varones foráneos que se piensan como indispensables desde su conocimiento y experiencia de trabajo, los varones locales en muchos escenarios ni los toman en cuenta pues desde sus narrativas hay otras lógicas del trabajo donde ellos son los imprescindibles al organizar la vida en el desierto, tener una suerte de saberes en su poder para habitar y asentarse en las condiciones del enclave. Así pues, creo que una de las características que debemos tener en cuenta es que hay una tensión y roce de masculinidades que no necesariamente pasa por relaciones de poder o de trabajo concretas, ni por la sexualidad. Hay campos de masculinidades que no llegan ni a interactuar, siendo difícil en estos contextos poder poner en práctica el concepto de masculinidad hegemónica, no hay una hegemonía que se haga valer o se identifica en cada uno de los estos campos que se encuentran segmentados.

Irineo interrumpe la explicación anunciando la llegada de otro de sus compañeros: ‘otro minero viejo, mira’. De la casa va saliendo un joven, tendrá entre 30 y 35 años, vestido únicamente con un pantalón de mezclilla: descalzo y sin camisa. Luce un bigote y barba de perilla con su corte de cabello negro corto. Se bambolea al caminar, saca una silla del interior y se sienta en ella. Se observa mucho más tomado que sus compañeros, también somnoliento.

Ángel: Sí, soy minero de allá de Coahuila, de los chingones. Allá es carbón mijo. Todo es carbón ...y metal. También hay una de plata allá para la sierra.

Humberto en voz más alta que la de Ángel retomó el centro de atención, comentando que llegó a Santa Rosalía en 2014, cuando se arrancaron los procesos de operaciones de minado en MMB: “En aquel entonces los del sindicato nos corrieron, que ellos harían su minería y la madre, pero nosotros traemos aquí lo que en verdad es la minería”.

En vista de este soliloquio, Ángel decide regresar a la cama diciendo que en poco tiempo irían al Canta-Bar. El Canta-Bar en Santa Rosalía es una cantina en la periferia sur de la población, camino a San Bruno. A diez minutos en coche, su espacialidad la hace ajena a la dinámica urbana del pueblo. Más avanzada la noche, Ángel me confesaría que les gusta ir a este lugar porque en él no se sienten juzgados, que a diferencia de los bares del centro, ahí las mujeres si aceptan bailar con ellos. Es decir, hay una traza urbana de los espacios que quieren y pueden visitar sin ver cuestionada algún atributo de su masculinidad. En el Canta-Bar, a diferencia del 5 Patio o Calle 11, los asistentes pueden ir incluso con las casacas del trabajo, la vestimenta ni estética es un impedimento para consumir alcohol, pedir canciones y bailar con mujeres. Al menos así lo expresa Ángel.

Entre las cervezas, muy animado, Humberto cambia seguido el rumbo de la conversación. Ahora ha vuelto a la historia de la minería en Coahuila, desde una lectura de presencias asiáticas:

Humberto:

Al igual que aquí, allá en Coahuila llegaron japoneses, japoneses que le sabían a la mina. De hecho, mi abuelo era japonés. Yo soy de hecho de ascendencia japonesa, mi abuelo era japonés²².

Mi apellido es Higa, aquí en México se dice así pero es Jiga como se

²² El historiador Melesio Mendoza Vargas ha escrito sobre la inmigración japonesa a Villas de Las Esperanzas, Coahuila, en 1899 que llegó contratada por enganches de la Compañía Mexican Coal and Coke Company para trabajar las minas de carbón. Resalta a la figura de Sinzuburo Watanabe (1881-1907), trabajador japonés minero, muy querido en la población por sus atenciones tanto en Conquista como Las Esperanzas. Destaca cuatro apellidos japoneses comunes entre estas poblaciones: Otzuka, Simabuko, Terashima y Yahollosi.

pronuncia en japonés.

Irineo lo interrumpe, un poco a gritos, para decirle que yo quiero saber de la mina. Abraza a Ángel, que aún no se ha ido, para decir que él si podrá contar todo del inicio del trabajo minero de su cuadrilla en Santa Rosalía. Humberto, un poco disgustado se para y menciona que primero tenemos que oírlo a él.

Bueno, pero primero mi historia. Yo trabajé en minas de arrastre (tiros inclinados) y pocitos (minas verticales o a profundidad). Entonces cuando yo vine aquí...

Irineo:

Este güey [Ángel] también te va a hablar de un chingo de minas.

Humberto:

¡primero voy yo! Ya luego mi compadre.

Dentro de los tres, Humberto es quien está más entusiasmado en contar su historia o hablar, se para erguido y el tono de su voz, explicativo, da a notar que no es la primera vez que alecciona/cuenta sobre su historia minera a alguien. Irineo prefiere sentar y abrir otra lata de cerveza.

Más enfático, Humberto retoma que la clave para entender la presencia de mineros de Coahuila en MMB se debe a las técnicas de minado subterráneo: “aquí no se sabía nada para explorar con los cruces con arcos, no había arcos. Había puras pinchas mamadas de los coreanos”.

Para Humberto, los coreanos tampoco saben nada sobre minería, hay una superioridad frente a ellos y los locales de Santa Rosalía desde su conocimiento minero, que lo vuelve necesario y deseable en el enclave minero. Se reivindica desde ahí, desde el saber hacer frente al poder capital o tecnológico de los coreanos.

Humberto: Llegamos aquí y me dijeron que querían que les hiciéramos lo

que hacemos en Coahuila, nos mostraron la tecnología y lo que querían. Lo que tenían aquí, es más, lo que hacemos aquí [en Santa Rosalía] ya no se usa en Coahuila porque ya hay mejores formas.

Así pues hicimos en desarrollo, arcos y más arcos, de fierro. Entonces pasamos un tiempo aquí haciendo desarrollos en el '303'²³, nos metimos a fondo y luego se vino de que fueron por nosotros otra vez. Resulta que para ese entonces yo ya me había ido.

Su contratación a través de empresas subcontratistas hace que no sean empleados directos de MMB, y por tanto, no forman parte de la lista de empleados a partir de la cual el sindicato hace exigencias sobre el reemplazo de trabajadores locales por foráneos. Sin embargo, este tipo de contrataciones son temporales, por semanas o un par de meses. Hay que estar renovando contrato constantemente, escenario ante el cual el empleador puede decidir no seguir renovándolo por distintas razones: impuntualidad, falta de productividad, búsqueda de rotación de personal, o cambio de estrategia de extracción. La planta laboral subcontratada es considerada nodal pero movable, no se presentan garantías laborales para afianzar su estancia en la empresa, pues justo se busca una rotación laboral que se refleja en una incertidumbre y cambios tanto en sus trayectorias laborales como de vida.

Humberto cuenta que empezó a trabajar en MMB porque fueron directamente a Barroterán, en Múzquiz, buscando trabajadores con experiencia minera subterránea.

Contrataron a 15 personas, pero al año terminó el contrato y regresaron a Coahuila.

²³ 303 es un frente de exploración subterránea marcado en el mapa del proyecto. Antes de toda exploración extractiva, se tiene un estudio geológico de concentración de mineral según las barrenaciones realizadas. Se van marcado por perímetros las áreas a explorar y poniéndolas en un tabulador se elige iniciar aquellas con mayor concentración de metales o con mayor facilidad de exploración. El número '303' no implica que sea el frente o exploración número 303, sino que aparece así marcada en el estudio. Al contrario, este '303' fue el primer perímetro o frente de exploración subterránea de la compañía.

Luego, te digo que nos sacaron y nos volvieron a llamar al año para hacer trabajo en una frente larga. Frente larga pues ya la conozco, son postes y barras. Postes y barras son viejísimas allá en Coahuila. Es un equipo obsoleto pero lo venimos a probar aquí. Es cuando venimos y aprovechamos que no resultó. No resultó porque el terreno es bien diferente al de allá.

Sigue contando sobre las diferencias de terreno entre Coahuila y Santa Rosalía, resaltando que tardaron un año en volverlos a contratar porque se cayó un frente con la tecnología que ellos habían comprado, que según Humberto él sabía ya que era obsoleta pero con su cuadrilla de trabajo y demás mineros de Coahuila la intentaron implementar:

Vamos a esto, aquí ahorita... ahí para que los sepas [señala a Irineo] estos postes son copias baratas de China. Porque todo lo que nos traen son de China. Estos ademes en realidad, cuando la minería era minería en Coahuila, no se llamaban semichín, se llamaban dúctil. Fueron los primeros ademes con cuatro piernas y un fliper. Así era un dúctil. Entonces esta es una copia de un dúctil.

Para este momento me habían desdibujado de la conversación, Humberto le hablaba directamente a Irineo y con las manos emulaba la figura de las maquinarias que le explicaba. Ángel se había ido a dormir y yo en medio de la conversación escuchaba atento la descripción de sus instrumentos de trabajo.

Humberto:

Entonces! Ya que implementamos eso y no funcionó, yo les dije que esos semichin se parecen a los de aquí, igualitos, cuatro piernas. Estos la diferencia que tienen una extensión que sale a un metro de distancia. Esta vamos a decir así el frente [abre sus manos y remarca un cuadrado en el aire

con sus brazos extendidos], de ancho. Entonces tanto así todavía sale del ademe.

Entonces cuando salieron los semchin, vino un vato aquí conmigo, un chino (coreano): ‘oye, veo que tú sabes’, andaba de lejos observando nada más. Pues ya le dije que sí, que solo me dijera como iba a la manguera y yo lo echaba a andar. Pues eran casi igualitos a los de allá, solo lo del metro de frente, pero nada más.

Es que este tipo de maquinaria ya es obsoleta en Coahuila, esta maquinaria ya es obsoleta ¿por qué? Porque fueron de las primeras, allá traemos unos ademes que tú le mueves a unos botones, es una computadora, y le dices: del ademe 15 al ademe 20 muévelos. Se mueven solos. Estos hay que moverlos uno por uno, uno por uno.

Humberto me hace parte de la conversación con su mirada, como un profesor checa si estoy poniendo atención y si me queda alguna duda, me pregunta cuando ha terminado de hablar que más me interesa saber. Le preguntó porque emplearse en MMB y no en Coahuila:

Humberto:

Es muy diferente.... Vamos a decir, tenemos toda la maquinaria (en Coahuila) pero a mí lo que me interesa es esto [hace el símbolo de los fajos de billetes, mientras se acerca a mí y mirándome a los ojos hace una ligera sonrisa...se detiene antes de seguir. Da un sorbo de cerveza, el primero desde que llegué].

Si aquí me pagan mejor y sé manejar la maquinaria, así como mi compañero que estaba aquí hace rato sin camisa, pues ¿porque no venirme para acá si me van a pagar más y le van a pagar a mi familia mis gastos? ¿Qué más

vido? No hay que pensársela mucho.

Al decir que le pagan a su familia sus gastos, hace referencia que MMB pagará y hará los gastos correspondientes a la limpieza y alimentación, así como alojamiento. De la manera en que lo dice, deja claro que dentro de sus marcos de género, el trabajar y aportar su salario al gasto familiar tare consigo un trabajo doméstico y de cuidados que su familia tiene que hacer por él. Es interesante como dentro de su narrativa, la empresa sustituye a la familia.

La intención de estos datos es mostrar cómo las condiciones estructurales del trabajo minero en Santa Rosalía, influye en la organización de la vida de los trabajadores mineros, haciendo énfasis en cómo subjetivamente ellos mismos interpretan la experiencia vivida en el trabajo y desde ahí, emergen y se desprenden una serie de manifestaciones masculinas específicas, que se tejen con sus propios marcos y significaciones del ser hombre.

Con este ejercicio quiero reforzar el argumento de esta tesis sobre las masculinidades de enclave, que son las condiciones laborales -constituyéndose tanto por la *hegemonía empresarial* (Palermo, 2019) como por la organización social de la vida fuera de los espacios empresariales- no necesariamente las que producen masculinidades, sino que configuran las concreciones materiales y estructurales a partir de las cuales posibilidad, condicionan y/o limitan una serie de significados, manifestaciones y regímenes de masculinidades a través de las cuales una variedad de varones se presentan, insertan e interactúan socialmente bajo múltiples masculinidades.

Las concreciones de la vida a partir del trabajo no dejan claro que la vitalidad o nudo crítico del trabajo humano para el sistema capitalista, es la generación y apropiación de

su plusvalía. La plusvalía es clave para entender las masculinidades de enclave.

Las siguientes cuartillas muestran una conversación etnográfica con trabajadores mineros procedentes de Coahuila, que al momento de su realización se encontraban empleados y viviendo dentro de las instalaciones de MMB, en el campamento bajo.

El trabajo está presente en el discurso y a través manifestaciones masculinas, en la manera en cómo se asimila y se enuncia desde las propias narrativas de los trabajadores. Podemos comprender como ellos experimentan la materialidad del trabajo como una aproximación desde sus propias masculinidades. A partir de sus narrativas damos cuenta de los significados que le otorgan a la experiencia, los atributos de valoración que le dan a sus prácticas (las que son vergonzosas, de las que se sienten orgullosos, las que les preocupan), el énfasis que hacen para diferenciarse, compararse o competir con otros varones, etc.

Cuando hablamos de producción de masculinidades, hay que tener en cuenta que hablamos de una construcción cultural de significaciones, expresiones y narrativas que de manera diferenciada interpretan bajo una determinada estructura de género la acción social. Hacer etnografía sobre organización de la vida nos permiten dar cuenta antropológicamente del trabajo sin partir de miradas clásicas de observación de las actividades concretas que se desarrollan laboralmente.

‘Minería mixta’: Fricciones de género entre viejas y nuevas lógicas de enclave.

Este último apartado busca problematizar teóricamente el contexto etnográfico presentado en los otros apartados, desde dos inspiraciones teóricas para postular esta idea de ‘masculinidades exquisitas’. De igual forma considerar como el enclave nos ofrece una construcción particular de estructuras de género y masculinidades a partir de una heterosexualidad como base ideológica y hegemónica.

Por un lado, desde el concepto de ‘fricciones’ de la antropóloga Anna Tsing (2000), que

lo piensa metafóricamente desde imaginar una rueda que está en movimiento sólo a partir del contacto y fricción con el suelo, pienso traer esta reflexión para analizar como las prácticas culturales no se autogeneran por sí mismas sino que se producen por encuentros y fricciones entre procesos globales (como lo podría ser esta empresa paraestatal y demás interés que articulan el enclave en u mercado global) y procesos sociales únicos de acuerdo al contexto local. Los encuentros heterogéneos y desiguales producen fricción y por tanto nuevas configuraciones de cultura y poder en las relaciones de género.

Por otro lado, argumentar que las masculinidades son producidas local e históricamente como sostiene Connell (2015), pero que además como propone Mara Viveros con su concepto de ‘masculinidades nuestroamericanas’ (2018), apelamos en América Latina a condiciones específicas que tienen que ver con los procesos coloniales de formación que atraviesan las masculinidades con condiciones diferenciadas de clase y raza. Por tal motivo, vuelvo al ejercicio creativo de los surrealistas de *cadavre exquis* o ‘cadáver exquisito’ para reflexionar que al igual que la historia de México está plagada de discontinuidades temporales por los procesos desiguales de intervención colonial, imperialista, neoliberal; las masculinidades que atestiguamos en Santa Rosalía son productos de fragmentos, de pliegues que aparentemente no tienen continuidad entre sí por la condición de enclave y arribos de acuerdo a distintas fases: francés colonizadores y yoremes/yaquis trabajadores, rancheros y pescadores, burócratas, asiáticos y profesionistas. Esto genera un abanico de masculinidades que no se gestaron de manera cronológica en un determinado espacio-tiempo sino que conviven y entran en tensión de acuerdo a diferentes periodos y situaciones económicas del enclave.

No hay una conformación histórica lineal de masculinidades, sino pliegues y rasgos diferenciados que en conjunto configuran un mosaico que incorpora en su diversidad,

cambios y estructuras de poder que se adaptan para incorporar en su proceso de cambio las luchas y resistencias que se dan en el campo sexual y genérico de las masculinidades.

De esta manera, la noción de ‘exquisitas’ puesta en el juego de los surrealistas en el que cada persona redacta una oración, sin que ninguno de los que sigue a continuación lea la oración anterior y busque complementar lo anterior escrito, forman una colaboración colectiva carente de sentido lineal en su conjunto pero que se articula de manera inconsciente por la colectividad que la compone; considero que el contexto de masculinidades de enclave trata de explicar de manera general y sin esencializar esta vorágine de diversidades. Más que un ejercicio teórico que busque dar cuenta de todas ellas, que existen y subsisten de manera fragmentada, la intención es señalar los retos teóricos y de investigación que nos ayuden a erradicar los sesgos explicativos sobre las masculinidades como un todo orgánico y armónico debajo de una masculinidad hegemónica.

Manuel Gutiérrez (1998) nos sugiere pensar la historia de América Latina a manera de alegoría del juego surrealista *cadáver exquisito*: texto inacabado de encadenamientos inconexos, inarmónico, dotados de una singularidad que radica en su mosaico de rupturas y variaciones culturales. Estos pliegues se dan por la configuración sincrónica bajo distintos niveles y fases de la incursión capitalista neoliberal en su territorio. Así, pienso que el campo de las masculinidades en Santa Rosalía hay que pensarlo como masculinidades exquisitas, como una conexión de pliegues que no tienen continuidad o relación lineal entre sí pero van conformando en cada arribo de un nuevo grupo de migrantes o con el cambio de cada una de sus fases productivas que posiciona diferentes modos de producción como centrales de sus dinámicas de enclave, un abanico de expresiones, mandatos y performances masculinos que responden a diferentes referentes y temporalidades que entran en interacción a partir de este espacio común, reducido pero

lleno de vitalidad y movilidades.

La interconexión de los modelos asiáticos de producción y búsqueda internacional de recursos, bajo la amplia experiencia e inversión minera canadiense en nuestro país, en un espacio localizado de historia de enclave minero, donde los arribos de yaquis, chinos, coreanos, sinaloenses, canadienses, etc. Como sus dinámicas de trabajo se subvierten y contraponen a las dinámicas de ocio, entretenimiento, *sex appeal*, prestigio y visibilización en un pueblo de migrantes.

Las masculinidades son producidas local e históricamente, como sostiene Connell, pero que además como propone Mara Viveros con su concepto de ‘masculinidades nuestroamericanas’: apelamos en América Latina a condiciones específicas que tienen que ver con los procesos coloniales de formación. Por tal motivo, vuelvo al ejercicio creativo de los surrealistas de *cadavre exquis* o cadáver exquisito para reflexionar que al igual que la historia de México está plagada de discontinuidades temporales por los procesos desiguales de intervención colonial, imperialista, neoliberal; las masculinidades que atestiguamos en Santa Rosalía son productos de fragmentos, de pliegues que aparentemente no tienen continuidad entre sí por la condición de enclave y arribos de acuerdo a distintas fases: francés colonizadores y yoremes/yaquis trabajadores, rancheros y pescadores, burócratas, asiáticos y profesionistas.

No hay una conformación histórica lineal de masculinidades, sino pliegues y rasgos diferenciados que en conjunto configuran un mosaico que incorpora en su diversidad, cambios y estructuras de poder que se adaptan para incorporar en su proceso de cambio las luchas y resistencias que se dan en el campo sexual y genérico de las masculinidades.

De esta manera, la noción de ‘exquisitas’ es aludir a este juego en el que cada persona

redacta una oración, sin que ninguno de los que sigue a continuación lea la oración anterior y busque complementar lo anterior escrito, quedando así una colaboración colectiva carente de sentido lineal en su conjunto pero que se articula de manera inconsciente por la colectividad que la compone.

Pensar en una suerte de masculinidades exquisitas como alegoría que ayude comprender esta característica anacrónica de las masculinidades de enclave, producto de la fricción de distintos procesos globales de interés extractivista en la región pero que justo apunta a procesos propios donde la diversidad de prácticas masculinas no son un cúmulo sumatorio de distintos esquemas de masculinidad en interacción, sino resultado de fricciones que generan sentidos propios del poder, la hombría y el sentido ambiguamente anacrónico de la masculinidad.

La masculinidad opera de manera contradictoria: provee (a la clase dominante) hombres con un vocabulario verbal y corporal en el que se basa el reconocimiento de la clase/estatus -valores de género ligados a la clase y exclusividad- pero a su vez disemina valores a través de los cuales la sociedad interpola a todos los varones como 'hombres' en una exclusividad de entendimiento compartido de que es la disputa por ostentar el título de la masculinidad, como sostiene Rita Segato.

Es decir, se crea un sistema donde hay siempre una exclusión del otro, donde ese otro es aquel que no cumple todos los estándares del ser hombre ya sea porque se le son negados por su condición sexual (mujeres) o porque se les excluye por no refrendarlo constante y públicamente (cuerpos feminizados). Así, se erige una masculinidad hegemónica: exclusiva, provocante de ansiedad individualizada, diferenciada jerárquicamente, violenta.

La feminización del otro es un acto inherente y constituyente de la masculinidad. No

quiere decir que la masculinidad construye culturalmente la feminidad, sino que dentro de sus prácticas hay la construcción de un tipo y facetas definidas de 'lo femenino' sobre lo cual se erige bajo constante y utiliza dichas identificaciones físicas, expresivas, simbólicas como violencia objetiva otorgada a estos *otros cuerpos* que renuncian, no refrendan o se encuentran imposibilitados a cumplir los pactos de la masculinidad *acabalidad*.

Por ello, para poder comprender estas fricciones, es necesario partir de un marco explicativo de las inversiones y presencias coreanas en Santa Rosalía, así como de otras comunidades asiáticas, vinculadas a su pasado minero.

En 1992 Kim Young Sam se vuelve el primer presidente civil en Corea del Sur tras una larga trayectoria de 30 años de gobiernos militares. Su administración cambió la manera de gobernar y el desarrollo económico del país orientado a una política de *segyewha*, que significa globalización, el cual contaba con una planeación en planes quinquenales del crecimiento de la economía surcoreana hacia el exterior, teniendo como objetivo la presencia en mercados económicos más allá de la cuenca del Pacífico, donde América Latina al estar del otro lado del Pacífico fue uno de los principales escenarios de interés. Es decir, la incursión no solamente migratoria sino de relación económica de Corea del Sur con países latinoamericanos formaba parte de una economía que se planteaba ya desde ese entonces en términos de competencia global (ROK, 1995).

Este nuevo modelo de crecimiento implicó un cambio abismal en las políticas económicas referentes al sector industrial de Corea del Sur, donde el papel activo del Estado fue clave en la promoción de exportaciones y en el propio financiamiento de las empresas exportadoras para que se establecieran localmente en los nuevos mercados internacionales (López y Licona, 2011: 273).

La economía surcoreana se posicionó en el sudeste asiático como la primera en tener lazos

comerciales con América Latina con corporaciones y oficinas instaladas en diversos países, lo cual planteaba una lógica comercial que fuera más allá de las exportaciones, buscando producir y vender mercancías fuera del territorio de la península coreana y de Asia en general.

Ahora bien, especialistas en materia económica que han analizado los flujos de inversión y dinámica de empresas surcoreanas en México y América Latina (López; Valencia; otro), han notado como una tendencia que dichas inversiones y presencia de corporaciones no han sido acompañadas de programas de desarrollo regional ni de protección de la producción local o cualquier otra política de responsabilidad social (Licona, 2005), donde los cambios producidos por sus intervenciones están sujetos a condiciones imprevistas y no controladas a nivel estatal dado su carácter temporal de inversión. Este fenómeno coincide con la descripción de sistemas coloniales que sin embargo hay que acotar de acuerdo con las nuevas manifestaciones que se dan contemporáneamente (Burchardt y Dietz, 2014).

Actualmente la tendencia es la regulación de la apropiación de recursos y sus exportaciones a través de la nacionalización o mediación de las extractivistas, incrementando los impuestos y requisitos de exportación. La extracción es vista como útil para el desarrollo políticas específicas de seguridad nacional, soberanía, reducir la pobreza, incrementar la participación social y diversificar las economías locales donde se encuentran.

Así, aunque la reapertura de la minera El Boleo tenga una expectativa de actividad de sólo 22 años, su incursión en la economía, sociedad y espacio de Santa Rosalía consolida un proyecto de desarrollo que demarca las actuales y posteriores políticas estatales que configuran las estructuras económicas y sociales que trasciende la actividad extractivista.

México paso de una política de “mexicanización” de la explotación minera a principios

de los sesenta, cuando se exigía normativamente que capital mexicano participe mayoritariamente en las acciones y directivos de las empresas mineras (Madero, 1978), una privatización en los noventas, la cual involucraba cambiar a un modelo de concesiones que a cambio de las inversiones se le pide a las compañías la creación de un número fijo de empleos mexicanos, la contribución financiera para crear infraestructura local (carreteras, centros de salud etc. y el pago de aranceles de exportación. No hay ningún condicionamiento sobre las condiciones laborales.

Esta situación es importante si tomamos en cuenta que la economía mexicana está centrada en un modelo extractivista, donde el producto interno bruto está compuesto en su mayoría por las ganancias relativas a la explotación y productividad del petróleo. Además, México tiene una historia minera que desde su periodo colonial en regiones como San Luis Potosí, Pachuca, Aguascalientes, Durango, Chihuahua y Zacatecas se desarrollaron numerosos Minerales (pueblos mineros). Actualmente, México cuenta con más de mil quinientas compañías mineras se instalarán por todo su territorio²⁴ (Geocomunes, 2020).

En el caso de Baja California Sur, dos mineras cambiaron el rumbo económico y político de la región: 1) El Triunfo, minera de inversión inicial inglesa y posteriormente estadounidense dedicada a la extracción de oro y 2) El Boleo, minera de inversión francesa dedicada a la extracción de cobre. Ambas se desarrollaron a mediados del siglo XIX bajo una política porfirista de alentar el ingreso de capital extranjero como único medio para impulsar los trabajos que la economía nacional requería y por ella misma no podía solventar, en un contexto de expansión capital de las potencias económicas europeas bajo un modelo de colonización empresarial.

²⁴ A excepción de Quintana Roo, Yucatán, Campeche y Tabasco.

Estas mineras cambiaron las localidades donde se encontraban asentadas en varios aspectos. Para el caso de El Boleo, el poblado de Santa Rosalía pasó de tener 379 habitantes en 1886 cuando se abre la minera, a tener 3,065 habitantes en 1891. Tan sólo 5 años después la población creció ocho veces su tamaño debido a la inmigración de obreros mineros, quienes provenían menormente de la región y mayoritariamente de Sonora²⁵, Sinaloa, Nayarit, Colima y Guerrero (González, 1991: 139).

También inició un proceso de inmigración internacional no sólo de colonizadores franceses, estadounidenses y alemanes, sino de las primeras migraciones asiáticas (filipinas²⁶, chinas²⁷ y japonesas²⁸) a Santa Rosalía, las cuales llegaron a reemplazar a los trabajadores muertos y enfermos por la intensa explotación y exposición continua a los minerales. El mineral cobraba vidas y había que dárselas. Así, se tiene el registro de 180 chinos resguardados en el rancho de San Bruno esperando volver al imperio chino ante padecimientos crónicos de nefritis albuminosa y fiebre gástrica, enfermedades compartidas entre todos los trabajadores mineros (Preciado, 1991: 181).

En términos de infraestructura, la explotación cuprífera de los franceses estuvo acompañada de una cobertura de servicios básicos: escuelas, agua potable, cementerios, hospitales, hoteles, transporte, comercios, los cuales en un inicio eran exclusivos para los colonos y obreros mineros.

²⁵ Cabe resaltar que la mayoría de los obreros provenientes de Sinaloa pertenecían a la comunidad indígena del Valle Yaqui.

²⁶ En 1881 se tienen registrados 10 filipinos dentro de la base de trabajadores de la minera. Para el censo de 1920-1921, se pierde su registro. Falta indagar sobre su posterior desplazamiento o repatriación.

²⁷ A través de Ernest Michot, director francés de El Boleo, se contrató en distintas ocasiones a contingentes de personas chinas para trabajar en la minera, muchos de los cuales ya habían arribado al país anteriormente. En 1908 se contrataron 308 chinos que venían de Guaymas, Sonora. Véase: Preciado Llamas, Juan. "La población china en Sudcaliforniana en el primer tercio del siglo XX", en *Sociedad y gobierno en el sur de Baja California*. México: UABC, p. 186.

²⁸ En 1904 llegó una embarcación con 500 japoneses a Santa Rosalía, quienes habían sido contratados para trabajar en la minera. Un mes después se buscó su repatriación dado que se rehusaban a trabajar en la mina aduciendo "ver al diablo al interior de sus túneles", según registros del jefe político de Mulegé a Ignacio Mariscal (secretario de Relaciones Exteriores). Véase: *op. cit.*, p. 182.

La población originaria de Santa Rosalía subsistía del autoconsumo y al margen del desarrollo económico minero hasta principios del siglo XX, cuando la empresa minera invierte en la comercialización de bienes de consumo.

Cabe resaltar que antes de la llegada de las mineras, en la región no había una economía de mercado, la cual introdujo la compañía francesa a partir de mercancías importadas de Europa, Estados Unidos, Sonora y Sinaloa. La empresa paulatinamente se volvió un ente rector del poder político en la región al ser dueña de distintas actividades diferentes a la extracción de minerales, protegiendo sus intereses económicos pero también decidiendo sobre el uso de las tierras, regulando el consumo y conducta de los pobladores e influyendo en el nombramiento y destitución de las autoridades (Preciado, 1991: 163).

El “desarrollo” causado por la apertura de la Compañía El Boleo, estuvo sujeto a los intereses de la compañía y no de la población, que si bien gozó de los servicios básicos y nuevos bienes de consumo en un periodo posterior, fue a costa de una dependencia a la empresa y pérdida de su patrimonio para muchas poblaciones²⁹. La actividad minera durante el Porfiriato mantenía el control de los salarios de los trabajadores y las condiciones de trabajo y además vigilaba sus gastos mediante el monopolio comercial (Preciado, 1991: 169). El territorio geográfico, aislado del macizo continental mexicano, le permitió no solo monopolizar el comercio sino parte del ámbito político, teniendo control casi absoluto de la vida económica, política y social de la región, quizá la única minera que logró esto en dicha etapa.

²⁹ Al incursionar en la venta de bienes de consumo, la minera compró terrenos donde se encontraban varios ranchos de la región, los cuales fueron despojados y desplazados acompañados de una orden legal legitimada por el jefe político de Mulegé. Véase: González Cruz, Edith. 1991. “La expansión territorial de El Boleo 1901-1913”, en *Sociedad y gobierno en el sur de la Baja California* editado por Juan Preciado Llamas y María Eugenia Atlabe Fernández. México: UABCS, p. 141.

Regresando al análisis, lo que podemos apreciar es cómo la producción del mineral en mercancías y la reproducción de la comunidad no son construidas en base al trabajo únicamente sino a la mercantilización de la naturaleza bajo rutas del desarrollo específicas. Esto sugiere que los modelos nacionales basados en el desarrollo extractivista están constantemente produciendo nuevas estructuras sociales que determinan el éxito o fracaso económico de las localidades, más allá de lo que ocurre dentro del ámbito laboral. La apropiación de la naturaleza, por despojo, es un proceso que posiciona relaciones de poder, específicas y asimétricas, donde los actores que las encaran son colectividades subalternas que no tienen derecho sobre quiénes y cómo se apropian y usan la tierra (Burchardt y Dietz, 2014:479).

Es necesario entonces ver los procesos de extractivismo no como un proyecto estatal en coalición con empresas privadas, sino como un proceso de transformación espacial vinculado a un cambio político y social. El poder sobre la naturaleza, el espacio y su territorialización, es puesto en disputa entre grupos de poder diferenciados, donde en este caso, la inmigración juega un papel importante.

Retomando las reflexiones analíticas de María Eugenia de la O sobre las masculinidades en contextos industriales (de la O, 2013: 86), se considera que las masculinidades desde el ámbito laboral cambian de región a región, generación a generación, donde importa el ciclo de vida de los sujetos, de acuerdo a sus condiciones socioeconómicas.

En el entramado laboral se conjugan las expectativas laborales con las expectativas de lo que significa ser varón dentro y fuera de la minera, siendo de menester importancia dar cuenta de los proyectos de vida y las vivencias que juegan parte fundamental en la articulación de lo que subjetivamente será la construcción *genérica* identitaria, las cuales son contradictorias y complejas.

A esto hay que agregar el factor de “ensamble de culturas” (Reygadas, 2002) entre la comunidad mexicana y los trabajadores surcoreanos dado que los mandatos de género pueden dialogar o chocar en cuanto a la construcción del imaginario de género.

Partiendo de entender a los hombres como sujetos dentro de un sistema sexo-género, el interés es indagar en la producción de sujetos que produce una serie de efectos sobre los cuerpos, las subjetividades, prácticas, cosas y relaciones que mantienen procesos de significación que instituyen la masculinidad en los diversos ámbitos de la vida de los sujetos y de la sociedad, “las cuales son relaciones de poder pero también de resistencia entre las personas y entre el cuerpo social dado” (Núñez, 2016: 28).

La distinción entre el mundo del trabajo y el “extra-laboral” es una construcción social que nos ha hecho separar las esferas del trabajo y la vida cotidiana cuando en la realidad hay una imbricación o una nula separación de dichas esferas. Hay que partir desde las relaciones sociales, las cuales no se dan en esferas separadas de la vida cotidiana. Enrique de la Garza (2010) propone estudiar los nuevos espacios de acción de los sujetos no restringiéndola a los ámbitos de producción laboral, sino que parta en función de prácticas y subjetividades que ordenan sus biografías (Schütz, 1995: 16) desde el ámbito laboral la conducta en el trabajo.

De esta manera, pensar lo que significa y como se construye el ser hombre dentro de la minera El Boleo para dar cuenta del cambio sociocultural dentro de la comunidad en Santa Rosalía involucra pensar la minera como el contexto espacio-temporal que otorga cambios en las determinaciones situacionales y estructurales de las relaciones sociales de un grupo o sociedad, relativas a condiciones socioeconómicas cambiantes (Barros, 2005:105).

El Estado es un actor presente en el modelamiento de las culturas laborales de obreros y empresarios. Las grandes firmas de inversión que desarrollan las fábricas, con aspectos globales de cadenas productivas y organización del trabajo, pueden articularse o no en redes con medianas y pequeñas industrias.

Las empresas tratan de responder a las condiciones actuales tanto del mercado a nivel mundial como de la sociedad civil a nivel local, en aras de aumentar la calidad y productividad; línea paralela al desarrollo de estrategias y apropiaciones de las condiciones laborales que la empresa organiza por parte de los trabajadores, quienes interpretan sus requerimientos de acuerdo a sus intereses, necesidades pero también determinaciones culturales –donde el género es vital de su condicionamiento de expectativas-.

Es decir, hay una interpelación de las necesidades y exigencias de la empresa con las de los trabajadores. Actualmente hay 1,653 compañías surcoreanas establecidas en el país, la mayoría centradas en la manufactura del sector automotriz pero recientemente con un gran peso en términos de ganancias de exportación en la industria minera (Licona, 2005), las cuales representan un imán de diversas empresas surcoreanas para invertir en México.

Actualmente el proyecto de instalación de una planta productiva automotriz de la compañía surcoreana KIA Motors en la provincia de Pesquería en Monterrey, Nuevo León ha suscitado numerosos debates sobre la incorporación de nuevas modalidades de trabajo y los beneficios en términos de derrama económica que este tipo de proyectos pueden ofrecer a las comunidades y poblados en donde se insertan. Sin embargo, poco se ha problematizado sobre los compromisos en términos de responsabilidad social que estas empresas adquieren o los impactos socioculturales que impactan de manera significativa, de manera positiva o negativa, en las regiones y localidades donde se establecen.

Con la tendencia del crecimiento de la inversión surcoreana en el país y la posible firma de un tratado de libre comercio con Corea del Sur, considero prudente hacer un análisis del sector industrial en el área de la minería en Baja California Sur por ser un sector no privilegiado dentro de las discusiones sobre inversión coreana, que se encuentra en operaciones y bajo una “fecha de caducidad”, lo cual hace del caso un fenómeno de gran relevancia para entender el funcionamiento transnacional donde los empresarios y trabajadores asiáticos en relación con los trabajadores mexicanos, en términos de masculinidad, son pieza clave. Es fundamental comprender el papel que actualmente desempeñan las empresas surcoreanas para visualizar el futuro hacia el cual transita su desarrollo y cuáles son las condiciones económicas, pero sobre todo socioculturales que moldean la vida de comunidades locales.

Las masculinidades son producidas local e históricamente como sostiene Connell, pero además como propone Mara Viveros con su concepto de ‘masculinidades nuestroamericanas’, apelamos en América Latina a condiciones específicas que tienen que ver con los procesos coloniales de formación. Por tal motivo, vuelvo al ejercicio creativo de los surrealistas de *cadavre exquis* o cadáver exquisito para reflexionar que al igual que la historia de México está plagada de discontinuidades temporales por los procesos desiguales de intervención colonial, imperialista, neoliberal; las masculinidades que atestiguamos en Santa Rosalía son productos de fragmentos, de pliegues que aparentemente no tienen continuidad entre sí por la condición de enclave y arribos de acuerdo a distintas fases: francés colonizadores y yoremes/yaquis trabajadores, rancheros y pescadores, burócratas, asiáticos y profesionistas.

No hay una conformación histórica lineal de masculinidades, sino pliegues y rasgos diferenciados que en conjunto configuran un mosaico que incorpora en su diversidad, cambios y estructuras de poder que se adaptan para incorporar en su proceso de cambio

las luchas y resistencias que se dan en el campo sexual y genérico de las masculinidades.

De esta manera, la noción de 'exquisitas' es aludir a este juego en el que cada persona redacta una oración, sin que ninguno de los que sigue a continuación lea la oración anterior y busque complementar lo anterior escrito, quedando así una colaboración colectiva carente de sentido lineal en su conjunto pero que se articula de manera inconsciente por la colectividad que la compone.

Masculinidades exquisitas, lo pienso como un concepto que ayude explicar la irrupción anacrónica de las masculinidades locales, producto de la fricción de distintos procesos globales de interés extractivista en la región pero que justo apunta a procesos propios donde la diversidad de prácticas masculinas no son un cúmulo sumatorio de distintos esquemas de masculinidad en interacción, sino resultado de fricciones que generan sentidos propios del poder, la hombría y el sentido ambiguamente anacrónico de la masculinidad.

De acuerdo con la concepción clásica de enclave, la cultura minera se constituye a partir de las determinaciones físicas y de riesgo del trabajo minero, la conformación de pueblos mineros y las formas de representación sindical en las que se organizan políticamente los trabajadores mineros (Sariego en Torres, 2021).

El trabajo minero ha cambiado en su constitución de riesgo, al incorporarse nuevas tecnologías de extracción así como normas y protocolos internacionales de seguridad, que transforman las maneras de concebir el trabajo minero. Los significados del ser hombre y ser minero se desplazaron hacia otros significados vinculados a la experiencia y conocimiento acumulado.

Santa Rosalía ha dejado de ser un Mineral o pueblo minero en tanto que su constitución no depende enteramente de la empresa minera. A partir de su proceso de desenclavización (Zapata, 2018) a partir de la década de 1960, sumado a su constitución como cabecera municipal de Mulegé, su crecimiento demográfico, mercado de trabajo e instituciones sociales se desprendieron de la empresa minera, teniendo una autonomía y con ello una continuidad histórica ajena a los intereses y actividad de explotación minera.

Sin embargo, a partir de 2014 con la reactivación de la minería a través de la inversión surcoreana en MMB, los mercados de trabajo y la lógica de la economía local se vio articulada de manera periférica a los polos de empleo y remuneración que la empresa generó, dándose una nueva vinculación de la población al trabajo minero, sin constituir en sí mismo una condición de enclave.

Las nuevas condiciones de enclave son estructuradas para las y los habitantes de los trabajadores de fuera de Santa Rosalía, quienes habitan tanto en campamentos mineros como zonas habitacionales en renta dentro de la población. Sus condiciones de vivir y trabajar en MMB están fuertemente vinculadas a la manera en que la empresa organiza sus horarios de trabajo, descansos, rotaciones, vivienda, alimentación. Estas nuevas configuraciones, ligadas a la influencia directa en la economía política de la población, generan nuevas condiciones de enclave.

Las condiciones de enclave configuran las concreciones materiales y estructurales a partir de las cuales se configuran, condicionan y/o limitan una serie de significados, manifestaciones y regímenes de masculinidades a través de las cuales se da una variedad de varones se presentan, insertan e interactúan socialmente bajo múltiples masculinidades.

En el siguiente capítulo se abordará como esta diversidad de varones, a través de sus expresiones y prácticas, significan el ser hombre en Santa Rosalía, siendo de interés para

esta tesis resaltar sus coincidencias de asumirse como hombres heterosexuales y las diferentes maneras de experimentarlo.

Esto me permitirá perfilar el contexto etnográfico para estudiar las masculinidades en Santa Rosalía desde un marco interpretativo que nos permita describir, explicar la opresión sexual y erótica (Rubin, 1989: 150) que forma parte del ser hombre en esta comunidad de trabajadores.

De esta manera, pensar en que la construcción social del deseo dentro de los campamentos mineros en Santa Rosalía, no sólo obedece a una relación directa con el tipo de trabajo o máquinas y herramientas empleadas, sugerente en los hallazgos discursivos de Reygadas (2010), sino que hay un sistema sexo-género (Rubin, 1989) que en medio de una disputa constante va normalizando, naturalizando o prohibiendo ciertas prácticas sobre otras donde se dan ciertas recompensas sociales que impulsan a los individuos a ciertas actividades y a evitar otras.

Al abordar el caso de la sexualidad en pueblos indígenas, que no desatienda una explicación de marcos estructurales, Guillermo Núñez (2009) propone iniciar por el eslabón más importante de la transmisión del VIH, que son las conductas sexuales de riesgo, donde la migración y la pobreza son factores de vulnerabilidad pero no fenómenos de riesgo en sí mismos (Núñez, 2009: 23).

Esta aseveración, fundamentada en resultados empíricos de trabajo de campo, le han permitido a Guillermo y Patricia Ponce puntualizar como la sexualidad se transforma en el proceso migratorio, donde se da un proceso de apertura relacionado al extrañamiento ante 'los ojos' de su propia comunidad, lejanas al escrutinio de sentirse vigilados, teniendo más posibilidad de explorar nuevas rutas de deseo ante la soledad y necesidad afectiva que las distintas experiencias migratorias van teniendo como tendencia.

Pero para dar cuenta de estos cambios y nuevas exploraciones, los autores son muy claros pues nos indican que antes se debe tener un conocimiento sobre sus culturas sexuales: prácticas, mitologías, actitudes, conocimientos, proceso de poder y resistencia

Los distintos colores y modelos de masculinidad, donde se hace presente el color de piel, la autoadscripción de género y la sexualidad percibida, es que pueden organizar categorías analíticas para asir las experiencias de los hombres. No hay una masculinidad abstracta y universal, sino masculinidades encarnadas y expresadas en las prácticas cotidianas: están situadas en cuerpos diferenciados en tensiones, ambigüedades y contradicciones.

Hay un carácter extendido de las normas de masculinidad que se imponen a todos los hombres en formas de mandatos comportamentales y morales pese a la pluralidad de formas de masculinidad, ya sea para adecuarse a ellas o para rechazarlas, los hombres deben situarse en relación con estas normas y su posición depende a la vez de distintos factores estructurales y posicionales, así como las diferencias de recursos que tienen para confrontar estos mandatos normativos.

Desde esta perspectiva, podemos afirmar que la masculinidad es mutable y se puede desanclar de los cuerpos de los varones. Las “masculinidades nuestro-americanas”, como denomina Mara Viveros a la encarnación de estereotipos de la sexualidad masculina racializada desde una masculinidad hegemónica colonial, s que podemos explorar y aterrizar el papel de las formas de entender, percibir y poner en práctica el cuerpo masculino que se encuentra en los intersticios y periferias de estas masculinidades que se imponen, protagonizan el espacio público y la mirada social. Los imaginarios culturales de los cuerpos y sus masculinidades subalternas las podemos encontrar a partir de la música, la comida, referencias y auto-adscripciones étnicas, racializadas, geográficas o culturales.

El concepto de masculinidades de enclave ayuda a explicar la irrupción anacrónica de las masculinidades locales, producto de la fricción –evocando a Tsing- de distintos procesos globales de interés extractivista en la región pero que justo apunta a procesos propios donde la diversidad de prácticas masculinas no son un cúmulo sumatorio de distintos esquemas de masculinidad en interacción, sino resultado de fricciones que generan sentidos propios del poder, la hombría y el sentido ambiguamente anacrónico de la masculinidad.

Capítulo 5. Explotación minera: diversidad de minerales, diversidad de masculinidades.

*Ser hombre adulto es ocupar un espacio, tener una presencia en el mundo.
Al caminar por la calle, estiro mis hombros y me comparo con otros hombres.
Al encontrarme una noche con un grupo de jóvenes punk me pregunto si me
veo lo suficientemente imponente. En una manifestación me comparo con los
policías, intentado ver si soy más alto y más fuerte, por si llegamos a un
enfrentamiento.*
Raewyn Connell, *Masculinidades* (1995)

El objetivo de este capítulo es presentar los resultados etnográficos sobre la diversidad de expresiones y prácticas de como los colaboradores etnográficos socializan, coinciden y conviven bajo el lenguaje de la heterosexualidad como institución social, en condiciones de enclave.

Los objetivos particulares a los cuales se busca dar respuesta es indagar en la diversidad de expresiones y prácticas de varones que viven y trabajan en las condiciones de enclave de Santa Rosalía, que asumen su masculinidad como heterosexual; así como describir como socializan, coinciden y conviven bajo el lenguaje de la heterosexualidad como institución social.

La manera en cómo estudiamos la heterosexualidad desde las ciencias sociales hace énfasis en los modelos hegemónicos. Desde referentes conceptuales de los estudios queer (Rich, 1980; Segal, 1995; Núñez, 2007; Sedwick, 1985) este capítulo pretende ser el más analítico en cuanto a las diversas metodologías empleadas durante del trabajo de campo, para dar cuenta de dos cuestiones: 1) la interacción desde mi propia masculinidad que me fue complicado generar rapport con sujetos que se reivindican desde masculinidades hegemónicas, 2) la riqueza que permite observar bajo distintas metodologías las mismas expresiones y acontecimientos, dotando un esquema de análisis susceptible a realizar clasificaciones de acuerdo atributos, gestos y manifestaciones específicas relativas a las masculinidades observadas.

Los estudios sobre la masculinidad heterosexual contrastan con los realizados, con cierta obsesión, sobre la homosexualidad y otras sexualidades fuera de la heteronormatividad. Ello parte del ejercicio analítico de mirar y cuestionar desde una perspectiva queer la heterosexualidad.

Intelectuales como Martin Rochlin (1982) han generado herramientas metodológicas para cuestionar la heterosexualidad de la misma manera en que han sido cuestionadas –dentro y fuera del discurso científico y la academia- las personas no binarias, transexuales, bisexuales, intersexuales y homosexuales.

La intención de este capítulo es ofrecer una mirada sobre cómo hemos invisibilizado en nuestro análisis sobre masculinidades importantes y consideraciones de la heterosexualidad por asumirla como punto de partida de normalidad en las contribuciones desde miradas de género y teorías feministas.

Así, desde un ejercicio antropológico de extrañamiento, la idea es presentar los datos etnográficos reunidos sobre la diversidad de hombres y sus masculinidades en Santa Rosalía desde esta mirada queer que busca cuestionar sus hábitos, representaciones, expresiones y relaciones que se plantean y entienden dentro de la población como lo normal y cotidiano.

De esta manera propongo que se podrá discutir en un piso común las masculinidades no heterosexuales, no desde una posición de minoría o marginalidad sino desde un escenario de comprensión donde todas las sexualidades sean dignas de ser acreditar y reconocidas. A la vez permitirá cuestionar aquellas que reafirman, reproducen y constituyen cotos de poder y dominación a favor de los hombres heterosexuales, proponiendo y justificando sus prácticas como naturales.

Los tipos de socialización de los varones en los bares, bailes, polladas, escenarios de pesca y otros espacios más, propongo, pueden ser interpretados desde una posición que nos permita desmenuzar la variedad de disidencias heterosexuales que subsisten omitidas y, silenciadas por la heteronormatividad dominante.

Coincido con la definición de Guillermo Núñez (2011: 46) de la homofobia como el temor, ansiedad y miedo al homoerotismo, al sentir deseo y placer erótico con personas del mismo sexo. Esta construcción de mandato desde la heterosexualidad genera ejercicios de violencia simbólica, física y objetiva que a su vez se ejercen hacia sí mismo los varones al advertir en ellos expresiones y deseos eróticos hacia otros varones.

Las diferentes maneras en como los varones lidian dentro con las exigencias de la heterosexualidad, las prácticas homosociales y homoeróticas, forman parte del andamiaje de la diversidad de prácticas masculinas, que pueden o suelen pasar desapercibidas o silenciadas por la imposición hegemónica de representaciones sobre lo masculino. Es decir, se presenta de manera cotidiana y pública una sola manera de apropiarse y ser un hombre heterosexual. Aquí iré esbozando una reflexión a desarrollar de manera analítica en el capítulo cuatro sobre la poética de las masculinidades relacionadas al silencio, la omisión verbalizada de una feminidad negada.

Para este ejercicio hago un corte generacional para dar cuenta de distintas exigencias y regímenes políticos que se hacen valor tanto por la edad como por los cambios socioculturales y generaciones en los que les tocó crecer.

La construcción de las masculinidades se da en un proceso complejo en donde se combinan el poder, dolor y gozo en sus procesos de socialización (Ponce, 2001), siendo indisociables las experiencias consideradas como positivas de las propias violencias que se viven como parte de las exigencias de portar y representar masculinidades desde la heterosexualidad.

Siguiendo las recomendaciones de Guillermo Núñez (2013) en su análisis de tres generaciones de hombres sonorenses, presentaré cortes generacionales a partir de espacios de socialización observados y registrados en el diario de campo, que me permitan desarrollar distintas características de la forma en que los varones de apropiación del discurso heterosexual y desde ahí configurar socialmente su masculinidad en relación al ejercicio de su sexualidad, paternidad, autoridad en la pareja y familia, autoconcepción de sí mismos, como aspectos que forman parte de los de la masculinidad temporalmente con los tintes homofóbicos que conlleva.

‘Hombres en formación’: Infancias frente a la heteronorma.

Desde la reflexión que invita Mauro Koury (2010) con el concepto de ‘masculinidades en formación’ abordaré relatos etnográficos en los que me tocó observar y participar en procesos de socialización a los que fueron introducidos infantes varones, hijos de trabajadores mineros o trabajadores de otro empleo en Santa Rosalía.

Desde este cuestionamiento epistémico de la heterosexualidad, iré presentando el extrañamiento de cómo se instalan y justifican ciertos procesos de enseñanza diferenciada entre infantes mujeres y varones.

Además, será interesante encontrar como en las narrativas y reflexiones de los varones citados, encontramos una relación de su formación masculina fuertemente ligada al trabajo. En el caso de los habitantes locales de Santa Rosalía al preguntarles sobre su formación como hombres, hubo una clara tendencia de abordar la temática desde el trabajo (minero) de los padres y como lo continuaron o no ellos. Como el siguiente caso de Javier:

Mi infancia la viví en Ranchería [colonia al norte del Centro Histórico de Santa Rosalía], lo que más recuerdo es llevar el lonche a mi papá a medio día, tenía que caminar toda la cañada hasta las minas San Víctor 1 y 2. Era

cansado pero divertido, así se divertía uno, caminando y viendo que se encontraba tirado. En esos tiempos era común encontrar después de que las lluvias de enero removieran la tierra, monedas y objetos de antiguos mineros, de aquellos años de la mina francesa.

Yo me puse a estudiar para ser maestro, pero también trabajé de minero ya de joven, estuve un año en la fundición, trabajé moliendo y quemando el ‘metal’. Trabajabas en lo que veías, en lo que había, trabajar de la minería.

(Javier, entrevista personal)

En otras ocasiones, el referente laboral se vuelve la única relación paternal, como lo indica Rufino ‘el Pino’ Beltrán, reconocido personaje dentro de Santa Rosalía por ser de los mineros vivos más longevos (90 años en 2019):

Mi mamá era de La Paz y mi papá de Sinaloa. Mi papá nos dejó, apenas nació: ¡pelo gallo!

Él era minero en Purgatorio, donde crecí hasta 1953 que llegué a Santa Rosalía.

Mi papá era minero, como todos, uno nacía en familia de minero y sabías que ibas a serlo también.

A los catorce años empecé a trabajar de minero, toda mi juventud la trabajé en las minas, aunque me invitaron quienes conocieron a mi papá, yo me inicié así solito a trabajar. Como ‘poquiteros’ no te contrataban, con tener las herramientas podías trabajar y llevar lo sacado a la fundación para que lo pesaran y te paguen. Había patronos poquiteros, pero había quienes como yo, por nuestra cuenta sacábamos el mineral. Ban o miel, pero llenábamos los chutes. (Pino, entrevista personal)

Pino nació y creció cuando no se había creado la colonia o traza urbana de Santa Rosalía, sino que operaban múltiples campamentos mineros asentados al exterior de las bocaminas: Purgatorio, Santa María, San Luciano, El Infierno, etc.

Las poblaciones estaban dedicadas enteramente al trabajo minero, masculinizado en la figura de los varones y jóvenes que como Pino, que se iban incorporando al trabajo extractivo. Las mujeres eran relegadas al trabajo doméstico y de cuidados dentro de los campamentos. Este panorama empezó a cambiar cuando la traza urbana, por la administración francesa, empezó a crecer y se fueron cerrando los distintos frentes al irse acabando la concentración de cobre en los terreros extraídos.

El tránsito de la infancia a ser reconocido como hombre, estaba marcada por el trabajo minero, cuando se alcanzaba la capacidad física para trabajar dentro de los túneles, como nos lo deja ver el testimonio de Rafael Ceseña:

Yo entré a la mina a los 17 años. Para mí era un pavor espantoso porque¡caray! el entrar a una mina era muy diferente, estar bajo toneladas de tierra. Había días que no dormía de sólo pensar en que iba entrar a trabajar otro día ahí. Pero a todo se sobrepone uno y en parte porque mi padre estaba ahí, era minero también. Al verlo, me habitué. A él parecía no espantarle ni causarle algo el trabajar en la oscuridad y calurosa profundidad. Luego llegué hasta trabajar sólo en una mina, el miedo lo vencí. Fue muy satisfactorio el haber vencido el miedo a la mina.

La compañía paternal como ayuda para vencer el miedo fue muy importante para Rafael. La incorporación laboral implicaba no sólo un esfuerzo y desempeño físico sino una configuración emocional para vencer los miedos ante el riesgo que implicaba este tipo de trabajo.

El proceso de masculinización a partir del trabajo también traza líneas emotivas, incluso, una vestimenta asignada que fue cambiando con el tiempo, como nos explica Juan García:

Cuando ibas con el jefe tenías que llegar con el sombrero en la mano, en ese entonces los cascos no se usaban. Esos llegaron como en 1975. Antes el minero andaba en pura zapeta, sin zapatos ni camisa -por el calor-. Sombrero y zapeta. Si no tenías sombrero lo pedías, nada más para llegar donde estaba el jefe y quitarte el sombrero todo el tiempo que platicabas con él, había que hacerlo agachado. No de frente porque lo ofendías. Era otro mundo.

Este otro mundo que hace alusión Juan demarcaba una relación jerárquica que traspasa los espacios de trabajo y se hacía sentir dentro de los campamentos mineros y la eventual formación de Santa Rosalía. La relación entre jefes, supervisores y obreros implicaba una relación de respeto que se hacía sentir dentro de las calles y espacios públicos. Como nos lo deja ver la trayectoria de José Luis Armenta, las experiencias de trabajador en las operaciones de mina variaban mucho de acuerdo a una división de clase, marcada por la ocupación:

Primero fui jefe de turno y luego supervisor de mina. La función era vigilar que se llevara a cabo el proceso de explotación. El sistema, grosso modo, era sacar el mineral y meterlo directamente a la fundición, quitándole cierta humedad. El único compromiso es que tuviera la ley mínima de 3, 3% de cobre. Esta es una ley alta pensando en el ahora, pero en aquel tiempo era la mínima aceptada para poder ser aceptada en los hornos, con sus respectivos fundentes y una serie de accesorios que llevaban todo el proceso hasta llegar al fundido. Teníamos que revisar lo que traían los mineros y regresarles los chutes si no cumplían con la ley que se buscaba.

La Compañía nos enseñó a trabajar, a ser responsables, todo eso es gracias a la escuela que dejaron los franceses. La gente era muy responsable, muy conocedora de su oficio, fueron tiempos muy agradables de trabajo.

Esta narrativa y evaluación contrasta con la experiencia de Santana Cruz, descendiente de la población yaqui, comunidad indígena traída vía enganches laborales de Sonora a trabajar en los campamentos mineros a finales del siglo XIX:

Yo no estudié porque así estábamos de bajo recursos. Empecé a trabajar a la edad de 14 años en la mina '25 de mayo' para ayudar a sostener la casa. Primero como quebrador de metal, afuera en la superficie y también volteando carritos. Posteriormente ascendí, cuando tuve más edad, a trabajar adentro de las minas como peón. Con el tiempo me fui superando hasta que me pusieron como metalero: había que tumbar metal con pico y pala y llenar carritos de metal.

Yo iba poniendo todo mi empeño que tenía para seguir adelante en mi trabajo, por más cansado que fuera. Así fue como aprendí a poner madera, que le nombran palero, para sostener adentro la mina. Con todo y la experiencia ganada, yo cobraba en aquel entonces un sueldo de siete pesos diarios, ganaba 42 pesos la semana –muy trabajados-. Era poco el dinero que pagaban, pero yo seguí con tal, con decirte que no paré desde 1955 hasta que cerró la mina. Fui yo el último minero que salí porque al final estuve como mayordomo de la compañía. Fui el último minero que liquidó la compañía, el 30 de abril de 1986.

La formación y socialización como mineros estaba trazada por una diferencia de clase, según las distintas actividades a realizar. La manera en que se formaban como hombres, compartía una serie de significados en torno a la responsabilidad y preparación de habilidades, pero se distinguía en la experiencia sensible, como lo hacen notar lo contrastante de las interpretaciones entre Santana y Armenta.

José de Jesús Soto nos enmarca que estas condiciones laborales eran acompañadas de una solidaridad entre obreros mineros que se hacía sentir en la vida cotidiana, que formó parte de cómo les tocó crecer a esta cuarta y última generación de mineros de la industria extractiva que se mantuvo activa desde la fundación de la población hasta 1985 que cerró sus operaciones:

Cuando era ‘plebe’ con 15 años dormía en las banquetas, en un catre, para evitar el calor dentro de las casas de madera. Tu ponías tu cartera, pantalón y zapatos a un lado tuyo. Ahí amanecía todo. Venían los trabajadores de los talleres, pasaban con los carritos de las minas a la fundición, te daban la vuelta y no te molestaban. Podías pararte para ir a la escuela y dejar todo ahí, no pasaba nada. Ahora si te acuestas ahí, no se llevan tus cosas: te llevan a ti. ¡Qué gran diferencia!

Era otra la vida que teníamos en Santa Rosalía. Era la preciosura que teníamos: la tranquilidad, la paz pero sobre todo la hermandad. Todos nos conocíamos, todos nos queríamos, todos nos ayudábamos. Yo miraba por ti y tú mirabas por el otro, todos nos ayudábamos. Ahorita la vida aquí es muy diferente.

Soto hace una pondera esta solidaridad y manera de apoyarse como parte del ser minero, que no reconocer en las prácticas actuales de la minería, ni siquiera del ser hombre dentro de Santa Rosalía, donde percibe que la inseguridad deviene de este cambio de moralidad.

Cierro este corte histórico con un fragmento del escritor de novelas y reconocido político de la población, el Prof. Bobby (+):

Antonio Figueroa (el Cadena) y Francisco Javier Gaynor, dos obreros de la fundidora, el 17 de junio de 1985, accionaron por última vez el mecanismo que hacía funcionar el silbato de la fundición. Este “pitazo” estaba fundido en la piel del pueblo; era el tic tac de su corazón y la señal para iniciar el trajinar diario. A las seis, a las seis y media y a las siete de la mañana se escuchaba para que todos los pobladores nos preparáramos para las tareas diarias; los mineros, los obreros de la fundición y talleres, se levantaban al primero; los demás lo hacíamos entre el segundo y el tercero. El pitazo era parte del pueblo; su ronco sonido, melancólico y gordo recorría la playa, la gran cañada y los cerros. En la noche se escuchaba dos veces: a las diez y media y a las once. Hubo un tiempo en que el primero anunciaba al pueblo que dentro de media hora se suspendería el servicio de energía eléctrica. Fue uno de los tantos espacios de crisis que ha vivido el pueblo durante su azarosa vida.

Desde 1985 no escuchamos ese silbatazo, ronco y melancólico que recorría la piel del pueblo...ya muchos ni se acuerdan, es más, muchos nunca lo escucharon. Desde 1985 nos inventaron otro pueblo que quedó sin las minas y sin trabajo... hoy ya nada tenemos de aquella historia bella y sacrificada. Hace 33 años que le rompieron la lengua y las piernas al pueblo aguerrido de mineros, rieles y locomotoras.

Gaynor y el Cadena, petrificaron la historia en un solo movimiento...congelaron la atmósfera y nos borraron la historia minera...nos dejaron en el pasado sin tiempo.

En 1985 la memoria minera saltó al vacío... a guardar los donkes, picos y palas, los carritos de la mina, la lámpara y el carburo, el metal y la escoria, la cañuela y la pólvora. ¡A guardar la zapeta y el secador en la esquina del corazón!!

Con la reflexión de José de Jesús y sentida redacción del Prof. Bobby, podemos notar que no sólo la vida, sino la incorporación de prácticas masculinas, fuertemente ligadas al trabajo, han cambiado mucho dentro de la población, pese que a MMB a reactivado el trabajo minero después de casi 30 años de inactividad. Los procesos laborales, la conformación y actividades de los trabajadores, la traza urbana y la vida social ha cambiado mucho pese que sea el mismo espacio y oficio. Con ello, han cambiado también las masculinidades y es lo que queremos hacer notar.

No es el espacio en sí mismo o el simple transcurrir del tiempo lo que afecta, cambia o incorpora nuevos mandatos de género, sino las transiciones de las relaciones de género en cuanto a las transformaciones culturales, políticas y económicas de una población.

Hoy en día, el recuerdo de la infancia de estas generaciones que hoy son adultos mayores que pueblan Santa Rosalía, evocan una mirada de la cultura minera y del ser ‘hombre minero’ que no coincide con las experiencias de las y los trabajadores de MMB; no sólo por las condiciones de trabajo sino con el cambio de los valores y significaciones del ser hombre con las que han crecido.

Por ejemplo, Javier nos narra como las generaciones que les tocó el declive del de la industria minera en la década de 1960 les tocó crecer con una mirada paternal que buscaba alejarlos del oficio minero:

Lo que conocíamos era la mina, la vida de minero, pero nuestros padres querían que estudiáramos para ser otra cosa, así siempre fue para toda la palomilla³⁰. Nos alejaban de la mina.

Yo no me acuerdo cuando fue que empecé a cocinar así bien, pero venía de mi papá, él se metía a la cocina de repente y yo me acuerdo desde chiquito haberle estando ayudando. Desde morrito me metía la cocina, y yo era el que hacía el puré de papas mientras veía a mi papá haciendo salsas y pescado. Así fui viendo como le hacía y me gustó la cocinada.

Javier recuerda que, para su generación, ya no había una exclusión de varones de en la cocina, que particularmente nunca fue tan estricta en los campamentos mineros. La cercanía inmediata al mar, hacía que las familias incorporaran a su dieta racionalizada por el sueldo minero, lo que se podía pescar en las orillas. Mujeres y varones acudían a la pesca de autoconsumo, donde los varones participaban cotidianamente en la preparación y guiso.

Javier creció sin la exigencia del trabajo minero y con la incorporación más activa del trabajo doméstico. Actualmente como padre y abuelo le gusta cocinar para su esposa, familiares y amistades, como una manera de expresar su cariño, que se extiende más allá del lazo consanguíneo.

Cuando tenía 30 años, junto con su esposa adoptaron a la hija de una de sus vecinas, que no podía cuidarla. Dado que se ocupaban de cuidarla y alimentarla cuando ella no podía, decidieron pedirle a la vecina que le dejaran adoptarla, lo cual aceptó, dándose dicha adopción de manera informal, sin ningún papel o formalización.

Después Javier la registraría ante notario como su hija, sin más explicaciones.

³⁰ Expresión utilizada en Baja California Sur para hacer alusión a las demás personas con las que se comparte características, o para enunciar una colectividad reunida. La palomilla podría ser un grupo de amigos o simplemente las personas reunidas en un determinado espacio.

Al crecer, en la adolescencia, su hija adoptiva tuvo un embarazo no deseado y decidió tenerlo bajo el acuerdo que Javier se haría responsable del recién nacido como su hijo. Así llegó André a su familia, mientras su mamá se fue a vivir a Tijuana, Javier y su esposa quedaron como padres del bebé de su hija adoptiva, reproduciendo un patrón de cariños que podemos seguir desde la crianza que tuvo Javier de parte de su tío Yito.

Javier es una figura central dentro de las y reuniones de cierto sector de habitantes locales de Santa Rosalía, por su afinidad a la cocina, que aprendió desde niño, rompiendo con el mandato de género de la generación de sus padres donde los varones únicamente trabajaban en el sector minero y las mujeres eran las encargadas del trabajo doméstico que, entre varias actividades, comprende la preparación de alimentos.

Estas nuevas generaciones crecieron con la incorporación de un cambio de exigencias masculinas marcadas por el declive del trabajo obrero de extraer el mineral y con la transición a nuevos oficios aún ligados al trabajo de la industria minera, como lo deja ver los testimonios de Manuel, quien liga su narrativa de vida con este cambio del trabajo minero en la población:

Recuerdo bien clarito el sonido del tren, pasaba diario frente a la casa. Mi mamá me decía que yo no había nacido cuando dejó de pasar el tren. Pero si lo oía, en su interior. Por eso sé que dejó de pasar el último tren de San Luciano a Santa Rosalía en 1954, año en que yo nací.

[...] Empecé a trabajar saliendo de la secundaria, mis profesores eran trabajadores de la mina, así que ellos me enseñaron y dieron trabajo. Inicé en la oficina de planos, llegué ir a la mina para ver el terreno pero ‘a la chinga’ no le entre, nunca con las manos, puro trabajo intelectual.

‘La chinga’ es el trabajo físico de trabajar dentro de las minas sacando el metal, haciendo alusión al evidente esfuerzo y desgaste físico que involucraba esta actividad que ya no les tocó. Lo mismo nos menciona Juan:

Trabajo desde los 14 años, que estaba en la secundaria. Nunca trabajé en las minas, así de minero –de la chinga-. Yo sé lo que es ‘tumbar’ un carrito, llenarlo, todo. Conocí todo el proceso y trabajo de mina por estar con mi papá y ayudarle pero propiamente en la mina no, yo trabajé en oficinas de la mina. Mi trabajo era hacer muestreo y avances de la exploración. Era traer los minerales-muestra al laboratorio para que vieran cuanto cobre tenía, cuánto era el espesor de mineral dentro de la mina.

La ausencia experiencia en trabajo minero -de la chinga- sin duda cambió los significados y atributos de su masculinidad, sobre este vínculo de transición a la adultez o ser considerado hombre al iniciar a trabajar en las minas. Sin embargo, prevaleció dentro de su educación y conformación de valores, como nos indica Manuel:

Mi apá...[suspira] vivíamos frente a la carretera, pasaban siempre los mineros. Aprendimos a darle a quien viéramos ahí sentado, un vaso de agua. Sin preguntarle, así ofrecérselo. Así pasaron, no sé si decir cientos, pero si muchos niños y trabajadores por la casa a comer un pan. Eso nos enseñó, ofrecer aunque no teníamos mucho, siempre desde el respeto. Así eduqué a mis hijos también, tenemos marcado eso del respeto absoluto y la puntualidad. Todos mis hijos tienen eso de la puntualidad, es algo que mi papá me heredó y yo seguí con ellos. Es algo que ya se nota hasta con los nietos.

Ahora bien, estas narrativas contrastan con aquellas de las personas que han llegado de otros contextos regionales a vivir y trabajar en Santa Rosalía, sin una historia ligada al trabajo minero.

Ángel y Fernando trabajaron en el campo, criando cabras y sembrando maíz y frijol respectivamente. El primer empleo laboral de los varones se experimenta como apoyo al padre, cambia cuando salen del hogar y buscan su ingreso. Fernando relata:

Cuando yo crecí, después de la secundaria como ya no había preparatoria, me bajé a La Unión, luego Lázaro Cárdenas [Michoacán]. En mis vacaciones me regresaba, pero de a momentos, sólo apoyaba [a mi papá en el campo] pero no me gustaba. Te digo, me fui quedando en la ciudad, teniendo unos trabajos.

Damián nos dice:

De niño pastoreaba cabras, pero empecé a buscar un trabajo para que me quedara dinero un poco más grande, primero me lancé al Barril porque una prima se casó allá, era como una encargada de gringos, como capataces. ¡Duré poquito y me regresé... extrañé San Francisco! [Damián, 2019]

Así se suma también la voz de una generación más joven, Mariano, quien creció en una ranchería cercana a Bahía Asunción y estudió la preparatoria en Santa Rosalía:

A mí me costó mucho la vida en Santa Rosalía cuando fui estudiante porque no conocía a nadie, no conocía la ciudad, siempre había vivido con mi familia en el rancho y ahora andaba rentando solo un cuartito. Quería regresarme a cuidar vacas, hacer queso, lo que fuera menos seguir aquí sólo. Me quedé, pero ese era mi pensamiento diario esos días.

Los cambios en entender el trabajo como una liberación, posibilidades o autocuidado cambian, como efecto del valor a lo masculino cuando se tiene una pareja afectiva. Guillermo Núñez Noriega (2013) considera que hay un binomio de exigencias: “yo te mantengo y tú me atiendes”, que entiende como valoraciones dentro de un marco de dispositivos de poder, otorgando a la masculinidad la obligación condicionada de proveer los bienes y recursos materiales para asegurar la subsistencia siempre y cuando reciba de parte de la feminidad una serie de atenciones y cuidados colectivos.

La consideración que hace el autor es que aún con la incorporación de la mujer en el mercado de trabajo remunerado, el modelo sigue vigente bajo distintas maneras dado que en los varones mantiene una construcción de su hombría fundamentada en el rol de proveedor.

La ‘ruta de género’ que atraviesa la trayectoria laboral de cada persona nos permite entrever posiciones del sistema sexo-género, desde la experiencia vivida de la masculinidad y de la feminidad, que emergen al preguntarles por sus narrativas laborales, que entran en tensión con lo que se espera de ellas conforme a los mandatos de las mujeres (Lagarde, 2000) y de ellos conforme a los valores masculinos (Núñez, 2007).

La vida de los infantes varones tiene incursiones laborales con tareas masculinas que deviene en muchos casos de sus padres, aprender un oficio. Sin embargo, en las generaciones jóvenes de trabajadores de MMB, la inscripción y trayectoria laboral está atravesada por el uso de plataformas digitales, donde la mayoría de ellas y ellos encontraron y realizaron su proceso de postulación y contratación a MMB.

Actualmente, es necesario incorporar estas plataformas como escenarios de mediación de las prácticas laborales, aún más, como espacios etnográficos donde se deja apreciar la autorrepresentación masculina de los varones trabajadores a partir de la información y diseño que hacen de sí mismos en las diferentes plataformas y aplicaciones de celular.

Jóvenes *millenials*: Masculinidades en plataformas digitales

Uno de los escenarios de observación del trabajo de campo fueron diversas plataformas digitales (Facebook, Instagram y LinkedIn) en las que los colaboradores etnográficos, como usuarios, suben distintos contenidos escritos y visuales en los que se presentan e interactúan con personas que se encuentran dentro y fuera de Santa Rosalía. Las condiciones de enclave desértico, amplias horas laborales y diferencias de turnos de trabajo posibilitan que mucho de los encuentros sociales y de interacción se den a través de estas plataformas.

En este apartado buscaré dar cuenta de las diferencias generacionales enunciadas en entrevistas y conversaciones sobre los ‘hombres adultos’ (nacidos antes de la década de 1970) y ‘millenials’ (nacidos entre la década de 1990 y los primeros años de la década del 2000) que forman el grueso de los empleados foráneos de la empresa minera y, por tanto, de la población foránea presente en diversos espacios de Santa Rosalía.

A partir de las guías de observación y análisis de Rossana Reguillo (2012) y Manuel Moreno (2018) analizaré una selección de publicaciones escritas, fotográficas y de video que permiten dar cuenta de ciertas expresiones y relaciones de género desde donde se mide, compete y acredita de manera multimodal la masculinidad de los participantes.

Para Reguillo, estas ‘tecnologías de proximidad’ generan dos efectos fundamentales: convierten a los usuarios en autores y propician el uso activo de dispositivos y contenidos donde se establece una producción de sentido, posibilitado y exclusivo a estas redes sociales (Reguillo, 2012: 141).

Las plataformas digitales son escenarios de expresiones culturales, políticas e incluso emocionales. Considero que a su vez, la performatividad de la masculinidad se da y se puede acceder a ella a partir de hacer etnografía de estos espacios digitales.

Como escenario, retomamos la plataforma 'LinkedIn', la cuál es una plataforma digital de redes sociales, orientada a contenidos profesionales y de negocios. Los usuarios crean un perfil y suben información sobre su experiencia laboral, trabajo actual y precios, logros, publicaciones o cualquier otro dato que quieras destacar como parte de su perfil profesional.

Es un portal de encuentro entre profesionistas, pero primordialmente de búsqueda de trabajo de los usuarios, y de reclutamiento y contratación de parte de empresas. En 2018 entré a la plataforma con la intención de ponerme en contacto con trabajadoras y trabajadores empleados en Minera Boleo. Aunque mandé decenas de mensajes (como el que se muestra en la lámina) tuve respuesta y comunicación sólo con 15 usuarios (6 mujeres y 9 hombres).

Minera y Metalúrgica del Boleo S.A. de C.V es el usuario de la empresa con el mismo nombre, con 1,427 seguidores, 306 de sus 1,200 trabajadoras y trabajadores que tienen un perfil en LinkedIn. Me relacioné por este medio con el 5% de los inscritos.

El portal permite arrojar un número de estadísticas básicas en cuanto a procedencia y lugar de estudios o formación de sus empleadas con perfil: 107 personas del área de Hermosillo, Guaymas, y Nacozari, 74 de la Ciudad de México, 58 de Los Mochis, Sinaloa y sus alrededores, 25 de Ciudad Obregón, Sonora, y sus alrededores, 14 de Chihuahua, 9 de Aguascalientes, 6 de Torreón y Coahuila, 5 de Tijuana y Baja California, 3 de Corea del Sur, 3 de Guadalajara y Jalisco, 2 de Durango y 2 de Michoacán. La mayoría de los usuarios estudiaron en la Universidad de Sonora, el Instituto Politécnico Nacional y la Universidad Autónoma de Baja California, seguidos de institutos tecnológicos de La Paz, La Laguna, Coahuila, Sonora y Baja California. Según las propias estadísticas consultables de la plataforma, MMB tuvo un crecimiento de su fuerza de trabajo del 1% desde su entrada en operaciones en 2014 hasta 2019.

La interacción laboral y social a partir de plataformas de LinkedIn nos deja notar que en este tipo de enclaves las relaciones sociales entre la empresa y los trabajadores no se limitan a los espacios físicos de la fábrica, sino que se prolongan a través de múltiples vínculos entre los ámbitos de la producción y la reproducción social de la fuerza de trabajo.

La mercancía más volátil y de mayor impacto de exportación de las nuevas empresas y enclaves mineros es su fuerza de trabajo: el desplazamiento de las y los trabajadores en nuevos campamentos, espacios de trabajo, van dejando una huella y cultura de género minera que se va arraigando de manera global en la manera de entender su oficio y maneras de habitar el espacio de enclave, en lógicas de enclave: extractivistas, temporales, individuales, desterritorializadas, efervescentes, descolectivizadas, heteronormadas.

A continuación, haré un recorrido a partir de narrativas de trabajadoras y trabajadores de como experimentan su condición laboral dentro de MMB, pero sobre todo como lo expresan a partir de estas plataformas digitales, a partir de las cuáles se dieron estas narrativas.

Es decir, a diferencia de otras narrativas al interior de esta tesis, los siguientes fragmentos fueron producto de interacciones virtuales a partir de conversaciones en plataformas como WhatsApp, LinkedIn y Gmail.

Octavio, originario de ciudad de México, se mostró más expresivo en cuanto a detalles emocionales cuando hablamos vía WhatsApp que cuando conversamos cara a cara. Aquí un fragmento que complementaba su explicación de cómo se sintió por llegar por primera vez a las instalaciones del complejo industrial de MMB:

Cuando llegue a la caseta, me dio algo de ansiedad de ver lo inmenso de la mina y que yo no controlaba nada de la situación. Me sentía todo el tiempo observado y que no podía hacer nada para retractarme, ya había firmado y viajado hasta acá con su dinero. Iba con miedo en cada proceso: cuando revisaban mis cosas, cuando me piden mis credenciales, me daban manuales y reglamentos. El ver tanta seguridad me dio mucho miedo, era como entrar a la cárcel: ‘llega este wey de nuevo ingreso, a estar encerrado’.

Veo todo lleno de tierra, todo grandote, yo pensé que sería diferente. Algo más urbano, oficinas en un edificio, no sé. Llegué al campamento, me dan llave de mi cuarto y me dicen que tengo compañero de cuarto, que esa sería mi cama. El cuarto pequeñísimo, una cobijita pequeña y una sábana nada más. Lo primero que hice fue hablarle a mi hermano y le dije desesperado: ‘sácame de aquí, sácame de aquí’.

Con el tiempo me fui aclimatando, pero no puedo a la fecha con la soledad, sales de trabajar y te vas a tu cuarto o al pueblo. En el pueblo no hay mucho que hacer y no conoces a nadie, con quien compartes cuarto a veces ni esta o llega solo a dormir. Trabajar aquí es estar sólo, aislado. Te la pasas en el celular, en la compu. Estas atado a la empresa. Mejor prefieres hacer horas extras, estar trabajando que picándote los ojos.

Octavio nos deja ver como se hace sentir la disciplina fabril (Palermo, 2020), desde el espacio físico en las instalaciones de MMB hasta el control del tiempo y actividades. El contraste con las condiciones de trabajo administrativo que conocía en la ciudad de México, son diferentes en términos de paisaje, aunque sus actividades laborales sean muy similares o las mismas.

El espacio ampliado, el enclave minero dentro del desierto sudcaliforniano lo hace sentir preso, afectando directamente su impresión y sentimientos dentro de su desarrollo como trabajador de la empresa.

En cambio, Naoko que es trabajadora de planta en procesos químicos y originaria de Durango, no encuentra el desierto como una afectación como si lo serán las diferenciadas relaciones de género. El siguiente fragmento es una conversación vía correo electrónico, único medio de comunicación pues con ella no tuve ocasión de coincidir y conocernos presencialmente:

La persona que me contrató era un coreano con ideas diferentes a las que actualmente se desarrollan en mi área. Todo en la entrevista fue prometedor, trabajar en mina era sinónimo para mí de utilidades -cosa que no ha sucedido aun, desafortunadamente-.

Las nuevas responsabilidades que como adulto van llegando a la vida te hacen ser más fuerte y aguantadora. Así que aquí sigo, pero espero no sea por mucho más tiempo.

El desierto o el vivir en la mina no me molesta, el problema es que los coreanos al ser de una cultura totalmente diferente, choca con los modos de trabajo de los mexicanos y más porque esta empresa para ellos ha sido meramente de experimento, lo que lleva a muchas malas decisiones.

Los cambios en las metas laborales no surgen al mes ni a la semana, incluso el mismo día se cambia de parecer. Pero el problema es que como mujeres no te escuchan, sólo escuchan a supervisores varones, no puedo opinar cuando tengo más experiencia que ellos.

Para Naoko, esta dificultad con los roces y diferencias de culturas laborales, donde hace énfasis en una problemática de género, forman parte de los problemas estructurales de MMB; encontrando en un posible recorte laboral la solución a su toma de decisión de venir a trabajar a Santa Rosalía. La experiencia de habitar el enclave no resulta una complicación, enfatizando el ser ‘fuerte y aguantadora’ como prácticas de significar la responsabilidad frente al trabajo.

Darío, originario de Michoacán, encuentra un cambio en su ánimo y sensaciones que le provocan habitar y trabajar en MMB, pese haber llegado con mucho ánimo por lo inesperado que involucraba trabajar en un espacio tan distante. El siguiente es un ejercicio que me compartió en un audio de voz vía WhatsApp cuando le pregunté cuál era su manera de experimentar un día cotidiano en MMB:

La península de baja california era el último lugar donde hubiese imaginado vivir. Hoy justamente hace un año llegue a este lugar, mi actual empleo y mi casa por ahora. Me gusta, pero extraño muchas cosas de Michoacán: mi perrita Alaia, las sonrisas de mis papás, comer corundas en el mercado, el ruido urbano de los coches, el Jardín de las Rosas frente al Conservatorio de Música [en Morelia] lleno de turistas sacándole fotos. Mis amigos y familia revisan mi perfil de Facebook o mi perfil de Instagram, lo ven lleno de fotos bellísimas de Baja California Sur y me preguntan porque me quejo tanto de vivir aquí si lo que les comparto es realmente bellísimo: ¿Se pueden imaginar que hacia oriente y poniente no hay nada más a kilómetros, que la combinación de desierto con bahía?

Mi vida se ha reducido a trabajar. Despierto a las cuatro de la mañana, con más ganas de comer que nada, tomo café, saludo en el campamento a gente que me dice “Inge”, llego al cuarto de control (lugar donde trabajo) y tomo mi papel de Supervisor de Cuarto de Control de la planta de ácido.

Para mis compañeros, mi llegada significa un alivio ya que por fin descansarán y para otros, el agobio de pasar a gastar las siguientes 12 horas de su vida cuidando las máquinas y procesos. Después llega el final de turno, lleno de bostezos, seis tazas de buen café prensado y mil maniobras industriales. Luego el fin de turno, se siente bien saberlo, pero las energías están abajo.

Ya no tengo la misma sonrisa emotiva como cuando llegue. Le explico a mi relevo lo realizado y los pendientes por realizar. Para volver a mi cuarto tengo que caminar mucho [3 km/30min.], a menos que alguien con coche me dé un rayte.

Duermo en el campamento Upper Camp, es una mini comunidad con muchos servicios preciados como internet gratuito, TV y un minibar vacío. Me quedo en mi cuarto viendo cosas interesantes en internet, alivio mis cansancios en el Recreativo donde hay mesitas, gimnasio y hasta una terraza con una hermosa vista al mar de Cortés. Terminó el día.

Para Darío, el trabajar y vivir dentro de MMB implica un desgaste físico y emocional, contrariado ante un paisaje y espacio que le gusta, encontrarse en una situación que va aminorando sus sonrisas.

Gabriela, química originaria de Durango, encuentra en MMB una oportunidad temporal de crecimiento laboral, como una etapa transicional donde el desgaste emocional no se hace notar:

El campamento yo lo veo muy bien, me gusta que tienes todo equipado: limpieza, comedor, materiales de trabajo. Es como en todos lados, como he estado acostumbrada a trabajar con puros hombres pues ya sé como son, se que decir, como manejarlos. No lo siento tan pesado. Prefiero estar en mi cuarto leyendo o paseando cuando tengo la oportunidad. Yo lo veo como un entrenamiento, para luego ir a replicar lo aprendido a otros trabajos con mas cercanía a Durango. Boleo da oportunidad a jovenes porque nadie quiere venir de tan lejos, quienes tienen familia o así, yo pienso. Venimos los que tenemos poca o nada de experiencia laboral, sin familia o sin problemas de movilidad.

Los testimonios de Naoko y Gabriela nos deja ver como en Darío y Octavio las sensaciones de asilamiento son mas profundas, hay una sensibilidad cruzada por el género y no por el desarrollo en concreto de sus actividades laborales, que atraviesa su experiencia. Mientras encontramos una recepción o resiliencia en las mujeres, los varones encuentran emotivamente mas complicada la situación de sobrellevar las condiciones de enclave.

A manera de contraste, esta la experiencia de Rodrigo quien es originario de Coatzacoalcos (Veracruz) y llegó a trabajar a Santa Rosalía en 2014, con la empresa de construcción que erigió la estructura del complejo industrial. La siguiente reflexión es compartida a través del chat de LinkedIn:

El bunker tiene 20 cuartos y cada habitación es para cuatro personas. Voy a cumplir 5 años aquí y he cambiado cantidad de veces de compañeros de cuarto, mucho movimiento, personas que duran solo dos meses. Mis compañeros de cuarto son de trabajo: estamos en la misma área, el mismo turno y hasta la misma mina. Entonces no hay mucho problema de que uno ande despierto y el otro dormido.

Llegamos, nos bañamos, cada quien se acuesta a andar en su celular. Yo acostumbro descargar películas de Netflix, me pongo los audífonos y ahí me quedo. No podemos tener nada más que ropa y pertenencias así que celular o así, porque por reglas de Boleo no podemos tener nada para cocinar o refrigerar. Te atienes a lo del comedor o gastar tu raya en comer fuera.

Sólo los del campamento alto tienen ese privilegio. Ellos si tienen internet y nosotros no. Sólo tenemos un lugar para distraernos que es el ‘recreativo’ donde hay una televisión, una mesa de billar, maquinitas para comprar botanas, ahí hay internet pero por lo mismo se satura mucho de gente entonces no puedes estar mucho rato. O al menos yo no, me engento rápido. Soy poco de salir, me gusta quedarme en el cuarto y no salir al pueblo en los horarios que hay camión.

Rodrigo, trabajador de mina subterránea, comparte su espacio de trabajo con compañeros que integran su cuadrilla, siete personas con las que comparte estrecha proximidad de esfuerzo físico, teniendo que producir 1,300 toneladas de material extraído para obtener bonificaciones que hagan rentable la paga.

Su sueldo base entre 3,000 y 3,500 pesos, según la categoría de minero (primera, segunda, tercera o líder de cuadrilla) que puede incrementar de 500 hasta 2,000 pesos semanales si se alcanzan las metas de productividad. Ante tal esfuerzo laboral, los mineros subterráneos que están subcontratado con otras compañías tienen un sistema de rotación de 90 días laborados por 9 días de descanso o 120 días por 15 días de descanso; garantizados sólo si no se falta ni un solo día.

Arturo Meza, oriundo de Santa Rosalía e historiador por la UNAM, escritor autodidacta de la historia de su pueblo natal, acaba de publicar un libro sobre sus indagaciones documentales y periodísticas sobre la creación y desarrollo del enclave minero que le daría vida a esta particular población al norte de Baja California Sur. En su página de Facebook vierte de manera cotidiana sus comentarios y reflexiones sobre diversos asuntos a manera de notas a compartir de manera pública. En el mes de junio del 2019, hace un retrato de manera *fraterna* del Prof. Bobby, escritor y personaje célebre Cachanía que ha publicado numerosas novelas en las que podemos leer en sus párrafos una narrativa cultural de lo masculino, de los ‘personajes históricos’ de Santa Rosalía y de una sexualidad enclavada en las dinámicas de puerto, distanciamiento y encuentro, propias de la península.

Arturo Meza piensa a ‘el Profe Bobby’ como un productivo escritor periodístico y literato terco, posicionado de manera inamovible en un particular enfoque político de izquierda, siempre de lado de los jodidos:

Hijo de minero, desde muy joven probó las chingas de la mina, de profesor normalista hizo sus pininos en San Ignacio donde aún se le recuerda junto a su inseparable perro El Dumbo. Profesor fundador de escuelas, ha dejado una profunda huella en sus estudiantes. Iniciador y militante de partidos de izquierda, de sindicatos obreros, de asociaciones intelectuales, de revistas y periódicos en los que ha delineado su pensamiento a favor siempre de los humildes, algunas veces de manera tronante, ruda, directa -¡alea jacta est!-, otras veces con la suavidad, la exquisitez, los guiños del buen escritor que ha llegado a ser (Meza, 2020).

Después hace un recorrido en su trayectoria dentro de instituciones y cargos políticos que ha tenido, para dar pie a presentar su columna periodística y su narrativa:

“La Ciudad del canal”, una historia novelada de la construcción de Guerrero Negro. Un homenaje a personajes memorables de la Cachanía de los 50’s, arrojados de El Boleo en quiebra, quienes encontraron en el Guerrero Negro de los 50’s, su destino. [...] el nacimiento y desarrollo de un pueblo industrial implantado en un lugar impensable, que fue lugar de correrías de balleneros, piratas y pescadores. La novela no da tregua pasa de la tragedia de los accidentes laborales a las borracheras locas, las bromas pesadas, las necesidades masculinas de un pueblo sin mujeres y el lado venturoso del ser humano, pero sobre todo, narra con singular maestría, el lado más oscuro del individuo que es capaz tanto de la mayor ruindad como del heroísmo más generoso (Meza, 2020).

Muchos de los trabajadores de MMB foráneos, que vienen del interior de la república u otros lugares, encuentran el desierto como abrumador y al mismo tiempo intensificador de las emociones. Octavio nos comparte:

Lo que sientas aquí se siente como diez veces más. Si te enamoras o estás triste, todo se siente mucho más fuerte. No sé qué tiene el desierto pero así se siente. Todo lo vives al doble y eso lo hace más cansado...o más emocionante según como te vaya’

De acuerdo a la diferenciación de los campamentos mineros, *upper* o *lower*, son las vivencias y relaciones con la comunidad. El campamento bajo o *lower*, no tiene espacio para la intimidad: los baños y cuartos son compartidos, no puedes llevar visitas. Una de las estrategias de enganche de la minera es que la vida en el campamento es un beneficio frente a las condiciones de trabajo minero en el desierto, la residencia, comida y servicio de limpieza tanto del cuarto como de la ropa corre de parte de la empresa, siendo posible tener el sueldo íntegro para ahorrar, invertir o remesas.

Sin embargo, la estadía en el campamento y el contexto del desierto aumenta la sensación de aislamiento y soledad, como no lo dejan ver las narrativas de trabajadores varones, teniendo efectos puntuales en la renuncia ante o MMB, teniendo una alta rotación de personal contratado, al menos en esta corte generacional de trabajadores foráneos.

Nos presentamos en la vida cotidiana, dirá Goffman rescatando las fundantes teorías de la interacción social de la Escuela de Chicago, bajo representaciones sociales que tienen que ver con diversas facetas en las cuáles nos relacionamos, según sea nuestro interactuante así como su contexto, demarcado por instituciones sociales como la configuración socio-histórica del espacio público: hospitales, cafeterías, juzgados, oficinas de policías, 'bailes', o incluso en microespacios como un paisaje social: desierto, orilla del mar o enclaves.

Lo mismo ocurre en las plataformas digitales, donde cada espacio o escenario de interacción es sustituido por una aplicación o red social en específico: Facebook, Instagram, LinkedIn, etc. En cada una de ellas, hay una faceta y expresión visual deliberada de la presentación de la persona, que en el caso de los varones, también dejar ver una masculinidad expresada en términos visuales y simbólicos.

Hay un performance permanente de la vida social. Como individuos sociales, hay una actuación de nuestras trayectorias, reputaciones, estatus, expectativas de la comunidad, pero también de nuestros atributos físicos, raciales/racializados, estereotipos regionales, etnicidad, nacionalidades, estigmas, etc.

No sólo eso, también de los mandatos de género, éticos, morales, religiosos, familiares y sociales. Lo interesante de evocar a Goffman es que él subraya fuertemente que toda esta pléyade de complejidad cultural se concreta no todo el tiempo de la misma manera y todo el tiempo. Al revés: tenemos una representación genuina de nuestro auto-performance que exalta (a través de guiños, gestos, posturas, vestimentas, chistes, clichés, silencios, y demás variaciones corporales entendidas según la cultura local³¹) según nuestro espacio performativo, interactuantes y contexto social, que generamos representaciones sociales que forman parte de nuestro *habitus* y manera de presentarnos en la vida cotidiana.

Las plataformas digitales nos dejan ver facetas de la configuración de estos sentires, reflexiones, memorias, ademanes y guiños que no se dejan ver en la interacción cotidiana o no de la misma manera. Hoy en día nuestra continuidad esta mediada por la interacción con dispositivos móviles y plataformas digitales, dándose una experiencia y representación social que opera sólo en la virtualidad.

Las expresiones, contenidos y representaciones en las plataformas digitales pueden presentarse como impredecibles, contradictoria y poco coherentes a las prácticas cotidianas y corporales en espacios físicos y sociales.

³¹ Por cultura local en este párrafo quiero decir que toda la amalgama resultante entre la población nativa, la población colonizadora que refundo el espacio habitado, la composición social que resultó de dicha interacción, los que fueron llegando a ampliar dicha sociedad, así como aquellos que han llegado de manera reciente y participan de manera satelital, liminar y/o excluida dentro de la conformación urbana-espacial de que limita el área de rango de influencia e interacción bajo un sistema de valores, mandatos, relaciones de género y culturales delimitado bajo las fronteras de los gentilicios.

Desde una perspectiva que trate de asir todo el cúmulo de performances sociales que realizamos, tendríamos una identidad pastiche de un cúmulo de variedades de signos y chistes compartidos, posturas masculinas aprendidas, maneras de crear y responder un albur para situarte en una conversación de competitividad del habla y la experiencia vivida, maneras de cocinar y hacer la despensa, maneras y elecciones de donde cortarse el cabello, que cerveza beber y su cantidad según el caso, formas de imponer su punto de vista, de compartir emociones sin mostrarse débil o físicamente atraído por su interactuante también varón.

No acabaríamos de enunciar todas las posibles formas aprendidas socialmente según cada trayectoria de vida, que en el caso de los migrantes se incrementan exponencialmente por los diferentes espacios sociales en los que se inserta e interactúa según su propia movilidad.

Lo que nos dejan ver estos fragmentos narrativos es que la masculinidad es producto de configuraciones y potenciales combinaciones que van más allá de las expresiones y atributos corporales, siendo resultado además de la representación (y estigmas) que bajo nuestro círculo de interacciones sociales -virtuales-, son capaces de formar de acuerdo con el compartir interacciones, códigos de habla, nexos laborales, de vivienda, etc.

La configuración del *habitus* pasa por las relaciones y condiciones de trabajo en dimensiones virtuales, siendo las masculinidades –consciente e inconscientemente- también producto de la manera habitual/constante de interactuar en estas plataformas digitales.

Así, es posible dar cuenta de expresiones masculinas, de atributos aprendidos, negados o estigmatizados de un grupo heterogéneo de varones que comparten un espacio geográfico determinado por lógicas de enclave.

La interacción entre sus distintos repertorios culturales va generando la relación jerárquica de representaciones sociales que permiten la formación de *habitus*, estereotipos, hasta mandatos de género que forman parte del campo sexual desde donde se desprenden estas masculinidades con su diversidad de posiciones, cambios y afirmaciones.

Las masculinidades expresadas por los colaboradores en esta sección han tenido distintos niveles de exposición intimidad y descripción etnográfica, producto tanto de la expresa intención de mostrarse en estas plataformas sociales como de la relación de cercanía que pude entablar con ellos, a través de nuestras coincidencias y afinidades.

Ser hombre como oficio: las masculinidades a partir del trabajo

Pensando en el siguiente corte generacional, aquí presentaré las exigencias, mandatos y expresiones visiblemente diferenciadas a las de los jóvenes considerados ‘millenials’ que entran en juego a partir de la autoridad de la experiencia como un ejercicio también de adultocracia.

La manera en que se presentan algunos varones a partir de su oficio, profesión o trabajo, marca una distinción nodal a apuntar. La diferenciación de enunciación entre los trabajadores de la industria minera y otros empleos genera un elemento de disputa donde los discursos sobre el trabajo dejan ver la adscripción a otros mandatos de género que se hacen valer dentro de sus unidades domésticas, familias y relaciones de parentesco.

Sin embargo, el mandato de ‘mantener/atender’ está construido socialmente de acuerdo con un tiempo y espacio específico, haciendo que cumplirlo conlleve ciertos atributos específicos (Torres y Gallardo, 2019: 117). Esto le sucede a Damián, quien en su rol de proveedor ranchero es incapaz de mantener/atender a su primera pareja:

¡Para mantenerla loco! Ese fue el pedo. Yo pensé que la iba a mantener, que la iba armar en la sierra y no. Nos fuimos a un rancho cerquita de la sierra que se llama San Andrés, ya estaba embarazada ella. [Yo] Agarraba vacas, por cada vaca que agarrara me daban 500 pesos. Agarré varias vacas y pues de ahí nos venimos aquí a Santa Rosalía porque ella no aguanto la vida de rancho, estaba acostumbrada a otras cosas y yo no se lo podía dar, porque no tenía el dinero. Ella quería pasear, quería que zapatos, ir a tiendas. Yo le daba techo y comida pero apenas la hacíamos, no era suficiente para ella. [Damián]

Su pareja al renunciar a mantener una relación con él, Damián se queda sin la responsabilidad de cuidar de ella o su hijo y hay una ruptura de la exigencia de ‘mantener’ que se traduce en impotencia de no poder cumplir sus exigencias como hombre bajo las condiciones materiales que él podía proveer. Es decir, hay una construcción cultural del ‘mantener’ que en este caso la masculinidad ranchera de Damián fue imposible de satisfacer.

Para José Olavarría (2000: 36) el modelo de masculinidad permite a los varones caer en prácticas contradictorias y ser justificadas como responsables al inscribir en sus narrativas biográficas nociones de honorabilidad, respeto o dignidad a sus propias decisiones. Responsablemente no asumen una paternidad de la que tienen duda o en la que su prestigio está en juego.

El ‘acto reparatorio’ de Damián fue no ejercer una paternidad responsable y no mandar dinero o atenciones a su hijo. En la narrativa de Damián, hay un lapso de cuatro meses hasta que ella regresa, nos dice Damián, cuando él ha conseguido un trabajo fijo y una casa que había hecho su padre, ella volvió a vivir con él:

Pero de ahí yo que ya andaba tomando pues me gusto la chingadera, salía y llegaba pedo, ¿y qué mujer te aguanta eso? Ninguna, ninguna. Encima que era violento, me desconocía con el alcohol y si llegué a pegarle. Así seis meses, cumplió un año el niño y me dejó. No pues ni pedo dije, me dejo por pedo no por otra cosa. No la atendía a ella, ni al niño. Ahí si lo reconozco, me dejo por andar valiendo madre.

Hay una injerencia ideológica de que las mujeres se dediquen al trabajo doméstico por su responsabilidad y ‘deber ser’: “del cuidado de los niños y de la procreación; es decir, del conjunto de actividades de reproducción que realiza la madre-esposa para la sobrevivencia de los otros” (Lagarde, 1997: 119-120) pero una zona gris de la performatividad y actividades del hombre, siempre y cuando cumpla. Damián, al verse impotente una vez, ahora que podía cumplir *cabalmente* su mandato, había encontrado en la violencia una manera de sujetar a su pareja con él.

En contraste, Fernando se casa a los 21 años de edad en Lázaro Cárdenas, terminando sus estudios universitarios, con un trabajo fijo y donde vivió los primeros 13 años de su matrimonio. Ahí consiguió un buen empleo en la planta de ácido de Fertilan, que le permite cumplir su rol de proveedor, sacar una casa a crédito y que su esposa no trabaje. Su relato nos representa la realización que el siente como proveedor y tener el poder de tomar las decisiones de vida. Es quién decide a irse a trabajar al desierto sudcaliforniano seis años después, por la inseguridad que siente para garantizarles una vida a su familia:

Este lugar es muy tranquilo, me da tranquilidad, puedes ver que tus hijos pueden ir a jugar y sabes que no le van a pasar nada, que van a regresar bien a la casa. [...] es muy diferente de donde yo vengo, allá [hay] muertos, balaceras y de todo. Estar aquí [...] es la oportunidad para estabilizar o dar a mi familia lo que necesita, lo que requería. Es una satisfacción. Como te digo, no nos sobra pero tampoco nos falta pues.

A partir de que hay una pareja y vínculo emocional, los varones en tanto proveedores marcan el destino de las mujeres y reafirman su masculinidad a partir del mandato de atender-mantener. Marcela Lagarde (1997) insiste que los mandatos de género se traducen en la centralización de limitaciones: “expropiación de la sexualidad, del cuerpo, de los bienes materiales y simbólicos de las mujeres y, sobre todo, de su capacidad de intervenir creativamente en el ordenamiento del mundo (Lagarde, 1997:37-39).

El trabajo, por tanto, también se vuelve como una imposición, como un mandato de género. Javier paso de su deseo de realizar trabajo minero a estudiar por correspondencia para ser banquero, llegando a ser gerente de la única sucursal bancaria de la población en la década de 1980. Aunque era el oficio y práctica laboral que había elegido, el trabajo le generó un desgaste que lo hizo tomar un cambio de profesión:

El trabajo, aunque te guste, termina siendo una tensión. Se vuelve una tensión porque es algo que tienes que seguir haciendo, no importa tu ánimo o las ganas, sabes que al menos 10, 15, 20 años vas a seguir haciéndolo. El trabajo se vuelve algo para mantenerse a flote, mantener a tu familia, algo que mantener.

Mira, a mí me gustaba mucho el trabajo de banquero, más como gerente, pero me harté, de llegar todos los días y hacer lo mismo, ¿si me entiendes? Por eso me llamó la atención del ITESME porque era empezar de nuevo en otro lugar, aunque uno se encuentra con otras problemáticas, por esto te digo que te das cuenta de que sólo se trata de ir a flote.

A mí no me querían ¡no me quieren! por eso con alegatas del antiguo director, me quitaron el puesto y ahora soy encargado de Almacén, por esas maneras de moverse tan turbias es que hicimos el sindicato.

Javier participo por primera vez en un sindicato y reconoció que el trabajo era algo que había que defenderse por las condiciones de seguridad y apoyo que representa, más allá de un salario o remuneración. El trabajo, desde su experiencia, dejo de ser una actividad individual relacionada con el mandato de ‘mantener/atender’ y lo significó como un ámbito que puede colectivamente proteger garantías de apoyo y respaldo; lo que le permitió tomar nuevas prácticas paternales:

Decidimos mi doña y yo ponerle nuestros apellidos [a André] aunque al principio quería ponerle el apellido su mamá [hija adoptiva de Javier]. Al final fue mejor así porque ya con nuestros apellidos lo registramos como nuestro y puedo darle beneficios que tengo como sindicalizado, para el kínder, que el médico, leche, todo eso.

Me ilusiono y me gusta ser papá de nuevo, pero es cansado, hay veces que me duermo con él por las tardes, tomamos juntos las siestas (jajaja) porque no aguanto, de entrar a las 6 de la mañana al ITESME, salir a las tres y llegar a la casa a cuidarlo, esta canijo pues.

Es través del trabajo que se significa varios atributos de ser hombre, como la paternidad que nos deja ver Javier, pero también de lo aprendido, como nos relata Román:

Mi jefe inmediato renunció y quedamos abandonados. Empiezo yo directamente a ver toda la chamba que hacía mi jefe, ósea que me empiezo a curtir a la fuerza, a hacer todo y atorarle. Esto me ayudó la verdad, me fogueé. Ya poco a poco llega otro jefe, me cambiaron de departamento, pero pues a mí no me platican, gracias a esta circunstancia, aprendí y digo nadie es indispensable pero mi trabajo creo que nadie lo hace mejor.

Hay una relación directa de este acontecimiento con su aprendizaje y ascenso a otra área de departamento. Ya que estuvo en contacto directo con el ejército y marina durante las operaciones de rescate, lo mandaron a relaciones gubernamentales. La manera en que relata su ascenso, posición e importancia para la empresa es notable en cuanto a su configuración laboral: curtir, a la fuerza, atorarle, ‘nadie me platica’.

A propósito de esto. Tuvimos un encuentro, se nos quiso meter el sindicato de Napoleón Gómez Urrutia en 2015. Tuvimos ahí una bronca de casi un mes, yo tuve unos problemas ahí con algunos trabajadores y ya mejor dejé de salir al pueblo ¿no?, mejor. No podía salir sin que buscaran golpearme. Es que empezaron a contaminar gente, a locales. Llegaron a convencer a 110 y a 800 sindicalizados. Hicieron un paro ilegal, todo mal. Querían a fuerza entrar y obviamente como autoridad y demás me toca a mí dar la cara. Siempre me toca ser caradura.

Esta postura empresarial frente al sindicato ha influenciado en la imagen que tiene Román en el pueblo, la cual está acompañada con cierta carga ‘antagónica’ en los trabajadores y habitantes locales de Santa Rosalía, implicando una distinción entre otros trabajadores, generando una tensión en su manera de habitar y transitar los espacios del pueblo. La representación personal de la empresa en su persona genera dinámicas de confrontación directa, a las cuales tiene que hacer frente, desde disputas verbales hasta amenazas físicas. Su manera de resolver es evitar los espacios públicos y comunes.

Vivir en el pueblo es como estar en la minera porque siempre hay mucha presencia del minero en Santa Rosalía. La mina es un proyecto que está vivo 24hrs., 24/7, 363 días. Es una vida dedicada al trabajo, de tiempo completo y el pueblo responde a ello.

Todo enclave migrante se inicia a partir de esporádicas llegadas e instalaciones de campamentos que con el tiempo van consolidándose hasta constituir propiamente espacios residenciales, lo que con el tiempo marca una diferencia entre ‘los locales’ y ‘los de fuera’. Norbert Elías (2016) trabaja una propuesta teórica para entender como es dentro de una comunidad pequeña el proceso de desigualdad que se genera en una disputa social entre ‘establecidos’ y marginados’³² y explica que esto se debe a que los establecidos previamente generar toda una articulación de valores y reglas no escritas que se irrumpen con nuevas prácticas de las estancias temporales de personas que no se formaron en la misma ‘comunidad moral’ de la población.

Entonces, pensar el desenvolvimiento como hombres en el espacio público (¿qué actividades realizan, a qué grupos pertenecen, de qué manera lo hacen?) podría permitir entender los vínculos sociales que pueden tejer y qué relación tienen en su manera de interpretar su estancia en el enclave.

Para Damián ha sido complicado por una discriminación sufrida por aspectos (capital cultural) que resaltan su forma de vida en las rancherías. Esto orilla a que su participación en la comunidad sea casi nula (asistiendo ocasionalmente en las peleas de gallos), yendo a los bailes y eventos en pueblos cercanos en lugar, así como una permanencia más prolongada en casa.

Por su parte Fernando también encuentra su vida dentro de la comunidad fragmentada, participando en eventos de sus compañeros de trabajos –usualmente también foráneos– en comidas en casa o paseos a la orilla del mar; situación que se vive familiarmente; teniendo discusiones familiares por las pocas actividades colectivas que realizan.

³² La correcta traducción es ‘settled’ y ‘outsiders’.

Los espacios de socialización son altamente masculinos, excluyentes a mujeres y niños en varios aspectos, pero también a otros varones. Ser foráneo en Santa Rosalía es una experiencia de enclave que genera pautas características de desenvolverse en su trabajo y dentro de su familia. Según la sicóloga del pueblo, son más las parejas que trabajan en Boleo (alguna o las dos personas) las que tienen tensiones en su relación de pareja a partir de que arriban a Santa Rosalía.

Para Damián, el trabajo en Boleo significó salir de los ranchos y adentrarse a la ciudad, un ámbito nuevo y desconocido, para conseguir un trabajo que permitiera mantener a su primer hijo y su esposa, a quien se había robado en un baile en San Ignacio. Esto después de que peleara con su esposa ya que ‘no recibía la vida a la que estaba acostumbrada’ viviendo en los distintos ranchos donde Damián trabajaba pastoreando, cortando árboles, ordeñando.

Así, el trabajo de Boleo se traduce en un cambio en el estatus de su ‘biografía de vida’ ligada a un mandato de género de demostrar ‘le podría dar una buena vida, con sus gustos’. Con el puesto laboral en Boleo, Damián no volvió a ser rancharo pero sí frecuenta las distintas rancherías y pueblitos en las fiestas, donde conoció a otra mujer a la que también se robó y con quien se juntó durante breve tiempo. Actualmente se separó y se juntó con una maestra de nivel básico en Santa Rosalía. Juntos están pagando una casa.

En cambio, para Fernando, con más de treinta años y tres hijos, Boleo significó la oportunidad de incrementar su salario y bajo una temporada de vivir dentro del campamento, el ahorro suficiente para mandar dinero a su familia y pagar a capital del préstamo de una cada de INFONAVIT en Lázaro Cárdenas, Michoacán. Después de cinco meses no pudo aguantar vivir dentro del campamento, decidió mudarse a la población y traer a su familia de Michoacán.

Para Fernando, el trabajo en Boleo no sólo le permite tener un mejor sueldo por un cargo laboral similar al que tenía en una planta química en el puerto michoacano, sino que permitió que sus hijos en la adolescencia se apartaran del ámbito de inseguridad relacionado al negocio del narcotráfico, influyera en sus decisiones laborales. Rentando su casa a un familiar, su plan es terminar de pagar la casa para volver con su familia y poner un negocio, mientras sus hijos cursan sus estudios superiores.

Cuando Damián tiene un empleo fijo, se le busca para que se responsabilice de su paternidad al demandar la pensión de su hijo. La familia de su mujer, discrimina o desvaloriza a Damián por no tener las cualidades para cumplir su papel de proveedor. Pero cuando lo logra, tampoco se le permite poner un hogar.

Un día iba saliendo del turno de noche y cuando llegué a casa ahí andaba y nada más de reía. Llegué y sin abrirme me empezó a tirar la ropa a la calle, en costales de harina, tenía poquitas cosas yo, pero así me las tiró. Las botas las aventó por allá.

- No, yo no sé cómo le vas a hacer pero yo te quiero fuera de mi vida. Y la pensión de los niños la quiero viernes tras viernes. Va a correr de este viernes al que sigue.

-Pues este viernes no te voy a dar nada porque primero tengo que ver dónde voy a dormir.

Lo último que hice fue llamar a mi compadre ingeniero mi compadre, compadres nos decimos de pesas pero nada más. Le pedí el paro que me ayudará donde quedarme. 'No tengo donde dormir ni dónde comer', le dije. Me dijo que comida ellos me podían dar pero hospedaje no, que mientras ellos estuvieran de día yo podía dormir ahí en la casa pero en la noche no.

Yo por no decir nada le dije que estaba bien, no me atreví a pedirle el piso porque ellos eran jóvenes y pareja ni modo que qué. Le dije que me prestara su carro para dormir en las noches y sí. Dormía en el coche, comía poquito de lo que me daban y poquito de lo que me compraba con mi raya. Así tenía para depositarle lo de la pensión, que 300, 400 o 500 pesos a la semana. Para no tener broncas con ella. (Damián, 2019)

En la actualidad, Damián otorga pensión a sus tres hijos correspondiendo el 50% de su empleo. Cuando logra tener un empleo de proveedor, en lugar de cumplir el mandato a cabalidad es obligado hacerlo normativamente, excluyendo los espacios para ejercer su hombría como padre o como pareja afectiva, dada la discriminación hacia su identidad de ranchero.

La responsabilidad masculina se vuelve un mandato ambiguo en el cual no se pierden privilegios, mientras que la responsabilidad femenina se entiende bajo otros parámetros que fácilmente se subvierten en cuanto a malas prácticas como madre, esposa o pareja sexoafectiva, en términos del mandato de ‘atender’ (Torres y Gallardo, 2019: 120). Hay una asignación diferenciada y desigualdad del poder, donde la masculinidad tiene diversos mecanismos de legitimar sus privilegios.

El trabajo es una esfera muy importante en la construcción de la masculinidad, la responsabilidad laboral son aspectos reconocidos como constitutivos de ser un hombre. Los varones reconocen sus mandatos al ser violentados y tener sus privilegios amenazados.

A través de distintos niveles y dimensiones violencia, hacia otras personas y hacia sí mismo, la lógica masculina de realización del mandato de proveedor traza las ‘rutas de género’ de sus propias experiencias de situarse dentro del enclave, pues pareciera en esta monopolización de las actividades productivas que lo que se tiene asegurado es el empleo

y el salario, marcado de manera diferenciada en sus vivencias y visible en las tensiones entre el deseo e insatisfacción que se resuelve en la sexualidad y la flexibilidad del parentesco, desplazar la disputa de jerarquía y poder al ámbito del parentesco.

La construcción social del hombre como proveedor atraviesa por varias facetas, en este caso el de la sexualidad y la reproducción, atendiendo a distintas tramas de acuerdo a la fase de la relación con pareja, los logros o estatus construidos; en estrecha relación con la trayectoria laboral. ¿se cumple como pareja o como proveedor?

A partir de los elementos de las distintas biografías podríamos plantear la construcción de la ‘autoridad en la pareja’ y consecuentemente la violencia en la misma. Tratar de dar distintas respuestas a la cuestión, ¿por qué tener otro hijo con la nueva pareja? Para Damián esta pregunta sería interesante a resolver, situación completamente distinta a la de Fernando.

Sin embargo, estas heterosexualidades no dejan de lado su heteronorma y reproducción de una misoginia implícita, siendo relevante aproximarnos desde la sexualidad a la construcción de esta heterosexualidad masculina.

En su trabajo sobre “Las vetas del lenguaje minero” Pedro Reygadas (2010) afirma que hay en las actividades laborales relacionadas a la minería una inscripción dentro el lenguaje, un léxico y discurso que configura la vida en el subsuelo, que nos permite dar cuenta de cómo se interpreta a sí mismo el colectivo obrero pero también como resignifica, en su hablar, los accidentes, el trabajo, la familia y también la sexualidad.

Para este autor, es inevitable el encuentro del albur y doble sentido como una comunicación cotidiana en las labores a emprender de los trabajadores mineros que convierte en el hablar todas las máquinas y herramientas que tienen palancas, pistolas y barras en alusiones al sexo masculino y aquellas con hendiduras al sexo femenino, donde la propia mina es interpretada como femenina.

Patricia Ponce (2017) enfatiza las palabras de Gayle Rubin sobre la obsesión de la cultura occidental hacia la sexualidad, por la manera en que se reprime, controla y determinan sus prácticas, representaciones y significados. Como consecuencia, apunta Ponce, reproducimos en la academia una apropiación de la sexualidad como un ámbito de las sociedades occidentales/modernas que es negado a las poblaciones indígenas aunque siempre ha estado ahí presente, de distintas maneras como podemos ver en el ejemplo del habla minera que identifica Reygadas.

Liliana Bellato (2015) al investigar las experiencias eróticas de adultos mayores en Chiapas contrapone el discurso socialmente aceptado que expropia la posibilidad de sentir deseo y placer sexual a las personas mayores, encontrado que el erotismo se construye como múltiples formas de satisfacer el deseo que no necesariamente implica actos de ‘intercurso sexual’, follar o coger. Bellato retoma a Camilo José Cela para definir el deseo como una dialéctica que puede ser soporte de toda actividad consciente o inconsciente, capaz de mover al sujeto en un ámbito erótico sin tener una función o finalidad consumada en el sexo, siendo un fenómeno relacional donde participa la imaginación, subjetividades y presentaciones de los objetos y sujetos de deseo (Bellato, 2013:49).

El deseo aparece como una práctica de la sexualidad autónoma a la necesidad de penetrar, eyacular o tener un orgasmo para su realización, sin importar la relación en que esto suceda y la sujeción genérica de los cuerpos u objetos que en él intervengan. El deseo tiene que ver con la construcción social del erotismo y su estrecha correlación con su estimulación en los cuerpos. Por tanto, no está determinado por la identidad o preferencia sexual de los sujetos.

Esto lo podemos constatar con la etnografía de Guillermo Núñez sobre la población yoreme en el norte de México (2013), de la práctica de la sexualidad de varones desborda las identidades y mandatos de género del ser hombre y ‘padre de familia’.

La construcción del deseo puede subvertir las lógicas heterosexuales en su satisfacción de prácticas sexuales, sin afectar desde estas experiencias las expresiones e identidades de género que se entienden desde la heterosexualidad, como nos lo deja ver este trabajo citado.

En su trabajo sobre sexo y ciudadanía boliviana, Andrew Canessa (2008) da cuenta de cómo los mineros indígenas aymaras de Pocobaya reconfiguran su sexualidad bajo una construcción social del deseo en los campamentos mineros a través de las revistas pornográficas y el argot discursivo que hace referencia al acto sexual, orientando el deseo y su consumación a partir de cuerpos femeninos blancos –únicamente con fines eróticos- donde tiene que tener atributos como grandes senos y pelo rubio, que emulen la imagen del *cuerpo deseado* que reproduce la pornografía, los concursos de belleza (Miss Bolivia) e incluso las artesanías de muñecas de tela. Al respecto menciona:

El deseo es un fenómeno muy difícil de investigar, pero en conversaciones con hombres de Pocobaya queda muy claro que las imágenes eróticas de mujeres, junto con la exposición a la pornografía en los campamentos de las minas, han propiciado que los deseos y los gustos se desarrollen en formas que no pueden satisfacerse fácilmente en sus pueblos. Su masculinidad, su sentido de ciudadanía, así como sus deseos sexuales, se desarrollan conjuntamente en espacios particulares como campamentos mineros y barracones del ejército (Canessa, 2008: 83)

Para Canessa, hay una construcción del ser ciudadano a partir de ciertas prácticas de género y relaciones de su sexualidad ya que los varones de Pocobaya en el ejército y campamentos mineros también aprenden hablar español, les son impuestos ciertos regímenes corporales de cuidado y aseo (ejercicio, limpieza, orden, etc.) que al terminar su servicio militar o periodo de trabajo, adquieren plena ciudadanía -en términos de

acceso a la ciudad- pues hay un régimen corporal, de idioma así como de género y sexualidad que ha sido socializado/impuesto por estas prácticas homosociales que les permite acceder a espacios públicos antes negados, siendo innegable la construcción de ciudadanía incrustada en la incorporación a mandatos de género que también son reproducidos en la minería.

Este proceso forma parte de una ruptura de otros marcos de significado de la sexualidad y la construcción de lo femenino que se daba en sus comunidades. Por ejemplo, Canessa describe como los castigos para quienes fallan en sus labores militares es vestirse de mujer –con una pollera y manta- y realizar oficios denostados en los cuarteles como barrer la plaza o lavar trastos con un cartel que dice: “soy una mujer porque no puedo aguantar el ejército” (Canessa, 2008: 85).

La ruptura se encuentra no sólo en lo violento de la imagen peyorativa de lo femenino, sino que no es cualquier imagen de cualquiera mujer, afirma Canessa, sino por el tipo de vestimenta es la mujer indígena (pollera y manta) a la que se representa en el castigo. Es otro factor por el cual el autor asume que el deseo socialmente construido en estas experiencias no se puede satisfacer fácilmente en sus pueblos.

Al respecto Hernán Palermo (2016) asume que estos elementos forman parte de una *masculinidad hegemónica* que se va erigiendo como un tipo ideal que rara vez se realiza, que termina siendo una presión imposible de alcanzar, un deseo siempre insatisfecho (Palermo, 2016: 103). El servicio militar y el trabajo minero no solo confieren un marco de género sino también una experiencia sexualizadora del deseo, que ante su imposibilidad de concreción, encontramos frecuentemente prácticas donde los hombres se exponen tanto a la prostitución como a las prácticas homoeróticas como únicos medios de experimentar su deseo (Canessa, 2008; Palermo, 2016).

El contexto y organización del trabajo en torno a la disposición de los medios de producción y el campo sexo-genérico en el que se desarrollan, lo que nos va a dar una serie de disposiciones sobre cómo las contenciones corporales, espaciales y temporales impuestas por el trabajo van a tener determinaciones concretas en la construcción social de la sexualidad de los varones, y por tanto, de su masculinidad.

Entender desde una perspectiva constructivista las sexualidades, como lo hace Patricia Ponce (2017), nos permite dar cuenta de un espectro explicativo de las sexualidades, la construcción y satisfacción del deseo, en relación a las masculinidades de los varones que forman parte de esta investigación.

Frente a la literatura que identifica que las condiciones de aislamiento de los trabajadores mineros y en contextos de enclave, devienen en una búsqueda de satisfacción sexual a través de acudir e interactuar en un mercado sexual como producto de una construcción social del deseo, consumo de materiales eróticos y pornográficos así como una constante comunicación cotidiana de consumir dicho deseo a partir de sexuar con cuerpos de mujeres o femeninos (Olavarría, 2001; Canessa, 2008; Cabrapán, 2018); me dediqué a buscar este tipo de prácticas entre mis colaboradores etnográficos y me encontré una división generacional y por sector productivo dentro de MMB, convocados por igual ante un claro y dominante deseo heterosexual.

Mientras que en los trabajadores locales y foráneos jóvenes, en cargos administrativos registré una mayor disposición al auto placer y masturbación que al consumo de mercado sexual, tanto los supervisores y gerentes coreanos, como los trabajadores de mina subterránea -particularmente los provenientes de Coahuila- registré un consumo de trabajo sexual femenino.

De acuerdo con la información recabada durante el trabajo de campo, dentro de la región de Santa Rosalía sólo hay dos espacios de trabajo sexual, los siguientes se pueden encontrar en las ciudades de La Paz, Ensenada o Tijuana, a más de 7 horas de camino en carretera. Uno de ellos, es el prostíbulo ‘Chacuca’s’ que se encuentra dentro de la población, en las periferias de la colonia obrera de Ranchería. El otro es ‘Ladies Bar’, que se encuentra a 4km. de la población, en la zona identificada como El Montado.

Este último es un bar que opera bajo la lógica de ficheras, donde hay mujeres presentes que aceptan bailar una o varias canciones con los asistentes a cambio de dinero o que les inviten un trago. No hay una contratación o regulación por parte de los administradores del bar, pero si un acuerdo que les funciona para traer más consumidores. Muchas de estas transacciones suelen terminar en esta etapa, donde se convive y pasa una noche de baile y amena charla entre las mujeres y varones que pagan tanto los tragos como sus servicios. Sin embargo, puede haber transacciones de trabajo sexual producto de estos encuentros, los cuales ocurren fuera del bar.

El bar se encuentra en las inmediaciones de la población, sobre la carretera, alejada de las colonias que la conforman. Es de más reciente creación, cuando en el 2014 llegaron varios contingentes de trabajadores para la construcción de las instalaciones de MMB. De la siguiente manera nos relata una vecina de la colonia Mesa Francia, que conforma parte del centro, su desplazamiento espacial:

¡Eran muy escandalosos! Cambió mucho el orden y paz que teníamos. Si trajo trabajo al pueblo pero a qué costo, deberías ver lo que fue aquello. Bastantes y bastantes trabajadores que llegaron, en ese entonces no había tantos que tuvieran un cuartito que rentar, como ahora que ya es negocio. Antes llegaban a los hoteles, aquí en la Mesa [Francia] y a los de abajo, en la cartera.

El problema no era tanto el ruido, que siempre salían del trabajo echando relajo. El problema era lo violentos, siempre se emborrachaban hasta llegar a los golpes. Hubo varios heridos todos sangrados, no, no quiere saber lo que fue aquello. El problema eran los de Coahuila, sobre todo ellos. Por eso cuando uno renta ya pregunta o si sabe que son de Coahuila, mejor ni se mete uno. Por eso empezaron a poner los bares y sus lugares a las afueras, del andador para allá.

A partir de 2014 la infraestructura de Santa Rosalía creció a partir de la construcción de MMB, que en términos de impuestos aumentó considerablemente el presupuesto del Ayuntamiento, y en términos de establecimientos y servicios comerciales hubo consecuentemente un crecimiento para abastecer a la creciente población que llegó como trabajadores. Los habitantes de la población reconocen que puntualmente se abrieron más restaurantes, bares y construcción de casas-habitación o cuartos para poner en renta; que como nos hace notar la cita anterior, estas fueron desplazadas hacia colonias no centrales de la población: Ranchería, Nueva Santa Rosalía, El Montado, Los Frailes, etc. Hay un desplazamiento espacial de las y los trabajadores de la construcción de MMB que permaneció para las y los trabajadores actuales de MMB que no tienen la posibilidad o deciden no vivir dentro de los campamentos mineros; con un estigma prevaleciente hacia los trabajadores provenientes de Coahuila.

Este es el caso de Ladies Bar, que abrió a las afueras como una alternativa para los trabajadores en un primer momento de la construcción de las instalaciones y que se mantiene por el consumo de trabajadores mineros que lo siguen frecuentando. Aunque ahora, en su mayoría viven dentro del *lower camp*, los fines de semana y días de descanso suelen frecuentar este lugar, socialmente asignado de acuerdo a las representaciones sociales presentes en el imaginario colectivo de Santa Rosalía.

Como lo podemos apreciar en la siguiente cita, donde deliberábamos con mineros de Coahuila a donde ir en grupo por unas cervezas y bailar. Yo propuse un bar en el centro de Santa Rosalía:

-No, ahí no por que [las mujeres] no quieren bailar conmigo, se aprietan mucho. Nada, allá en mi pueblo no pasa eso. Aquí está cabrón, se supone que es un bar de baile pues, vas a bailar, ¿no? Es una disco, vas a bailar. No vas a hacer el pinche feo.

Mejor vamos al Ladies, ahí no se fijan si uno va con camisa o no, con que traiga uno para las birongas³³.

Sergio: Ese no lo había escuchado, ¿dónde está?

-No pues porque sales con puro ingeniero y raza alzada, allá es un lugar para nosotros porque no nos juntan, somos sus subordinados.

[responde otro minero]- Si wey, subordinados, contratistas y todo lo que quieras pero al final les venimos a demostrar ‘como se maneja la mezclilla’, como dice mi compadre allá en Zacatecas.

No sólo el trabajo sino el espacio social también tiene una demarcada división de clase, en este caso de los espacios de sociabilidad donde se pretende satisfacer el deseo heterosexual. El desplazamiento a las periferias de los lugares asignados para los trabajadores de mina subterránea es una manifestación más clara de la estratificación que se deja sentir en otros aspectos. Muchos de los habitantes de Santa Rosalía incluso desconocen de su presencia dado que no comparten espacios de socialización, llegando a generalizarse en el imaginario colectivo que en MMB ya no hay ‘mineros de pico y pala’.

³³ Expresión de Coahuila para llamarle a las cervezas, probablemente un vocablo producto de la interacción fronteriza con Estados Unidos. Adaptación de ‘beer’ (cerveza) y posiblemente con la palabra ‘birlonga’ (descuido, desaliño). Véase: Lochridge, Daniel. 2002. “Anglicismos en el habla española de los obreros migrantes mexicanos en el Valle de Flathead, Montana”, Graduate Student Theses, Dissertations and Professional Papers. Disponible en: <https://scholarworks.umt.edu/etd/8112>.

En cambio, el ‘Chacuca’s’ es el prostíbulo conocido ampliamente por la población, el cual suele ser frecuentado mayormente por trabajadores de la construcción -locales- y específicamente un grupo de gerentes coreanos. A esto habría que agregar, que las cuadrillas y contingentes de empleados de altos rangos en MMB -según registros etnográficos- prefieren esperar sus días de rotación y visitar prostíbulos como el ‘Hong Kong’, en Tijuana.

C: Pero a ellos les divierte más ir a Tijuana, el Hong Kong.

Me ha tocado varias veces ir con ellos, es de ir a jugar al póker en San Diego y gastarlo todo en putas en el Hong Kong, quedarse varias noches y así hasta que acabe su rotación.

Sergio: ¿entonces porque venir aquí?

[Me hace una mirada que insinúa obviedad]

C: Pues porque pueden, tienen el dinero y el antojo de cogerse a quien quieran. Si claro, allá tienen una diversidad de mujeres con los mejores cuerpos pero mientras, no pierden nada aquí. Es igual cuando van con sus esposas. Simplemente se pueden dar el gusto, así como tú si tienes dinero para comprar una botella de whisky diario o una cerveza, pues no dejas de comprar cerveza en el Oxxo.

El ‘Chacuca’s’ se encuentra dentro de la colonia Ranchería, hacia la profundidad de la cañada, a la altura conocida como ‘Nivel 50’, dado que el llano tiene un nivel de 50 metros sobre el nivel del mar y marcaba los límites de la población desde tiempos de su origen francés. A partir de esta traza, inicia el terreno concesionado a MMB. Cruzarlo implica entrar en el espacio de la empresa.

El camino es de terracería y hay que atravesar un arroyo lleno de piedras que obstaculizan su avance el avance en automóvil. Su luminosidad en letras neón contrasta con la oscuridad de las casas de madera y techo de lámina a su alrededor. El alumbrado público terminó con el asfalto tres cuadras atrás.

Al preguntarles a algunos trabajadores administrativos de MMB sobre el lugar, se sorprendieron de que no lo conociera y que incluso nunca hubiera ido a un prostíbulo, así que arreglan una noche para llevarme.

Vamos cinco varones y una mujer ingeniera, dueña del coche. Llegamos a medianoche, al interior sólo hay dos varones -entre cuarenta y cincuenta años-, ambos con camisas a cuadros y pantalón de mezclilla sucios del trabajo de la construcción. Uno de ellos tenía su camisa desabrochada. Tienen sólo un par de cervezas sobre su mesa.

El lugar es muy reducido, hay 8 mesas de plástico para cuatro personas cada una, están distribuidas a lo largo de un pasillo elevado que funciona como pista de baile. En él hay tres tubos que son iluminados desde abajo. Al fondo se muestra una larga barra con varios niveles de botellas en exhibición.

La música es exageradamente alta y el micrófono de la animadora también. Por el momento no hay nadie en la pista de baile, parece que hemos llegado bastante rápido. Al notar nuestra presencia, la animadora, una señora de cincuenta años, vestida con unos zapatos bajos, jeans y una camisa de manga larga rayada, dice animosamente los nombres de las bailarinas, sus orígenes y su especialidad:

“Marina, de Mazatlán baila desde los 13 años y le encanta mover las caderas.

Te deslumbrarán las volteretas de Candy, de la hermana república del Ecuador, y no podemos decir presentación para Serena a quien todos ustedes ya conocen, talento nacional de Baja California Sur. Esta noche tenemos promoción en privados, por cada cubeta de cerveza hay 2x1”.

Uno de ellos, originario de la Ciudad de México y trabajador en el área de finanzas encargándose de las relaciones internacionales, parece manejar la situación demostrando su amplio conocimiento en burdeles, es quien decide la mesa donde sentarnos, pide una cubeta de cerveza y en proximidad me empieza a platicar que este lugar es muy deprimente para ser mi primera vez en un prostíbulo, habiendo tan buenos en la Ciudad de México:

Sergio: ¿y porque sabes tanto, te gusta mucho frecuentar estos lugares?

C. Hay...pues 'lo que se ve no se pregunta' decía Juanga, soy gay pero siempre he acompañado a mis amigas y amigos, es algo normal en la ciudad [De México]. Me sorprende que digas que es tu primera vez.

Sergio. Pues sí, realmente no me había tocado. Es más, tenía la inquietud de venir aquí solo pero vale más la pena venir con quien sabe pues yo quería justo ver esto, como se experimenta...por la curiosidad antropológica! Jaja

C. Sí, ajá, jajajaja.

Otro de ellos, joven originario de Hermosillo y recién contratado en el área de seguridad, es el más emocionado con el baile de Marina y pone un billete de 100 pesos en su tanga, le hace una señal al mesero y le dice que quiere un privado para todos los de la mesa, que cuánto costaría. El mesero dice que va a preguntar, pero no vuelve.

Ante la ausencia comentan que es una práctica obvia de que quieren que consumamos más cerveza pues es ahí donde la administración gana más dinero, ya que las bailarinas se quedan el mayor porcentaje, el cobro es para ellas. La 'casa gana' en consumo así que, comenta el empleado de relaciones internacionales y riéndose de él, que es posible que el joven de Hermosillo no fuera a un prostíbulo antes por su petición tan pronta. Lo observa divertido.

Después de cinco canciones, otro de ellos -también originario de Ciudad de México, contador en el área de finanzas- le solicita al mesero un privado sólo para él. El mesero acepta y le indica que hay un cuarto detrás de la barra al cual se tiene que dirigir. El joven de Hermosillo queda ansioso y le pide ir después de él. No deja de mirar la cortinilla por la que se fue.

Al regresar, después de media hora, se han perdido los ánimos y en la mesa han decidido que es momento de regresar a MMB porque su turno de trabajo inicia en cinco horas.

Durante este tiempo, el otro trabajador -originario de una rancharía cercana a Bahía Asunción- se ha mostrado tímido y en silencio, dedicándose únicamente a tomar su cerveza. Antes de la solicitud del privado él salió a fumar un cigarro, explicó y no volvió hasta que lo encontramos al momento de salir.

Se notaba serio, muy posiblemente inconforme de estar en el prostíbulo pero a su vez no había encontrado la manera de negarse a venir. Se había sumado a la colectividad desde su omisión.

Este contexto nos permite pensar en que la construcción social del deseo dentro de los campamentos mineros en Santa Rosalía, no sólo obedece a una relación directa con el tipo de trabajo o máquinas y herramientas empleadas, sugerente en los hallazgos discursivos de Reygadas (2010), sino que hay un sistema sexo-género (Rubin, 1989) que en medio de una disputa constante va normalizando, naturalizando o prohibiendo ciertas prácticas sobre otras donde se dan ciertas recompensas sociales que impulsan a los individuos a ciertas actividades y a evitar otras.

El deseo, como nos recuerda Patricia Ponce, no opera libremente sino en tensión o contradicción de un entramado de relaciones políticas, siendo el campo de la sexualidad un campo de batalla (Ponce, 2017).

Entender las prácticas eróticas en sí mismas implica no esencializar a las personas – colaboradores etnográficos- como sujetos generizados determinados estructuralmente por la configuración del campo sexo-genérico en el que se desenvuelven, sino en constante tensión, resistencia y expresiones disidentes que demarcan su experiencia de género y sexual.

Hombres formados, ¿deformándose? Afectividad y feminidad de ‘abuelos’

Uno de los hallazgos etnográficos más interesantes en términos de cortes generacionales, es el cambio afectivo que genera en los hombres el volverse abuelos. La paternidad afectiva expresada a los nietos que no se hizo de la misma manera con los hijos o hijas abre la problematización sobre las implicaciones de la reproducción social y la edad en cuanto a los mandatos como disparadores de ruptura o abandono de mandatos de género de masculinidades formadas en una exigencia de no mostrar sus emociones o mostrarse afectivo por miedo homofóbico de ser leído como amanerado u homosexual.

Esta reflexión traída a colación con los otros apartados nos permitirá dar cuenta de la relación intrínseca en el corte los ciclos de vida en la masculinidad. Una primera relación, que nos interesa seguir describiendo es la que se da a partir del trabajo, en estas relaciones generacionales. Román nos resume como es la relación de pensar el trabajo minero:

Antes la cultura local era una afición a ser minero: ‘yo quiero ser minero como mi papá’ decían hasta los 1950s y 1960s que la minara daba mucho, hasta que se perdió. Ahorita encuentras este fenómeno otra vez con los hijos de los compañeros. Por ejemplo, en la Navidad hacemos actividades con las familias y los niños participan con dibujos y luego los llevamos a la mina para que conozcan. El hecho de ver en los dibujos, de escucharlos decir: “cuando crezca quiero trabajar aquí, quiero ser minero como mi papá, como mi abuelo”.

MMB ha revitalizado las narrativas mineras dentro de la población, pese a las grandes diferencias del trabajo de la minería actual. Hay una fuerte correlación de que la madurez y volverse hombre implica mantener un buen trabajo que te permita formar una pareja. El mandato de género dicta que un hombre soltero con buen trabajo necesita juntarse, formar familia. Sin embargo, hay casos que cuando se asciende a un nuevo empleo con mayor paga y estatus dentro de la población, incentiva la búsqueda de una nueva pareja sexoafectiva con la que también se puede tener un hijo: muchas veces abandonando a su familia anterior. Esto consecuentemente se traduce en una demanda por abandono y una exigencia de la paga de pensión alimenticia.

Hay dos fenómenos del mismo sistema sexo-género: muchas mamás jóvenes con dos o tres hijos, no necesariamente del mismo padre, junto a muchos varones que pagan pensiones de dos o más hijos a diversas madres. Esto en última instancia se vuelve un incentivo para no dejar un empleo como el de Boleo, que les permite pagar dichas pensiones vía descuentos de su nómina y aún tener solvencia económica.

La relación trabajo-paternidad se hace visible, dándose una tendencia de relaciones paternales temporales y que transitan a una relación financiera a través de otorgar pensiones alimenticias como único acto de paternidad. En otras ocasiones, es la ruptura con esta responsabilidad lo que nos permite hablar de la ausencia de paternidades: ‘Yo sabía que me iba a pedir pensión así que me le escape!’

Aunque con casos en posiciones desde el otro lado: ‘yo cumplo como padre, pago la pensión. Si me emborracho y lo que quieres, pero en eso no fallo. Hasta la visito [su hija] cuando hay oportunidad’.

Sin embargo, el volverse abuelos cambia las exigencias y sobre todo abre la posibilidad a otras maneras de expresar cariño. La ruptura con la exigencia paternal de formación de los hijos, se desdibuja frente a los nietos, como lo deja ver el testimonio de Manuel:

Fui muy duros con mis hijos, porque quería verlos crecer bien, que tuvieran valores. La puntualidad, el no tener vicios, practicar un deporte, es algo que mi papá nos dejó y yo se los quiero dejar. Con los nietos también pero ya no me toca a mí, les toco a ellos educarlos, exigirles. Que deciden que de lo que les deje quieren inculcarles. A mí ya no más me toca quererlos.

La figura del abuelo ya no tiene que demostrar ni cumplir una serie de mandatos sobre la crianza y responsabilidad, asumiendo otros significados sobre las paternidades, como lo deja ver Manuel y su manera de paternar a sus nietos sólo desde el cariño, dejando la responsabilidad formativa de ellos en sus hijos.

Luis Bonino, psicoterapeuta que trabaja cambios en la masculinidad y violencia de género, ha utilizado el término ‘paternidades abdicantes’ para refiere a aquellas masculinidades que renuncian a la custodia, crianza y cuidados de los hijos. Bonino alude a que hay múltiples paternidades de acuerdo al modo de filiación: transmisión de sangre (progenitor), matrimonio, técnicas de reproducción asistida, transmisores de apellido, etc.; y ante esta diversidad de la paternidad que pueden convivir con los hijos o no, en compañía de la madre o no, bajo panoramas voluntarios o impuestos.

En este abanico de posibilidad, sitúa la figura masculina de ser abuelo como una masculinidad abdicante en tanto que renuncia a una serie de cuidados tanto a los nietos, pero a los hijos mismos, al reconocer estos últimos en una nueva etapa de adultez.

Las ‘paternidades abdicantes’ son un modelo consensuado o impuesto unidireccionalmente que se puede dar bajo distintos escenarios y no siempre involucrar un abandono paterno de la crianza. Sin embargo, dentro del imaginario social la paternidad abdicante se entiende como aquella ausente, huidiza, irresponsable que niega el papel activo de la crianza en tanto que rompe con las exigencias y mandatos de género del ser padre.

Frente a las exigencias masculinas de ser jefe de familia, autoridad, sostén económico y proveedor material, las figuras de los abuelos pueden rechazar o dejar de cumplirlas, sin tener repercusiones o cuestionamientos sobre su masculinidad. Aunado a la edad, el transitar de padre a abuelo libera a los varones de una serie de exigencias masculinas que aparecen representadas en una dicotomía de ‘haber cumplido’ o ‘no cumplió’.

Hay una relación de los mandatos de género masculinos con la edad y las distintas expectativas del ciclo de la vida, centradas en la reproducción, donde el ser padre y eventualmente abuelo genera una liberación de haber cumplido ya dichas exigencias. Como rituales de paso, los varones van atravesando distintas representaciones, ideologías y mandatos de género según su etapa y trayectoria de vida.

Es interesante notar que estos cambios, donde se dan una mayor o menor exigencias, donde los varones se pueden permitir expresarse más cariñosos, vulnerables y abiertos, no tienen que ver con un ejercicio crítico de nuevas masculinidades, en términos de deconstrucción, sino con una sucesión de responsabilidades y poderes bajo estructuras familiares cambiantes.

Lo interesante es que, en las figuras de los abuelos esta renuncia o masculinidad abdicante es aceptada e incluso hasta deseada. Los mandatos de la masculinidad tienen una ambigüedad: por un lado es una investidura, el hombre está investido del ser hombre como privilegio, pero por otro lado hay una imposición, condiciones para mantener esa investidura, una duplicidad, una ambigüedad (un sometimiento) que no queda tan claro en todo momento y pautas de socialización en el trabajo y la casa, porque se vive como privilegio y se normaliza.

Los regímenes o exigencias masculinas de acuerdo al contexto sociohistóricos en el que se sitúan los sujetos (virilidad, negar emociones/afectaciones, mostrar y habitar una insensibilidad como manera de posicionarse en su vida cotidiana como muestra de

control) aparecen como expresiones necesarias de aparecer en tanto que hay una ruptura con otros mandatos claves como el ser proveedor.

Los mandatos de género producen violencia cuando son alterados en espacios laborales tradicionalmente masculinos, en violencias directas, dado la presencia de mujeres al cumplir sus propios mandatos de género, ocupando espacios tradicionalmente asignados a varones.

La masculinidad se reconoce a través de la violencia, es en sí una estructura, un sistema sexo-género específico que se entrelaza en otras violencias; la violencia económica genera o resalta ciertos mandatos o exigencias al varón ya sea como proveedor, como esposo, padre, etc.

El trabajo y la sexualidad son cuestiones centrales en el ordenamiento de las identidades de género de los varones, donde se experimentan, socializan y apropian referentes de masculinidad orientados a una heteronormatividad como sistema sexo-genérico, que es bajo esta estructura, que se presentan como mandatos de género. Las incongruencias, imposibilidades o propias libertades tomadas por los varones para romper o no cumplir el mandato, generan cambios significativos en las relaciones de género dentro de sus espacios laborales, vida doméstica y su propia sexualidad.

La sexualidad queda bajo una estructura familiar que marca las relaciones sociales de la pareja, relegando el cuidado del hogar como una obligación para la mujer, se normaliza las tareas del cuidado de los niños y la limpieza. En el caso de los entrevistados, su imposibilidad de cumplir el mandato por la necesidad de salir a trabajar, subvierte la lógica del mandato y genera consecuencias en tensión (Torres y Gallardo, 2019: 120).

En el caso de Santa Rosalía, la MMB se hace sentir a partir de su asociación de responsabilidad social, de los financiamientos de actividades de limpieza de la ciudad, del apoyo al asilo de ancianos, del patrocinio de fiestas, así como otros eventos propios

que se mezclan como parte de la vida social: desfile de luces, fiestas del Centenario, recorridos de historia, etc. De manera más cotidiana en la presencia las camionetas para ir a las playas de Mulegé, las personas vestidas con casacas de la minera que invaden todos los espacios de la localidad, las delimitaciones del territorio, la fuerte inversión y trabajo de la construcción, así como de comercio de servicios, que acompaña el constante movimiento/rotación de trabajadores temporales que no necesariamente habitan dentro del enclave de la empresa.

El enclave, desde sus aportes, lo podemos entender como una construcción histórica, dinámica y contradictoria sujeta a procesos de transformación más amplios, dictados por la economía internacional. Las comunidades mineras son altamente susceptibles a la configuración y nuevos modelos extractivistas que se diseñan, reconfiguran y se instalan de manera global, generando cada vez ciclos más intensivos, abruptos y de alta movilidad entre los habitantes de dichas comunidades.

Los enclaves mineros se sitúan en territorios con poco o nulos asentamientos humanos debido a la ubicación de los yacimientos de minerales, siendo indisociable de su formación la conformación de sistemas de enganche de trabajadores así como estrategias de atracción, retención y capacitación, lo cual conduce a una proletarización específica: su vida fuera de la mina y espacios de trabajo, esta atravesada por relaciones, negociaciones y conflictos devenidos de la empresa³⁴.

Hay una reconfiguración de enclave que vemos presente en las estrategias de la empresa en torno a la reproducción de la fuerza de trabajo. En el caso de Santa Rosalía, considero que estos ejercicios no se dan de manera homogénea sino diversificada en al menos tres

³⁴ Pensar como la agrupación de varones en distintos espacios y maneras de socialización también responde a las lógicas de la empresa: las reuniones entre administrativos, entre grupos o cuadrillas de enganche afines, conocidos en los procesos de capacitación, o carga laboral (mineros de Coahuila). Reconocimiento y representaciones entre estos grupos, que negocian en el campo sexual de la heterosexualidad en Santa Rosalía.

grupos: hacia locales (habitantes de Santa Rosalía y otras regiones contiguas), foráneos que forman parte del upper camp (ingenieros, gerentes, químicos, administrativos, contadores, traductores) y quienes forman parte del lower camp (mineros, herreros, trabajadores de la construcción, obreros). Hay una preocupación y ejercicios de la empresa diferentes a reproducir, vigilar y controlar a estos tres sectores.

Hay una combinación en su fuerza de trabajo de mano de obra calificada atraída por sistemas de enganche y empleo a población local en sectores técnicos y no especializados. Es una economía útil y estratégica al Estado en tanto que genera inversión extranjera directa, divisas, fuentes de empleo y población en zonas distantes. Hay pues una flexibilidad y favorecimiento a sus proyectos de expansión por parte de los representantes locales, estatales y federales bajo distintas formas y escenarios de negociación.

José Francisco Lara (2009) resalta que los nuevos modelos mineros generan otro tipo de características de enclave, diferente al enclave tradicional estudiado ampliamente por Juan Luis Sariago (2013, 2011, 1988), al introducir técnicas de explotación tanto subterránea como a tajo abierto, así como la instalación de una planta de sedimentación y refinamiento de metales que involucra un amplio número de especialistas, profesionistas y obreros expertos en distintas áreas del proceso productivo.

Lo interesante en cuanto a su conformación y reproducción de su fuerza de trabajo, hay un predominio de mano de obra mexicana de distintas latitudes según su formación profesional y experiencia requerida, fundando un enclave dentro de la empresa que coexiste independientemente de los asentamientos y otras ofertas laborales fuera de la minería.

Es decir, no hay una mono-producción ni una reproducción social que sólo gira en torno al trabajo minero. Los nuevos campamentos mineros se encuentran determinados por las normas y reglas operativas de la empresa, pensados siempre de manera temporal y bajo

condiciones de hacinamiento.

Estas nuevas disposiciones de enclave, generan espacios fragmentados de su fuerza de trabajo, existiendo una serie de agrupaciones o conjuntos de varones que no socializan entre sí, siendo difícil definir una masculinidad hegemónica para explicar la estructura jerárquica de masculinidades, en tanto que no hay una lectura, examinación, tensión o negociación entre su totalidad de significados masculinos, al no haber espacios y dinámicas que las pongan en interacción.

La distribución y organización social del trabajo no responde a una serie de intereses de las personas que integran su fuerza de trabajo, sino que giran en torno a los intereses de la empresa en cuanto a su temporalidad, formas de producción y mecanismos de reproducción social que no alientan a la transición a otros sectores, modelos o alternativas económicas.

Bajo el objetivo de describir la diversidad de expresiones y prácticas de como los varones que viven y trabajan en condiciones de enclave en Santa Rosalía, los resultados etnográficos muestran como esta diversidad de varones socializan, coinciden y conviven bajo el lenguaje de la heterosexualidad como institución social, teniendo múltiples prácticas y maneras de significar su masculinidad.

Los significados y prácticas masculinas ligadas al trabajo minero han ido cambiando según sus distintas temporalidades de explotación y productividad. Las generaciones más longevas de Santa Rosalía recuerdan una cultura minera ligada a sus condiciones de enclave como Company Town, en las que les tocó crecer pero no trabajar como mineros. Su socialización en la infancia y juventud, como hombres, está fuertemente ligada a las maneras de concebir trabajo minero desde sus significados como riesgoso, de alta preparación y perfeccionamiento de habilidades técnicas así como de una marcada estratificación social según el puesto de trabajo.

Las generaciones intermedias les tocó un proceso de desenclavización y extinción del trabajo minero, teniendo poca o nula vinculación con el trabajo de la minería. Sin embargo, su socialización como hombres estuvo fuertemente marcada por las permanencias de significados sobre ser hombre, marcadas en las generaciones que les antecedieron.

Las nuevas generaciones crecieron sin un trabajo de explotación minero activo en la población, vinculándose con otra serie de trabajos y significados masculinos en torno a su construcción identitaria como hombres. Será la incorporación y contratación de trabajadores de fuera que, con distintas trayectorias y significados de ser minero, reactivarían ciertos discursos aún presentes en el imaginario colectivo del ser minero.

Entre estas distintas generaciones, los varones que participaron como colaboradores etnográficos en su mayoría coinciden en asumir su masculinidad como heterosexual pero no todas la viven y significan de la misma manera.

La manera en que construyen y delimitan las expresiones y prácticas que constituyen la hombría o lo masculino varía según su generación, origen y trayectoria de vida, confluyendo en un mismo espacio diversas significaciones sobre ser hombre heterosexual, que no coinciden y entran en tensión y constante negociación.

Una de las diferencias notables es la manera en que viven su sexualidad. Las prácticas asumidas como válidas dentro del marco de la heterosexualidad varían, dándose significaciones heterogéneas sobre la masculinidad heterosexual. A continuación, el siguiente capítulo abordará la manera en que estos varones experimentan su sexualidad en espacios homosociales y cuál es su relación que tiene con las condiciones de enclave.

Capítulo 6. Descanso del trabajo, ¿y del ser hombre?. Las polladas de

Cachanía

El objetivo del siguiente capítulo es presentar los resultados etnográficos sobre las prácticas homosociales heterosexuales en los que se permiten una serie de intimidades y homoerotismos de la heterosexualidad que responden o se estructuran a partir de las condiciones de enclave.

Los objetivos particulares a los cuales se busca dar respuesta es describir las expresiones y prácticas masculinas entre varones heterosexuales en espacios homosociales, que viven y trabajan en las condiciones de enclave de Santa Rosalía, estableciendo la relación de expresiones y prácticas masculinas con la formación y participación en espacios homosociales.

En el capítulo anterior se expuso como en los espacios de socialización en los que participan los varones, hay una negación o refutación de prácticas y expresiones que forman parte de su masculinidad y su manera de vivir el ser hombres, producto de una autoexigencia y que incluso reconocemos como parte nodal de la violencia hacia sí mismo, esencia de la configuración de la masculinidad misma.

Las ciudades y todo espacio público han sido trazado según los intereses y enfocados especialmente a los varones, donde la masculinidad se ejerce y demuestra públicamente, pero de acuerdo con nuestro argumento, no de una manera total sino superficial.

Por tanto, es importante dar cuenta en esta investigación como los varones intervienen y se presentan a sí mismos, bajo que gestos y expresiones, en diferentes espacios de socialización.

Aún más y como parte central de esta tesis, argumento que existe un espacio de socialización íntimo donde se rompe esta negación y tenemos de manera colectiva e interrelacionar una demostración y exposición de sentires, expresiones y prácticas consideradas como feminizadas y/o vulnerables -mostrando sino todas, facetas negadas de su masculinidad. En el caso de Santa Rosalía, este espacio homosocial de intimidad que voy a resaltar frente a otros, son ‘las polladas’.

Lo que se llamará etnográficamente como ‘polladas’ son encuentros exclusivamente entre varones que son convocados en espacios abiertos, pero a su vez distantes del tránsito o población, convocados por el interés de compartir la preparación y degustación de cierto platillo, mediados por el consumo de alcohol -tradicionalmente cerveza-, que convoca a diferentes varones, que no necesariamente se conocen todos entre sí.

La intención primordial es ‘pasar un buen rato’ a través de la comida, acompañada de música y bajo el consumo de alcohol como ingrediente ritual de socialización, donde la charla inicialmente a través de burlas y albures, va transitando mediante el incremento del alcoholización de los varones, a conversaciones más íntimas sobre preocupaciones personales, problemas laborales, reflexiones sobre la vida, situaciones emocionales, lecciones y quejas sobre la crianza paternal, frustraciones y alegrías, etc.

Es decir, hay una interacción que como fin último tiene la búsqueda de generar encuentros de intimidad que pueden pero no necesariamente con ese fin, terminar en expresiones afectivas de compartir llantos, abrazos, consuelos, caricias e incluso prácticas sexuales.

Lo hemos denominado ‘polladas’ por ser este el nombre y la manera de convocar a las personas a degustar la preparación de piezas de pollo empanizadas, fritas al sumergirlas en aceite hirviendo en un sartén o más usualmente un ‘disco’³⁵.

³⁵ Tradicionalmente en el noroeste mexicano, se usaba el disco perteneciente a las ruedas de un automóvil para la preparación de alimentos, actualmente se venden los asadores ya con esa forma ovalada con una depresión en su fondo, que permite freír alimentos.

Aunque una pollada podría ser de cualquier otra preparación de alimento: carne asada, mariscada, hamburguesas al carbón, jureles a las brasas, entre otras opciones; los ingredientes indispensables para la realización de estos espacios de intimidad son los siguientes: 1) la exclusividad de varones, 2) la convocatoria y reunión a través de la comida 3) mediada por el consumo de alcohol en 4) espacios distantes y apartados del tránsito de cualquier otra persona que no fuera convocada (pueden ser espacios en la playa, ‘ranchitos’, casas, etc.) Es decir, si no se reúnen estas cuatro características, las condiciones e interrelaciones de intimidad no se concretan y no se concreta la pollada ni sus efectos sociales entre las personas convocadas.

Los varones en Santa Rosalía participan de manera distinta, en diferentes espacios públicos, bajo múltiples escenarios de socialización, Incluso participan de otros espacios homosociales, pero considero que las polladas se distinguen entre otros espacios de socialización por las características de sus encuentros en relación con la conformación de masculinidades de enclave.

Santa Rosalía, como población, está históricamente organizada en espacios de socialización dedicadas entera o primordialmente a los varones en tanto que hay estructuras, edificaciones, plazas y espacios de reunión directamente trazados desde su configuración como *Company Town* y que se han mantenido y revitalizado según las nuevas prácticas laborales y sociales de la población.

De sur a norte, entrando por la carretera transpeninsular proveniente de Mulegé y en dirección hacia San Ignacio, nos encontramos con el andador de las ‘playas negras’ que termina en el ‘chute’ y la Fundición, espacio donde era llevado el metal extraído de las minas para ser refinado, convertido en placas y ponerlos a su disposición de exportación marítima en el puerto. Los residuos o escorias eran arrojados mar adentro a través de parangones.

Históricamente los puertos eran ocupados por varones, ya sea quienes trabajaban en la Fundición, en el muelle o incluso los pescadores que hasta la fecha ocupan la orilla de las playas con sus embarcaciones. Actualmente, la Fundición en un estado de abandono, se ha vuelto refugio temporal de varones en situación de calle³⁶, lo cual lo ubica como un escenario riesgoso al que pocas personas frecuentan, pese a su valor histórico.

En este mismo lugar, es la parada de camiones que deja o recoge a trabajadores de MMB que viven dentro del campamento, bajo un horario específico. La única persona que rompe con esta masculinización de este espacio es Elvis, varón transexual popular dentro de la población por ser el único en ostentar -al menos de manera pública- dicha identidad de género, quien tiene un puesto de hot-dogs en este cruce del chute, la Fundición y para de camiones de MMB.

Siguiendo la transpeninsular hacia el norte, encontramos varios negocios de refacciones de automóviles, así como de herramientas y maquinarias para la construcción, llegando al límite de la población en una distancia no mayor a dos kilómetros. Eventualmente sobre la carretera, siguiendo 5 kilómetros hacia el norte, se encontrará la entrada a la empresa minera MMB.

Al norte de la población, en la colonia magisterial, se encuentra al aire libre una pista de atletismo y el estadio de beisbol de la población “Estrellas de Cachanía”, que tiene a su lado en salón de usos múltiples donde se organizan peleas de box y peleas de gallos.

Si bien es cierto, que de manera reciente se han incorporado equipos de softball y beisbol femeninos al uso del estadio, hay una mayoría de equipos varoniles y una liga -tanto municipal como regional- que ocupar mayoritariamente las fechas de uso del mismo.

³⁶ Las personas en situación de calle en Santa Rosalía no rebasan las 20 personas, que están compuesta de manera temporal por dos grupos: 1) migrantes en su paso hacia Tijuana u otro destino al norte y 2) personas inicialmente llegaron a Santa Rosalía a trabajar la pesca u algún otro oficio, pero quedaron enganchados con la droga (cristal), perdiendo posibilidad de retorno y manutención.

Hay una clara mayoría de aficionados varones que asisten a ver los partidos, con sus hieleras repletas de cervezas, opacando a una minoría de familias que también acude con mujeres y niños.

Ocurre igual en las peleas de gallo, donde la asistencia familiar es mínima y hay una mayor presencia de varones que traen sus gallos, apuestan o sólo admiran a la distinta las justas de estos animales que terminan cuando uno de ellos masacra al otro.

Cabe mencionar que las peleas de gallos convocan a varones no sólo de la localidad sino de poblaciones cercanas como Santa Águeda, Mulegé y San Ignacio, que al igual que los habitantes de Santa Rosalía, dedican parte de sus casas o propiedades para construir un gallero donde tenerles, alimentarles y entrenarles. No es casual encontrar en distintas colonias de Santa Rosalía, distintos gallineros que armonizan auditivamente las mañanas de la población.

La pelea de gallos es se vuelve un espacio de socialización que se comparte regionalmente con otras comunidades y cierta cultura ranchera sudcaliforniana. Aunque son espacios de socialización mixtos, es notoria la protagónica participación de los varones como apostadores, organizadores, dueños de gallos y asistentes en general. Hay una convocatoria y socialización a partir de la competencia y la violencia como entretenimiento.

En el centro histórico de Santa Rosalía encontramos la mayor cantidad de establecimientos comerciales, la biblioteca y plaza pública, las distintivas panadería e iglesia, escuelas, casa de cultura, bares y restaurantes, las oficinas del ayuntamiento y de los distintos sindicatos, así como las principales iglesias y salones de fiestas.

Es el espacio más democrático en términos de género, donde la participación de infancias y mujeres de los espacios es más frecuente, cotidiana y diversa. Sin embargo, por es el espacio más público, es también donde encontramos la reunión y demostración masculina

más expresiva en esquinas de establecimientos, bares, sindicatos, puestos de comida y banquetas.

Es decir, es el espacio social de Santa Rosalía que mayormente convoca a la reunión de varones, que de manera notoria interactúan cotidianamente con los transeúntes y personas que habitan el espacio. Desde señores que se reúnen todos los domingos por la mañana a las afueras de un restaurante a tomar café y hablar de política, mientras observan e interactúan con personas que van pasando, hasta juntas sindicales que se continúan en las banquetas o en bares contiguos.

Sus de establecimientos y espacios sociales, convocan a distintos grupos y sectores de clases sociales que conforman parte de la población de Santa Rosalía, volviéndolo un espacio diverso, de múltiples interacciones y manifestaciones específicas. Por ejemplo, pese a los más de 38° que puede haber en las calles en primavera o verano, los trabajadores de MMB que visitan alguna tienda o restaurante lo hacen sin quitarse sus camisolas de trabajo (de algodón, de manga larga) como un distintivo social de pertenencia a la empresa hegemónica y por tanto, de un estatus quo que recibe distinto trato en dichos establecimientos por su poder adquisitivo.

Sobre la calle Álvaro Obregón, que cruza desde la carretera transpeninsular hasta lo más profundo de la traza urbana en la colonia Ranchería, encontramos las dos oficinas de los sindicatos mineros: la sección 118 del SNTMMSRM que convoca a los trabajadores de la mina de yeso y afiliados de MMB y las de FNSI del ‘sindicato blanco’ de MMB. Los sindicatos son espacios de interacción masculina que a través de charlas y discusiones están guiadas por un performance masculino, presente desde la manera de vestir sus uniformes de trabajo, la manera de charlar y burlarse entre ellos durante la sesión hasta las estrategias discursivas para convencer o contradecir sobre algún punto en discusión.

Tierra adentro, camino contrario al mar y adentrándonos al desierto, se encuentran las colonias obreras que se fundaron con la traza urbana del centro histórico, la colonia Ranchería y el Nivel 50, llamado así por su altitud a 50 metro a nivel del mar.

Estas colonias están situadas en el imaginario colectivo de la población por tres aspectos:

1) ser un barrio obrero que originalmente estaba habitado por los ‘mineros libres’ -en su mayoría indígenas y migrantes asiáticos- que no tenían ni acceso a las casas puestas a disposición por el *Company town* en el primer cuadro de la ciudad y que actualmente se ha ampliado por construcciones dedicadas a ser espacios rentados para los empleados de MMB; 2) lugar donde hacen sus festividades la comunidad yaqui en Semana Santa y el cementerio chino, situado en la profundidad de la cañada y 3) ‘El Chacucas’, único prostíbulo de la población.

Estos tres aspectos remiten, de manera altamente relacionada a la historia del primer enclave de la población, a espacios masculinidades desde su habitación obrera, su asentamiento de comunidades mayoritariamente de varones -como los yaquis y chinos- así como del consumo masculino relacionado a su masculinidad.

De manera pública, los espacios de Santa Rosalía convocan de manera mayoritaria pero no exclusivamente a varones. Queremos poner especial énfasis en decir que hay una participación constante e importante de las mujeres en los espacios públicos pero esta se da de manera relegada frente a la prioridad dada a la presencia y consumo masculino.

Hay una economía de servicios en Santa Rosalía sostenida por las mujeres. Los puestos de trabajo relacionados al turismo, contratación de servicios (telefonía, internet, peluquería, paquetería, etc.), venta de alimentos y bienes (restaurantes, tiendas,), actividades culturales (museo, librería, casa de cultura, biblioteca), recreativas (gimnasio) está en manos de mujeres.

Hay una economía mixta de participación femenina en una amplia diversidad de oficios y puestos de trabajo, más notoria en el espacio del centro histórico, que no se traduce la existencia ni participación en los espacios de socialización, que suelen tener una inclinación a ser configurados desde la participación e intereses de varones, pero no por ello exclusivos. Aún más, en tanto que son espacios mixtos y públicos, hay una demostración cotidiana de prácticas y valores de ser hombre que no reflejan la totalidad de la manera de vivir la masculinidad de la diversidad de varones, al menos con los que tuve la oportunidad de colaborar.

Es decir, retomando el trabajo de Núñez Noriega, la masculinidad es una configuración social y cultural de como interactuar socialmente, de acuerdo a las representaciones (lo deseable/indeseable, normal/anormal, natural/antinatural) que existen local e históricamente sobre la realidad. Por tanto, responden a un campo social y no a una manifestación espontánea y posible de expresarse.

Se ha decidido que estos espacios sociales y sus manifestaciones, prácticas y expresiones posibles, que convocan a los varones en los espacios de peleas de gallos, sindicatos, misas religiosas, reuniones públicas, etc. No eran suficientes para dar cuenta de la masculinidad de enclaves por dos cuestiones.

La empresa MMB genera condiciones de nuevo enclave, que en relación a la contratación y atracción de personal de trabajo, lo hace bajo distintos intereses, convocando a una amplia diversidad de varones debido a sus repertorios culturales de ser hombre de acuerdo a sus contextos socioculturales de origen y trayectorias de trabajo: surcoreanos con experiencia teórica en puestos gerenciales, michoacanos con experiencia de trabajo con la tecnología de yuxtaposición de los metales, coahuilenses con años de experiencia de mina subterránea, locales con amplio conocimiento de las condiciones terrenales de Santa Rosalía, por mencionar algunos.

Esta pléyade de contingentes no participa en espacios de trabajo ni de socialización que los convoquen a todos, hay una participación y convivencia fragmentada de vivir las nuevas modalidades de enclave, donde estos espacios sociales llegan a convocar a sólo una parte de esta diversidad de varones. En consecuencia, hay una composición dividida de espacios de recreación y socialización: juegos de beisbol sólo entre cierto grupo, reuniones de café con cierto otro, división entre quienes socializan en las reuniones sindicales y quienes no pueden hacerlo por ser empleados de confianza o ser de alta rotación y estar contratado bajo empresas subcontratistas de MMB.

La experiencia de los espacios de socialización es muy distinta y atiende a la propia construcción de su participación en el nuevo enclave, que se estructura económicamente y determina los efectos sociales de su participación en estos espacios. Por tanto, se optó por elegir una socialización que reuniera, en su participación y experiencia, coincidencias de condiciones e interrelación.

La propuesta del concepto de masculinidades de enclave descansa en que esta diversidad de actores varones, trabajan y viven de manera fragmentada las nuevas condiciones de enclave, que ostentan y prácticas distintas maneras del ser hombre -producto de sus concreciones espaciales y temporales de su trayectoria de vida- pero que coinciden vivencialmente en las maneras de habitar este espacio de trabajo: en una lejanía y aislamiento geográfico, habitando espacios temporales para descansar organizados según las lógicas de la empresa, participando en espacios y puestos de trabajo ‘de sensación solitaria’, con espacios de descanso temporales de los que no se pueden apropiar.

Es decir, aunque ya no es la verticalidad ni hegemonía empresarial del *Company Town*, aún tenemos una manera de habitar los espacios de trabajo marcada por la empresa, siendo los espacios de descanso -sea al terminar la jornada o cuando se establece el descanso de rotación- un común denominador.

Retomando las investigaciones sobre masculinidades y sexualidad en el noroeste mexicano, el leer el papel de la sexualidad en la conformación un campo sexual así como sus espacios de negociación, donde la construcción social intimidad cobra gran relevancia, esta perspectiva apunta a hacer una lectura de sus prácticas y manifestaciones masculinas sin caer en esencialismos de advertir una ‘masculinidad superficial’ o que se deja ver y expresar únicamente en espacios públicos.

Apelar únicamente a estos aspectos públicos es reducir la complejidad mediante la cual se configura y apropia de manera personal y vivencial, desde su experiencia, la constitución de la masculinidad y el ser hombre.

Si reconocemos la triada de violencia que constituye la masculinidad (hacia las mujeres, hacia otros varones y hacia sí mismos) es necesario pues dar cuenta de un escenario de observación que nos permita dar cuenta de estos tres elementos, dando énfasis en el último apartado, muchas veces no reconocido: la violencia que se ejerce desde la masculinidad hacia sí mismo.

Como vimos en el capítulo anterior, explotando las dinámicas de autocuidado y expresión de cariño, encontramos que hay un espectro de prácticas y valores que se ostentan de manera cotidiana pero que a su vez se niegan a manifestar en espacios de socialización públicos o compartidos, fuera de los círculos de intimidad que de manera individual cada uno de estos varones teje.

Sin embargo, encontramos un espacio de socialización colectivo y que ocurre en un espacio social abierto, que permite a esta diversidad de varones expresar y manifestar estas prácticas negadas, en las que se muestran vulnerables, sin temor a una represión social ni consecuencias directas en su representación masculina dentro del trabajo, población y otros espacios de convivencia.

Las polladas, como espacio de socialización íntima, permite la interacción entre varones bajo un primer punto de partida y elemento diferenciador marcado por la masculinidad: la participación exclusiva de varones.

La necesaria exigencia de la ausencia de mujeres (compañeras de trabajo, hijas, esposas, parejas afectivas, etc.) declara la imposibilidad de mostrarse vulnerable frente a las mujeres, de compartir información sensible sobre sus subjetividades y emociones, así como reflexiones íntimas y personales que permitan hacer una lectura más íntegra de su persona. La negación de una comprensión u horizontalidad frente a las mujeres, indica ya una violencia hacia las mujeres al no reconocerlas como pares.

Un segundo elemento, mediador ritual del fenómeno, es el consumo de alcohol. Si bien, la invitación inicialmente está centrada en la preparación y degustación de comida, el alcohol se presenta como elemento inherente y no cuestionado que acompaña todos los procesos de la pollada. La interacción a través del alcohol permite plantear un escenario de licencias sociales frente a lo socialmente esperado (Moreno, 2019), que en el caso de las polladas tiene dos efectos puntuales: 1) un efecto bajo el cual el nivel de autoexigencia se desinhibe al grado que permite mostrar elementos íntimos de su masculinidad y 2) de manera contradictoria a lo vivido, servir de pretexto y acción de un grupo juramentado (Sartre) para enunciar que lo experimentado dentro de la reunión fue producto del alcohol y no del deseo o interés genuino de la persona.

Por último, pero no menos importante, el espacio físico. Aunque se presente de manera contradictoria, la intimidad de las polladas requiere de un espacio físico muy abierto. En relación con la exclusividad de varones, se convoca a ir a un espacio que no forme parte de los espacios de reunión pública ni propios, donde se encuentren más personas no convocadas a la pollada. Se elige un lugar agradable y suficientemente distante para que tener llegadas repentinas o espontáneas de otras personas.

La existencia de servicios (baños, casas, cama, restaurante, señal de teléfono o internet) no son elementos para tomar en cuenta para elegir en lugar de reunión. Aún más, suelen ser escenarios ligados al paisaje.

El paisaje del desierto conlleva a admirar, en las noches, el espectáculo astral de las constelaciones, que en el caso de Santa Rosalía como población costera, vuelve al sonido y/o vista del mar como elementos deseables. Importa elegir el lugar por su paisaje distante y no por sus comodidades en sí.

En Santa Rosalía suele elegirse lugares distantes a la orilla del mar, casas o ranchitos de descanso de algunos de los convocantes, pararse a media carretera en determinado kilómetro, incluso ir a otras poblaciones cercanas.

La construcción espacial de la intimidad la da la exclusividad de personas reunidas, que como decíamos anteriormente, no es necesario que las personas se conozcan entre sí.

La o las personas que suelen convocar la pollada son quienes tienen las condiciones materiales para llevarla a cabo: dueños de una casa de descanso o ranchito, quienes tienen coche o camioneta para llegar al destino, quienes tienen el poder adquisitivo y gustan aportar o cooperar en la compra de los ingredientes y alcohol, o quienes se han ofrecido a cocinar.

Las personas invitantes son parte del círculo íntimo de dichos varones, quienes amplían la invitación a personas que pueden formar parte de una red social compartida, relacionarse de manera periférica o no tener alguna relación específica con la persona que convoca. Este anonimato o no relación de asistentes con la persona convocante y por tanto, con más personas asistentes, forma parte nodal de la pollada y la propia condición de enclave.

Aunque de manera explícita no se convoca a compartir información y prácticas íntimas, sino a convivir por medio de la comida y alcohol, lo cierto es que el fin último está de manera implícita y silente en las expectativas de los asistentes. ‘Pasarlo bien’, ‘algo bien’, conlleva a salir de los márgenes de lo socialmente esperado de ellos como hombres y situarse en un compartir de ruptura, de puntos de fuga de las expectativas masculinas.

Por tanto, la distancia espacial y el posible anonimato entre los asistentes, forma parte de esta reunión pues es posible que muchos de los integrantes no se vuelvan a reunir en una segunda ocasión. La oportunidad de coincidir con varones que se encuentran en condiciones de alta movilidad espacial por las rotaciones laborales impuestas por la empresa MMB, aumenta las posibilidades de compartir íntimamente entre ellos: puede que no se vuelvan a ver.

Esta posibilidad de no verse más, amplía la seguridad de compartir y confiar desde la intimidad ciertas sensaciones, pensamientos y reflexiones sin temor a tener cambios específicos en cuanto a sus relaciones laborales, sociales y familiares.

La pollada ocurre a manera de performance, como un fenómeno fugaz e irrepetible, negado u omitido después de su realización. Su existencia como práctica terapéutica o punto de fuga de la exigencia externa y autoexigencia, de la que se compone la masculinidad, es posible y a la vez demandada por las mismas condiciones de nuevo enclave que impone el trabajo de la mina MMB.

A continuación, en este capítulo se hará una descripción etnográfica de lo observado en distintas polladas y qué nos permitirá argumenta como estas coincidencias y maneras de demostrar desde su intimidad su masculinidad, no hable no de un performance o de otra manera de ser hombre, sino de una misma masculinidad que es más compleja de lo que a veces advertimos, compuesta por escenarios de contradicción, silencios y omisiones.

Por la misma cualidad de lo compartido en estos espacios, en estrecha intimidad y confianza, todas las referencias a los nombres fueron omitidas, así como detalles de experiencias y confidencias vertidas en dichos espacios, como una manera de preservar la intencionalidad y función misma de la pollada.

Después, se hará una discusión teórica de los elementos presentados, haciendo énfasis en la pertinencia conceptual y aportes que arroja el uso de masculinidades de enclave para pensar y reflexionar estos espacios inherentes a la masculinidad, y en este caso, a las condiciones de trabajo en los nuevos enclaves.

Hay una diversidad de prácticas y maneras de cumplir ciertos mandatos de género, que permiten ciertas flexibilidades y practicas disidentes que no necesariamente se contradicen con el ‘deber ser’ socialmente construido dentro del contexto local, desdoblado y haciendo más complejas la constitución de masculinidades.

Esta discusión la ha abierto Guillermo Núñez al estudiar varias maneras de ser hombre en el noroeste mexicano encuentra dicha respuesta, al menos concretamente en dos trabajos: al dar cuenta de varones que tienen sexo entre ellos sin adscribirse a una categoría identitaria gay (Núñez, 1999) y la figura de ‘seeve/fresco’ entre los yaquis, quienes pueden sexuar entre varones y al mismo tiempo cumplir los mandatos de género que como hombres la cultura yaqui les exige (Núñez, 2013).

Una de las contribuciones de este capítulo es mostrar como Santa Rosalía desde la experiencia vivida de los colaboradores etnográficos (de ahí remitir al espacio como ‘Cachanía’ -nombre cariñoso con la que nombran sus habitantes la población), tiene un significado en la manera de entenderse hombre, siendo una de las preguntas iniciales que guiaba la investigación y que la presiento resuelta al dar cuenta que hay una diversidad de espacios y lógicas masculinas según las distintas maneras de habitarlos.

La novedad teórica, a través de datos etnográficos que lo sustentan, es como dicha flexibilidad que encuentra Núñez no se vive sin una serie de contradicciones, ambigüedades pero sobre todo de violencias de parte del mismo grupo de colectividades, homosociabilidades, que las permiten. Es decir: el mismo espacio social que permite la flexibilidad, impone violentamente una estructura que les condiciona.

¿Cómo se lleva a cabo una pollada?

Me pregunto esto después de aceptar la invitación de Manuel al invitarme a una. Quedamos de vernos en su casa, ubicada en una meseta a la salida sur de la población. Él se ha dado un baño, me recibe en la puerta con la toalla húmeda sobre sus hombros, en pantalones y descalzo. Después de saludarnos la acción inmediata es abrir un bote de cerveza, que me ha pedido que traiga. Como bien afirma Guillermo Núñez “la cerveza es la clave maestra de la conversación, la invitación masculina para estar juntos y conversar, el pretexto válido de porque dos hombres quisiesen estar juntos” (Núñez, 2007: 206).

Además, llevar cervezas era nuestra ofrenda de entrada a la denominada pollada. En Santa Rosalía se bebe cerveza en *bote* (lata) en su mayoría³⁷ de la marca Tecate (*light*), por su cercanía a la casa productora que se encuentra en Mexicali y la cual distribuye el etílico líquido a través de tiendas de abastecimiento “Six” que venden frituras, dulces y otros alimentos imperecederos. Es interesante notar que la población y varias cercanas están exentas de tener tiendas ‘Oxxo’ pero si tienen esta suerte de mini-supermercado en su lugar. Es notorio hacer mención de la marca de la cerveza que más se consume pues esta tiene dos variaciones: azul (*light*) y roja (*original*).

³⁷ También se vende BudLight y Pacífico en menores cantidades, así como cervezas de la compañía Corona y Amstel Ultra pero están en determinados espacios o dinámicas que permiten hablar de un consumo diferenciado por estatus social. Es decir, la cerveza popular y de mayor rango de consumo es a todas creces Tecate.

Se menciona entre varones, a manera de *carrilla*³⁸, que ‘los verdaderos hombres’ toman roja mientras que los de ‘moral distraída’ toman azul. Lo cierto es que en fiestas, juegos de béisbol y eventos grandes abundan las Tecate light y que tiene que ver con una lógica de consumo relacionada a las condiciones ambientales pues no tienen variaciones en su precio. La original tiene 5.5 grados de alcohol y su versión light 3.9, lo que permite en esta última un consumo más alto y continuo para aligerar el abrasante calor que llega en esta parte del desierto sudcaliforniano a 35° sin mucha oportunidad de sombra en exteriores³⁹.

Así, incluso en la manera de tomar cerveza se añade una pretendida homosexualidad a los hombres de Santa Rosalía. En espacios como la pollada –que se busca extender el mayor tiempo posible la estancia- la cerveza light es la preferida pues permite seguir bebiendo con un incremento más lento del alcohol en la sangre, es que hay por lo menos la disposición de *dos promos* para cada uno de los asistentes, lo que equivale a 16 *botes*. Manuel al invitarme, me sugiere llevar una *promo* de cervezas rojas. Partimos hacia la pollada, organizada en esta ocasión por varios maestros y trabajadores del instituto tecnológico de la localidad (ITESME) y a la que lo han invitado pues antes de entrar a trabajar a la mina daba clases de topografía y minería.

Te invite porque quiero que conozcas a un amigo, él también es de aquí y por su familia yo creo que te podría ayudar. Su papá fue minero y creo que tiene familiares chinos en San Ignacio, para tu búsqueda de presencias de Asia.

³⁸ Significa burlarse o hacer una broma pesada a una persona.

³⁹ Situación cultural de consumo de cerveza que ha hecho que recientemente el gentilicio de los habitantes de Mexicali sea ‘huevos fríos’ por mantener siempre una cerveza bien helada rozando sus genitales, al conducir entre largas distancias de desierto.

Vamos en su camioneta *pick-up* mientras degustamos el segundo bote de cerveza. Arribamos a un lote abierto dentro de la colonia Nueva Santa Rosalía, área residencial que se creó a partir de los setenta donde anteriormente había una pista de aterrizaje exclusiva de la localidad.

Hay varios coches estacionados, al fondo del lote hay un techo de madera con sus reforzamientos, que parece una obra no terminada pero que tiene la intención de ser una pequeña cabaña. Dentro hay alrededor de 12 personas, todos varones y con cerveza en mano; vestidos con pantalones de mezclilla, playeras o camisa a cuadros. No nos hemos acercado lo suficiente y el jolgorio que tienen ya nos inunda y contagia.

La mayoría de ellos trabajan juntos, como trabajadores sindicalizados, en el ITESME; pero hay varias personas, como yo, que fuimos invitados por alguno de ellos y no trabaja en el mismo lugar: el hijo minero del Prof. Bareño, el primo de Dublin, compañero de fútbol de 'Bareñito'. La invitación implica un grado de confianza que no es cuestionado por el grupo sino aceptado, con interés especial por conocerle. Todos nosotros éramos escuchados con mayor atención por la mayoría de los trabajadores sindicalizados.

Las risas paran sólo unos segundos cuando me presenta el ingeniero, pero estallan en *carrilla* cuando digo que soy de la Ciudad de México:

- Chilango!: ¿y qué haces tan lejos, a poco viniste por la fama de Cachanía? ¿vienes a buscar cachanías o cacha-anos? Jajaja
- Aquí hay mucho joto eh, aguas...aguas sobre todo con este [señala a un compañero a un lado suyo] que es su cumpleaños y anda filoso. [estallan risas]
- Y cuidado eh, porque si de por si hay jotos.... ¡hay más putos! Jajaja

- Se ha comprobado científica y estadísticamente que si hay muchos putos en Santa Rosalía, ¡por lo menos hay el doble de mayates! [estallan más risas]

Llaman la atención sus risas, después de los ingeniosos comentarios estallan de una manera explosiva y ruidosa. Es una denostación explícita de burla, se abre demasiado la boca y así se voltea a ver rápidamente a quienes al unísono ríen con quien soltó el chascarrillo. El compartir la risa a carcajadas forma parte de la socialización y conformación de la situación, donde todo lo dicho puede ser tomado a broma, y por tanto, no tiene la importancia o seriedad que pudiera tener en otros contextos.

Otro comentario llega con una risa más explosiva aún, pareciera que hay una implícita competencia de mostrar tanto el ingenio y como volumen de la risa como manera de participar en el diálogo.

-¡Habemos! Habemos muchos jotos, dijo el otro. [risas de todos]

No, Sergio está aquí haciendo un estudio sobre la cultura minera y los coreanos.

-¡Ah! Yo trabajé con ellos, ¡son unos hijos de la chingada! Eso sí, bien hechos y saben lo que hacen pero sólo vienen a joder a uno, se llevan lo que quieren y ya no les importa. No es que dejen crecimiento o beneficio a la población. Son carroñeros, así nomás. Son lo que son, muy pendejos e inteligentes a su modo.

Las impresiones sobre los coreanos y su cultura laboral se vuelve un tema de conversación. Todos los integrantes tienen algún punto de vista, aunque no hayan trabajado en la minería, debido a su interacción en distintos espacios de la población. Hay una tendencia a pensar su presencia como un abuso extractivista, del cual no hay remedio.

Bajo el techo hay dos mesas de plástico grandes y sillas alrededor, al fondo una bocina grande conectada a un monitor y en una esquina hay un disco de metal a las brasas de carbón, donde arde aceite al cual uno de los asistentes está metiendo paulatinamente las piezas de pollo previamente empanizadas. Hay dos hieleras repletas de cervezas, notoriamente más azules que rojas.

-¡Aguas! Que llegaron puros machos. Jajaja!

-No, no el Ingeniero siempre ha sido de respeto... sólo le gusta que le falten el respeto. ¡jajaja!

- Ay! Yo que me quería dar a unos [dice el festejado] y parece que me va a tocar a mí.

-¿Sergio verdad? Tú no te agüites, así son de carrilludos y ofrecidos estos. Mejor tomate una cerveza.

Tómate una cerveza, es la invitación recurrente para incluir a los varones a la conversación en turno, aceptar tomar es aceptar también participar de las risas y del recibir carrilla. Hay mucha bulla y burlas todo el tiempo pero cuando se me interpela a la palabra hay un ligero silencio, mayor atención. Claro, soy el tipo nuevo y causa conmoción. Aunque dicho en broma, creo que la figura ‘de respeto’ de ‘el ingeniero’ hace que se me considere como parte del grupo pero también en un tono con menos *carrilla* que a los otros.

Manuel, aún en este espacio, se muestra muy reservado y serio. Suelta esporádicamente una que otra broma pero su risa es tímida y se enmudece en el eco de las explosivas carcajadas de los demás. Sentado con un porte muy recto, a veces sólo moviendo la cabeza para asentir algunas bromas, es de los que menos participa en el jolgorio que involucra esta reunión.

En cuclillas, frente a un disco de metal puesto a las brasas de una improvisada fogata, se encuentra Javier asando el pollo, alimento que tarda más tiempo en el aceite hirviendo que en la mesa pues es devorado casi al instante por los comensales.

Javier de estatura baja, 1.60 aprox., mayor de cuarenta años, pelo canoso, usa lentes y trae una chamarra de cuero que considero excesiva al poco frío que hay. Es trabajador sindicalizado del ITESME en el área de Almacén, aunque muchos años trabajo como banquero en uno de los únicos dos bancos de la localidad. Nunca falta a las polladas y reuniones porque es el cocinero del grupo, aprendió a cocinar con su papá y maneja un sinfín de recetas personales que lo hacen acreedor a múltiples invitaciones para cocinar en fiestas de amigos y conocidos de Santa Rosalía.

Las hieleras se siguen rellenando con los arribos de más trabajadores del ITESME, aunque hay docentes hay más trabajadores de áreas técnicas y de mantenimiento. No hay divisiones y lo que une es el compartir. No importan los escalafones sino el compartir un espacio.

En esta primera etapa no se habla de trabajo, sino de anécdotas, sobre todo aquellas que provoquen risas. Hay una búsqueda inicial de crear una situación de alegría y diversión. Conforme va pasando la noche, incrementa el consumo de cervezas, la plática va transitando hace temáticas con mayor grado de intimidad y seriedad. La *carrilla* inicial detona el compartir, luego el canto y cerveza ayudan a desinhibir en una segunda etapa para finalizar con una tercera donde la centralidad es la intimidad que no necesariamente se da colectivamente sino ente dos o tres personas con las que se ha encontrado mayor cercanía en la charla, durante la velada.

Se inicia con la *carrilla* que está llena de alusiones de sucesos vergonzosos que pasaron o maneras de ser de tal o cual persona a quien va dirigida, la mesa se vuelve un fuego cruzado de risas y burlas que no se detienen particularmente en una persona sino de todos

contra todos. Hay que ‘echar *carrilla*’ al que más habla, al festejado, al que no ha hablado, al que está comiendo más, al que le paso tal situación esta semana en el trabajo, el que llegó tarde.

Todos se nombran, es un espacio de reconocimiento donde al momento de llegar el turno de recibir *carrilla* hay que buscar ‘defenderse’ ingeniosamente con un comentario que desate más risa o sólo reír y aceptarla. Cabe decir que en la segunda opción prolonga la *carrilla* y la posibilidad de generarla a otra persona.

Es un momento similar al ‘*cypher*’ en las batallas o improvisaciones de rap. El *cypher* es cuando varios raperos improvisan un estilo libre sin tener un contendiente definido sino con la posibilidad de aludir a cualquier presente o quien tome el micrófono. Al igual que la parte de improvisación de los huapangos, sólo que esta tiene como finalidad ejercitar la agilidad mental de responder ingeniosamente ‘ataques’ de contrincantes en las batallas de rap. En este espacio, *la carrilla* es un entrenamiento para recibir comentarios y tener la agilidad mental de responderlos, bajo la misma lógica y temática, emulando a la agilidad y dinámica que opera en los albures.

Encuentro esta etapa también como un ejercicio de reparar o entrenar la masculinidad pues mucha de la *carrilla* tiene que ver con situaciones personales, maneras de ser o responder a ciertas situaciones, de cómo te presentas como persona. La *carrilla* desdobra y vuelve un absurdo el performance masculino a partir de la risa, donde el aludido puede aceptarlo y reír o considerar como reparar ‘ingeniosamente’ esa cualidad o atributo masculino.

-Festejado: Bueno, bueno, cumplo 41 años y por eso, todos ustedes van a ser mi regalo. Vamos a ver a quien me echo primero.

-Otro: Ya cállenlo, ya está mayor, ya dejen que se siente... ¡pero en mí!

-Festejado: Me voy a sentar porque si voy a acabar bien cansado, después de tronarme a todos aquí.

La segunda etapa se continúa comiendo y bebiendo, es una antesala para un escenario donde el alcohol hace más efecto y se transita paulatinamente de las risas a las anécdotas más íntimas, donde poco a poco cada uno da su punto de vista sobre cualquier tema: los coreanos en Santa Rosalía (por mi intervención), el panorama de empleos, el cómo aleccionar a los hijos, vivir sólo en una ciudad desconocida.

También este espacio de *carrilla* sirve para identificar quien ha llegado más susceptible a la reunión, quien suele ser más espontáneo en sus respuestas, quien decide no responder, quien parece sentirse lastimado por los mismos comentarios; para que en una tercera etapa se pase a los espacios de intimidad, diálogos de tú-a-tú (entre dos personas) donde se generen charlas más profundas donde se permite mostrarse vulnerable: mostrarse inseguro, quejarse, enojarse y hasta llorar.

Para transitar a este espacio de confidencialidad, donde las hieleras están vacías y las cervezas hacen efectos en nuestros cuerpos, se ha instalado el karaoke. No todos cantan pero si piden canciones a sus intérpretes locales favoritos, entre ellos un joven con voz privilegiada que hace que varios lo admiremos cantar cuatro o cinco canciones seguidas.

El canto del karaoke como foco de atención común, lo elevado de la música de la bocina por el evidente estado de ebriedad de los presentes, permite la creación de minicharlas entre los hombres que se tienen a un lado, son estos espacios lo que permiten pláticas con mayor cercanía corporal y de mayor intimidad, que se confunden en el espacio de canto.

Puede haber o no el consumo de cerveza, todos se muestran alcoholizados, llegando a un estadio en el que se prescinde de ella. Aquí es cuando se puede hablar también más abiertamente sobre la sexualidad, heterosexual o disidente, que no se comparte a la

totalidad de asistentes sino con aquellos con los que se tuvo afinidad en la pollada.

Por ejemplo, Manuel, quien es serio y reservado, en una conversación con cinco personas, mientras de fondo hay un ensordecedor ruido, entre el canto, las risas y otras conversaciones; lleva la intimidad a cuestiones laborales que no se permite comentar en otros espacios:

-Otro1: ¿y qué onda con el sindicato? Está sonando por todos lados las camionetas y coches con bocinas⁴⁰.

-Otro2: Yo ni trabajo ahí y me da ganas de afiliarme. Jajaja ¿contra quién vamos, con quién vamos o qué?

Manuel: Pues no hay ni a quien irle pero al menos habrá una presión para que mejoren las condiciones, de parte de este sindicato. Yo no estoy afiliado.

-Otro2: Jajaja ¡ay hijo de la chingada! Acá muy rojillo [en el ITESME] y allá [MMB] si te esperas.

Manuel: No es eso, es que tengo que pensar en lo mejor para mi familia, en mi hijo [también trabaja en MMB]. No quiero meterlo en problemas.

El cuestionamiento proviene de un trabajador sindicalizado del ITESME, quien recuerda que los fundadores del sindicato fueron el cocinero y el ingeniero, siendo este último el primer impulsor y quien llevaba las discusiones en las reuniones con el directo y otros representantes. Dos años después no sería renovado su contrato como profesor en materias de la carrera técnica en minería, por no ser un perfil deseado por la institución. Ahora, comenta que no ha buscado afiliarse al sindicato minero por tener consideración con su familia e hijo mayor, quien trabaja dentro de la empresa y es reconocido como uno de los más valiosos trabajadores en el área de mina de superficie.

⁴⁰ Durante los meses de diciembre del 2018 y enero de 2019 se llevó a cabo el conteo de integrantes afiliados al sindicato de Napoleón Gómez Urrutia, convocando a quienes no estaban sindicalizados o estaban en el 'sindicato blanco', aprovecharan el momento para afiliarse.

La relación masculinidad y riesgo se ve en esta situación matizada por la ponderación de su paternidad. Hay en el ingeniero una valorización más importante de sus responsabilidades como padre que sus actitudes y atributos expuestos a los demás como ‘arriesgado’ o ‘rojillo’ como parte de su masculinidad.

La pollada se ha dispersado en varios subgrupos donde se platica íntimamente sobre un tema en particular, bajo una continua presencia de la música, barullo y risas de otras conversaciones, que plantean un escenario auditivo de confidencialidad.

Para algunos la pollada termina aquí, quienes han disfrutado de la comida y entrada inicial pero no están anímicamente en condiciones de compartir charlas o preocupaciones sensiblemente emotivas o de vulnerabilidad. También puede ser por las responsabilidades individuales de atender al día siguiente, como el caso del joven cuyo padre estaba presente:

[Suena su celular, que esa usando para leer la letra de canciones que canta en el karaoke. Habla por el micrófono a toda la reunión]:

-Joven: Tengo 10 llamadas perdidas de mi esposa, ¿Qué le hace pensar que con esta 11 si le contestaré? [estallan risas, sigue cantando]

Otros más, deciden seguir la fiesta en el antro de la localidad, buscar un poco de baile o interacción más allá de la pollada. Quedan pocos y siguen hablando entre pares o tríos, también aparecen los *raites* a las casas de quienes viven más lejos y no tienen coche particular. Estos trayectos se vuelven la ocasión perfecta para seguir dialogando e intimando.

Yo me he quedado en la charla con el cocinero e ingeniero, quienes debaten sobre la importancia y riesgos de sindicalizarse como manera de proteger a sus familias. A las dos de la mañana, me regreso con Manuel, de las veinte personas que iniciamos, se quedan seis que siguen en sus distintas pláticas íntimas.

Después de asistir a ocho ‘polladas’ en los últimos seis meses de mi estancia de trabajo de campo, me encontré que no cualquiera puede ir o invitar a un externo y que el divulgar charlas o situaciones de las polladas en otros espacios (ejemplo: en reuniones sindicales) implican un veto a seguir participando y una posición general de todos de percibir a quien profanó el espacio de la pollada como una amenaza.

En otras polladas que me tocó presenciar y participar, en donde la mayoría son trabajadores de MMB se dan encuentros, la intimidad llega a relaciones homoeróticas. Por ejemplo, en una de ellas, bajo la tercera etapa, la burla y el jugueteo puede pasar a un nivel físico sin perder esta dinámica lúdica -que bajo los efectos del alcohol- disfraza el deseo de carrilla:

-P1: [Le agarran una nalga] Se dice perdón.

-P2: Diré perdón, a ver espera [le vuelve agarrar una nalga]

-P1: Ay es como un niño de 10 años, hay que enseñarlo [va y le agarra una nalga]. Así lo creó el Prof. Mundo.

-P2: Me faltó un pedazo aquí [le agarra el pene]. Perdón, ¿o cómo era?

[risas entre las 5 personas atentas a lo que sucede]

-P1: Ya pues síguele, pero tú no... él [toma de las manos a P4, bailan]

-P3: Ya empezó el carnaval Río de Janeiro. [risas]

-P2: [canta] ‘Felicidades, por habernos roto el corazón en mil pedazos’

[sigue la música y el baile, ahora P1 baila con P4 apretaditos en un abrazo]

La estridente música de cumbia tropical no deja oír la conversación, el jugueteo se ha convertido en baile y además de las dos parejas, los demás disfrutaban entre aplausos y risas, mientras siguen bebiendo. Las personas que bailan son el eje de atención, hay una felicidad contagiada que no se deja decir, no hay más conversaciones entre los que no baila, sólo miran divertidos.

-P2: A mí, aquí nadie me quiere.

-P3: ¡Ah como hablas! No dejas ni disfrutar [risas]

-P4: Joven, joven..

-P2: Se llama Sergio.

-P4: ¿Verdad que eres amigo de Miguel Ángel Gómez?

-Sergio: Lo conozco, sí.

-P4. Ya viste, tenemos un espía aquí [risas]

-Sergio: Ahora resulta, no no no.

-P2: Ey, no. Aquí el anda de mirón, pero para él solito, no es espía de nadie ¿verdad?

-Sergio: Pues no, pura curiosidad antropológica [risas]

-P2. Ah pues ahorita te quitamos la curiosidad. [P2 me abraza y bailamos]

El baile evoca a otra etapa de las polladas, que atraviesa la corporalidad y silencia la comunicación verbal, hay una sexualidad que se ejerce desde los silencios del habla y sumergidos en la estridente música.

Coincido con Patricia Ponce (2001) en reconocer que la sexualidad no se limita a sexuar sino a todo ese orden de prácticas y posicionamientos donde se participa desde cierto orden de género en oposición, negociación, subordinación o resistencia. Aquí, hay una resistencia que se disuelve en el baile entre varones, dándose en una ruptura con el deseo heterosexual.

La pollada opera también como dispositivo de creación de espacios de intimidad, acordados silentemente entre sus participantes. Como en una tercera pollada, en la que, saliendo de un barcon cuatro compañeros de MMB y nos encontramos con otras 6 personas que ellos conocen. Discuten sobre qué hacer, algunos en la tercera fase, buscaban un lugar más tranquilo:

P2: ¿Qué vamos a hacer pues?

P4: Mira, vamos a cumplir rapidito. Voy por el carro, traigo unas Tecates y ya nos perdemos por ahí y ya.

P3: Hay que ir a bailar al Chacucas hombre.

P5: Vamos todos chingue su madre. Ya si no nos dejan salir de ahí, ya ni pedo.

P1: ¿y tú qué, eres de Coahuila?

Sergio: No, ¿me viste pinta de Coahuila?

P1: Pues buenote estas pero el habla no te da, ¿entonces de dónde eres?

Sergio: De Michoacán

P1: ¿y eres mayate de quién o qué?

Sergio: No de nadie

P1: ¿de nadie? ¿entonces que haces andando con puro puto y mayate aquí?

[risas]

P4: Déjale, anda de Capitán nomás.

P1: Órale pues, a ver si entonces me toca esa barbita más al rato.

P4: ¿vamos a ir verga o no? No seas culón.

P5: No vamos a salir de ahí, ya verás.

P1: No vamos pues, hay que seguir pisteando.

El coqueteo y erotización forma parte de la carrilla en la pollada, siendo indistinguible cuando dejo de ser juego y se convirtió en deseo, lo cual forma parte de esta dinámica de interacción. De acuerdo con Santiago Insausti y Máximo Fernández (2020) el erotismo y sexo entre varones operan como dispositivos fundantes de la heterosexualidad en tanto que el penetrar se asocia con las realizaciones del deseo heterosexual, aún más cuando está relacionado con la dominación, en esta ocasión de otros varones.

Las maneras de interpretar la sexualidad entre varones desde la heterosexualidad no se reducen al acto de ciertos cuerpos en contraposición de otros, sino de un régimen político que produce determinado tipo de cuerpos, prácticas y relaciones; donde la masculinidad se erige en sus múltiples significaciones como heterosexual.

La pollada se vuelve ese espacio de intimidad para probar, experimentar y disfrutar la sexualidad más allá de lo socialmente esperado pero sin romper marcos y estructuras del régimen político de la heterosexualidad. Por ejemplo, un trabajador administrativo de MMB nos declara porque no está interesado en construir relaciones afectivas con varones con los cuales tiene relaciones sexuales:

Para mí la belleza es superficial, es como unos lentes o como ropa de moda. [Los usas y] te vistes bien, un cuerpo que está bien, el cuerpo también es un accesorio que va a lucir simplemente un rato, pero luego va a pasar de moda. Buscar el complemento en alguien es como buscar ser alguien por usar unos lentes. Una relación es superficial. No ganas nada con los complementos. Puedo valerme por mí mismo, no necesito nada ni nadie. Así, las relaciones son superficiales, puedes disfrutar y dejarte disfrutar por otras personas, pero no te complementan. Sigues siendo tu y no eres a partir de nadie. Por eso no busco algo profundo, la profundidad la tengo yo, conmigo. En una relación busco deseo, sexo, pasarla bien, no buscar alguien que me haga sentir mejor a como me siento ahora.

Estos espacios de introspección se pueden volver, a su vez, espacios de escucha y apoyo mutuo, de recomendaciones. Como es el caso de un joven que asistió a una cuarta pollada, que se encontraba terminando sus estudios de preparatoria y estaba decidido a no seguir estudiando:

Y. Necesito juntar feria porque como no voy a estudiar, posiblemente me vaya al otro lado a chambearle allá.

BJ: y tú crees que esta fácil así irse nomás, ¿o qué? y ahorita el maldito Trump [2018], ¿tú crees que anda allá recibiendo mexicanos?

Y. Voy a trabajar de lo que sea, después voy a regresar aquí a Kashana y

voy a poner un local, luego me voy otra temporada y pongo otro. Así me la llevo. Pongo locales de lo que caiga.

- Bueno, yo no digo que no vayas a lograr lo que tu piensas, pero te voy a decir una cosa. El mundo no es de listos o educados, es de los astutos, como diría tu padrino: hay que tener huevos para vivir.

Pero la neta, lo que tu pienses, debes tener bien justificado que vas a ir a ponerte en la madre, pero con esa visión de regresar bien billetudo, no soltar tu objetivo a los primeros meses de dificultades, ¿me entiendes?

Ah y aprende a hablar inglés antes de irte, si ya decidiste eso pues ya vete bien instruido al menos.

V. Tengo un compa que está trabajando en Phoenix. Él no sé cómo le hizo pero ya es ciudadano, trabaja en la construcción. Dice que gana bien, pero que allá todos es caro también. Dice que cuando va a venir, le avisa a su sindicato de que va a dejar de trabajar un periodo. Aquí esta con la familia, se gasta la raya trayendo mil cosas, pagando todo aquí y así. Cuando regresa, dice que el sindicato ya le tiene a donde va a ir a trabajar. Ya con la ciudadanía tiene a donde seguir trabajando cuando vuelve. Eso tienes que lograr tú, busca la ciudadanía, busca afiliarte a un sindicato o como dicen allá: *union*.

Los asistentes dan su punto de vista y recomendaciones, sin desalentar o criticar la decisión del joven de no querer estudiar, aunque estén en desacuerdo. Hay una mirada paternal y a su vez un respeto por dejar que reflexione sobre su pensamiento.

BJ. Hay que ser astuto porque ¿qué le paso a mi tío Yiyo? Tenía mucha lana, pero negocio que ponía, negocio que valía madre. Se hizo de barcos camaroneros y valieron madre, se compró un tráiler y valió madre.

Se hizo de cuartos de renta y valió madre. A veces ser tan buena gente no es bueno, tenía corazón de pollo y pues...¡valió madre!” [risas] En los negocios y en la vida también hay que ser culero.

Las recomendaciones involucran también una serie de significaciones masculinas, como nos la deja ver este último testimonio, que renuncia a la amabilidad o ‘buen corazón’ como fórmula para ser exitoso económicamente. ‘Hay que ser un culero’ es la recomendación dada. Esto también nos lleva a pensar como la pollada opera como un espacio de fuga para socializar desde otros derroteros, pero que no renuncia a las prácticas condicionantes de la masculinidad, como lo deja ver más claro el siguiente caso.

Después de beber en un bar, el grupo decide ir a comprar más cerveza y frituras, para ir a beber frente al mar. Un Contador de MMB estuvo bailando con una mujer, después de varias canciones se besaron. Al irnos, Contador le pidió su número y ella se lo paso, diciéndole cuanto le cobraba por pasar una noche con ella. Era una trabajadora sexual y esto le apeno a Contador. Camino a la playa y al llegar, fue la burla de los 8 trabajadores.

P1-Mira, eso no importa. Ahorita entre todos juntamos una lana para que te vayas de divertir con elle y te desquitas. La neta mi chingón, ¿la morra si te gustó?

C- Sí, si me gusta.

P2-Si te encontró el punto G?

P1-¡El triple G!

P”-La que si probaste fue a la Jenny,

C: ¿Quién, Jenny?

P2-La llenita de venas jajajaja [siguen risas y lo empujan]

La burla y acoso frente a la situación, pasa de la carrilla a un acoso donde C se ve realmente incómodo. El acompañamiento es amistoso y violento:

P1:-El problema es que tú te enamoras Contador.

C. En verdad, no sabía que cobraba.

P1: -¡Defiéndete cabrón! Además, yo te dije. ‘Contador, saca a bailar a la morra. Es puta la morra’. Pero no me entendió, creyó que le andaba diciendo que liga con todos. Pero no, ¡quería decir que cobra!

P1- Ya di si quieres, te la pagamos. Te estoy diciendo que yo te lo regalo. Háblale ya. Ahí traes el teléfono.

C: No, ya no se dejó el número, no lo guardé bien.

P1-Para mí que te aplomaste. Tan fácil que estaba.

Esta situación demuestra como la gestación de afectos, bajo el lenguaje de la heterosexualidad, se da bajo prácticas que fomentan la invisibilización de sufrimiento y sensibilidad, que no se llore ni se expongan las injusticias de las que son víctimas. *Ser hombrecito* es soportar la violencia, el abuso y la humillación... *en silencio*.

El silencio forma parte del *inner core* de la estructura sexo-genérica de la masculinidad. Es en sí misma, una práctica social y colectiva que da forma y sentido a una variedad de masculinidades en tanto que se callan emociones, sensaciones, incomodidades pero también privilegios, complicidades, omisiones, reproducciones que forman parte del ostentar, transitar, reivindicar los distintos modelos ideológicos de masculinidad hegemónica que nunca se logran cristalizar o cumplir a cabalidad. Las masculinidades vividas son siempre un esfuerzo constante y aspiracional que *en sus silencios* oculta, transfigura, representa, genera expresiones y performance de lo inmediato y lo posible como el deber ser.

Si entendemos la performatividad como la define Judith Butler, como una “práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra” (Butler, 2002: 18) podríamos entender el silencio (aparente ausencia de discurso) como el acto realizado de una corporalidad que es vehículo y a su vez productor de significados discursivo. Es decir, el cuerpo se vuelve la materialidad discursiva del performance cultural que el género impone a nuestros cuerpos, en este caso pensando únicamente el performance del silencio.

Eso lo hará más explícito Butler al mencionar que la noción de performance necesariamente requiere del cuerpo en tanto que el acto del habla ocurre a partir de una vocalización, la cual necesita indispensablemente la boca como órgano y cómo vehículo (Butler, 2002: 113).

Ahora bien, el silencio como discurso evoca una multiplicidad de lecturas y significaciones que se le puedan atribuir según la perspectiva, intereses, posicionamiento relación e interacción que se tenga con la persona que lo ejecuta. El silencio involucra una interpelación sin tramas narrativas o contenciones aparentes, las cuales aparecen sintomáticamente en el cuerpo y sus expresiones.

La negación para responder, a articular como ejercicio comunicativo genera en el silencio un desborde de significados donde no hay una verdad o unicidad interpretativa, haciendo del interactuante parte de su composición social. El silencio es colectivo porque interpela y convoca a desciframiento. La masculinidad opera bajo un encadenamiento de silencios, de misterios que ambivalentemente ocultan y buscan que se descifre su causalidad o causalidades.

El silencio forma parte de la pollada al gestionar la complicidad entre varones de que lo enunciado, practicado y experimentado en ellas quedará en el anonimato y pretexto de la ingesta de alcohol, la socialización como carrilla forma parte de un pacto heterosexual de generar en la práctica de la pollada interacciones sin afectaciones en la performatividad cotidiana de la masculinidad de sus participantes.

La pollada es un acontecimiento, en tanto que se vuelve un contexto específico de situaciones y condiciones que *permanecen* como correlato estructural de la movilidad y transformaciones subjetivas de lo que, en secrecía, se comparte en ellas. Es una reunión de varones donde el contenido neto de las pláticas e intimidades no se da en ninguno de los otros espacios de socialización que presencié.

Ante un preludeo de risas y burlas, se llega a un escenario donde lo compartido es escuchado y respetado pero que no formará parte de la información y conversaciones en otros espacios (laborales, públicos, etc.) de coincidencia. Esto debido a su manera en exponer su masculinidad y desdoblamiento en espacios de confianza, donde se dejan vulnerar, llorar y mostrar expresiones de afecto vinculadas con la feminidad y por tanto, reprimidas en otros espacios y situaciones de socialización. Se mantiene una misma lógica y creación que en las prácticas rituales, donde se generan símbolos de pertenencia y energía afectiva que celosamente se comparten únicamente entre los presentes.

Las polladas se vuelven un ‘espacio de fuga’ ante la presentación cotidiana de su masculinidad en las distintas esferas de su vida social. La intimidad de la noche, con la distancia espacial y exclusividad entre varones, reúne las condiciones en las que se permite contradecir, desdoblar y expresar elementos que forman parte de su sentir y experimentar el mundo pero que no se articula como parte de su masculinidad.

Como vimos en el anterior capítulo, mi argumento es que estos atributos y prácticas feminizadas forman parte de su masculinidad, pero sólo se dejan mostrar en ciertos espacios de intimidad. La masculinidad requiere de estos espacios de fuga para la regulación y evitar el desgaste o desbordamiento de la persona ante las diversas exigencias y mandatos de género presentes de manera diferenciada en las distintas esferas de su vida social.

La participación dentro de las polladas, permite la creación de nuevos lazos de cercanía e intimidad, que no son públicos pero que se siguen manteniendo en términos de solidaridad silente. Estas relaciones de intimidad no se reflexionan colectivamente pero se acepta esa complicidad de compartir un canal de comunicación más íntimo, que no se comparte con otras personas que forman parte de sus relaciones sociales cotidianas.

Por ejemplo, la comunicación de un trabajador Manuel sobre su despido ante MMB, que no compartió con más personas, hasta que fue a firmar su renuncia semanas después de la notificación.

Ya no te escribí. Lo iba a hacer... ¿no sé si te enteraste? De que vino, hace ratito a la Casa de la Cultura el Consejo Municipal de Desarrollo Rural y Víctor Castro. Fui hablar con él... hará una junta el domingo a las 11 en el sindicato, ¿si sabes no? Ah, bueno...lo que tú no sabes es que estoy corrido de Boleo, ¿verdad?

Fue a buscar a Víctor Castro, postulante a la gubernatura de Baja California Sur por el recién creado partido político de MORENA, en busca de intervención alguna para recuperar su trabajo o apelar a otro puesto de trabajo dentro de sus redes de contacto político. Manuel está afiliado a MORENA y es militante dentro del partido, además de que conoce a Víctor de algunas manifestaciones políticas hechas hace 15 años atrás.

Fue una cuestión que ya venía venir desde hace tiempo. ¿si te platicué no? Sí, te dije... de cómo no me entendía con el pendejo ese del supervisor [coreano].

Es un problema de transculturación. No me corrieron por falta de experiencia o desempeño, sino porque me negué a inclinarme ante el pendejo ese. Ya venía rato diciéndome que lo hiciera pero no....primero Dios que eso no lo van a ver tus ojos.

Manuel es marxista y ateo, hace una mueca de burla mientras lo dice.

Antes pasarán muchas otras cosas pero no verán tus ojos mi cabeza así [hace genuflexión] ante nadie, ni besarle los pies a nadie. Saben que soy muy chingón, modestia aparte, y me corrieron por el simple hecho de no hacerlo. Estamos en México y tienen que entender que no estamos para eso, que tienen que aceptar la cultura con la que se encuentran.

Voy a ir el domingo a la reunión del sindicato y tengo cita la próxima semana con David Lee [nuevo CEO] para platicar si vuelvo. Pero ya me llamaron en La Paz, en el gobierno para ayudar a resolver problemas ahí adentro, prefiero eso que trabajar para una empresa de extranjeros, yo creo que me voy a ir para allá.

Hace una pausa, mientras me invita con gestos a sentarme a su lado. Sirve en dos tazas café. Pese a lo calmado que inició la plática, ahora se nota nervioso y enojado, su rostro muestra su gesto más serio de lo normal. Hace silencios mientras habla, resoplando por la nariz como una manera de contenerse.

Además, ya viste, los horarios de Boleo son muy matados, ¡ni nos vemos! Llego tarde y cansado...yo no sé cómo le hace AMLO, con tantas cosas que hace al día, y sus reuniones matutinas. ¡a qué hora duerme!

Con este comentario se ríe, me pasa el azúcar y acaricia su taza de café. Me reconozco sorprendido y con este gesto intento no mostrarlo tanto, le sonrío y me relajo en la silla. Tomo un sorbo de café y asiento con la cabeza con un gesto de resignación.

Mr. Yun según se fue ‘porque ya estaba cansado’, es lo que dijeron. ¿puedes creer? Tiene 59, me lo dijo cuando nos conocimos. Él me mandó llamar para que platicáramos, cuando reconoció el trabajo de Tosali. Teníamos traductores, pero yo pude ver como se sorprendió cuando supo mi edad, me preguntó qué porque estaba ahí. Le dije que aún tenía mucho que enseñar para hacer las cosas bien. Él se veía más jodido que yo...no estuvo ni un año, ¡que cansado va a estar, que poco aguante!

...El problema fue con el pendejo ese, el supervisor de minas. Ni es el mero mero, este Yun se fue y para acabarla de moler despidió al gerente de planta, el que más sabía sobre el conocimiento de lo que hacemos a nivel industria. Dejo a este, que es el mismo pendejo que quiso obligar a fumar a Tosali. No le decía o invitaba, le obligaba a que fumara con él. Cuando hablé con Mr. Yun la primera vez me preguntó que como había educado a Tosali para que fuera tan inteligente y abusado, yo siguiéndole el juego le dije que le pegaba mucho [hace demostración con las mano, emulando dar nalgadas].

Cuando este pendejo nada más por ser su jefe quiso que Tosali fumara a fuerzas, Yun en broma le dijo esto de la anécdota, de que no lo hiciera porque yo le pegaría. No pasó a más pero así es este pendejo, siempre quiere obligar a sus costumbres.

Ayer en la mañana fui a Boleo a firmar mi liquidación, por suerte le hablé a Tosali y le dije que iba directo para hacer eso. Me dijo que no, que me esperara para firmar, que él ya había hablado con David Lee y que nos esperaríamos a tener la reunión con él.

Se pone más reflexivo, mientras sigue tomando su café, voltea a los lados como si buscara quien pudiera venir o estarlo oyendo.

Bueno, yo pensé que podría renunciar... pero me da miedo cargarle la mano a Tosali o que interfiera en su estancia en Boleo. Yo creo que por eso lo hizo el pendejo ese, para cargarse sobre Tosali porque no quiso fumar y no le sigue sus ondas. Para ejercer presión en él, como diciendo de que me corrió y que lo puede correr a él.

¿pero vas a creer? Un cabrón de cuarenta años, hecho y derecho, siendo el mejor en su área y la empresa. Tosali es una insignia para Boleo, de hecho ya se lo dijo este nuevo, David Lee, que es el trabajador modelo de Boleo. ¡Que se vaya a la chingada! No va a poder sacar a Tosali o hacer que cambie. Si me voy total, habrá otro lugar.... pero si me da remordimiento estarle cargando un poco a él por depender de él.

...Por eso te quiero decirte que me presentes con el embajador.

Sergio: Ah, claro! Pues vamos a la Ciudad de México y con gusto.

J: Sí, es que se están pasando. Ellos vienen aquí sin saber nada, a librar una guerra según ellos, pero no libran nada, no saben hacer las cosas. Y lo peor es lo que decías, como es el erario coreano pues la empresa ni siquiera es suya, es del pueblo coreano. Están haciendo lo que quieren con ingresos y con dinero del pueblo coreano. Eso es lo que da coraje, que no pueden ni hacer bien las cosas con algo que ni les pertenece.

Estoy de acuerdo en que no se puede saber siempre todo, saber que hacer en cada caso pero para eso te acercas con quien sabe, lo mantienes cerca, le pides consejo, ¿le haces caso! No que te montas en tu macho y haces lo que quieres.

El problema con los coreanos es eso, que quieren hacer las cosas a su manera y no saben hacerlo, se enojan y molestan porque no haces reverencia ni les sigues su cuento pero ellos no nos escuchan y nos hacen caso tampoco. Es más, a un gerente de minas le dijo que lo iba a volver supervisor general o de planta si hacía que todos los trabajadores en Boleo hiciéramos reverencia a los jefes coreanos ¿puedes creer?

Yo y otros le dijimos que eso nunca va a suceder simplemente porque no estamos impuestos, porque no nos doblegamos ante nadie. Y si lo hacían algunos de ellos, era simplemente para burlarse.

Aquí el tono de Manuel ha bajado, su voz gruesa se volvía más pausada y entrecortada en algunos puntos, sobre todo cuando hablaba sobre su hijo o sobre su despido. En esas partes, se notaba lo avergonzado, mirando hacia otro lado mientras me contaba y con mayores pausas en su voz. En este momento llegó su esposa con algunos víveres más. Se habían dividido las compras, las cuales hacen en distintas tiendas y recauderías, buscando los precios más accesibles.

Manuel para la conversación, la saludamos. Él se para, cambia la tonalidad de su voz y camina hacia la puerta como invitándome a salir. Nos despedimos, mientras le reitero mi disposición de poderle ayudar.

Manuel muestra como sus roces con la gestión coreana de la empresa, no sólo está en los aspectos técnicos y estratégicos para explotar los minerales. También hay una disputa de masculinidades, donde hay un choque a partir de las relaciones de poder, donde rechaza

que se impongan los saberes y decisiones de la administración coreana ante los suyos sobre el conocimiento de la orografía y cualidades de la tierra. Hay una disputa de prestigio que se ha sentir en su narrativa, que no se muestra en su hijo. Hay un cambio generacional donde se intersecta su paternidad, la discusión sobre los valores y prácticas de su hijo se vuelven tema de la tensión y argumentos por el cual ya no quiere seguir trabajando en la empresa.

Estos espacios homosociales de intimidad permiten socializar esta serie de reflexiones y desdoblamientos que permiten releer y cuestionar su propia masculinidad, así como lo hace Manuel al comparar su energía y dinamismo con la del presidente AMLO. Hay un espacio de introspección que se comparte y no sale de estos espacios de intimidad.

Por ello, considero de suma importancia plantear que las masculinidades de enclave se encuentran articuladas y conformadas también por estos espacios de intimidad, donde el performance y la expresión masculina en espacios públicos, se contradice o complejiza, mostrando un matiz de significados y prácticas más amplia sobre las masculinidades.

Aún más, que estas masculinidades puestas en interacción a partir del trabajo en condiciones de enclave, necesitan de estos espacios para liberar, lidiar y sobrepasar las exigencias cotidianas de participar en diferentes espacios sociales a partir de su masculinidad. Las masculinidades de enclave están configuradas tanto por las idealizaciones y representaciones sociales del campo sexual, la disciplina fabril de la empresa como estos espacios de intimidad que les dan continuidad.

El cotidiano masculino: espacios de trabajo, redes sociales y reuniones.

La intención de este apartado es presentar el espacio público de Santa Rosalía, la presencia de mujeres y hombres y como el representar vía uniforme alguno de estos poderes políticos, castrenses o económicos genera un impacto significativo en las interacciones cotidianas dentro de la población.

Así, partir de un espacio público general partir hacia una caracterización particular de los espacios etnográficos seleccionados para dar cuenta de la homosociabilidad y la conformación de ‘grupos de hombres’ heterogéneos.

Lionel Tiger (1984) sugiere que los hombres necesitan espacios de exclusividad masculina para tener momentos íntimos en los que dialogan cuestionamientos que tienen sobre ‘ser hombres’, donde dichos espacios pueden ser repetitivos y estereotipados (bares, espacios deportivos, áreas de trabajo) pero también algunos emergentes (ceremonias comunitarias, viajes, karaokes, etc.). La intención es sugerir una aproximación a campo a estos espacios para poner a prueba esta noción de ‘male bonding’ como exclusividad masculina, la que me gustaría poner y diálogo crítico con Celia Amorós para pensar cómo se da la consolidación de un grupo juramentado, y por lo tanto, la apología de la violencia de un contingente masculino hacia la mujer u otros grupos de varones.

También, desde Núñez y su posicionamiento desde los estudios queer, considero prudente incluir los “lugares de ligue” entre varones, “espacios donde hombres, dentro de una dinámica de ‘cotorreo’ y juego, están dispuestos y deseosos de platicar sus experiencias y sus concepciones, incluso más allá de las vivencias homoeróticas” (Núñez, 2017: 88).

Así, para Núñez la masculinidad se da en planos de lo visible y lo invisible a los ojos del otro, sean otros varones, mujeres pero también del investigador social. La indivisibilidad social de lo que ocurre en el plano de la intimidad, a su vez puede reproducir una invisibilidad del trabajo etnográfico al no reconocer la diversidad, diferencia y disidencia.

Es necesario dar cuenta el abanico de masculinidades que conforman la dinámica y relaciones de género en los espacios de trabajo minero en Santa Rosalía.

Un reto para la investigación es encontrar si estos tipos de espacios se dan en los espacios de trabajo o a partir del ámbito laboral. Hernán Palermo (2017) encuentra determinantes los ritos de iniciación laboral para develar la masculinidad y prácticas entre varones en el trabajo, donde los jóvenes y amateurs son feminizados y tratados con violencia como parte de su incursión al trabajo. Aporta incluso cómo esta violencia transgrede el plano de lo simbólico y se traslada al ámbito de la violencia sexual, describiendo la violación de un varón joven por otros varones como una reprimenda grupal por su mal desempeño en el trabajo que tuvo repercusiones para todo el colectivo (Palermo, 2017: 39). Los espacios de vinculación homosocial no son únicamente de reciprocidad sino de disputa o competencia masculina.

Guillermo Núñez (2017) anota que en la sierra de Sonora estos espacios se solían dar en recorridos en *pick-ups*, después de un baile, en veladas cerveceras. En cambio, Gutmann (2000) encontró en la Ciudad de México que estos espacios se daban en la intimidad de máximo dos personas, a los pies del Ajusco o paseando entre las trajineras de Xochimilco. Los espacios, su configuración y lo que se comparte varía en cuanto a las prácticas sociales de homosociabilidad y la configuración de una masculinidad hegemónica que dicta ciertos mandatos que a la vez se hacen valer y se contradicen.

Los espacios sociales forman parte de una parte nodal de entender la masculinidad en tanto que esta se desdobra en prácticas y performances de acuerdo con los sujetos, espacios y capitales culturales en juego. Es decir, no hay una esencialidad u homogeneidad identitaria de masculinidad que se presenta de la misma manera en todos los procesos sociales en los que se participa de manera cotidiana, sino que hay una adjudicación a ciertos espacios.

A su vez, es donde se fraguan asociaciones o compadrazgos como resultado de la intimidad y confianza construida a partir de temores, preocupaciones o reflexiones que no se expresan libremente en entornos familiares, laborales o incluso de amistades de larga duración.

A continuación, presento un ejercicio etnográfico para describir como es que se dan estas interacciones, alianzas y roces de la masculinidad a partir de los espacios compartidos.

Etnografía: La noche se hizo para los hombres.

Gabriela Rodríguez y Benno Keijzer (2002), entre 1995 y 1997 en un pueblo cañero al sur de Puebla con no más de dos mil habitantes, estudiaron las transformaciones en las prácticas de cortejo⁴¹ y representaciones de la sexualidad en jóvenes, y a la luz de los resultados titularon a su estudio ‘la noche se hizo para los hombres’.

Los autores llegan a dicho título después de observar los cambios en las regulaciones sexuales de los cortejos, altamente diferenciadas por género, donde las mujeres presentaban una mayor privación o limitantes bajo la construcción y atributos relacionados a la virginidad; habiendo un control del espacio y de los horarios posibles del cortejo por los varones con algún parentesco: padres, hermanos, tíos, posteriormente novios o esposos. La noche es de los varones pues ellos regulan el espacio público, controlan las posibilidades de cortejo, las cuales también transgreden cuando se encuentran solteros o *deseantes*. Son los varones víctimas y victimarios del propio orden patriarcal que impera los contextos sociales del cortejo.

Pero en sus conclusiones encuentran que las generaciones más jóvenes e la población ya no esconden sus vínculos de noviazgo en espacios públicos, rompen las normas de la

⁴¹ Procesos de socialización entre hombres y mujeres, no necesariamente solteros, donde se dan relaciones sexuales y procesos informales de relaciones sociales, no necesariamente vinculados a uniones conyugales, pero si a un manifiesto interés sexoafectivo.

distancia corporal en territorios clandestinos o espacios alejados del pueblo, que se comparten entre colectividades femeninas de amigas, primas y grupos juveniles mixtos que proliferan. Es decir, la noche deja de ser de los varones cuando las mujeres están acompañadas por ellas mismas.

¿Quién decide, quien cada a quién en este juego del cortejo? A continuación, se describe etnográfica una noche de cortejo vista a través de cuatro varones trabajadores de la empresa minera Boleo en Santa Rosalía, pensando en sus deseos, estrategias, performances, limitantes y subjetividades.

Es viernes y el ambiente en las oficinas de boleo se siente más jovial, y en interacciones casuales ronda la pregunta ‘¿qué harás esta noche?’, se busca un plan para salir a divertirse. ¿Quién tiene plan para esta noche? La pregunta rápido se transporta del habla al texto escrito por aplicaciones como WhatsApp, pues muchos de los trabajadores tienen ‘amistades de juega’ fuera de sus compañeros de trabajo en el área en la que se desempeñan laboralmente.

Las amistades entre varones suelen hacerse con mayor intensidad y perdurabilidad a partir de compartir los cursos de capacitación inicial al entrar a la compañía, como ritual de interacción en el que se comparte una energía emocional y símbolos comunes (Collins, 2009): se comparte una iniciación, un descubrimiento de las normativas, los lugares, las responsabilidades –al mismo tiempo durante cuatro días; sin compartir una profesión, cargo, puesto o área de trabajo.

El otro escenario recurrente es el campamento, sobre todo el campamento alto, pues la restricción de movilidad individual hace que un ‘baje al pueblo’ de manera colectiva, a través de raíes de personas con coches particulares o quienes tengan uno de la empresa (únicamente gerentes y supervisores de área). Dichas interacciones generan lazos de amistad que se extienden a las dinámicas de interacción dentro de los horarios fuera de

trabajo, en los pasillos, el gimnasio, el área recreativa.

Así pues, la pregunta se multiplica y en las notificaciones de celulares propios o de la empresa (MMB dota de un celular a supervisores y gerentes, con datos y saldo proporcionado por la empresa) hasta encontrar algo. También logra fugarse a personas que no viven en las instalaciones de la planta industrial, sean trabajadores locales o no. Como es mi caso.

Octavio, actuario originario de la Ciudad de México, me envía un WhatsApp incluso muy temprano, a las 10 de la mañana: ‘¿qué vas a armar hoy?’. Le comento que aún no tengo planes y la conversación se interrumpe por horas, la búsqueda continúa por otros lados. A las dos de la tarde me vuelve a escribir, diciendo que ya salió un plan: ‘vamos al mango mango! Como a las nueve man’.

El Mango-Mango era un antiguo bar ubicado en el primer cuadro del Centro de Santa Rosalía, planta alta de la esquina de Calle 5 y Av. Constitución. Cerró hace varios meses y recientemente abrió con el nombre de ‘Revolución 1910’ aunque entre los trabajadores quedó con el nombre pasado, el cambio no importa sino la logística. Antes de que se cerrará, era la segunda opción para bailar después del antro Fussion, aún vigente.

Una segunda conexión por WhatsApp llega, José Iván –ingeniero de sistemas hidráulicos, originario de Michoacán, me comenta que ‘bajó al rancho’ para hacer algunas compras, cortarse el cabello y pregunta igual si habrá algún plan. Le digo sobre la propuesta de Octavio pero la rechaza: ‘mañana voy de turno de día (entra a las 7 de la mañana) y quiero llegar bien. De hecho un amigo Gerardo, unos de Boleo, me invitó también ahí’.

Las invitaciones se cruzan en los planes de salida, los pequeños de círculos de amistad – producto del campamento o cursos de inducción- se abren a partir de estas invitaciones casuales. Pero José Iván decide no arriesgarse a llegar desvelado o crudo al día siguiente,

así que decide volver al campamento a lavar ropa y en la noche prefiere salir a correr con una amiga, también trabajadora de Boleo.

“Corrimos aquí adentro de Boleo, Sergio. Me gustaría invitarte fíjate. De hecho estaba pensando en hablar con Norma de las credenciales y poderte dar un tour en un día wey, aquí dentro de las minas, para que sacaras fotos de paisajes, aquí venimos a correr y hay un paisaje... no mames, con una amiga. Pero si se podría eh, de hecho mañana voy turno de día y voy a pasar con Norma porque voy a preguntarle de unos accesos para unos alemanes que van a llegar, que vienen de visitas a ver unas máquinas, de la empresa Siemens que vienen a ver la turbina de vapor. Mañana voy a revisar eso porque ellos llegan el próximo martes y de paso pregunto lo tuyo, porque tengo que ver eso y no tengan ningún problema con su equipo”.

Así como el campamento y la empresa une, el no pertenecer desvincula las oportunidades de interacción y amistad, que se nota en la intención de José Iván con su invitación. Como pasará más adelante y me ha pasado en varias reuniones casuales, la primera pregunta cuando uno se presente al grupo es ‘¿también trabajas en Boleo?’ donde la respuesta negativa suele ser de distanciamiento en el dialogo y en futuros planes. Hay cierta endogamia social, en la socialización de círculos entre varones, en preferir vínculos entre trabajadores de Boleo.

La hora de encuentro se retrasa media hora y cambia el lugar al piso de abajo, el Quinto Patio, para comer, iniciar a beber cerveza antes de subir ‘a la pista de baile’. A esta conclusión llego cuando me acerco a la mesa de cuatro trabajadores de Boleo –cada uno con un par de Ultras frente a ellos-, entre los que se encuentra Octavio. Esta también Mariano, a quien conozco, originario de una ranchería en Punta Abreojos y titulado del

Tecnológico de Santa Rosalía. Los cuatro son jóvenes no son mayores a 35 años o 33 años.

Los acompañantes de Octavio y Mariano en esta ocasión son Gerardo y Gary. Gerardo es originario de Hermosillo, lleva cuatro meses trabajando en Boleo en el área de seguridad en planta. Dice entre risas, cuatro meses de verdad pues lleva 5 meses y medio pero después de un mes de entrar le tocó la rara fortuna de irse de rotación mes y medio. Tiene una semana que llegó de nuevo, platica sobre lo bien que se pasó en antros y paseando en este tiempo con su novia. De los cuatro es el más risueño, es de tez clara y cabello rubio, de compleción fornida y estatura media. Usa camisa negra ceñida, mezclilla y botas. Parece que le ha faltado una tejana a su outfit.

Gary es originario de la colonia Mariano Escobedo en la Ciudad de México, abogado por la UAEM-Texcoco y durante 2 años trabajó en la oficina especial del CEO arreglando todos los trámites de migración en la empresa. Ahora lo cambiaron al área de oficinas generales, en finanzas, aunque sigue haciendo la misma función, esto debido a que dicha área de disolvió con los recortes los ajustes recientes. Su atuendo es el más extravagante, trae una apretada playera negra y sobre ella una camisa de tapiz leopardo desabotonada. Usa lentes y en su corte de cabello líneas estilizadas de grosor muy corto. Sus bíceps abultados muestran un trabajo de gimnasio, que se diluye en su abigarrada panza y pantalones de mezclilla apretados en sus grandes piernas. Es de tez clara, estatura mayor que la de Gerardo pero mucho menor que la de Mariano. Su inconfundible tono ‘fresachilango’ se arrastrar las palabras, acompañado de ademanes amanerados con las manos para expresarse, contrastan con el acento jalado y norteno de Gerardo, el tono soez de Octavio y las pocas palabras que rara vez llega a decir –en un tono silencioso- Mariano. Los cuatro tienen personalidades y estilos muy distintos. Coinciden en que los cuatro no tienen pareja en Santa Rosalía o Boleo (Gerardo si tiene novia en Hermosillo), su vivencia

en el campamento alto, no ser ‘locales’ y su gusto por la cerveza.

Mariano es el único que ha pedido unas hamburguesas con papas, los demás siguen bebiendo cervezas ultras y al terminarse la tercera ronda, deciden mejor pedir una cubeta en lugar de pedir individualmente. Yo he pedido también una para no desentonar.

Nos ponemos al día con Octavio y Mariano, y me presento con Gerardo y Gary. Gerardo es muy impulsivo, pareciera ser el más joven del grupo –conmigo. Platica muy animosamente lo orgulloso que se siente de Hermosillo, diciendo todo lo interesante que hay allá: comida, antros, playas, música. Con cuatro meses en Boleo, el pueblo aún parece nuevo para él, voltea a todas partes y esta emocionado con ir al Mango-Mango pues ‘no dejan de pasar morritas bien buenas... hay cada cosa aquí en Kashana’.

Gary es más discreto, ríe y participa pero parece estar midiendo la conversación y sobre todo a mí, que soy el nuevo en el grupo. Aún sin decirlo, sus gestos y su vestimenta indican que su masculinidad rompe esquemas de virilidad heteronormativa. Se deja mirar colores vistosos, se queja del gusto de música de sus compañeros, mueve su cabeza hacia atrás como ondeando un cabello imaginario. Los otros compañeros en la mesa no parecen juzgarle en absoluto. Gerardo, sigue conectado en el celular, invitando a otras compañeras mujeres de Boleo. Nadie llega en toda la noche.

Rompiendo el hielo hablando sobre mi corta estancia en Hermosillo, y los viajes que estuve haciendo al interior de Mulegé, Gary se muestra un poco menos a la defensiva y comenzamos a hablar, ya que él me quedo a un lado mío en la mesa. Del otro lado esta Mariano, quien es de pocas palabras y aunque trato de hacerle plática, después de unas pocas palabras y más risas nerviosas que oraciones no fluye una conversación. Sólo logro sacarle que el proceso de hacer queso en San Francisco de la Sierra es igualito al que hace ‘su apá’, en su rancho, que él de niño ya hacía todas las labores de camppear y ordeñar, que allá el rancho se para a las cinco de la mañana por costumbre de su padre.

Cambiando la conversación a Gary, él me cuenta que llegó a Boleo por la recomendación de un amigo, quien trabajó en la empresa un año antes pero no aguantó porque ‘no había nada en el pueblo’. Como el trabajo de papeleo de migración es muy específico, no tenía mucha gente a quien recomendar cuando se marchó, primero pensó en un amigo suyo en Guadalajara que tampoco aguantó, luego pensó en él pues habían trabajado juntos en las oficinas de Migración en el aeropuerto de la Ciudad de México.

Gary: Aunque es muy chiquito y no hay nada, yo me acostumbré mucho a vivir aquí. Es calmado, nadie te molesta y puedes hacer lo que quieras. A veces necesitas un lugar tranquilo, lejos de todo y de todos.

Esto me lo cuenta luego de mencionar que en la UAEM campus Texcoco tiene buen nivel y es buena escuela pero él la pasó muy mal porque al final era un círculo cerrado de conocidos, todos eran de Texcoco y de alguna manera se conocían, trabajaban las mismas áreas (Comercio, Finanzas, Penal) y él era el bicho raro que le interesaba migración y era él foráneo. Nunca logró congeniar en los 5 años de escuela y se hizo sus propios amigos fuera del círculo de Derecho. Después entró a trabajar en el aeropuerto, hasta que le llegó esta oferta que no quiso rechazar.

Gary: Cuando me llegó yo no conocía nada, nunca había estado en la península ni sabía nada de La Paz o Los Cabos. Cuando llegue vi La Paz y dije, ‘sí...me gusta, puedo vivir aquí’. Luego llegó el señor chofer y me dijo ‘bueno, ve al baño, compra algo de comer o lo que sea y nos vamos porque son ocho horas de camino’. ¿ocho horas?!

Me impacto pero no le presté importancia, pensé que ocho horas de ciudad, que sería igual la misma ciudad o algo parecido. Nada, amanecí aquí, llegamos de madrugada. Luego nos llevan a la empresa, hacemos el check-in de primera vez y ya voy al 'upper' y nada, que impresión! Lo primero que quería hacer es regresarme en ese mismo instante. Así ya.

Al igual que Octavio, la primera impresión de habitar en condiciones de enclave es retardadora y difícil de asimilar. La manera en que sensiblemente se interpreta el habitar la mina, conlleva a tener una serie de relaciones sociales y coincidencias con varones que tengan experiencias similares. Octavio y C son amigos, no sólo por ser ambos de la Ciudad de México, sino por su conciencia se sentirse ajenas e incómodos ante las condiciones de enclave.

[...] Lo que hago es disfrutar la soledad, el paisaje no... lo que hago es tomar cursos de actualización, de inglés. Ya sabes. Me paro a las 5 de la mañana, hago ejercicio a mi ritmo y a las 6, 6:30 ya estoy en las oficinas. Si tengo que salir aquí al puerto hacer trámites a Migración, lo que sea. Para las 11 de la mañana ya acabé mi trabajo, si me necesitan cualquier cosa me llaman y lo saco pero prácticamente es eso. La llevo muy tranquila.

Gerardo: ¡Sí! La Paz esta fregona! Lo malo que no la disfrute mucho porque venía pedísimo. Y puta, me siento súper mal porque me ofrecieron una chamba ahí en La Paz y la dejé ir. Lo que pasa es que me la ofrecieron un mes después de que aceptara aquí en Boleo y dije, si renunció me voy a quemar como un vale-verga y pues ya ni que hacerle, amachinarle.

Ante la oferta laboral en La Paz, Gerardo ponderó y decidió seguir en su proceso de contratación en MMB, privilegiando su prestigio y lectura externa sobre su persona, que los beneficios económicos. La postura y significado del presentarse como cumplidor, orienta sus decisiones más allá de una racionalidad económica.

Gary: Yo también, yo creo que tampoco regreso a la Ciudad de México. Aunque la disfruto en cada rotación. Yo en la última rotación viajé con ‘Hass’ y Seyin [coreanos]. Hice una fiesta en mi casa el último día, terminamos hasta el dedo y los dos se quedaron en casa, si durmieron una hora pero yo no, porque salíamos a un festival de música electrónica en Monterrey. Ahí la seguimos, tuvimos que volver a ponernos pedos para aguantar. De ahí ya llegamos para estar aquí, cansadísimos pero sí. Siempre serán así los regresos, exprimes al máximo los días de rotación.

Gary tiene una comunicación directa con todos los trabajadores coreanos de Boleo porque lleva sus papeles ante Migración, razón por la cual posiblemente se haya dado una relación de amistad que no me había tocado observar en ninguna otra relación de trabajo, ni con el Ing. Tosali que es visto como el trabajador modelo de la compañía. ¿su masculinidad tendrá algo que ver? Los coreanos, sobre todos los jóvenes, también rompen con una masculinidad hegemónica al presentarse delgados, con rasgos finos, poca musculatura, demasiado cuidado a su cabello y piel –usando cremas-. Quizás el ser ese ‘otro’ excluido, abyecto diría Leng sobre las masculinidades asiáticas en occidente, sea lo que comparten ellos más allá de su trabajo en Migración. Lo que es cierto es que su puesto no está en juego.

La conversación gira rotundamente por el movimiento en la calle. Dos situaciones, el desfile de mujeres y el caso de una mujer que es recogida por tercera vez de la acera.

Al bar van entrando dos mujeres, aproximadamente entre 34 y 39 años, con vestidos cocktail, una de amarillo y otra de un vestido más entallado color azul. La chica que hace alusión Octavio es la de amarillo, lleva extensiones y luces, uñas de acrílico largas y tacones blancos. Su bolsa de apariencia de marca y un Iphone. Toman mesa separados de nosotros.

Gary: ¿quién es?

Octavio: Sergio sabe... es una puta. Es una puta con la que estuve una vez... ¡yo no sabía que era puta! La estaba ligando y todo, pero nunca me dijo 'hola, soy pura', u oye soy puta y cobro tanto. Yo estaba ahí haciendo mi luchita ya hasta que salimos del bar algunos se burlaron porque si sabían. ¿Si es o no es? Mira, aquí está su foto (muestra en su celular a toda la mesa). Creo que si es, le voy a mandar un mensaje para estar seguro.

Toda la mesa mandamos indiscretas miradas a la mesa de las chicas, evidenciando vilmente nuestra intención de apreciar mejor su rostro, susurremos entre sí y no mientras espejamos viendo la foto del celular. Llegamos a la conclusión de que no es, la de la foto es más joven.

Octavio: Si no es, pero igual se veía un poco grande ya... como para estar en el Chacucas⁴².

Gary: Entonces estaba apenas para el Chacucas, ahí puro dinosaurio.

Sergio: Enserio? Me han hablado mucho del Chacucas en varias entrevistas, yo tengo ganas de ir para conocer.

Gary. ¿ah sí? Jajaja, para conocer ajá.

⁴² Es el bar-prostíbulo más notorio de Santa Rosalía. Supuestamente único, aunque hay algunos clandestinos o que operan como prostíbulos, aunque públicamente sólo son bares, como El Montado y Canta-Bar, a las afueras, en dirección sur, de la población.

La discusión se rompió con el desfile de mujeres, muy jóvenes, que iban arribando al piso de arriba. Por más preguntas y conversación que quería rescatar, el vaivén de pies en zapatillas, piernas en faldas, pechos escotados, llamaban las miradas y toda la atención de mis compañeros. Todas menos las de Mariano, quien se mantenía serio como siempre, volteaba de vez en cuando, pero casi obligado que interesado, ante las cabezas de todos los demás que ocupábamos un lugar en la mesa. La presión masculina de manifestar deseo se hacía obvia en él, un mandato de demostrar una atracción sexual, se transformó con la mirada a las mujeres en un objeto sexual, era una mesa, un lugar cotidiano y el efecto del mandato transformaba en un santiamén el contexto de nuestro encuentro. Ahora toda la conversación rondó en cuando subiríamos y que tipo de música nos gusta bailar.

Rancheras y cumbias norteñas para Gerardo, electrónica para Gary y ‘lo que sea con ritmo pero prefiero la salsa’ dijo Octavio. Mariano siguió riendo, absorto en su pensamiento y yo me sumé a asentir lo que ellos dijeron.

Santa Rosalía es una población de enclave en múltiples dimensiones, difícil escapar a su entramado de la pléyade de arribos y partidas de diferente índole: 1) comercio y tripulantes del ferry entre Guaymas y el puerto Cachañá, 2) de oficiales, cabos y demás cargos de mujeres y hombres en la Marina, 3) mismo caso pero sólo de varones que contemplan todos los rangos en las barracas militares, 4) concentración del mayor número de funcionarios públicos y compensados que laboran en el Ayuntamiento (segundo estado más grande del país) que llegan de distintas regiones del municipio, 5) al igual que una serie de consumidores, pacientes de hospitales, quejosos de algún trámite o cuestión con el ayuntamiento que pisan y salen de la ciudad de acuerdo a sus distintos procesos. A esto hay que añadir el 6) propio flujo minero, dominado por Boleo pero seguido por CAOPAS, 7) un reducido número de trabajadores de CFE y el punto en cuestión aquí: 8) alto número de estudiantes que vienen a cursos sus estudios profesionales en el Instituto Tecnológico

Superior de Mulegé.

El bar Revolución 1910, antes mango-mango y mucho antes ‘el caguamas’ (aún presente el nombre en la memoria de varios trabajadores) se abarrotó de estudiantes que terminan su ciclo escolar y egresaron como generación del tecnológico. En la puerta había un cover de 30 pesos para ingresar, el cuál serviría para recaudar fondos para su fiesta de graduación.

Terminamos la cubeta y pagamos una cuenta de 950 pesos, un consumo de cuatro personas en aproximadamente una hora. El costo es excesivo a mi parecer, pero los demás ponen billetes en la mesa cuál si fueran dulces o centavos, con una facilidad que se ve que no lastima a su bolsillo...o al menos eso parece pues antes de salir a un siguiente punto, yo fui al cajero y me alcanzó Octavio, quien dijo que estaba a nada de gastarse toda la quincena. Que estaría rayando para que le depositen esta semana que entra. La vida en el Boleo-oficinas se cuenta en quincenas mientras que la de los mineros-obreros en semanas. Estos últimos tienen mayor capacidad adquisitiva por los bonos de productividad, teniendo mayor liquidez para mandar remesas y aún tener dinero para seguir bebiendo todos los días, del viernes al domingo.

El lugar por dentro ya es oscuro, iluminando ocasionalmente los rostros y mesas del fondo por las luces neón que invaden el cuarto que está inundado de aproximadamente 150 personas, la mayoría jóvenes entre 18 y 20 años –quienes egresan.

Aparentemente, mis cuatro acompañantes son los únicos de Boleo. Registro la habitación en búsqueda de caras familiares pero sólo hay muchas caras nuevas, personas que nunca había visto en las calles, una abundante mayoría de mujeres. Casi dos a uno. Entre la multitud, pegado a la barra, encuentro a Guille.

Guille es un hombre que representa los estereotipos masculinos de Santa Rosalía. Padre joven, él a la edad de 18 años y ella a los 15, ha transitado en una diversidad de trabajos y término trabajando en el Ayuntamiento luego de apoyar la campaña del partido Nueva Alianza en la facción juvenil autodenominada ‘los 300’. Al tomar el poder el nuevo presidente, le buscó un lugar en las oficinas de comunicación social, no por sus aptitudes sino por la vacante disponible. Como no rendía como reportero o fotógrafo, fue trasladado al Instituto de la Juventud pero a las tres mesas fue nuevamente removido hacia las diligencias de Servicios Públicos, donde actualmente trabaja. Es muy talentoso como músico, ha instruido a varios jóvenes a tocar la guitarra, formando varias bandas de música nortea, pero en sus ensayos siempre acaba borracho. Compra y bebe diariamente cerveza, acabando su quincena y pidiendo dinero a sus amistades, las cuales han dejado de prestarle eventualmente porque no paga. Su barriga abultada no deja mentir esta tendencia. Se encuentra a un lado de la barra, con dos cubetas de cerveza y altamente alcoholizado. Al saludarle, dice que puedo pedir una botella a su nombre y no hay ningún problema. Siguiendo el consejo de Santoro, que dice que en los pueblos pesqueros de la Pacífico Norte y en sí en cualquier población chica ‘hay que sondear el territorio de con quien puedes bailar y con quien no, pues puedes ser golpeado solo por invitar a la chica equivocada’. Así se refuerzan los patrones de control social del cortejo, vía amenazas y violencia física de parte de los varones, que se disputan la potestad de baile y cortejo de las mujeres. Pregunto:

Sergio. Oye¿ y aquí hay problema si bailo con alguna de ellas, es decir, puedo invitar a quien sea o hay que ir con cautela?

Guille: No, para nada. Sírvete, es barra libre para ti....barra libre. La que quieres, las que sean.

Besarse, abrazarse, son actos que ya no ponen en juego la dignidad de las mujeres, aunque las relaciones genitales en el noviazgo son transgresiones que contradicen directamente las regulaciones imperantes, a pesar de lo cual algunas mujeres jóvenes están ensayándolas con todo y el riesgo que enfrentan de perder el prestigio y la posibilidad de un buen marido para casarse.

Los modos de control aún vigentes son las amenazas, los chismes, los golpes; pero cada vez menos eficaces. Tienen un acercamiento corporal entre dos personas, desarrollando una relación que puede, o no, terminar en noviazgo, unión conyugal o relación sexual; y encontrar que

Comportamiento territorial. Distancia íntima, personal y social. Cada persona está rodeada de una serie de campos que ensanchan o reducen de acuerdo con normas de distancia personal o íntima. Las miradas suelen ser reguladoras de la distancia personal o íntima.

El deseo como productor de fantasías, de escenarios imaginables posibles y no posibles en que el otro nos espera para recibirnos y satisfacer nuestras ensoñaciones y construcciones mentales y corporales, no todo pasa por la subjetividad sino que hay manifestaciones que se impulsan meramente desde lo corporal. En la práctica, la satisfacción del deseo, es moldear todas estas construcciones en un cuerpo, tocar en vivo las imágenes más internas.

El miedo, la inseguridad vinculada al deseo, a la imposibilidad inmediata de concretarlo.

Rodríguez y Keijzer (2002) retoman a Barthel para mencionar la importancia de las bebidas alcohólicas en el espacio de expresión y reducto de los privilegios masculinos.

La sexualidad no tiene un objeto delimitado porque está en constante fluidez, incluye nuestras preocupaciones cambiantes acerca de cómo debemos vivir y cómo debemos

disfrutar no negar nuestros cuerpos al deseo erótico, la satisfacción y el deseo.

La masculinidad, como mandato y ‘título a defender cotidianamente’ (Segato) ejerce una presión constante en el modelamiento de la sexualidad de los varones, siendo la sexualidad ejercida otra forma de mostrar la propia masculinidad: desde los arquetipos tradicionales de rudeza y violencia hasta el cuidado personal de aseo, moda y estética; se generan modelos de ‘sex appeal’ masculino presentes en la construcción del performance del cortejo.

Los espacios homosociales que se prestan para la construcción de encuentros de intimidad, a su vez pueden ejercer una violencia colectiva a los participantes al imponerse desde una sexualidad hegemónica, un discurso y prácticas orientadas a reafirmar su heterosexualidad a través de una serie de representaciones que sitúan a las mujeres como un agente para consumir su deseo. Se impone al grupo una serie de códigos y representaciones que guían la dinámica e inhabilitan los espacios y prácticas de intimidad. La manera en que los varones responden a los estímulos y sobre todo, los referentes culturales y discursos que traigan a los espacios homosociales, determinará el curso y desarrollo de los mismos, siendo los espacios homosociales tanto una posibilidad de cuestionamiento como a la vez, la posibilidad de reafirmar ciertos mandatos heteronormativos, a los que responden en tanto comparten en su masculinidad el lenguaje de la masculinidad.

¿Diversos grupos, diversas masculinidades?: Colectividades de hombres a partir de espacios homosociales.

Este apartado busca hacer un cierre teórico del capítulo para pensar como los varones construyen sus identidades de género constantemente y de manera diferenciada de acuerdo con los espacios y en la manera en que participan en ellos, siendo las masculinidades y feminidades que se apropian una construcción colectiva que se da

mediante múltiples y ambiguos -a veces contradictorios- códigos, gestos, actitudes, emociones, expresiones y prácticas. La masculinidad es un ente que existe sólo en la práctica pero que se mantiene y continúa a partir de instituciones colectivas, delimitadas espacial y socialmente, que las ponen en práctica como parte de su constitución. Es decir, la masculinidad está constituida en parte de los propios espacios institucionales en los que se expresa: casa, trabajo, espacios públicos, espacios homosociales.

Mostrar que los espacios homosociales se conforman por una coincidencia de rango etario, estatus social, espacio de trabajo o vivienda, pero sobre todo de valoración social sobre su masculinidad y poder social. No se juntan cualquiera por cualquier motivo, o al revés, sin motivo alguno. Las jerarquías importan y de da una diversidad de agrupaciones. Aquí lo que quiero poner en discusión son las condiciones de la masculinidad que comprometen a estos espacios de ruptura, mediante violencia hacia los miembros en tanto que se generan como espacio de confidencialidad condicionados.

Los hombres generan dinámicas violentas, pero también espacios donde se permiten dejar de serlo, de respeto, de vulnerabilidad e incluso de disidencia. Sin embargo, fuera de estos espacios apremia la normalidad hegemónica a la que no escapan, y quien cuente que sucedió aquí es merecedor de la violencia grupal. A este elemento del grupo juramentado es al que me quiero enfocar, por eso volver a Sartré, para hablar de la violencia condicionante de la reciprocidad: sí hay hombres disidentes, sensibles pero hay espacios condicionados para ello, por eso estos son sagrados.

Así, tenemos también como excusa o recurso antropológico la detallada elaboración de ‘la casa de los hombres’ de Godelier, donde nos cuenta como el consumo de semen y el sexo entre varones forma parte de un entrenamiento o primera socialización de la sexualidad en los jóvenes varones que pasan entre los baruya a ser entendidos culturalmente de niños a varones, hombres. La producción de grandes hombres se da en

una confidencialidad grupal que aun sin enunciarlo, tiene como premisa la violencia coercitiva de no difundir los pactos generados dentro de su exclusividad.

La heterosexualidad como institución parte de una normalización de la subordinación de las mujeres hacia los varones, aún más Celia Amorós agrega, de la normalización de la negación de lo femenino como sujeto (Amorós, 2008) mediante el cual los varones se auto legitiman como sujetos genéricos de poder y *patrimonio*, generando las condiciones de marginalización y violencia de las cuales es necesario dar cuenta.

Si dentro de este sistema sexo-género la relación de sujetos sólo se reconoce entre hombres, entonces prima en la construcción de instituciones sociales lo que Amorós ha llamado “grupos juramentados”. Es decir, colectividades de hombres relacionándose entre hombres que rompen la atomización individual en torno a su amenaza de disolución ya que se parte de la de representar la condición del mantenimiento de la identidad, intereses y objetivos del grupo que representa, en tanto que la mujer no es considerada como sujeto, entonces se representan como la totalidad de los sujetos, sus iguales. ¿Qué relaciones se producen, cuestionan y ponen a prueba dentro de estos grupos juramentados? La invitación que nos hace Amorós es a reconstruir recurrencias susceptibles de ser identificadas en el funcionamiento de mecanismos de lo que llamamos patriarcado. Así, entablar un diálogo crítico entre el estudio de las masculinidades y la violencia de género es necesario analizar la constitución y participación de hombres en Santa Rosalía en lo que podríamos denominar grupos juramentados que ostentan el poder dentro de la comunidad. Retomando los estudios feministas como claves epistemológicas, podríamos proponer que lo que falta en los estudios de la masculinidad es el estudio de la interseccionalidad de los grupos juramentados. Es decir, la correlación y denominación y posicionamiento de género en las relaciones de poder, donde se cruza el ser: hombre, padre de familia, pareja sexual (monógama), sostén económico, adulto, macho, pastor,

militante en un partido político, etc. Así como la diversidad y desigualdades asimétricas en estos grupos juramentados lo cual nos permite hablar de masculinidades no hegemónicas: dependiente económico, desempleado, estéril, homosexual, transgénero, senil, etc.

Esta postura retroalimentaría los estudios de género a seguir resaltando la trama de la complejidad y no del binarismo, enfatizando al patriarcado y la manera en cómo opera, desde un conocimiento integral de las categorías *hombre* y *mujer* de las cuales se parte.

En campo comprendí que la masculinidad no es sólo eso que se exhibe, se refrenda y se alcanza a partir de expresiones que lo buscan, sino también es eso ‘que no se deja decir’.

Los silencios son importantes en la manera en que los varones somos formados para entender y lidiar con nuestras emociones. Los silencios masculinos que también se hacen presentes en un tipo de violencia específica, la omisión como una coerción de poder a partir de las colectividades masculinas y que se articula a partir de la omisión de posicionamiento para encarar, frenar o cuestiona una serie de discursos, prácticas y relaciones que no se comparten o generan incomodidad. La pasividad de acción articula en estos espacios homosociales, la reproducción de referentes culturales aun cuando no se esté de acuerdo con ello.

En México, el incremento del número y dispersión de feminicidios por todo el país ha generado distinto tipo de respuestas y movilizaciones, entre ellas los debates feministas que consideran que la reproducción de la violencia a través de ‘pedagogías de la crueldad’ (Segato) se posibilitan ante el silencio colectivo de los hombres.

El silencio subjetivo, de callar, no denunciar u omisión de los perpetradores de quienes comenten violencia hacia las mujeres y otros varones pareciera configurar una suerte de omerta patriarcal de complicidad bajo la amenaza de vendetta y exclusión de los grupos masculinos a los que se pertenece.

Si bien es cierto que no todos los varones son potenciales feminicidas, en sentido estricto por su condición genérica sexual de nacimiento, el pertenecer a una cultura patriarcal que en sus diversos modelos de masculinidades instala en el silencio la omisión de encarar, develar y ‘traicionar’ al otro-hombre aparentemente en condiciones de igualdad, forma parte de la violencia de género en términos estructurales.

Pensemos en la potencia teórica del concepto de feminicidio, que implica no sólo el homicidio de mujeres por su condición de género sino todo el proceso y condiciones de violación reiterada y sistemática de los derechos humanos de las mujeres que genera condiciones de impunidad. El silencio colectivo que involucra omisiones forma parte de la violencia cultural de la masculinidad y la conformación de los feminicidios.

Con esto quiero decir que el silencio es un elemento de la masculinidad bastante complejo, tiene distintas aristas y dimensiones que vale la pena explorar a profundidad para discernir, separar y problematizar como opera en los tres órdenes de violencia que Kaufman define que conforman parte de la violencia masculina: hacia las mujeres, hacia otros varones y hacia sí mismo. El silencio como poética de la masculinidad ocurre y orienta también en estos tres órdenes relacionales.

De igual forma, el silencio como validación de actos misóginos al no enfrentar/encarar a otros (sean conocidos o no) y a nosotros mismos cuando presenciamos actos de acoso en la calle, chistes homofóbicos, tratos preferenciales, etc. Michael Kimmel considera que en esta dimensión colectiva “nuestros miedos son la fuente de nuestros silencios, y los silencios de los hombres es lo que mantiene el sistema” Kimmel, 1997: 57).

Una propuesta es partir como Eve Sedwick (2003), de considerar los silencios como ella piensa los afectos, esto es pensar que en sus distintas manifestaciones tienen en común que a cualquier escala de contemplación son irreductiblemente fenomenológicos.

Describirlos en términos de estructura siempre arrojan una impronta falsa de representación cualitativa. La autora sugiere partir de observar y dar cuenta de la materialidad de los afectos para desentrañar las narraciones y pulsiones presentes en su performatividad. Es decir, no podemos dar cuenta de su totalidad causal pero sí fenomenológicamente de su narrativa performativo. Lo que se deja ver.

En este libro, Sedwick ofrece varios ejercicios-propuestas. Analiza la vergüenza como rasgo identitario de algunas personas queer a través de la performatividad de ‘la mirada baja y cabeza agachada’ presente en la obra literaria de Henry James. Reflexiona sobre los actos corporales y colectivos que forman parte del ‘sí quiero’ en las propuestas de matrimonio o una genealogía de cómo opera la paranoia como modo afectivo y cognitivo en relación a las dinámicas fóbicas en torno a la homosexualidad. De esta manera, propone pensar desde la interpelación, lo que podemos sentir, nos dejamos tocar o con-mover de la performatividad observada sin pretender asir y describir la estructura de los afectos que los configura.

El silencio es performativo, se deja ver, se hace presente. Es también sintomático y expresivo de manera diferenciada según aquello lo que se calla: el cambio, el abdicar, el soltar, el arraigar, el omitir, el coincidir, el convenir, el miedo, etc.

Si entendemos la performatividad como la define Judith Butler, como una “práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra” (Butler, 2002: 18) podríamos entender el silencio (aparente ausencia de discurso) como el acto realizado de una corporalidad que es vehículo y a su vez productor de significados discursivo. Es decir, el cuerpo se vuelve la materialidad discursiva del performance cultural que el género impone a nuestros cuerpos, en este caso pensando únicamente el performance del silencio.

Eso lo hará más explícito Butler al mencionar que la noción de performance

necesariamente requiere del cuerpo en tanto que el acto del habla ocurre a partir de una vocalización, la cual necesita indispensablemente la boca como órgano y cómo vehículo (Butler, 2002: 113).

Ahora bien, el silencio como discurso evoca una multiplicidad de lecturas y significaciones que se le puedan atribuir según la perspectiva, intereses, posicionamiento relación e interacción que se tenga con la persona que lo ejecuta. El silencio involucra una interpelación sin tramas narrativas o contenciones aparentes, las cuales aparecen sintomáticamente en el cuerpo y sus expresiones.

La negación para responder, a articular como ejercicio comunicativo genera en el silencio un desborde de significados donde no hay una verdad o unicidad interpretativa, haciendo del interactuante parte de su composición social. El silencio es colectivo porque interpela y convoca a desciframiento. La masculinidad opera bajo un encadenamiento de silencios, de misterios que ambivalentemente ocultan y buscan que se descifre su causalidad o causalidades.

Por tanto, es menester para involucrar y analizar los silencios masculinos pensar en su contexto e interactuantes, quienes forman parte inherente de su realización como acto performativo. Con esto quiero decir que no todo acto de no-habla por un hombre forma parte de esta poética de la masculinidad, sino que esta emerge y opera cuando en determinado contexto y determinadas interacciones aparece como respuesta y fenómeno relacional.

El silencio como acto performativo, pues, se lleva a cabo bajo acciones discretas, gestos y manifestaciones corporales, que cobran sentido según la situación en las que se realiza y que bajo su interpretación e interacción que se desprenda él puede llegar a constituir un acontecimiento. El contexto lo configura, le otorga su materialidad y potencialidad.

No se calla en la nada o en el vacío sino en la composición de una serie de factores y condiciones de una interacción dada. Hay una estructura, un sistema sexo-género que otorga fronteras, limitaciones, imposiciones y configuraciones que les dan a los silencios su particularidad como ficción regulativa (Butler, 1998: 309) de las relaciones de género de hombres entre mujeres y entre pares.

Es en dicha configuración dentro de las relaciones de género que cobra un papel dentro de las representaciones sociales donde opera no sólo como práctica social, en tanto performatividad, sino también como condición de posibilidad, como potencialidad.

Masculinidad y potencialidad.

La virilidad como arquetipo de la masculinidad confiere a los atributos que valoran positivamente la capacidad de actuar y de crear dentro de los órganos y facultades masculinas. Penetrar, fecundar, crear, procrear, poder realizar, son atributos que se van cargando como valores pero también como mandatos al género masculino en relación a su sexualidad.

La virilidad se pierde bajo connotaciones que podrían expresar esterilidad, imposibilidad de hacer y de crear. Se piensa como algo innato, natural/normalizado en todo varón, lo cual debe demostrar y comprobar para manifestarse 'como hombre'. Sin embargo, estas nociones de virilidad también son cambiantes de acuerdo a convenciones históricas, culturales y sociales.

El silencio no opera como atributo de virilidad, la virilidad hay que demostrarla y no callarla. Configura parte de dichas demostraciones cuando ha ocurrido dicha 'pérdida de la virilidad'. Callar las humillaciones, defraudaciones frente a las expectativas de la virilidad, frustraciones, conforman parte de las estrategias de aferrarse a las expectativas masculinidades de virilidad al callar aquellas situaciones o condiciones en las que no se

ha podido cumplir/satisfacer. El silencio como articulador de la vergüenza como emoción y como experiencia que involucra perder la virilidad, verse afeminado.

Los espacios de homosociabilidad conforman la consumación tangible de ‘la casa de los hombres’ (Godelier) en tanto que conforman este espacio sagrado-ritual donde se genera camaradería y/o compadrazgos a partir de la reafirmación de las creencias compartidas de la masculinidad.

Es el espacio-social convenido para llevar a cabo ritos de masculinidad, a partir de poner prueba, exigir, comprobar atributos y mandatos masculinos comunes y que forman la cohesión del pertenecer grupal. Así, se crea una confianza mediada por la constante comprobación en la que se permiten –bajo instrumentos y prácticas rituales- desmontar representaciones y ‘a manera de juego’ (performatividad) expresar gestos, prácticas, emociones y discursos relacionados con la feminidad y que atentan al arquetipo de masculinidad que se ostenta. Es un espacio de ruptura, de sanación, de soltar.

En este capítulo se estableció la relación entre la sexualidad de varones heterosexuales en espacios homosociales y las condiciones de enclave de Santa Rosalía. Las maneras de vivir y trabajar en condiciones de enclave sitúan una serie de experiencias que son significadas y socializadas de distintas maneras según los espacios de interacción.

Se encontró que es en los espacios homosociales, específicamente en los denominados como ‘polladas’, se vuelven espacios de intimidad y homoerotismo en los que la diversidad de varones, comparten una serie de afectos, confianzas y prácticas concretas que son significadas como afeminadas u homosexuales pero que experimentadas en este espacio son resignificadas como parte restaurativa de su propia heterosexualidad.

En el siguiente apartado de conclusiones generales, se hará un resumen de los objetivos y resultados generales obtenidos en cada capítulo de la tesis, ofreciendo después una serie de reflexiones de carácter teórico-político sobre los aportes de esta tesis a la discusión sobre el estudio de los hombres y sus masculinidades.

Conclusiones generales. Los productos del trabajo y cultura minera:

Masculinidades de enclave

Los productos de la empresa minera MMB son planchas cobre, corcholatas de cobalto y bolitas de zinc, minerales extraídos que salen del complejo industrial ya como mercancías listas para su exportación y entrega directa en el mercado internacional. La empresa cuenta con un puerto independiente al de la localidad de Santa Rosalía, teniendo exclusividad y disposición temporal de salida de mercancías para su venta las 24 horas del día, reforzando sus condiciones de enclave.

La empresa no sólo produce estas mercancías sino un modelo de organización del trabajo, a partir de una infraestructura de enclave, donde hay una conformación multinacional y multirregional de su fuerza de trabajo, configurando así un particular campo de género a partir del cual interactúan los varones a partir de sus masculinidades.

A continuación, se expondrán las conclusiones generales de la tesis y se presentará el concepto de ‘masculinidades de enclave’ como una lectura comprensiva para este otro producto en claves de género, de la empresa MMB en la localidad de Santa Rosalía.

Por último, se hará un cierre reflexivo de la discusión teórica en la que se inserta esta tesis, enunciando los retos teóricos y esbozando las tareas pendientes o desarrollo de investigaciones próximas para seguir abonando a la contribución que los resultados de esta investigación aportan.

Santa Rosalía, sus condiciones y masculinidades de enclave

En Latinoamérica así como distintas partes del mundo, asistimos a un nuevo modelo de minería de corte neoliberal, que impone un cambio en las actividades y organización del trabajo debido al uso de tecnología, articulación de su fuerza de trabajo e influencia en su capitalización de distintas instancias financieras globales.

En México la minería ha sido una actividad productiva que ha pasado por distintas fases hasta su configuración neoliberal actual, siendo importante en sus periodos de finales del siglo XIX hasta la década de 1980, la conformación de enclaves mineros.

Actualmente los nuevos modelos de minería imponen el cambio de organización del trabajo y atestiguamos la configuración de nuevos modelos de enclave, que tienen como característica la ubicación en localidades y regiones habitadas -muchas veces con anteriores presencias de desarrollos mineros- a partir de inversiones reguladas posibles y reguladas a partir de relaciones financieras en distintas bolsas de valores, contratando un porcentaje obligatorio legislativamente de mano de obra local pero gestionando distintos métodos de contratación de mano de obra calificada exterior. Además, se configuran nuevos enclaves dentro de las instalaciones, que conviven y hacen fricción con la comunidad local donde se ubican.

Santa Rosalía, Baja California Sur, es una población que ejemplifica tanto el cambio en las modalidades de la minería en México, así como la configuración de estos nuevos enclaves. Su fundación como enclave minero *Company Town* a principios del siglo XIX a manos de una inversión francesa, mantuvo activa la producción extractiva de cobre hasta 1954, cuando paró actividades y en 1961 se reactivaron bajo un proceso de nacionalización que mantuvo la producción minera hasta 1985.

Después de amplios estudios de explotación y viabilidad, a partir de 2014 inició una tercera fase de trabajo e industria minera en Santa Rosalía, ahora bajo este periodo y caracterización neoliberal. Con su primera producción de cobre en enero de 2015, la empresa Minera y Metalúrgica del Boleo ha mantenido la extracción y yuxtaposición de cobre, zinc y cobalto a través de un complejo industrial que incorpora nuevas tecnologías, maquinarias, proceso de lixiviación y *electrowinning* bajo un modelo de autonomía de recursos al aprovechar y desalinizar el agua de mar que se tiene contigua y aprovecharla para la generación de electricidad.

A diferencia de los dos periodos de minería en Santa Rosalía, donde la población local representaba casi la totalidad de la fuerza de trabajo, el proyecto de MMB contrata un porcentaje establecido de personas locales y contrata mano de obra calificada de otras regiones mineras de México y otras partes del mundo -directas y a través de subcontratistas(*outsourcing*), organizado dentro de sus instalaciones nuevas configuraciones de enclave que entran en fricción con la población local.

Hay una diferencia puntual entre las condiciones y características de enclave que dieron origen al poblamiento de Santa Rosalía, así como su proceso de desenclavización a mediados del siglo XX, con las nuevas condiciones de enclave que desarrolla MMB no a toda la población sino al interior de sus instalaciones. Las nuevas configuraciones de enclave se dan en relativos espacios de aislamiento, en tanto que hay una interacción con la localidad o comunidades contiguas a la ubicación de la industria minera.

Ante una población con más de 90 años de historia industrial minera como principal actividad económica, el proyecto de MMB reactivó e impacto fuertemente no sólo la economía local, sino una serie de recuerdos, prácticas y dispositivos culturales de masculinidades dentro de su población de lo que implica ‘ser hombre minero’.

Las diferencias de las condiciones y organizaciones del trabajo -altamente tecnificado-, la baja contratación de población local y el desconocimiento por parte de la población local de los distintos procesos y características del modelo de trabajo, ha originado una serie de relaciones sociales que se dan fuera de los espacios de trabajo pero que forman parte de esta configuración de nuevos enclaves.

En este trabajo de investigación se analizaron las relaciones de género y producción de masculinidades ligadas a esta reactivación del trabajo minero en Santa Rosalía, bajo esas nuevas modalidades de enclave, como una sugerente propuesta desde una perspectiva de género a los estudios de la antropología del trabajo.

Se propuso como pregunta de investigación saber cuál era la influencia de estas nuevas modalidades de enclave en la producción, reproducción o reforzamiento de significados y representaciones del ser hombre en Santa Rosalía.

Como objetivos particulares se analizaron distintas narrativas de trabajadores en torno a su masculinidad a través de sus experiencias habitando y trabajando en la minería de MMB, ya sea bajo estos nuevos contextos de enclave o desde la población de Santa Rosalía.

Además, se partió de entender la heterosexualidad como institución social para analizar las distintas expresiones y prácticas relativas a su autocuidado, sexualidad, significados dado al trabajo y paternidades, para dar cuenta de la diversidad de masculinidades que coinciden en aceptar, resistir o poner a prueba los límites de la heterosexualidad como estructura de género útil y hegemónica dentro de las lógicas de la disciplina fabril de MMB.

Como propósitos etnográficos, se buscó otorgar una mirada del trabajo minero fuera de los espacios de trabajo, partiendo del ejercicio y prácticas masculinas que se dan en otros pero que a su vez están moldeados, dispuestos o influidos por las dinámicas de organización del trabajo minero.

Es decir, recuperar la visión fundante de la antropología del trabajo latinoamericano por apostar entender el trabajo más allá de sus espacios de realización y repensar su influencia en otras esferas de la vida social de las y los trabajadores.

No podemos dejar de lado que una de las preocupaciones de esta investigación fue comprender la experiencia sensible de los varones que trabajan en la industria minera de Santa Rosalía, sin preconcebir sus prácticas y expresiones masculinas como violentas de manera a priori. Si bien, reconocemos que toda masculinidad se constituye bajo dimensiones de violencia, nos preocupamos por no enfocarnos en describir y presentar etnográficamente las masculinidades revisadas en esta investigación únicamente desde sus características, prácticas y dimensiones de violencia, una tendencia reciente en el estudio de los hombres y sus masculinidades.

En cambio, esta investigación optó por apelar a un marco teórico y metodológico lo suficientemente amplio y pertinente para dar cuenta de la pluralidad de masculinidades dentro del trabajo minero en Santa Rosalía, y como estas están determinadas histórica y localmente.

En lo que concierne a la discusión teórica, esta investigación se inserta tanto en los estudios de la antropología del trabajo como en el estudio de las masculinidades. Más que ofrecer una mirada teórica sobre cómo entender y estudiar masculinidades -suspendidas de sus concreciones socioculturales y temporales-, se buscó proponer un concepto teórico anclado en la economía política del contexto etnográfico.

Es decir, en un ejercicio de recuperación las intenciones de ‘las teorías de alcance medio’ (Merton, 1980), la propuesta de masculinidades de enclave se presenta como una teorización sostenida en bases empíricas etnográficas con un alcance explicativo a realidades que cumplan las condiciones analíticas descritas.

Es decir, en lugar de apelar a una teorización general sobre las masculinidades, reconocemos la importancia de proponer discusiones conceptuales que nos ayuden a comprender expresiones y realidades concretas que compartan características similares, encontrando aquí su utilidad.

Se busca con ello contribuir a los debates del estudio de los hombres y masculinidades, al pensar la influencia del trabajo, al ofrecer una salida conceptual a las especializaciones de la masculinidad, así como de las proyecciones políticas con problemáticas empíricas de proponer modelos de ‘nuevas masculinidades’.

Propongo pensar en masculinidades posibles y concretas, presentando sus características, con sus sesgos y contradicciones, con sus elementos que apuntan a un cambio en las relaciones de género con menor violencia -hacia las mujeres, hacia otros varones o hacia sí mismos- pero desde una visión crítica que encuentra los límites y problemáticas de dichas prácticas.

Para ello, es apeló a una variedad de herramientas metodológicas de corte etnográfico las cuales tuvieron mayor o menor efectividad según las situaciones y dificultades para su realización. Dentro de ellas, las más productiva fue la aproximación a espacios de homosociales bajo la centralidad de la observación participante, donde el diario de campo como herramienta reflexiva fue fundamental.

A través de observaciones de expresiones y prácticas masculinas de los trabajadores fuera de sus espacios laborales, según los distintos espacios y relaciones de socialización, se usó una diferenciación entre los encuentros que eran homosociales y los que no.

La masculinidad actúa, apelando a Goffman (1980), actúa de manera diferenciada ‘tras bambalinas’, por lo cual fue interesante a esta investigación aludir a los significados, gestos, corporalidades y expresiones que se comparten en espacios exclusivos de varones. Con ello, se extendió la observación etnográfica a la virtualidad como un escenario de plataformas donde las diferentes aplicaciones involucran una serie de representaciones sociales según sus propias dinámicas, desplegándose una serie de expresiones diferenciadas de una misma persona según la interacción virtual en estas aplicaciones.

Al finalizar el trabajo de campo, desde ‘el estar aquí’ encontré que la herramienta metodológica más útil fue mi propia masculinidad: la manera en que los distintos varones respondían e interactuaban con mis invitaciones, gestos, prácticas, generó una serie de situaciones y conversaciones mediadas por mi propia masculinidad. La observación de mi persona en términos de género a partir de la mirada del otro, fue un ejercicio crítico riquísimo en términos reflexivos, que me ayudaron a observar y poner atención en ciertas dinámicas o comentarios que en su momento pase de manera desapercibida.

Estas herramientas en su conjunto ayudaron a estudiar como las relaciones cotidianas y homosociales fuera de los espacios de trabajo, en contextos de nuevos enclaves, son necesarias y útiles a la lógica de la organización del trabajo, al convocar y reproducir una serie de socializaciones que las dinámicas de trabajo impiden realizar dentro de la empresa.

Las nuevas maquinarias, técnicas y disposiciones laborales del trabajo minero, como en MMB, involucran largas jornadas de trabajo en puestos de trabajo en aparente aislamiento, bajo comunicación vía radios y aparatos móviles. Los varones se encuentran desempeñando su actividad laboral de manera aislada a si equipo de trabajo, que puede estar a metros o kilómetros de distancia durante su jornada. Los espacios de socialización fuera de los espacios de trabajo se vuelven necesarios para compartir y reproducir

procesos subjetivos, simbólicos y culturales que forman parte de su praxis laboral.

Aún más, encontramos que la manera en que se articula la fuerza de trabajo de estos nuevos enclaves, convoca una pluralidad de personas -particularmente varones- de distintas regiones del mundo, localidades, profesiones, experiencias laborales y sobre todo, culturas de género, que entran en interacción y sociabilidad -que impacta en el trabajo- en estos espacios y tiempos de socialización.

Las condiciones de enclave producen masculinidades de enclave, es decir, un conjunto de significados y prácticas sobre lo masculino y lo que significa ser hombre altamente relacionadas con las condiciones de habitar y trabajar en un enclave.

Las masculinidades de enclave son la diversidad de conjuntos de significados y prácticas que operan en los sujetos definidos como varones, que moldean la manera en que se presentan, interactúan y construyen su realidad los varones que viven y trabajan en condiciones de enclave, de las cuáles se desprenden una serie de expectativas sobre su sexualidad, identidad de género y deseo, provenientes del sistema sexo-género y sus consecuentes concepciones dominantes sobre lo masculino y lo que significa ser hombre. Las masculinidades de enclave abarcan una pluralidad de procesos y producciones que configuran las condiciones de los varones como sujetos genéricos, producto de resistencias, negociaciones y/o reivindicaciones que los sujetos elaboran en torno a los significados y exigencias de ser hombre, presentes en las condiciones de enclave.

De acuerdo al trabajo etnográfico realizado, consideramos que las masculinidades de enclave coinciden, interactúan y se encuentran articuladas por la producción de espacios homosociales que se desprenden de los espacios y contextos de trabajo, donde la socialización de subjetividades (emociones, sentires, pensamientos), expresiones y prácticas cuestionan, contradicen o rechazan la heteronormatividad al incluir una diversidad de afectos, deseos, sexualidades consideradas como feminizadas y/o

homosexuales.

Los varones que participan en estos encuentros y espacios homosociales responden a una variedad de masculinidades, que coinciden en asumirse como heterosexuales, siendo estos espacios contruidos desde construcciones particulares (culturales y locales) de intimidad en tanto que las experiencias se desplazan o desbordan de las fronteras simbólica y de significación de la masculinidad heterosexualidad.

Las masculinidades de enclave se encuentran constituidas por la producción de espacios homosociales en las que se permita socializar a través de subjetividades, expresiones y prácticas que contradigan o vayan más allá de los significados atribuidos por la heteronormatividad a la idea de ser hombre, en tanto que estos espacios fungen como puntos de fuga o terapéuticos que restituyen al sujeto frente a las exigencias y mandatos tanto de género como de las condiciones de enclave.

Encontramos en Santa Rosalía, en lo que respecta a la socialización en espacios homosociales, las polladas como encuentros centrales en la composición y regulación de la masculinidad de una diversidad de hombres, que pueden o no conocerse, que pueden o no trabajar en MMB, pero que comparten la experiencia de vida del enclave: aislamiento, largas jornadas de trabajo, frustración, exclusión de otros espacios públicos de socialización.

Las masculinidades de enclave son producidas por espacios como las polladas, que operan al margen de la disciplina fabril de MMB pero que son posibilitados e incluso necesarios debido a la organización de trabajo en estos nuevos enclaves.

Las masculinidades de enclave se dan en un campo social -poroso y cambiante- que responde a la organización del trabajo de las nuevas modalidades de enclave del trabajo (en este caso minero) que reúne a una pluralidad de varones y masculinidades, que son modelados bajo una disciplina fabril que parte de la normalización de la heterosexualidad

como institución; forjando así una particular cultura de trabajo masculina que tiene una temporalidad limitada por la misma vida del enclave.

Estas nuevas modalidades de enclave incorporan maquinarias y técnicas de extracción de mayor impacto ambiental y ecológico por su composición mixta de minar simultáneamente de manera subterránea y ‘a cielo abierto’, bajo lógicas de inversión y capitalización de acuerdo con su integración en circuitos financieros globales e incursión en distintas bolas de valores.

La formación de este tipo de enclaves varía de la forma clásica, se apelan a nuevas modalidades de campamentos provisionales, reconfigurando las dinámicas laborales de *outsourcing*, contratación de trabajadores externos, erradicación de contratos colectivos y cualquier tipo de sindicalismo.

La empresa minera ya no tiene un dominio y decisión total sobre la traza urbana y condiciones de vida de la población ni es responsable de ella en términos de reproducción social. La hegemonía empresarial ante una invisibilización de responsabilidades compartidas con el Estado, siendo una característica especial de su configuración neoliberal.

Hay por una parte una subordinación de los gobiernos locales, como el Ayuntamiento de Santa Rosalía, a las políticas mineras de corte federal, pero a su vez delega a su responsabilidad las relaciones y resolución de conflictos relativos al desarrollo de las actividades mineras dentro de su localidad, únicamente en términos de obras públicas, impacto ambiental y dejando las relativas al mercado y condiciones de trabajo, así como de salud, a las relaciones individuo-empresa.

Coincido con Lara (2018) que para el caso de Santa Rosalía las otras actividades económicas donde su incidencia ha sido mínima por las limitantes de la región para su desarrollo, donde las actividades del ayuntamiento dependen de las contribuciones

economías de la empresa. Es otro tipo de relación, no de dependencia total, pero sí de incidencia donde no hay una centralidad de la empresa. No hay una emancipación de su presencia en la economía local.

Hay, por tanto, una nueva relación con el Estado y las poblaciones locales que ya no es de autonomía y dominio, pero sí de impactos económicos que le otorgan otro papel social a la empresa, ya no como responsable de la población, aprovechándose de garantías y recursos provistos por el Estado y otras empresas. Hay un adelgazamiento de la empresa. MMB no mantiene una dinámica de desenclavización, al contrario, ha generado un enclave dentro de la población que sigue ligada a su desarrollo. Hay distintos niveles de enclave y lógicas de reproducción que permanece bajo distintas configuraciones.

Hay una relación con la reproducción con la fuerza de trabajo, como enganche al interior y sin responsabilidad al exterior, desplazando a la comunidad local dentro del eje de interés de la empresa.

Ya no es un enclave en territorio despoblado sino enclave en territorios ocupados, donde su presencia modifica las actividades económicas de la población sin hacerse responsable de su reproducción social, aquí si gran característica neoliberal.

Los nuevos enclaves son individualizados, destinados únicamente a trabajadores empleados, pero no a sus familias, quienes tienen que habitar sus localidades de origen o instalarse en las poblaciones contiguas a la zona de explotación minera.

Hay una interrupción y cambio de la reproducción social, legándola a los individuos. Tienen que encontrar sus maneras de reproducir la producción de vida de los trabajadores está garantizada por la empresa. Hay una reproducción multisituada donde la empresa ya no tiene una responsabilidad ni hegemonía para su configuración.

Lo que observamos es una neoliberalización del enclave, generando una ruptura y cambio en la producción de masculinidades: enfatizando el único rol de proveedor al desterritorializar a los varones de los espacios de reproducción y legar su temporalidad en mayor medida a las actividades dentro de la empresa; pero también dando posibilidad de resistencia como la que se muestran en esta investigación.

Discusión teórica sobre los hallazgos, retos teóricos y tareas pendientes

Los estudios de las masculinidades han demarcado una independencia epistémica de los diferentes movimientos feministas y sus múltiples inscripciones en la academia, y que bajo esta pluralidad de luchas, han logrado espacios y condiciones de reconocimiento, equidad, visibilización pero también de cuestionamiento y cambio en las prácticas masculinas entendidas en su mayoría desde modelos hegemónicos y descritas como patriarcales, androcéntricas y constituidas en una violencia de género hacia las mujeres.

Desde ahí también se anuncian nuevos esfuerzos y prácticas, ejercicios de deconstrucción y nuevas masculinidades. Pero ¿han cambiado los hombres? Más allá de la adopción de un lenguaje inclusivo, de aceptar sin miramientos la presencia femenina como pares en los espacios de trabajo, de incorporarse los varones en actividades y responsabilidades del trabajo doméstico así como ceder compartir el sostén económico, ejercer su paternidad: ¿ha cambiado nuestra sexualidad, nuestra construcción del deseo, afectos y la ambigua diversidad de nuestras prácticas (hetero)sexuales? Aún más, ¿hemos cuestionado (para cambiar) nuestro lugar de enunciación y privilegios?

Quizás no hemos de construido, menos cuestionado o reflexionado, ni siquiera curioseado, hurgado, hablado ni examinado nuestra heterosexualidad los hombres cisgénero o que entendemos nuestra masculinidad desde la heterosexualidad. Sin ello, la adecuación de nuestras identidades y condiciones genéricas a esta apremiante era quedará en la insuficiente enunciación y *continuum* de privilegios bajo los esquemas de ‘lo

políticamente correcto’.

A esos hombres que convocan las organizaciones y asociaciones que buscan promover ‘nuevas masculinidades’ ya estaban ahí, pero nuestra cultura machista, homófoba, cisexista, transfóbica, los invisibiliza y socializa desde una homofobia parte de la institucionalización de la heterosexualidad, de la constante auto revictimización y pánico a la posibilidad de ser leído como femenino.

Si seguimos la propuesta de Alain Badiu de que la masculinidad es todo aquello que repele y se distingue de lo femenino, tenemos entonces esta masculinidad como un lugar de vacío, una conformación desde la negación: lo que no es. Pero su construcción no es enteramente dialéctica, si bien el performance público de demostrar constante y todo el tiempo su heterosexualidad y virilidad, hay también la gestación de afectos, valores y acompañamientos homosociales que no necesariamente forman parte de esta contrastación.

Considero que una de las aristas a seguir explorando dentro de la masculinidad es lo que Guillermo Núñez ha llamado poéticas de silencio (Núñez, 2007). Nos comunicamos por lo evidente, por el entramado heterosexual porque es un lenguaje común. Al callar públicamente, ante ese otro varón, nos colocamos en un entramado heterosexual por omisión. Quienes adquieren su valor, reconocimiento, puesto laboral por estas relaciones de género, encontraran motivaciones personales por avivar, intensificar e institucionalizar las prácticas de socialización que dan entrada a estas enunciaciones masculinas desde las que se leen a sí mismos y se presentan en sociedad. El reto que personalmente encuentro para seguir desentrañando y visibilizando las masculinidades posibles en la diversidad sexual y de género, y no sólo revisitando las masculinidades hegemónicas, es a partir de develar los silencios de las masculinidades subalternas y como desde este –por omisión– se reproducen modelos masculinos que delimitan emocional y afectivamente las

posibilidades de enunciación.

Como ha subrayado Patricia Ponce (2001), la construcción de 'la masculinidad' es un proceso complejo de poder, dolor y gozo dentro de procesos subjetivos, de exigencia social y estereotipos dominantes de lo que implica ser varón (en términos referenciales biológicos) y convertirse en hombre.

La literatura reciente sobre masculinidades ante una sobre especialización temática, han especializado las prácticas masculinas únicamente las dimensiones de violencia, obviando o invisibilizando otras dinámicas y características, pensándonos como hombres sólo a partir de categorías y características indispensables a erradicar.

Considero que es necesario que demos un paso hacia las teorías *queer* y entendamos como también estamos compuestos de inconsistencias, contradicciones, formulaciones ambiguas y poco definatorias de nuestra identidad, de liminaridades y rarezas. Pero lo que más quiero resaltar, que hay una falsedad de pensar a las masculinidades como construcciones contrarias a la feminidad. Hay una feminidad que se construye, vive y encarna desde la heterosexualidad. Así, si partimos de este reconocimiento tendremos una fórmula clara para la deconstrucción: reconocernos como raros, racializados, femeninos y feminizados, ambiguos y contradictorios.

Si partimos de esta manera entender las masculinidades y emergencia de hombres posibles, podremos asir una comprensión de atributos, valores, significaciones y relaciones que contradicen a la mirada hegemónica de entender *la masculinidad hegemónica* como eje rector de los varones, y descubrir otros modelos de masculinidad que histórica y regionalmente han estado presentes en nuestros territorios, viviendo, resistiendo y reivindicando otras maneras de entenderse hombre.

Insisto, no quiere decir que estas no sean violentas o no expresan alguna dimensión de violencia, pero sí que no se entienden y construyen necesariamente desde un eje rector de enunciación de masculinidad hegemónica, que esta aparece y constriñe su actuar a partir de modelos e instituciones patriarcales capitalistas y heterosexuales.

Dicho en otras palabras: la fábrica, el mercado y el Estado nos hacen heterosexuales como funcionales para el sistema. De esta manera, hay una racialización y colonización económica que opera en el modelamiento de sujetos generizados desde estas lógicas.

Las pautas y ciclos económicos nos ofrecen una serie de concreciones de género que empiezan a operar en el campo sexual de Santa Rosalía. La presencia de otras lógicas económicas, otras maneras de organizar las unidades domésticas y los cuidados, de pensar las paternidades, nos ofrece una diversidad que intercede, juega y opera dentro del mosaico de masculinidades desde espacios de omisión, silencios voluntarios a veces pero también impuestos por la exclusión y liminaridad frente a la heterosexualidad.

Si bien, las “nuevas masculinidades” han sido descritas como unos nuevos posicionamientos que se resisten a ser generizados y asociados permanentemente al modelo hegemónico patriarcal y como una insistencia eminentemente política, proponerlo teóricamente no forma parte de concreciones y considero que más bien estamos en un estadio de ciertas condiciones que apuntan a su posibilidad. Nuestro objetivo en esta área de conocimiento sería registrarlas y hacer presente prácticas que han estado ya presentes antes de esta etapa de ‘nuevas masculinidades’.

La idea es problematizar la noción de ‘nuevas masculinidades’ desde una aportación teórica sustentada en datos etnográficos.

De adoptar una actitud crítica de no evocar ‘nuevas masculinidades’ (pleonismo en todo caso, porque las masculinidades siempre se encuentran en cambio y transformación) sino de dar cuenta de dinámicas y manifestaciones masculinas contemporáneas cuestionando

la heterosexualidad como institución que produce y justifica dentro de su organización jerárquica de género cierta producción de masculinidades, donde el reto es poder producir 'conceptos-génesis', como dice Marcela Lagarde, para no olvidar los hallazgos y conocimientos ya adquiridos en los aproximados treinta años de los estudios de las masculinidades como corriente teórica crítica.

A través de las luchas políticas protagonizadas por las mujeres en diversos feminismos, se han dado una serie cambios en la observación de varones de su propia masculinidad, adscribiéndose a reflexiones y prácticas de cuestionamiento y cambio de sus propias identidades del ser hombre. Un compromiso como varones de cambio personal (expresión de género, gestión de frustración y emociones, postura frente a la diversidad sexual), acompañamiento en las movilizaciones contra la violencia hacia las mujeres, asumir responsabilidades igualitarias frente al cuidado de personas y del trabajo doméstico, autocuestionamiento y regulación de su desenvolvimiento cotidiano en el ámbito público.

Sin embargo, todas estas series de cambios y nuevas prácticas masculinas que generan nuevas normativas de una emergente ética del 'hacerse hombre', están en un debate sobre si considerarlas como 'nuevas masculinidades' o nuevas manifestaciones de prácticas masculinas que aún no se han cristalizado en la transformación de la condición del ser hombre.

La incesante y creciente violencia hacia las mujeres bajo distintas dimensiones, desde la permanencia o actualización de 'cautiverios' (Lagarde, 1997) hasta los feminicidios, mantiene un activo y diverso crecimiento de feminismos y estudios de género militantes en las academias, que siguen apostando por la erradicación de la violencia de género y donde los hombres siguen apareciendo como protagónicos de la misma.

Estas permanencias ante la diversidad de 'nuevas masculinidades' hace que me cuestione

sobre su alcance en la transformación de sistemas sexo-genéricos (Rubin, 1997) en las relaciones de género, si efectivamente estamos ante un modelo de nuevas prácticas y maneras de ser hombre o si más bien estamos ante una serie de significaciones y performances políticos de masculinidad que cuestiona y disminuye sus violencias pero no arriesga sus privilegios ni cede en las relaciones de poder que le constituyen.

Daniel Cazés, pionero en la corriente crítica de las masculinidades en México, argumenta que la reconstrucción de las relaciones de géneros puede ser posible a partir de la edificación de una ética que permita la construcción permanente de la equidad, en los ámbitos privados e íntimos así como en los públicos y sociales -y no exclusivamente bajo el apoyo al feminismo militante y a las mujeres violentadas- sino entre la creación de espacios sociales de cambio, de reconocimiento y de praxis ética de dichas transformaciones equitativas.

Es decir, la emergencia de una alternativa de cambio debe surgir desde la condición masculina y no exclusivamente bajo un referente de contraste de apoyo a diversos feminismos; cambio que se da bajo un proceso lento y de múltiples regresiones pues las transformaciones críticas en las vidas de los hombres son vividas como pérdidas de privilegios y prerrogativas.

Así, Cazés apunta a que ya hay cambios notables en procesos en (de)construcción pero que aún no han cristalizado cambios en el ordenamiento de género pues aún no estamos en un estadio de equidad horizontal entre hombres y mujeres.

Los cambios asociados a las 'nuevas masculinidades' no parecieran ir conducidos a dicho fin, pues no hay dentro de su cuestionamiento cambios [meter a Silvia Federicci y Segato sobre género-capitalismo] pareciera ser que dicha emergencia y ordenamiento se maneja en un campo social de lo político y no de lo material, ¿cuáles son las bases materialistas-económicas que acompañan a las nuevas masculinidades?

La tarea pendiente que tenemos hacer investigaciones que atienden a la manera en que el sistema sexo-género (ideologías, prácticas personales e institucionalizadas, definen el sexo y el deseo, así como sus formas legítimas, naturales, morales, estéticas y saludables de existencia) opera en sujetos definidos desde su nacimiento como varones y en los que se tiene una expectativa de comportamiento masculino. Hacer énfasis, desde una perspectiva contemporánea de género, del patriarcado como un sistema generador de violencia, heteronormativo.

Los hombres, con el poder, debemos construirnos permanentemente en una ética de obligarnos a nosotros mismos a mantenernos en un estadio de relaciones equitativas. no hay poder divino, lo ejercemos siempre nosotros y hacia como hombres tendría que ser hacia nosotros mismos y no hacia el otro. La importancia de los rituales y de género en la vida cotidiana, tienen esta base cultural y social de mantener un piso homogéneo frente a la individualización, exclusión y ostracismo a la que nos empujan los procesos económicos neoliberales y globales.

El concepto de 'masculinidad hegemónica' de Raewyn Connell abrió un debate sobre la forma de pensar teóricamente las masculinidades en cuanto a su diversidad: espacial, temporal, cultural, hegemónica-subordinada, diferencial; teniendo su valioso aporte en una lectura *gramsciana* de las relaciones de género, de entender el poder como dimensión constitutiva inherente a su constitución.

El poder y no la violencia es inherente a la constitución de masculinidades, donde la violencia emerge ante la ausencia, cuestionamiento, tensión, no reconocimiento u omisión del poder que ostenta cada una de las posiciones masculinas puestas en práctica. Como paréntesis, no hay que olvidar que bajo la propuesta teórica de Gramsci las subalternidades no carecen de poder frente a una hegemonía que se sitúa como dominante,

sino que su poder reside en y opera en los márgenes de la dominación cultural hegemónica.

Así, aunque cada contexto sociohistórico y local se mantiene una masculinidad hegemónica, las diferencias de esta no quedan eximidas de poder. La interacción entre ellas forma parte de la distribución de poder y emergencia de la violencia: ¿pero se puede ceder el poder? Una masculinidad sin poder, ¿es emasculada, es posible?

Frente a mis hallazgos de campo y reflexiones sobre masculinidades a partir de ellos, considero que ante el concepto de la masculinidad como triple violencia (hacia las mujeres, hacia otros hombres y hacia sí mismo) falta detallar y describir cómo la violencia hacia otros hombres y hacia sí mismo forma parte de la articulación grupal de hombres donde nace la masculinidad como mandato: la masculinidad emerge del reconocimiento y actos violentos de ejercer la permanencia en el grupo.

Queda pendiente para futuras investigaciones indagar el papel de las masculinidades de enclave en la permanencia y reproducción de la violencia de género dentro de la diversidad de atributos y significados que se encuentran en su articulación, según sus concreciones sociohistóricas.

Bibliografía

Abril Morales, Paco, y Romero Díaz, Alfonso.

2005. “Masculinidad y trabajo. Las empresas con políticas de género y sus consecuencias sobre la masculinidad”, *Sociología del Trabajo*, núm. 55, pp. 3–26.

Agier, Michel.

2012. “Pensar el sujeto, descentrar la antropología”, *Cuadernos de Antropología Social*, 35: 9-27.

Alásia de Heredia, B. M.

1979. *A morada da vida: trabalho familiar de pequenos produtores do Nordeste do Brasil*. São Paulo: Paz e Terra.

Alvim, Roseline.

1997. *A Sedução da Cidade: os operários camponeses e a fábrica dos Lundgren*. Rio de Janeiro: Graphia.

Amorós, Celia.

2008. “El imaginario patriarcal en la era de la globalización”, en *Mujeres e imaginarios de la globalización*. Argentina: Editorial Homo Sapiens. Págs.: 189-306.

2005. “Para una teoría nominalista del patriarcado”. En *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para la lucha de las mujeres*, de Amorós, Celia, 111–35. Madrid: Cátedra.

Amuchástegui, Ana, y Szazs, Ivón, eds.

2007. *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. Ciudad de México: El Colegio de México.

Ángeles Salinas, Christian.

2018. “Cuechy nucuíni, hombre... la construcción de las masculinidades entre mixtecos

residentes en Tijuana”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios Regionales. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Arias, Patricia.

2014. “La etnografía y la perspectiva de género: nociones y escenarios en debate”. En: *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*, editado por Cristina Oehmichen. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM. Págs.: 173-194.

Arce Molina, Carlos Ignacio.

2011. “Cálculo de residuos generados en el área de mina de superficie y mina subterránea”. Tesis en Ingeniería Electromecánica. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé. Ballard, Chris y Glenn Banks.

2003. “Resource wars: The anthropology of Mining”, *Annual Review of Anthropology*, (32): 287-313.

Bellato Gil, Liliana.

2015. “Traigo el deseo a flor de piel”. Espacio, corporalidad y experiencia erótica en un grupo de personas mayores de sectores medios en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. San Cristóbal de las Casas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.

Belmont, Edgar y Tania Rosas.

2020. “Hacia una recharacterización del concepto de trabajo desde una antropología latinoamericana por demanda”. En: *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*, dirigido por Hernán Palermo y María Lorena Capogrossi. Córdoba: Centro de Investigaciones sobre Sociedad y Cultura. Págs.: 161-198.

Bernstein, Marvin.

1964. *The mexican mining industry (1890-1950)*. Baltimore: State University of New York. Besserer, Federico, Victoria Novelo y Juan Luis Sariego.

1983. *El sindicalismo minero en México, 1900-1952*. México: Editorial Era.

Bobino, Luis.

1993. "Micromachismos: La violencia invisible en la pareja", *Jornadas de la Federación de sociedades españolas de terapia familiar*.

Braverman, Harry.

1974. *Trabajo y capital monopolista*. México: Nuestro Tiempo.

Burawoy, Michael.

1989. *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Butler, Judith.

2001. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género.

Branz, Juan Bautista.

2017. "Masculinidades y Ciencias Sociales: Una relación (todavía) distante". *Descentrada. Revista interdisciplinaria de feminismos y género* 1 (1).

Brito Peña, Alejandra.

2005. *De mujer independiente a madre, de peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena 1880-1930*. Concepción: Ediciones Escaparate.

Burin, Mabel, Jiménez Guzmán, Lucero, y Meler, Irene.

2007. *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de*

género. Buenos Aires: Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.

Butler, Judith.

2001. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género.

Cabrapán Duarte, Melisa.

2018. “La isla de la fantasía: Indagando los vínculos entre el mercado sexual y la industria petrolera en Ciudad del Carmen”. En: *Comercio sexual y discurso sobre trata en México*, coordinado por Martha Lamas. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género-UNAM.

Cademartori, Jan y Martín Arias.

2010. “Enclaves exportadores modernos versus tradicionales: la minería extranjera en la región de Antofagasta”. Documento de Trabajo. Santiago de Chile: Núcleo Milenio Ciencia Regional y Políticas Públicas.

Calvario Parra, José Eduardo.

2011. “Las masculinidades y la construcción de sentido en jornaleros agrícolas del poblado Miguel Alemán, Sonora”. En *Masculinidades en el México contemporáneo*, editado por Óscar Misael Hernández Hernández, Alejandro Contreras Cantú, y Koryna Contreras Oseguera. Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas.

2007. “Masculinidad, riesgos y procedimientos laborales. Jornaleros agrícolas del poblado Miguel Alemán, Sonora”. *Región y Sociedad* XIX (40): 39–72.

2003. “Masculinidad, riesgos y padecimientos laborales. Jornaleros agrícolas del poblado de Miguel Alemán, Sonora”. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Hermosillo: El Colegio de Sonora.

Calvario Parra, José Eduardo, y Gilda Salazar Antúnez.

2012. “Pero sigo siendo el rey. Masculinidad y malestares emocionales en un contexto de migración en la costa de Hermosillo, Sonora”. En *La salud y la migración en México*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.

Canessa, Andrew.

2008. “El sexo y el ciudadano: Barbies y reinas de belleza en la era de Evo Morales”. En *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*, editado por Wade, Peter, Urrea, Fernando, y Viveros, Mara. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Capogrossi, M. L.

2020. “La época de los esclavos se acabó”: género y condiciones de trabajo en las empresas de limpieza en Argentina. *Revista Íconos*, 66, 173-190. Ecuador: FLACSO.

Carabí, Ángels, y Armengol, Josep M., eds.

2008. *La masculinidad a debate*. Barcelona: Icaria.

Careaga, Gloria, y Cruz, Salvador.

2006. *Debates sobre masculinidades*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género.

Carrier, Joseph.

2003. *De los otros. Intimidación y homosexualidad del occidente y noroeste de México*. México: Pandora.

Casares Rodríguez, Martín Rogelio.

2011. “Análisis y documentación de ventilación en mina subterránea”. Informe técnico de residencia profesional en Ingeniería Industrial. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Castañeda Salgado, Patricia.

2008. *Metodología de la investigación feminista*. Guatemala: Fundación Guatemala, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Castillo Gómez, Amaranta Arcadia.

2011. “Masculinidades en juego. Identidades y relaciones de género entre coreanos y mexicanos en la huasteca tamaulipeca”. En *Masculinidades en el México contemporáneo*, 131–46. Ciudad de México: Plaza y Valdés; Universidad Autónoma de Tamaulipas.

Cazés, Daniel.

1998. “Metodología de género en los estudios de hombres”. *La Ventana*, núm. 8: 100–120.

Collins, Randall.

2009. “Una teoría de la interacción sexual”. En: *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos. págs.: 299-346.

Collinson, David, y Hearn, Jeff.

1997. “‘Men’ at ‘work’: Multiple masculinities/multiple workplaces”. En *Understanding Masculinities*, de Mac an Ghail, M. Great Britain: Open University Press.

Connell, Raewyn.

2015. *Masculinidades*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género.

Connell, Raewyn, y Messerschmidt, James W.

2005. “Hegemonic masculinity: Rethinking the concept”. *Gender and Society* 19 (6): 829–59.

Córdova Plaza, Rocío, y Hernández Sánchez, Ernesto.

2016. “En línea de fuego: Construcción de masculinidades en jóvenes tamaulipecos

ligados al narco.” *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXXI (2): 559–77.

Cota Meza, Ramón.

2010. “Homosexuales en Santa Rosalía”, *Diario El Peninsular*, 24 de febrero del 2010.

Disponible en: <https://peninsulardigital.com/sucesos/homosexuales-en-santa-rosalia/1483>

Cumenge, Édouard.

1885. *Etude sur le district cuprifere du Bole.*, B. C.. París: Manuscrito no publicado de la Compagnie du Boleo. 76 páginas. Curiel, Ochy.

2013. *La nación heterosexual. Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación*. Bogotá: Brecha Lésbica, Los Oficios Terrestres.

Cruz Sierra, Salvador.

2014. “Violencia y jóvenes: pandilla e identidad masculina en Ciudad Juárez”. *Revista Mexicana de Sociología*, 76 (4): 613–37.

2011. “Homicidio masculino en Ciudad Juárez. Costos de las masculinidades subordinadas”, *Revista Frontera Norte*, 23 (46): 239–62.

Dinshaw, Carolyn.

2008. “Perspectivas queer”. En *La masculinidad a debate*, editado por Carabí, Ángels y Armengol, Josep M., 81–94. Barcelona: Icaria.

Domínguez Ruvalcaba, Héctor.

2015. “Atisbos a la subjetividad de los victimarios en el cine y ciberespacio en México”. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 79: 93–110.

2013. *De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo*. Ciudad de

México: Publicaciones de la Casa Chata.

2001. *Donde las voces fecundan*. La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Donaldson, Mike.

1987. "Labouring men: Love, sex and strife". *Australian and New Zealand Journal of Sociology* 23 (2): 165–84.

1993. "What is hegemonic masculinity?" *Theory and Society* 22 (5): 643–57.

Durin, Séverin y Victoria Novelo (coords.).

2018. *Entre minas y barracas: El legado de Juan Sariego a los estudios antropológicos*.

Ciudad de México: CIESAS, Publicaciones de la Casa Chata.

Elías, Norbert.

2016. *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Eng, David Leng.

2001. *Racial castration. Managing masculinity in Asian America*. Durham: Duke University Press.

2008. "Raza y masculinidad". En *La masculinidad a debate*, editado por Carabí, Ángels y Armengol, Josep M., 95–110. Barcelona: Icaria.

Espiritu, Yen Le.

1996. *Asian American Women and Men: Labor, Laws and Love*. Philadelphia: Temple University Press.

2013. "All men are not created equal: Asian men in US history". En *Men's Lives*, editado por Kimmel, Michael y Messner, Michael A., 17–25. New Jersey: Pearson.

Escobar, Arturo. 2005. "Bienvenidos a Cyberia. Notas para una antropología de la cibercultura", *Revista de Estudios Sociales*, (22): 15-35.

Estrada, M. 1996. *Después del despido. Desocupación y familia obrera*. México:

CIESAS.

Federici, Silvia.

2010. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficante de Sueños.

2004. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficante de Sueños.

Femenías, María Luisa.

2012. “Violencias del mundo global: Inscripciones e identidades esencializadas”, en Marcela Lagarde y Amerlia Valcarcel (coords.) *Feminismo, género e igualdad*. Madrid: Pensamiento Iberoamericano, número 9. Págs.: 85-108.

Figari, Claudia.

2020. “El cotidiano laboral en grandes corporaciones: el saber hacer en la disputa capital/trabajo”. En: *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*, dirigido por Hernán Palermo y María Lorena Capogrossi. Córdoba: Centro de Investigaciones sobre Sociedad y Cultura. Págs.: 265-298.

Firestone, Shulamith.

1976. *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.

French, William. 2000. “Masculinidades y la clase obrera en el Distrito de Hidalgo, Chihuahua”, *Nueva Antropología*, XVII (57): 33–41.

Flores, José Luis.

2012. “Control operativo y estadístico de los análisis del agua proveniente del sistema de purificación ubicado en ARAMARK”. Tesis en Ingeniería en Industrias Alimentarias. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegá. Frechero, José Ignacio.

2013. “Neoextractivismo e inserción internacional. Hacia una Argentina económica y

ecológicamente dependiente”. En: *Territorios, economía internacional y conflictos socioambientales*, compilado por Ana María Fernández Equiza. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

French, William.

2000. “Masculinidades y la clase obrera en el distrito de Hidalgo, Chihuahua”, *Nueva Antropología*, 12 (57): 33-41.

Fuller, Norma.

2012. “Repensando el machismo latinoamericano”. *Masculinities and Social Change* 1 (2): 114–33.

1997. Fronteras y retos: Varones de clase media del Perú. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp. 139-153). Santiago de Chile: Isis Internacional.

García Manríquez, Jesús.

2016. *Ojos de madera, cuchillos de vidrio*. La Paz: Instituto Sudcaliforniano de Cultura.

García Navarro, Karen Ariadne.

2012. “Manual de seguridad”. Informe técnico de residencia profesional en Administración de Empresas. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Gastélum Arce, Roberto.

1985 “Reseña histórica de Santa Rosalía B.C.S.”, en: *El Centenario de Santa Rosalía, 1885-1985*, compilado por Roberto Gastelum. La Paz: Ediciones Gobierno de Baja California Sur. Págs.: 83-86.

Garza Aguirre, Fabián.

2017. “Preferencias musicales y masculinidad en jóvenes estudiantes de Hermosillo, Sonora”. Tesis de Maestría en Desarrollo Regional. Hermosillo: CIAD.

Gaxiola Almada, Ruth, y Nora Bringas Rábago.

2013. “Con el estigma a cuestas: Turismo sexual y prostitución de varones en Tijuana”.
En *Turismo y sexo en México. Cuerpos masculinos en venta y experiencias homoeróticas. Una perspectiva multidisciplinaria*, editado por Álvaro López López y Anne Marie Van Broeck. México: UNAM.
- Gayle, Rubin.
1986. “Tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, *Nueva Antropología*, VIII (30): 95-146.
- Gil, Mario.
1959. *La huelga de Nueva Rosita*. México: sin editorial.
- Gil, Vladimir.
2009. *Aterrizaje minero. Cultura, conflicto, negociaciones y lecciones para el desarrollo desde la minería en Ancash, Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Gilmore, David.
1994. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Ediciones Paidós.
2008. “Culturas de la masculinidad”. En *La masculinidad a debate*, editado por Carabí, Àngels y Armengol, Josep M., 15–32. Barcelona: Icaria.
- Godelier, Maurice.
1986. *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal.
- Gómez Izquierdo, José Jorge.
1991. *El movimiento antichino en México (1871-1934). Problemas del racismo y del nacionalismo durante la Revolución Mexicana*. Ciudad de México: INAH.
- González Cruz, Edith.
2020. *Santa Rosalía: su conformación urbana y vida social*. La Paz: Universidad

Autónoma de Baja California Sur, Instituto Sudcaliforniano de Cultura.

1991. “La expansión territorial de El Boleo 1901-1913”, en *Sociedad y gobierno en el sur de la Baja California* editado por Juan Preciado Llamas y María Eugenia Atlabe Fernández. México: Universidad Autónoma de Baja California Sur.

González Cruz, Edith e Ignacio Rivas. 2018. “La minería de plata y cobre en el Distrito Sur de la Baja California: El proceso de urbanización en El Triunfo y Santa Rosalía durante la época porfiriana”, *Memoria americana. Cuadernos de Etnohistoria*, 26 (2): 47-64.

González-López, Gloria

2000 “De madres a hijas. Gendered lessons on virginity across generation of Mexican immigrant women”, en *Gender and U.S. Immigration*, editado por Pierre Hondagneu-Sotelo. Estados Unidos: Contermporary trends, University of California Press. Págs.: 217-240.

González Navarro, Moisés.

1969. “Xenofobia y xenofilia en la Revolución Mexicana”, *Historia Mexicana*, 4 (18), págs.: 559-614.

González Salorio, Adrián Ignacio.

2012. “Cálculo de Terreros Históricos”. Residencia profesional en ingeniería electromecánica. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Grimberg, Mabel.

1997. *Demanda, negociación y salud. Antropología social de las representaciones y prácticas de los trabajadores gráficos 1984-1990*. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

Guasch, Óscar.

2006. *Héroes, científicos, heterosexuales y gays*. Madrid: Ediciones Bellaterra.
- Guber, Rossana.
2001. *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Argentina: Editorial Norma.
- Gutmann, Matthew C.
2016. *Por mis pistolas. Sexualidad, anticoncepción y sida en México*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
2000. *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México*. Ciudad de México: El Colegio de México.
1997. "Trafficking men: The anthropology of masculinity". *Annual Review of Anthropology* 26: 385–409.
1993. "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa". *Estudios Sociológicos* 11 (33): 725–40.
- Han, Chong-suk.
2006. "Being an oriental, I could never be completely a man: Gay asian men and the intersection of race, gender, sexuality and class". *Race, Gender & Class* 13 (3–4): 82–97.
2007. "They don't want to cruise your tipe: Gay men of color and the racial politics of exclusion". *Social Identities* 13 (1): 51–57.
- Hernández Castañeda, María de Lourdes.
2013. "Varones con y sin empleo. La construcción de la masculinidad en Chihuahua". Doctorado en Estudios Científico-Sociales, Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.
- Hernández Hernández, Óscar Misael.
2007. "Estudios sobre masculinidades. Aportes desde América Latina." *Revista de Antropología Experimental* 7: 153–60.
2011. "Trabajo y construcción de masculinidades en una colonia popular de Tamaulipas".

En *Masculinidades en el México contemporáneo*, editado por Hernández, Óscar Misael, García Cantú, Arcadio Alejandro, y Contreras Ocegueda, Koruna Itzé, 117–30. Ciudad de México: Plaza y Valdés; Universidad Autónoma de Tamaulipas.

2016. “Trabajo y construcción de masculinidades en el norte de México”. *Frontera Norte* 28 (55): 183–89.

Hernández Sánchez, Ernesto.

2003. “Hombres cercanos y distantes: La construcción de la masculinidad entre transmigrantes mixtecos”. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa.

Hernández-Castañeda, María.

2013. “Varones con o sin empleo. La construcción de las masculinidades en Chihuahua”. Tesis de Doctorado en Estudios Científico Sociales, Tlaquepaque: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Hobsbawm, E.

1963. Para el estudio de las clases subalternas. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Huerta Rojas, Fernando.

2007. “Un acercamiento al abordaje teórico/metodológico de la violencia de género masculina”. En *Estudios sobre la violencia masculina*, 21–57. Ciudad de México: Hombres por la Equidad A.C.; Indesol.

1996. “A todos los que quieren y aman el juego del hombre. El juego: Una forma de expresión de la masculinidad de los obreros de Volkswagen”. Tesis de Licenciatura en Antropología Social. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Huerta Rojas, Fernando y Roberto Garda.

2007. *Estudios sobre la violencia masculina*. Ciudad de México: Hombres por la Equidad A.C.; Indesol.

Ingenschay, Dieter.

2013. “Del machismo poscolonial a la metrosexualidad, los narcos y la homosexualidad diversificada. Desarrollos, desafíos y subversiones en las ‘nuevas masculinidades’ latinoamericanas.” En *Espacios de género*, editado por Ströbele-Gregor, Juliana y Wollard, Dörte, 139–54. Buenos Aires: Nueva Sociedad; Fundación Friedrich Ebert; ADLAF.

Ingold, Tim.

2011. “Against Space. Place, Movement, Knowledge”, en: *Being Alive. Essays on movement, knowledge and description*. Nueva York: Routledge.

Jago, Eva-lynn Alicia.

2010. “Asociaciones afectivas: Literatura y política en la Argentina del siglo XIX o ‘cómo ser europeo en América’”. En *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, editado por Peluffo, Ana y Sánchez Prado, Ignacio M., 109–22. Madrid: Iberoamericana; Vervuert.

Jiménez Guzmán, Lucero.

2003. *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México-CRIM.

2016. “La construcción social de las masculinidades. Un análisis desde la perspectiva de género”. *Géneros* 11 (31): 61–67.

Jiménez Guzmán, Lucero, y Tena Guerrero, Olivia, eds.

2007. *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México-CRIM.

Jordan, Fernando.

- 1980 [1951]. “En el que la injusticia nos obliga a la crítica”. En: *El Otro México. Biografía de Baja California*. La Paz: Gobierno del Estado de Baja California Sur, Litoarte. Págs.: 198-205. Kaufman, Michael.
2013. “The seven P’s of men’s violence”. En *Men’s Lives*, 543–47. New Jersey: Pearson.
- Kim, Minjeong.
2014. “South Korea rural husbands, compensatory masculinity and international marriage”. *The Journal of Korean Studies* 19 (2): 291–325.
- Kim, Nadia Y.
2006. “‘Pathriarchy is so third world’: Korean immigrant women and ‘migrating’ white western masculinity”. *Social Problems* 53 (4): 519–36.
- Kimmel, Michael.
1998. “El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): La producción simultáneo de masculinidades hegemónicas y dependientes de Europa y Estados Unidos”. En *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, editado por Olavarría, José y Valdés, Teresa, 207–217. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.
- Kippax, Susan (et. al.)
1990. “Women negotiating heterosex: Implications for AIDS prevention”, *Women’s Studies International Forum*, 13 (6): 533-542.
- Kirkwood, Julieta.
1981. “Chile: La mujer en la formulación política”, documento de trabajo, *Programa FLASCO-Santiago de Chile*, no. 109, mayo 1981.
- Koury Pinheiro, Mauro Guilherme.
2010. “Volverse hombre. Ambigüedad y ambivalencia en la construcción del género masculino”, *Estudios Sociológicos*, 28 (82): 135-168.
- Lagarde y de los Ríos, Marcela.

1997 [1990]. *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Ciudad de México: Siglo XXI editores.

Laplonge, Dean.

2014. *So you think you're tough? Getting serious about gender in mining*. Australia: Factive Pty Ltd.

Lara Padilla, José Francisco.

2018. "Minería(s) y antropología(s): aleaciones complejas. Una aproximación al crisol de Juan Luis Sariego. En: *Entre minas y barrancas: El legado de Juan Luis Sariego a los estudios antropológicos*, coordinado por Séverine Durin y Victoria Novelo. Ciudad de México: Publicaciones de la Casa Chata. Págs.: 69-84.

2015. "Minería transnacional y conflicto en la sierra Tarahumara. Análisis de los casos de Ocampo y Dolores en un marco de globalización, neoliberalismo y ecología política". Tesis de Doctorado en Antropología. Ciudad de México: CIESAS.

2009. "Explotación minera transnacional en la Sierra Tarahumara en los albores del siglo XXI. Globalización, neoliberalismo y localidad". Tesis de Maestría en Antropología Social. Ciudad de México: CIESAS.

Leite Lopes, José Sergio.

[2011] 2020. "Memória e transformação social trabalhadores de ciudades e aglomerações industriais". En: *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*, dirigido por Hernán Palermo y María Lorena Capogrossi. Córdoba: Centro de Investigaciones sobre Sociedad y Cultura. Págs.: 81-118.

1988. *A tecelagem dos conflitos de classe na cidade das chaminés*. Tesis de Doctorado. Programa de Pos-graduación en Antropología Social, Museo Nacional, Río de Janeiro.

[1978]. 2011. *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. Buenos Aires:

Antropofagia.

León Salazar, Carlos.

2017. El paisaje construido como concreción hegemónica. Trabajo, industria minera, materialidad y significados del espacio social en Nava, Coahuila. En M. T. González Juárez, H. Palermo y P. Torres Mejía (Comps.), *Aproximaciones a la antropología del trabajo. Miradas desde Latinoamérica*. (pp. 224-253). México: Eólica.

Lins Ribeiro, Gustavo.

[1980] 2006. *El Capital de la Esperanza. La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia*. Buenos Aires: Antropofagia.

López Moya, Martín de la Cruz.

2010. *Hacerse hombres cabales. Masculinidad entre tojolabales*. Ciudad de México: CIESAS; UNICACH.

Loyden Sosa, Humbelina.

1998. *Los hombres y su fantasma de lo femenino*. Ciudad de México: UAM-Xochimilco.

Lu, Alexander, y Wong, Joel.

2013. "Stressful experiences of masculinity among US-born and immigrant asian american men". *Gender and Society* 27 (3): 345–71.

Magliano, María José.

2015. "Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos", *Revista Estudios Feministas*, 23(3), 691-712.

Manzano, Virginia.

1996. "¿Quiénes son los obreros en tiempos de reconversión?" En: *Actas de las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata (Tomo VI)*. Rosario: Departamento de Etnolingüística, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes,

Universidad Nacional de Rosario. Págs.: 140-146.

Mardones Leiva, Karen.

2019. “¿Deconstrucción o destrucción de los hombres y la masculinidad? Discursos de reordenamientos de género”, *Debate Feminista*, 29 (58): 98-122.

Martin, Bridget y Beth Gaglia.

2018. “Global Conjuring: Honduran-Korean Economic Zone Collaboration”, borrador, 1-22.

Martínez, Marco Julián, y Alonso Lorenzo, Rocío.

2013. “Un nuevo primitivo: Cultura, género e igualdad en la transformación hacia una sociedad democrática”. *Revista de Antropología* 56 (1): 147–80.

McKee Irwin, Robert.

2003. *Mexican Masculinities*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Medá, Dominique.

1998. *El trabajo: Un valor en peligro de extinción*. España: Gedisa.

Medina Quiñones, Francisco Paul.

2015. “Documentos para la historia del movimiento obrero en los minerales de El Triunfo y el Boleo en la época porfiriana”. Tesis de Licenciatura en Historia. La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur. Menéndez, Eduardo.

1990. *Antropología médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones*. México: Ediciones de la Casa Chata.

Merton, Robert.

1980. *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Meler, Irene.

2004. “Género, trabajo y familia: Varones trabajando”. *Subjetividad y procesos cognitivos* 5: 223–48. Menjívar Ochoa, Mauricio. 2010. *La masculinidad a*

debate. Cuaderno de Ciencias Sociales 154. Costa Rica: FLACSO-Costa Rica.

Mendoza, Natalia.

2017. *Conversaciones en el desierto. Cultura y tráfico de drogas.* Ciudad de México: CIDE.

Minello Martini, Nelson.

2002. “Masculinidades: Un concepto en construcción”. *Nueva Antropología XVIII* (61): 11–30.

Monroy, Liliana.

2017. “Disciplinarización del género y producción de mujeres trabajadoras: una discusión desde la obra de Paul B. Preciado”, *Revista Intervenciones en estudios culturales*, 4: 79-93.

Montes, Verónica.

2013. “The role of emotions in the construction of masculinity: Guatemalan migrant men, transnational migratio and familiary relations”. *Gender and Society* 27 (7): 469–90.

Morato, María.

2008. *Relaciones de género: Sexualidad y trabajo en Argentina, Chile y Costa Rica.* Ponencia presentada en el Seminario Internacional Fadenzo Genero, 8: Corpo violencia e poder. Disponible en: http://www.wwc2017.eventos.dype.com.br/fg8/sts/ST54/Mariano_Andres_Morato_54.pdf [Consulta: junio 2022].

Moreno Muñoz, Manuel. Alejandro.

2018. “Masculinidades en Facebook: Una mirada desde los Estudios Culturales”, ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Ciencias Sociales del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECSSO): Las Ciencias Sociales y la agenda social. San Luis Potosí: 19-23 de marzo.

Morrell, Robert.

2001. *Form boys to gentlemen. Settler masculinity in colonial Natal 1880-1920*. Pretoria: University of South Africa.

Nascimento, M.

2014. “Relações de amizade entre homens homo e heterossexuais: dinâmicas de gênero no contexto das masculinidades”. En: *Caminhos de homens: gênero e movimentos*, coordinado por M. N. Strey, B. Krimberg von Muhlen y K. C. Kohn. Porto Alegre: EdIPUCRS. Págs.: 75-100.

Nash, June.

2015. *Hegemonía empresaria en Estados Unidos. Claves para una etnografía de los ciclos industriales en las comunidades urbanas*. Buenos Aires: Antropofagia, Colección de Estudios de Antropología del Trabajo.

Nava Oteo, Guadalupe.

1994. “Zacatecas a fin del siglo XIX”. En: *Trabajadores mineros: Vida y cultura. Primera Reunión de Historiadores de la Minería Latinoamericana*, coordinado por D. Ávila, I. Herrera y R. Ortiz. México: INAH. Págs.: 71-90.

Nieto, Raúl.

1992. La condición urbana de la clase obrera en el Distrito Federal. *Alteridades*, 2(3), 41-50.

1988. “Alcance recientes de la antropología en el conocimiento de la clase obrera mexicana”. En: *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*. México: CIESAS, Cuadernos de la Casa Chata. Págs.: 183-204.

Novelo, Victoria.

2010. “Artesanos en la industria”. En: *Tras las huellas del trabajo*, coordinado por Beatriz

- Castilla Ramos y Beatriz Torres Góngora. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán. págs.: 229-246.
1994. “Pequeñas historias de grandes momentos de la vida de los mineros del carbón de Coahuila”, *Estudios Sociológicos*, XII (36): 533-556.
1980. La vida obrera, un nuevo campo para la etnografía. Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1(1), 22-25.
- Novelo, Victoria y Juan Luis Sariago (coords.)
2011. *Antropología en las orillas*. Chiapas: Universidad Intercultural de Chiapas.
1980. “Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera”. En: *Memorias del Encuentro sobre historia del Movimiento Obrero*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla. Págs.: 49-59.
- Núñez Noriega, Guillermo.
- 2017a. *Abriendo brecha. 25 años de estudios de género de los hombres y masculinidades (1990-2014)*. Hermosillo: Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C.
- 2017b. “El mal ejemplo: Masculinidad, homofobia y narcocultura en México”. *Revista El Cotidiano*, 45–58.
- 2017c. “El narcotráfico como dispositivo de poder sexo-genérico: Crimen organizado, masculinidad y teoría queer”. *Revista Estudios de Género* 3: 90–128.
- 2017d. “Masculinidad, ruralidad y hegemonías regionales: reflexiones desde el norte de México”, *Región y Sociedad*, (5): 75-113.
2016. “Los estudios de género de los hombres y las masculinidades ¿que son y qué estudian?” *Revista Culturales* IV (1): 9–31.
- 2013a. *Hombres sonorenses. Un estudio de género de tres generaciones*. Hermosillo: Universidad de Sonora; Pearson Educación.

- 2013b. “Seeve/frescos: Sexualidad, género y etnicidad en los significados de las relaciones sexuales entre varones en comunidades yoeme (yaquis) de Sonora, México”. *Revista de Estudios de Antropología Sexual* 1 (420): 96–120.
2011. *¿Qué es la diversidad sexual?* Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género.
- 2007a. “La producción de conocimientos sobre los hombres como sujetos genéricos: Reflexiones epistemológicas”. En *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, editado por Amuchástegui, Ana, 39–72. Ciudad de México: El Colegio de México.
- 2007b. *Masculinidad e intimidad: Identidad, sexualidad y sida*. Cuaderno de Ciencias Sociales 154. Ciudad de México: Porrúa Editores; El Colegio de Sonora; Programa Universitario de Estudios de Género.
1998. “¿Identidad (masculina) sonoreense?” En *La modernización contradictoria. Desarrollo humano, salud y ambiente en México*. Hermosillo: Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, Universidad de Guadalajara.
1994. *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género.
1991. “Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual.” Tesis de Licenciatura en Sociología, Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Núñez Noriega, Luz María.
2002. “Género y menores infractores en el municipio de Hermosillo, Sonora (1995-1999)”. Tesis de Licenciatura en Derecho, Hermosillo: Universidad de Sonora.
2005. “Género y conducta infractora: las y los menores infractores en Hermosillo, Sonora, México”, *Estudios Sociales*, 13 (26): 86–115.
- Olachea Moncada, Aberto.

2011. “Análisis de tiempo de acarreo de mineral en mina subterránea”. Informe técnico de residencia profesional en Ingeniería Industrial. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Olavarría, José.

2008. “Globalización, género y masculinidades: Las corporaciones transnacionales y la producción de productores”, *Nueva Sociedad*, 218: 72-86.

2001. *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.

Olavarría, José, y Márquez, Arturo, eds.

2004. Varones: Entre lo público y la intimidad. IV Encuentro de Estudios de Masculinidad/es. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.

Osuna Gutiérrez, Isidro Armando.

2012. “Manual de procedimientos para el área de monitoreo del medio ambiente”. Residencia profesional en Administración. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Pacheco González, Sergio.

2008. *Masculinidad(es), estrategias y (re)acomodos: la negociación de las relaciones de género en un entorno fronterizo*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Palermo, Hernán.

2020. “Trabajar en *beta*. Meritocracia y masculinidades *soft* en la industria del *software* en Argentina” En: *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*, dirigido por Hernán Palermo y María Lorena Capogrossi. Córdoba: Centro de Investigaciones sobre Sociedad y Cultura. Págs.: 1351-1380.

2017. *La producción de la masculinidad en el trabajo petrolero*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- 2016a. “La construcción social de la(s) masculinidad(es). Un análisis etnográfico acerca del universo laboral de los trabajadores petroleros”. *Identidades* 3 (6): 110–27.
- 2016b. “‘Machos y brujas en la Patagonia’. Trabajo, masculinidad y espacio de la reproducción.”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, núm. 25: 99–119.
2015. “‘Machos que se la bancan’: Masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina”, *Desacatos*, (47): 100-115.
2012. *Cadenas de oro negro en el esplendor y ocaso de YPF*. Buenos Aires: Antropofagia. Palermo, Hernán, y León Salazar, Carlos.
2016. “Trabajo, disciplina y masculinidades: Un análisis comparado entre dos industrias extractivas de Argentina y México”. *Nueva Antropología*, XXIX (85): 53–74.
- Park, You-me.
2016. “The crucible of sexual violence: Militarized masculinities and the abjection of life in post-crisis, neoliberal South Korea”. *Feminist Studies* 42 (1): 17–40.
- Parrini, Rodrigo.
2005. “¿Cómo transformar a hombres en ‘mujeres’ y ordenarles que trabajen y sirvan? La división sexual del trabajo en una cárcel de hombres.” *Debate Feminista* 32: 227–50.
- Perelman, Mariano. 2020. “Para una antropología amplia del trabajo desde y en Argentina”. En: *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*, dirigido por Hernán Palermo y María Lorena Capogrossi. Córdoba: Centro de Investigaciones sobre Sociedad y Cultura. Págs.: 231-263.
- Piñedo Bañuelos, Gilberto [et. al.].
2016. *Breve historia de los pueblos mineros de Baja California Sur*. La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur. Ponce Jiménez, Patricia.

2006. *Sexualidades costeñas. Un pueblo veracruzano entre el río y la mar*. Ciudad de México: CIESAS.

2004. “Masculinidades diversas”, *Desacatos*, (16): 7-9.

Preciado Llamas, Juan.

1991. “La población china en Sudcalifornia en el primer tercio del siglo XX”, en *Sociedad y gobierno en el sur de la Baja California* editado por Juan Preciado Llamas y María Eugenia Atlabe Fernández. México: Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Ramírez, Juan.

2005. *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder*. Ciudad de México: Plaza y Valdés.

Ramírez Rodríguez, Juan Carlos.

1997. “Violencia masculina: Algo más que ‘gobernarse a sí mismo’”. *La Ventana*, núm. 6: 223–49.

2014. “De acomplejado a arrollador. Semiótica de la masculinidad.” *Desacatos* 15–16: 33–51.

Ramírez Solórzano, Martha Alida. 2010. “La violencia como un proceso de socialización”. En *Masculinidades, Género y Derechos Humanos*, 89–112. Ciudad de México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

2014. *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. Ciudad de México: Plaza y Valdés.

Ramírez, Rafael.

1993. *Dime capitán. Reflexiones en torno a la masculinidad*. Puerto rico: Ediciones Huracán.

Ravelo Blancas, Patricia.

2005. “La costumbre de matar. Proliferación de la violencia en Ciudad Juárez, Chihuahua”. *Nueva Antropología*, XX (65): 149–66.

Reguillo, Rossana.

2012. “Navegaciones errantes. De músicas, jóvenes y redes: de Facebook a YouTube y viceversa”, *Nueva época*, (18): 135-171.

Reygadas, Luis.

2002. *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria*. Barcelona: Gedisa.

1988. *Proceso de trabajo y acción obrera, historia sindical de los mineros de Nueva Rosita 1929-1970*. México: INAH.

1979. *Estrado y minería en México (1767-1910)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Reygadas, Pedro.

2010. *Las vetas del lenguaje minero: Viaje al centro del inframundo*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis.

Rich, Adrienne.

1980. “*Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence*”, *Journal of Women in Culture and Society* 5 (4): 631—660.

Rivas Sánchez, Héctor Eloy.

2008. “Entre la temeridad y la responsabilidad. Masculinidad, riesgo y mortalidad por violencia en la Sierra de Sonora”, *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*, III, (5).

2005a. “¿El varón como factor de riesgo? Masculinidad y mortalidad por accidentes y otras causas violentas en la sierra de Sonora”, *Estudios Sociales*, 13 (26): 28–65.

2005b. “Entre la temeridad y la responsabilidad. Masculinidad, riesgo y mortalidad por violencia en la Sierra de Sonora”, *La Manzana. Revista Internacional de Estudios*

sobre *Masculinidades*, III (5): 69–89.

Rivera Cusicanqui, Silvia.

2010. *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*.

Buenos Aires: Tinta Limón.

Rochlin, Martin.

1982. "The language of sex: The heterosexual Questionarie": En: *Conflict, order and action: Readings in Sociology*. Págs.: 270-271.

Rodríguez, Gabriela y Benno Keijzer.

2002. *La noche se hizo para los hombres. Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinos y campesinas*. Ciudad de México: Libros para Todos S.A. de

C.V., Population Council Inc.

Rodríguez, Ileana.

2015. *Gender violence in failed and democratic states: Besieging perverse masculinities*.

New York: Palgrave.

Rogan, Adam.

2015. "Risky masculinities: Exploring the relationship between young men, hegemonic masculinity and risky practice". En *Engaging men in building gender equality*, editado por Howson, Richard y Flood, Martin. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.

Romero Gil, Juan Manuel.

2001. *La minería en el noroeste de México: Utopía y realidad, 1850-1910*. México: Universidad de Sonora, Plaza y Valdés Editores.

1999. "Minas, capital y trabajo en el Noroeste, 1870-1910". Tesis de Doctorado en Historia. México: UNAM.

1991. *El Boleo Santa Rosalía B.C.S. Un Pueblo que se negó a morir, 1885-1954*.

Hermosillo: Universidad de Sonora.

Romero Gil, Juan Manuel y Manuel Cuevas.

2018. *Una mirada de mujer sobre el mineral El Boleo: Las cartas de Helene Escalle*. La

Paz: Gobierno de Baja California Sur, Archivo Pablo L. Martínez.

Rosas, Carolina.

2016. “Saberes generizados en las migraciones latinoamericanas. Notas en torno a las feminidades y masculinidades subordinadas.” En *Debates contemporáneos sobre migración internacional. Una mirada desde América Latina*, editado por Canales, Alejandro, 65–96. Guadalajara: Porrúa Editores; Universidad de Guadalajara.

Rossell, María Aurora (et. al.)

2015. “El concepto de masculinidad y su influencia en la formación académica de los estudiantes de la UABCS”. Ponencia presentada en el III Coloquio regional de género: una mirada multidisciplinaria. La Paz: UABCS.

Sánchez Salazar, María Teresa.

1995. “La minería del carbón y su impacto geográfico-económico en el centro-oriente y noreste de Coahuila, México”, *Investigaciones Geográficas Boletín*, (31): 93-112.

Sariego, Juan Luis.

2013. “¿Qué futuro para la antropología en el norte de México?”. En: *La investigación de profesiones en el norte de México*. México: INAH, CONACULTA. Págs.: 27-40.

2011. “La minería mexicana: el ocaso de un modelo nacionalista”, *Apuntes, Revista de Ciencias Sociales*, 38 (68): 137-165.

2008. *El norte de México: entre fronteras*. México: INAH.

1988. *Enclaves y minerales en el Norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita 1900-1970*. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

1986. "Enclaves y Minerales en el Norte de México; historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita". Tesis de Maestría en Antropología social. México: Universidad Iberoamericana.
1987. "La cultura minera en crisis, aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo minero". En: *Coloquio sobre cultura obrera*, coordinado por Victoria Novelo. Ciudad de México: Cuadernos de la Casa Chata, CIESAS. Págs.: 135-155.
- Sariego, Juan Luis y Raúl Santana.
1982. "Transición tecnológica y resistencia obrera en la minería mexicana", *Cuadernos Políticos*, (31): 17-27.
- Sarricolea Torres, Juan Miguel.
2017. "Forjar un cuerpo trabajador. Etnografía retrospectiva sobre la construcción de masculinidades", *La Ventana*, (45): 310-339.
- Sánchez Salazar, María Teresa.
1995. "La minería del carbón y su impacto geográfico-económico en el centro-oriente y noreste de Coahuila, México", *Investigaciones Geográficas Boletín*, (31): 93-112.
- Schilt, Kristen.
1990. "Análisis de la organización territorial de la actividad minera en la minería del carbón". Tesis de Doctorado en Geografía. México: Facultad de Filosofía.
2006. "Just one of the guys?: How transmen make gender visible at work". *Gender and Society* 20 (4).
- Schippers, Mimi.
2007. "Recovering the feminine other: Masculinity, femininity and gender hegemony". *Theory and Society* 36 (1): 85–102.
- Schrock, Douglas, y Schwalbe, Michael.

2009. "Men, masculinity and manhood acts". *Annual Review of Sociology* 35: 277–95.
- Sedgwick, Eva.
1985. *Between men: English literature and male homosocial desire*. Nueva York: Columbia University Press.
- Segal, Lynne.
1990. *Slow motion. Changing masculinities, changing men*. London: Virago.
2008. "Los hombres tras el feminismo: ¿Qué queda por decir?" En *La masculinidad a debate*, editado por Carabí, Ángels y Armengol, Josep M., 133–54. Barcelona: Icaria.
- Segal, Lynn y Marta Lamas.
1995. "Repensando la heterosexualidad: Las mujeres con los hombres", *Debate Feminista*, 11: 17-33.
- Seidler, Victor J.
1989. *Rediscovering masculinity: Reason, language and sexuality*. London: Routledge.
2000. *La sin razón masculina. Masculinidad y teoría social*. Ciudad de México: UNAM; Editorial Paidós.
- Seidler, Victor J., Moreno, Hortensia, y Amador, Carlos.
1995. "Los hombres y su vida emocional". *Debate Feminista* 11: 78–111.
- Shepard, Bonnie.
2001. "Sobre las identidades masculinas". En *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, editado por Viveros, Mara, Olavarría, José, y Fuller, Norma, 9–14. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Silva, Jimena, Campos, Camila, García, Paulina, y Portilla, Diego.
2016. "Masculinidades y paternidades en el contexto minero del norte de Chile". *Salud & Sociedad* 7 (1): 78–96.

Soledad Zárate, María, y Godoy, Lorena.

2005. “Crítica a la historiografía laboral nacional: ‘La historia de los hombres proletarios’”. En *Análisis crítico de los estudios históricos del trabajo femenino en Chile*. Cuadernos no. 2. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer.

Soria Somoza, Carolina.

2015. “Modelos de masculinidad en la literatura chino-americana contemporánea”. Tesis de Doctorado en Literatura, Coruña: Universidad de Coruña.

Soul, Julia.

2015. La Antropología del Trabajo contemporánea. Una revisión histórica de la constitución de su campo disciplinar. *Revista de la Escuela de Antropología*, XX, 67- 84.

2014. Somiseros. Configuración y devenir de un grupo obrero desde una perspectiva antropológica. Rosario: Protohistoria.

Soul, Julia y Vogelmann, V.

2010. Reconversión productiva y significaciones obreras. Transformaciones en las industrias frigorífica y siderúrgica. *Revista Intersecciones en Antropología*, 11(1), 89-101.

Tejeda García, Nina Yolanda y Lorena Pérez-Floriano.

2011. “La amplificación social del riesgo: evidencias del accidente en la mina Pasta de Conchos”, *Nueva época*, (11): 71-99.

Tena Guerrero, Olivia.

2012. “Estudiar la masculinidad, ¿para qué?” En *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales.*, 271–92. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Tikhonov, Vladimir.

2007. "Masculinizing the nation: Gender ideologies in traditional Korea and in the 1890s-1900s". *The Journal of Asian Studies* 66 (4): 1029–65.
- Thompson, E. P. 1984. Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Barcelona: Crítica.
- Torres Mejía, Patricia.
- 1991a. "Antes de fumar. Análisis de la sociedad rural ilocana filipina", *Nueva Antropología*, XI (39): 133-153.
- 1991b. "Nuevo capital trasnacional en México: el caso de Polaroid", *Nueva Antropología*, XI (40): 23-35.
- Torres Mejía, Patricia y Sergio Gallardo García.
2019. "Trabajar en el desierto sudcaliforniano: miradas de género entre un pueblo minero y un pueblo turístico". En: *Violencias y feminismos. Desafíos actuales*, coordinado por Patricia Rabelo y Montserrat Bosch. Ciudad de México: Ediciones Eón, CONACULTA.
- Tsing, Anna.
2000. "Inside the Economy of Appearances", *Public Culture*, 12 (1): 115-144.
- Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.)
2000. *Masculinidades*. Santiago de Chile: CLACSO.
- Valdés, Teresa y José Olavarría.
1998. "Ser hombre en Santiago de Chile: A pesar de todo, un mismo modelo". En *Masculinidades y equidad de género en América Latina* editado por Olavarría, José y Valdés, Teresa, 12-35. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.
- Veloz, Areli.
2010. Mujeres purépechas en las maquiladoras de Tijuana: Entre la flexibilidad y significación del trabajo. *Frontera norte*, 22(44), 211-236.

Veloz, Areli y Carlos León.

2020. “Hacia otras concepciones éticas del trabajo. Recuperaciones y críticas de los feminismos y de las investigaciones sobre masculinidades en los estudios laborales de América Latina” En: *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*, dirigido por Hernán Palermo y María Lorena Capogrossi. Córdoba: Centro de Investigaciones sobre Sociedad y Cultura. Págs.: 1005-1046.

Vendrell Ferré, Joan.

2002. “La masculinidad en cuestión: Reflexiones desde la antropología”. *Nueva Antropología* XVIII (61): 31–52.

Villavicencio Villavicencio, Javier Antonio.

2011. “Manual para el control de documentos”. Informe técnico de residencia profesional en administración. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Viveros, Mara.

2018. “Los Colores de la Masculinidad”, Conferencia Regional '20 años de estudios de hombres y masculinidades en América Latina: ¿Qué hemos hecho y hacia dónde vamos?', organizado por FLACSO-Chile, 7 y 8 de noviembre del 2018, Santiagode Chile, Oficina Regional de la *FAO* para América Latina y el Caribe. Disponible en video: <https://www.youtube.com/watch?v=jSMXanQAdfU> [Consulta: octubre 2019].

2001. Masculinidades. Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia. En M. Viveros Vigoya, J. Olavarría y N. Fuller (Comps.), *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina* (pp.35-153). Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Wallace, Santiago.

1998. Trabajo y subjetividad. Las transformaciones en la significación del trabajo. En *Antropología Social y Política*, compilado por M. R. Neufeld, M. Grimberg, S. Tiscornia y S. Wallace. Buenos Aires: Eudeba. Págs.: 251-258.

Watsuji, Tetsuro. 2006. *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*. Salamanca: Ediciones Sígueme. Págs.: 9-42, 209254.

Weil, S. 1962. Ensayos sobre la condición obrera. Barcelona: Nova Terra.

Yanagisako, Sylvia Junko. 1987. "Mixed metaphors: Native and anthropological models of gender and kinship domains". En: *Gender and Kinship: Essays Toward a Unified Analysis*, editado por Collier, Jane y Yanagisako, Sylvia Junko. Palo Alto: Stanford University Press. Págs.: 86-118.

Zavala Aguiar, Edwin.

2012. "Cintas transportadoras apiladoras subterráneas". Tesis en Ingeniería Electromecánica. Santa Rosalía: Instituto Tecnológico Superior de Mulegé.

Zapata, Francisco.

2018. "Hacia una teoría del 'enclave': el aporte de Juan Luis Sariego". En: *Entre minas y barrancas: El legado de Juan Luis Sariego a los estudios antropológicos*, coordinado por Séverine Durin y Victoria Novelo. Ciudad de México: Publicaciones de la Casa Chata. Págs.: 57-68.

1985. Enclaves y polos de desarrollo en México, Notas para discusión. México: Centro de Estudios Sociológicos, COLMEX.

Zazueta Luzanilla, Edgar Iván.

2008. "Las concepciones de género de los varones jóvenes adultos que han vivido en pareja heterosexual y su relación con el divorcio (Ciudad Obregón y Hermosillo)".

ANEXOS

Anexo número 1. Glosario de expresiones coloquiales y populares de Santa Rosalía.

La recopilación de este glosario fue elaborada a partir de las explicaciones y definiciones aportadas por varios pobladores de Santa Rosalía, entre los que destaco aquellos quienes aportaron varias de sus definiciones y estuvieron al pendiente de esta recopilación: Benito Cañedo, Juan García y Justino Moreno.

Hay que mencionar que muchas de las palabras y expresiones no son necesariamente de uso exclusivo de Santa Rosalía, compartiéndose su uso con otros espacios lingüísticos sudcalifornianos e incluso con otras regiones del noroeste mexicano.

Agarrar cura.

Tener un momento de diversión, reír mucho por un acontecimiento o conversación.

Aura.

Proveniente de su nombre científico, *Cathartes aura*, es el mote local para nombrar al ave rapaz diurna de plumaje negro y cabeza roja, que se alimenta de carroña. También llamada aura gallipavo, buitre americano, urubú de cabeza roja o zopilote. Su área de distribución comprende casi todo el continente americano, habitando en zonas abiertas o semiabiertas, en bosques tropicales, matorrales, pastizales y desiertos.

En Santa Rosalía es común ver esta ave tomando el sol, con sus grandes alas extendidas (con un tamaño de 170-180 cm.) sobre las estructuras metálicas de la Fundición, a la orilla de las denominadas Playas Negras. Forman parte del ecosistema y paisaje visual de la población.

Boleriano(a).

Calificativo utilizado para nombrar a personas que tienen más de 64 años, que les tocó vivir en su experiencia de vida el último periodo de la vida y cultura minera organizada socialmente por la compañía francesa El Boleo, que cerró sus actividades de extracción de cobre en 1954.

Su uso hace alusión a una serie de atributos y prácticas en sus maneras de ser hombre o ser mujer, en las cuales es evidente la socialización bajo este periodo de enclave minero francés de Santa Rosalía.

Su uso proviene de una derivación de Boleo, nombre de la compañía, que a su vez viene de boleíta, composición mineral particular que era abundante dentro de los túneles de mina subterránea.

Cachanía.

Gentilicio de los habitantes de Santa Rosalía.

Existen varias versiones de cómo se volvió el gentilicio, siendo un debate aún abierto. De acuerdo con Roberto Gastelum Arce (Gastelum, 1985), Cachanía es una voz procedente de Mexicali (Baja California) que ante el inminente cierre de la Compagnie du Boleo en 1954, hubo un éxodo de trabajadores mineros y sus familias hacia varios destinos, entre ellos esta ciudad en la se formó una colonia de estos inmigrantes, quienes encontraron trabajo limpiando lotes y terrenos, donde abundaban mucha maleza (*pluchea serícea*) conocida como ‘cachanilla’.

Se dice que posteriormente, ante la reapertura del trabajo minero del cobre ahora en manos mexicanas, esta población migrante volvió ya con el mote de ser ‘cachanillas’ (gentilicio popular dado a la gente de Mexicali) por dedicarse a limpiar terrenos con esta planta. Eventualmente, por la tonalidad lingüística de la localidad, su fonética derivó a

‘Cachanía’ y tuvo su apropiación por parte de las personas de Santa Rosalía.

Carrilludo(a).

Usado para nombrar a personas burlonas en el sentido de hacer albures, bromas o referencias peyorativas como una forma de generar conversación y agarrar cura.

Casi-pesca/ Caza y pesca

Mote para denominar al oficial del Departamento de Caza y Pesca (¿se llamaba así?), que anteriormente se encargaba de vigilar que se cumplieran las políticas de protección y conservación de animales en veda. Ahora estas funciones corren a cargo de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT).

Chivito con aletas.

Nombre clave para hacer referencia al caldo o platillo preparado con carne de tortuga caguama. En uso desde los años (¿qué años?) según la referencia popular de un hombre que vendía cuartos (referencia) de aleta de caguama, quien iba gritando.

Churea.

Denominación del correccaminos endémico de la región (*geococcyx californianus*) que a diferencia de otras especies de correccaminos, es más grande en cuando a la longitud de sus patas. Por esta razón, también es usada para denostar a personas de piernas largas.

Chute.

Proveniente del habla francesa ‘caída’, que se utiliza para nombrar la tolva, estructura que permie el desplazamiento de objetos hacia cierta dirección bajo la fuerza de gravedad. En Santa Rosalía se usa para llamar a la tolva de madera a la orilla de la carretera, a un lado de la maquiladora coreana HanJin México S.A. de C.V. y frente al taller de Fundición, del cual provenía la escoria que era vertida en su interior para posteriormente en una panga ser llevada mar adentro para tirarla.

Dompe.

Anglicismo para llamar al camión de volteo, proveniente del inglés: dump truck.

Escoria.

Sustancia vítrea (duro y relativamente quebradiza) formada por las impurezas que flotan y se separan en el crisol de los hornos metalúrgicos. En el caso de Santa Rosalía, la escoria que se encuentra tanto en las Playas Negras como en las dunas artificiales que revisten el paisaje urbano de la población al oeste y debajo de la chimenea, se conforman de materiales fundentes y otros minerales con los que se fundía el cobre en los hornos del taller de Fundición.

(Estar) Intercalado.

“Aquí en Santa Rosalía si no debes, no vives” fue la expresión que usó un trabajador de la biblioteca pública Mahatma Gandhi para explicarme esta expresión. Estar intercalado es tener una relación con una o varias personas a partir de deudas monetarias, producto de apuestas, servicios contratados, compra de productos por catálogo, etc.; la cual consiste en una consideración rutinaria del otro y sus actividades, para saber si esconderé (por deber dinero) o encontrarle (para cobrarle).

Meh!

Expresión de sorpresa o incredulidad. Puede ser usada en tono de asombro o burla.

(al) Modo Viejo.

Expresión usada para denostar en una conversación que las prácticas o manera de hacer las cosas que se proponen o a las que se hace referencia, tienen un sentido moral, social o de mutuo entendimiento que actualmente está en desuso. En general, usado para hacer referencia a sucesos, eventos o acontecimientos del pasado de Santa Rosalía.

Nagudo(s).

Referencia a varones que en las noches, cuando se acostumbraba a dormir en catres o tendidos afuera de las casas por el calor, abusaban de la persona dormida para acosarla

físicamente mediante tocamientos o incluso violaciones.

Pendientes/ Pdts.

Estar al pendiente, al cuidado de una persona, preocupándose o dedicándole atención especial. Se dice coloquialmente como despedida, como una manera de decir implícitamente que mientras ocurre el nuevo encuentro, uno sigue atento al día a día de la otra persona. Su abreviación (pdts.) es utilizada coloquialmente en mensajes de texto del celular como un saludo.

Pichel.

Vasija alta y redonda que se ensancha en la basa y que dispone de un asa a lo largo de todo su cuerpo. Proveniente de la palabra francesa *pichet*, que quiere decir jarra. Se usa para llamar a las calderas del taller de Fundición donde se vertía la matta al rojo vivo, para posteriormente llevarla al convertidor donde se separaba el cobre de los demás minerales y residuos, para mantener emitir una placa de cobre blíster de 90% de pureza.

Píquetes.

Homónimo de la palabra francesa *piquets*, sirve para denominar a las estacas o también a los postes de madera que acaban en una punta triangular. En Santa Rosalía es usado para nombrar a las cercas de madera con esa misma terminación triangular, que originalmente marcaban el terreno de las casas de madera creadas en la fundación del pueblo.

Playas Negras.

A la orilla de Santa Rosalía, desde el norte por la colonia Nopalera y hasta el sur por la colonia Hidalgo, se denomina así a los bancos de arena de color oscuro, producto de la arenisca formada por el oleaje del mar que regresa a la orilla la escoria industrial vertida al mar en tiempos de operación del taller de Fundición (años de operación).

¡Qué sisca!

Expresión de admiración usada para manifestar sorpresa ante una situación o desenlace poco esperado. Se usa también para mostrar empatía con quién plática una situación que le hizo sufrir o sentir mal, para demostrar que se tiene esta emoción inesperada, que se comparte.

Sarra.

Expresión utilizada para calificar algún objeto o situación como desagradable, de mala calidad, incomodo o vergonzoso.

Wilo(a).

Rengo, que renguea. Dícese de una persona que arrastra o desplaza forzadamente un pie al caminar, inclinando más el cuerpo hacia un lado que hacia el otro, producto de alguna lesión, anomalía en los pies, piernas o cadera.

Zorrear.

Acosar visualmente a las mujeres o procurar a una persona con la astucia y cautela de un zorro.

Anexo número 2. Acervo fotográfico.



Yaqui Indians at Santa Rosalía

1909

1. Foto compartida por Roberto Fuerte, extraída del libro 'To Santa Rosalía Further and Back'(1970).

Foto tomada en 1909 de las celebraciones de semana santa (denominados 'fariseos') hecha por los yaquis, festividad y danzas que continúan hasta la actualidad.



2. Fotografía propia (2019)

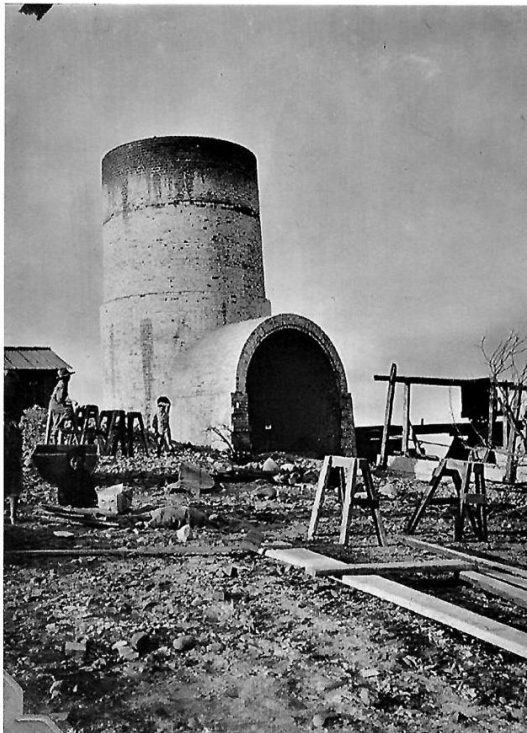
Padre e hijo haciendo la danza yaqui del venado, dentro del polígono yaqui del 'nivel 50'.

Con una tradición de más de 100 años, en este territorio se han realizado las distintas danzas y rituales relacionados a la cultura yaqui, primeros mineros de Santa Rosalía.



3. Autor desconocido, fotografía en custodia del Museo de la Historia de Minería en Santa Rosalía (sf).

Minero con 'zapeta' empujando un carrito con lo extraído de la mina. Esta era la vestimenta de trabajo en los túneles subterráneos debido a la alta humedad y calor que había en su interior en los primeros años de trabajo minero.



4. Colección Privada Familia Magar-Van Magar (1886).

Fotografías de la primera chimenea de la fundición, presumiblemente en la que se puso la primera piedra, según los diarios de Hélen Scalle (Romero Gil, Juan Manuel. 2018. 'Una mirada de mujer sobre el mineral El Boleo'):

"27 junio 1886.- en ocasión de San Juan, fiesta de los yaquis, tuvimos una muy sencilla y bonita ceremonia: la colocación de la primera piedra de la gran chimenea de la fábrica [...] después yo misma he dado lectura de un acta de ceremonia redactada con tinta china,

sobre un pergamino que puede durar siglos.



5. Fotografía de Arcelia Ramos Monobe (1934).

Familia Monobe (japonesa) de Santa Rosalía. Manuel Monobe, al centro, entró por el puerto de Manzanillo en la década de 1900 y posteriormente se asentó en Santa Rosalía con su familia, dentro de la población es muy reconocido su hijo Jesús Monobe (a su izquierda).



6. Fotografía propia (2019).

Carrito de carga exhibido sobre la carretera transpeninsular, que tiene escrito el lema de la población “el pueblo que no quiso morir” (1885-1985) demarcando su particularidad que transitó de ser un enclave minero a una comunidad con múltiples actividades

económicas, aun cuando el trabajo minero paró por más de 30 años, en 1985.



7. Fotografía propia (2018).

Vista de Santa Rosalía, tomada desde el cementerio público, en la colona Ranchería.

Al respecto de Santa Rosalía, el Prof. Federico Galaz Ramírez, poeta y cronista, escribe lo siguiente:

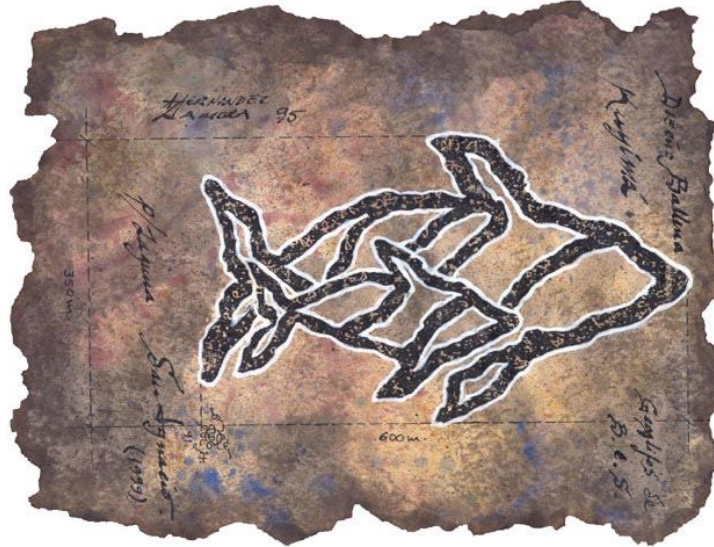
“Santa Rosalía no es un rancho perdido entre montañas que pudiera morir sin que su muerte tuviera la más leve resonancia. Muy al contrario, Santa Rosalía es el centro vital de una comarca en donde cuatro pueblos populosos y muchas rancherías aledañas truecan la producción de sus esfuerzos y de lo necesario se avituallan”.



8. Fotografía propia (2018).

Rufino ‘El Pino’ Beltrán con 90 años, posando frente a la boca de la mina “San

Guillermo”, donde trabajó como ‘minero poquitero’ durante la década de 1940.



9. Dibujo y fotografía de Francisco Hernández (1999).

Representación del geoglifo “la ballena Kuyimá”, representando a la famosa ballena albina con su hijo, que ha sido vista por varias décadas en la Laguna San Ignacio. Kuyimá significa ‘la que brilla en la oscuridad’.



Topógrafo Justino Moreno Flores. Realizó el cálculo topográfico, midió y trazó 110 puntos en el terreno del geoglifo. Realizó dos visitas desde Ensenada a la Laguna -aprox. 950 km. de distancia-. En Diciembre 1998 y Febrero 1999.
Asistentes cadeneros: Kanec, Het-Salex y Libertad Moreno Gorozabe.



Juan de Dios del Desierto.
Coordinación de producción e incansable colaborador.

10. Fotografías de Francisco Hernández (1999).

El Ing. Justino Moreno (izqu.) y su amigo de la infancia Juan García (der.) durante la realización del geoglifo ‘la ballena Kuyimá’.



11. Fotografía propia (2019)
Oficina ‘Enlace comunitario’ de la empresa Minera y Metalúrgica El Boleo (MMB),
ubicada en el centro histórico de Santa Rosalía.



12. Raúl Montalvo (2018-2019)
Fotografías compartidas por ‘Rocke’ durante mi trabajo de campo. Originario de
Veracruz, aprendió y se profesionalizó en el trabajo de minero subterráneo en Santa
Rosalía bajo la ayuda e integración en cuadrillas con mineros de Barroterán, Coahuila.



13. 'Rola' Alvizo (2019)
Rola, Pedro y Ángel, mineros de Coahuila, en el *lower camp*: campamento minero que habitan en su estancia en MMB, antes de entrar a trabajar.



14. 'Rola' Alvizo (2019)
Rola, Pedro y Ángel dentro de la mina 303 de MMB, operando la maquinaria del ademe caminante.



15. Fotografía propia (2019)

Puesto de Hotdogs de Elvis Zamora, ubicado en la carretera transpeninsular donde los camiones de MMB dejan y recogen a los empleados que visitan el pueblo. Espacio de (des)encuentro de masculinidades. Ante los distintos nombres de los platillos (como 'mamada' que es el hotdog especial), la atrevida y muy masculinidad de Elvis les es incomoda a varios varones trabajadores de MMB.



16. 'Rola' Alvizo (2019)

Rola saliendo de la mina 312 de MMB, con un compañero de su cuadrilla de trabajo.